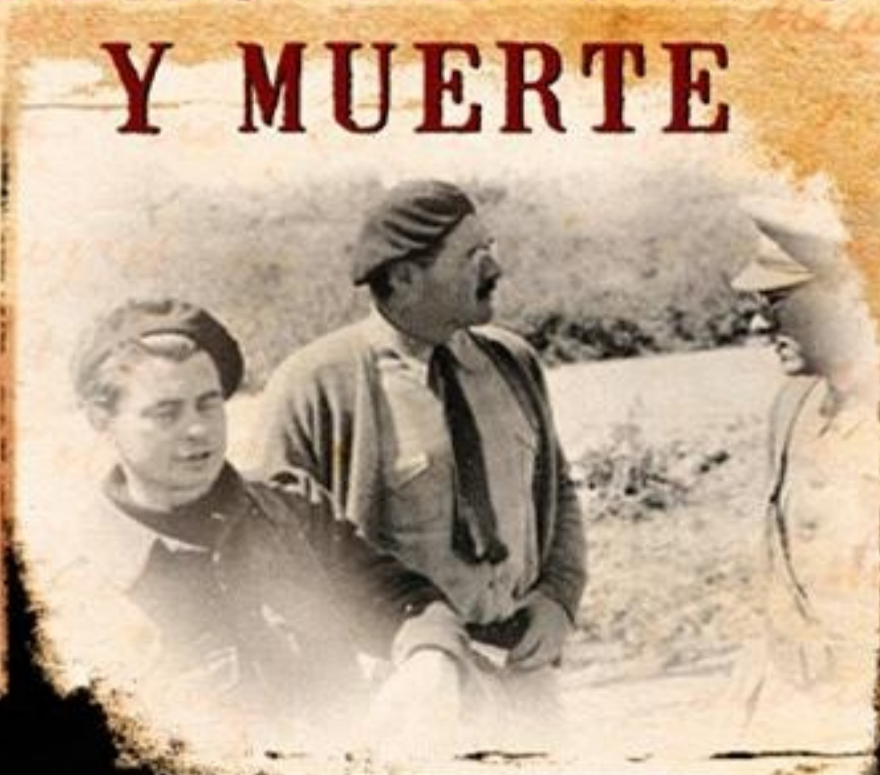


MICHAEL ATKINSON



HEMINGWAY, DÍAS DE VINO Y MUERTE



Lectulandia

En el Madrid de 1937 las corridas de toros han dado paso a las bombas, los revolucionarios, los periodistas y muchos cadáveres. Ernest Hemingway, que cubre la guerra civil para la prensa norteamericana, llega buscando historias y peligro, y encuentra otra cosa: a un amigo muerto.

Con una nueva novela en la cabeza y mucho alcohol en las venas, Hemingway se propone averiguar quién mató a José Robles Pazos, un burócrata del Frente Popular y amigo suyo desde la primera guerra mundial. Después de todo, no hay nada como arriesgarse a morir en zona de guerra si eso significa vivir intensamente y eludir un plazo de entrega. Con el escritor John Dos Passos a su lado, Hemingway se adentra en la oscuridad y descubre que su viejo amigo no es solo una baja de guerra, sino una víctima de algo mucho más terrible.

Lectulandia

Michael Atkinson

Hemingway, días de vino y muerte

ePub r1.0

Titivillus 01.07.2017

Título original: *Hemingway Cutthroat*
Michael Atkinson, 2010
Traducción: Almudena Romay Cousido
Diseño de cubierta: Opalworks

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre

AGRADECIMIENTOS

Un trago de agradecimiento a los siguientes amigos y compinches por su ayuda técnica, lingüística y de otra clase: Michael Magee, Sharon McCreary, Mario Díaz, Margaret Smith, Stephen Koch (cuyo libro *The Breaking Point* supuso para mí una cronografía y almanaque de inestimable valor, aunque en otros asuntos, aparte de la cronología y la geografía, fuera en gran medida tan ficticio como el libro que ahora tienes en tus manos), mi temerario editor Peter Joseph, mi intrépida agente Barbara Braun, y Laurel, mi primera lectora y voluptuosa cómplice.

Casi al mismo tiempo que asesinaron a José Robles Pazos, Ernest Hemingway estaba borracho de sangría. Pronto pasaría a ser un hombre perseguido, y, por supuesto, la culpa era de la sangría.

Antes de esto, justo cuando José Robles descendía por la ladera de una montaña (donde la escorrentía había cavado zanjas, ya secas ahora en primavera), cuando lo bajaban con una cuerda atada a las muñecas y los ojos vendados con la manga arrancada de su propia camisa, Hemingway estaba a casi trescientos kilómetros de allí, en Madrid, montado en el asiento de atrás de un viejo Fiat Zero descapotable. El coche petardeaba tan fuerte que pensó que la gente del lugar podría creer que los fascistas habían invadido de nuevo la ciudad y lanzaban granadas a las calles. Perteneecía a un periodista gordinflón en paro que se llamaba Albarrán, a quien Hemingway había conocido la noche anterior jugando al mus, en un sótano lleno de humo, a unas manzanas del hotel Florida. Hemingway, que llevaba en España solo tres días y ya buscaba emociones trasnochadas, se gastó casi todo el dinero que tenía porque nunca llegó a entender del todo el juego, que se parecía al póquer pero que, como en el *bridge*, se jugaba por parejas. Albarrán había prometido al norteamericano que lo llevaría a ver una corrida de toros por la mañana.

Pero, por supuesto, en la España de 1937 no había corridas por culpa de la guerra. Albarrán insistió en que cumpliría su promesa y al día siguiente antes de comer Hemingway se encontró horriblemente sobrio y torturado por una migraña, atravesando en coche la ciudad, nublada y acribillada por las bombas, en dirección noreste. En el asiento de delante, al lado de Albarrán, iba otro señor gordo, aunque mayor, que solo susurraba a Albarrán sonidos guturales, incluso cuando le hablaba en un tono normal.

Cuanto más se alargaba el trayecto, más se enfadaba Hemingway.

—Venga, Albarrán, dígamelo.

—No, no, señor, lo verá cuando lleguemos allí, se lo prometo.

—Debería haberlo visto venir.

Martha se había ido de compras. Hasta la hora de la comida.

Aparcaron el Fiat delante de una amplia extensión de edificios de apartamentos bombardeados que parecían abandonados. Los tres hombres se bajaron del coche, y por instinto se agacharon y dirigieron a toda prisa hacia la fachada del edificio. Se sabía que a veces caían proyectiles. Albarrán llamó a la puerta, intercambió algunas palabras ininteligibles en catalán con otro hombre a través de la rendija, y la puerta se abrió de par en par. Recorrieron un pasillo, y bajaron por una escalera que apestaba a moho.

—Qué demonios... —dijo Hemingway.

Otra puerta, y después el sótano. Bajaron por unos gastados escalones de madera y entraron en un inmenso sótano. Su bajo techo lo sujetaban unas enormes vigas y columnas de pino que sin duda parecían medievales. El sitio estaba vacío, salvo por unos barriles de petróleo oxidados y pilas de cajas de huevos. Y por el toro, que estaba atado con una soga a una columna central.

Hemingway pudo ver enseguida, a pesar de la débil luz proyectada por las bombillas que bordeaban el techo, que el toro era viejo (veinte años mínimo), estaba demacrado y posiblemente enfermo. Se le notaban las costillas, que subían y bajaban con la respiración, y su pelaje era lanudo. Tenía los ojos lechosos por las cataratas.

¿Cómo pudieron meter un animal aquí dentro?, se preguntó. En el sótano, había unos doce hombres de pie bebiendo ron de botellas sin etiqueta alguna. Hemingway miró a su alrededor. No había asientos ni una zona desde donde mirar. Si estabas en el sótano, entrabas a formar parte del espectáculo.

—Una gran corrida —dijo Albarrán con risa de satisfacción.

—Tienen que estar de coña.

—Es *course libre*, señor.

—Yo me marchó de aquí —dijo él, y se dio la vuelta justo cuando un chico corrió hacia el abstraído toro y con un gesto rápido desató la cuerda de la columna. Una vez que el chico hubo desaparecido de nuevo entre las sombras que rodeaban el perímetro, otro hombre levantó una escopeta de perdigones y disparó en las ijadas al animal, que resollaba.

Al instante, el toro bramó, emprendió una furiosa y confusa embestida, con espuma saliéndole por su seco hocico, y se dirigió directamente hacia Hemingway y Albarrán antes de clavar su blanquecino cuerno en otra columna y tropezar, para después desplomarse sobre un costado. Hemingway tuvo que apartarse rápidamente de las escaleras; los demás hombres se prepararon para echar a correr en cualquier momento cuando el toro se levantó (cabreado, dolorido y medio ciego) y se precipitó sobre ellos con un galope feroz, con la cabeza gacha, aplastando por el camino las cajas de huevos. Con un gáñido de sorpresa, el animal chocó contra las rugosas paredes de piedra. Hemingway y los otros hombres corrían alrededor del perímetro o, a veces, atravesaban por el centro, y el morlaco intentaba darles alcance, siempre yendo más deprisa y llegando antes de lo que uno pensaba; los españoles, que se echaban a un lado, corrían a toda velocidad y reían, con mucha frecuencia eran embestidos, heridos por el asta del toro y lanzados al aire.

—Dios mío —refunfuñó Hemingway.

Este, con un ojo en las escaleras, intentaba rodear la sala tan rápido como podía en el sentido de las agujas del reloj y trataba de no llamar la atención; mientras el viejo y curtido animal corría más o menos en el mismo sentido, pero cruzaba la habitación de cualquier modo con una furia homicida, y golpeaba las columnas al azar y sacudía las vigas, buscando al hombre que tuviera más cerca para cornearlo.

Hemingway no consiguió llegar muy lejos al principio, y se quedó un

interminable minuto agachado en las sombras detrás de otro hombre. *Si alguien tiene que recibir una cornada en las costillas, pensó él, va a ser uno de estos granujas sin agallas.*

Pero entonces Hemingway apartó a los españoles a empujones, algo que los hombres pensaban que era parte del juego, y se empujaron también unos a otros hacia la línea de fuego. Él se agazapó detrás de una columna, y cogió una botella de ron que le ofrecía un sudoroso adolescente sin camisa. Pero antes de que pudiera llevársela a los labios, el toro golpeó el otro lado de la columna con toda la fuerza de su cráneo. La botella salió disparada de la mano de Hemingway, y la columna cedió, lanzando con un ruido ensordecedor trozos de madera vieja y seca. Se partió en dos. Hemingway se fue corriendo de allí y saltó hacia el muro de contención; la parte del techo que descansaba sobre la columna tembló y despidió una nube de polvo, se hundió más de medio metro con un rugido estructural épico.

Los españoles simplemente gritaron divertidos y siguieron corriendo, mientras se mofaban del animal. Lo único que Hemingway tenía en el punto de mira era la escalera.

Pero entonces el toro la destruyó: el chico que había desatado al toro subía gateando los escalones cuando el toro fue a por él y golpeó las escaleras con la testuz. Cuando el chico consiguió subir el último escalón y salió por la puerta, toda la estructura saltó en pedazos alrededor del toro. Las ensambladuras de las vigas le cayeron encima del cuello e hicieron que sus pezuñas delanteras titubearan. El morlaco corcoveó, embistió y convirtió las ensambladuras y las tablas en astillas con solo unas sacudidas de su enorme cuerpo.

Hemingway no se lo podía creer. ¿Y ahora qué? Acercándose lentamente a las ahora destrozadas escaleras, volvió a evaluar la situación: ¿podría apartar el viejo barril y saltar encima? Aunque, ¿cómo hacerlo sin que lo pillara el toro? *Tendré que matarlo, pensó él, con una tubería o algo así.* Pero no recordaba haber visto nada parecido en la penumbra. Solo botellas. *Una pica o algo similar, un cuchillo. Es lo único que necesito, lo he visto hacer muchas veces. Por supuesto, también he visto que morían hombres en el intento. Pero si esa jodida bestia destroza otra columna, estamos todos muertos. Y con todo lo que debería estar haciendo. Esto es otro bajón. No se lo podré contar a Joe Russell.*

Se dirigió hacia las escaleras rotas, agarró el hendido escalón superior, pero este se le quedó en la mano.

Los españoles saltaban de un lado a otro mientras reían. El toro arremetió contra uno de ellos. Aunque el tipo, borracho, tuvo suerte de que no lo pillara con los cuernos, el toro cabeceó y lo lanzó detrás de él. Antes de que el hombre volador se golpeará contra una viga baja y se rompiera la mandíbula, su cuerpo se enganchó al cable que alimentaba las bombillas y lo arrancó, y en un instante la sala se quedó totalmente a oscuras.

Desde la entrada, en lo alto de la otrora escalera, entraba una luz que iluminó a

Hemingway, hacia quien se giró el morlaco.

Joder. Él se sumergió de nuevo en la oscuridad, y el toro pasó a toda velocidad por su lado, rozándolo. El cuerno del animal casi se le engancha en la chaqueta. Entonces, la frente del astado chocó contra la piedra con toda su fuerza, y cayó de bruces. El estruendo debió de oírse en la calle igual que un temblor bajo tierra.

En la penumbra, Hemingway pudo ver al animal ponerse lentamente de pie y girarse, como un boxeador que va perdiendo en el décimo *round*, y no sabe dónde está. *Puede que le dé un ataque al corazón*, pensó él, pero el toro se giró otra vez, y los malditos españoles empezaron a reír y a gritar. El animal recordó que estaba enfurecido y que tenía sed de sangre, y embistió de nuevo. Hemingway se alejó de puntillas del toro, y se percató de que estaba un poco lejos del hueco de las escaleras; el astado se fue a por los pocos hombres que se hallaban cerca de Hemingway. Mientras tanto, él pudo ver que, al otro lado de la sala, el resto de los españoles se aupaban unos a otros para salir por la puerta. De repente, estaban en silencio, no reían, y el toro se detuvo, desconcertado, delante de Hemingway, que tampoco hacía ruido alguno.

Ahora está olfateando, pensó. El animal empezó a avanzar hacia él.

A Hemingway le entró el pánico y buscó un sitio en el que refugiarse. A su izquierda había un bidón de hierro y en un abrir y cerrar de ojos lo agarró del borde, lo tumbó en el suelo y se metió dentro.

Apestaba tanto a gasolina que cuando respiraba le ardía la garganta. Podía oír al toro: resoplaba, embestia y con los cuernos golpeaba el bidón, que chocaba contra la pared. El barril rodó ligeramente hacia atrás, y el animal retrocedió unos pasos y embistió de nuevo. Hemingway habría vomitado si hubiera comido algo ese día, pero le volvió la migraña, retumbante, de la que se había olvidado cuando vio al toro, y se sintió como si estuviera amarrado al badajo de la gigantesca campana de una catedral a mediodía. Empezaron a darle arcadas. Tras unos intensos instantes, el toro golpeó con fuerza de nuevo el bidón, que rebotó en la pared y pasó ruidosamente al lado del animal y siguió rodando unos seis metros hacia el centro del amplio sótano. Hemingway se sujetaba con las rodillas y las manos. Estaba empezando a delirar, y recordó como de niño lo engañaron para que se metiera en un viejo barril de pepinos en vinagre y lo hicieron rodar por un terraplén, y que entonces vomitó la avena que había tomado en el desayuno. Y que después se quitó los trozos vomitados del pelo. Qué cabrones. Pero entonces recordó que había sido su primo Kit el que había hecho rodar el barril, y se sintió mal porque Kit no salió con vida de Reims en 1918.

Todo estaba en silencio. Hemingway estaba tendido de espaldas, y eso hacía que se sintiera vulnerable. Escuchó. Nada. Pasaron dos minutos hasta que se atrevió a salir de allí, poco a poco y sin hacer ruido, e intentó ver en la oscuridad.

Los hombres se habían marchado, incluso el de la mandíbula rota. Seguramente al final tiraron de él. Hemingway buscó al toro, y no lo vio en ninguno de los lugares donde llegaba la luz de la entrada. Dejó que su vista se acostumbrara a la penumbra,

y lo descubrió, boca abajo y de costado, a solo unos tres metros de donde él estaba. Se puso de pie y se acercó al animal: había caído fulminado. Puede que después de todo le hubiera dado ese ataque. *Ya era hora, viejo cabrón.*

Hemingway hizo rodar el barril y lo puso de pie, con la parte de abajo hacia arriba, se levantó y salió. El Fiat de Albarrán seguía allí, vacío, pegado al bordillo. Sin pensar que en verdad estaba cometiendo un robo, se sentó al volante, arrancó, y condujo en dirección sur por las calles mojadas hacia el hotel Florida.

Solo quería beber, y se detuvo en la desordenada cantina donde había quedado a comer con Martha. Los camareros se habían atrevido a colocar mesas en la acera.

Así que, mientras a José Robles, coronel del Frente Popular y edecán del gobierno español para la Internacional Comunista, lo llevaban, por tojos y brezos, un cuadro de hombres silenciosos con paso fuerte y carabinas que rebotaban con un ruido sordo contra sus espaldas a cada paso que daban ladera abajo, Hemingway se sentaba al sol, que acababa de abrirse camino entre las nubes, y pedía sangría, que trajeron en una jarra con trozos grandes de hielo. Enseguida un periodista de Boston lo vio y le estrechó la mano; una mujer norteamericana hizo lo mismo y le rogó que le firmara su ejemplar de tapa dura de *Adiós a las armas*. Entonces, después de volver a pedir sangría y de que la migraña se hubiera disipado como el vapor por una tubería, una chica española de diecinueve años, que había estado bebiendo sola una limonada, aceptó su invitación a sentarse con él y compartir su vino. Se llamaba Ana, una señorita de Zaragoza que estaba en su segundo año de universidad, una enfermera en ciernes y todavía virgen, aunque quizá no por mucho tiempo. Sabía que olía a gasolina, pero ella no dijo nada. *A quién no le va a gustar este ángel de ojos color avellana*, pensó él. Cuando ella le preguntó si estaba casado, él reflexionó durante un momento.

—Sí. Pero en América estar casado es como una especie de pasatiempo. Hoy en día no me lo tomo muy en serio.

—Aquí, el matrimonio es como un trabajo.

—No remunerado.

—¡Sí! ¡Y no puedes dejarlo! Quiero ir a América. Quiero ese pasatiempo: estar casada solo los domingos, ¡si estoy aburrida y está lloviendo!

—Te adaptarías perfectamente.

Mientras Hemingway hablaba con y para esta chica de Zaragoza (y veía sus hoyuelos hacerse más profundos con el vino, los halagos y el relato de su estancia en Italia durante la Gran Guerra), y Robles era bajado como una mula por la falda de la sierra de Gúdar, John Dos Passos estaba en París. Había tomado el envejecido transatlántico alemán, ahora el HMS *Berengaria* desde Nueva York. Esa tarde, Dos Passos había entrevistado, para la serie sobre el Frente Popular de la revista *Fortune*, al ministro del Interior, Marx Dormoy. Ese mismo día por la mañana, Dormoy había logrado un voto de confianza del parlamento después de ser ridiculizado por los bulevares por haber permitido que los cavernícolas antisemitas de la Croix-de-Feu se

manifestaran, lo que provocó que la policía, nerviosa, disparara a varias personas que protestaban contra la marcha. El ministro sintió un gran alivio cuando vio que no se había cargado ni su carrera política ni el Frente Popular francés, y engullía una quiche del tamaño de un tomo de Balzac mientras hablaba con Dos Passos, y lo hacía usando párrafos largos y bellos (aunque rociados de queso). Así que Dos Passos abandonó las oficinas, junto a los Jardins du Luxembourg, con un artículo extenso y vital en el bolsillo que apenas tendría que escribir, y se permitió el lujo de tomarse un coñac en alguna calle lateral muy sombreada de Saint-Germain-des-Prés. Al otro lado de la calle, las mujeres entraban y salían del sol, y ninguna miraba a Dos Passos, quien se parecía bastante a un secundario corpulento y con entradas de *Blondie*, aunque con ojos llorosos y ligeramente bizco. Sentado allí, dejó que su mente se alejara demasiado de la ficción y pensó en el futuro de España, donde la revolución ya era una realidad. En la tierra rocosa, que amaba desde su época de estudiante, se estaba finalmente sembrando la modernidad, la camaradería y la esperanza.

José Robles caminaba mientras tiraban de él con una cuerda, John Dos Passos bebía coñac solo, y Ernest Hemingway bebía sangría con una adolescente. Ana se estaba mareando, pero estaba animada y espabilada, y Hemingway entendía por qué podría ser la primera persona de su familia en ir a la universidad.

—Señor, ¿es eso lo que le han dicho los periódicos norteamericanos?

—¿Qué? ¿El Partido Republicano Radical no era izquierdista?

—¡No! Centrista en el mejor de los casos. Lerroux es un traidor.

—¿Y la CEDA?

—Esbirros monárquicos enloquecidos.

—Entonces, ¿quién estaba en la izquierda en el 33?

—Azaña, y los partidos socialistas, como hoy en día.

—Pero no había un Frente Popular.

—No hasta el 35.

—Qué difícil es no confundirlo todo.

—Quizá para ti.

Ana le dio otro trago a la sangría, eructó con una sonrisa, y se arrebujo con su chaqueta de lana. *Puñetera política*, pensó él. *¿Por qué resulta tan complicada siempre?* Pero el caso era que esta chica estaba en esa fase en la que tenía los ojos medio cerrados y sus piernas se abrían lentamente debajo de la mesa; eso hacía que Hemingway tuviera pensamientos violentos y obscenos, y sintió un cosquilleo en el escroto. Después de todo por lo que había pasado ese día. Maldito toro. *Pídele su número*, pensó él, *pídele algo*. Era lo que tenía emborrachar a una mujer: si no funcionaba, la próxima vez había que empezar de nuevo desde el principio.

—Ana, dime, ¿a cuántos chicos conoces? Apuesto a que una chica como tú, con unos ojos como los tuyos, ha conocido a unos cuantos.

—Así que crees que soy una puta. Porque tengo ojos verdes.

—¡No! ¿Verdes? No, no... quiero decir que puede que hayas entretenido, no,

aguantado a unos cuantos chicos, que querían que te pusieras en una situación comprometida, ¿no es así? Apuesto a que andan detrás de ti todo el tiempo, como lobos.

—Bueno, sí, unos cuantos. Sí que me persiguen. ¿Y?

—Y no se los has permitido.

Más vino.

—No te han desflorado.

Ana se puso colorada, pero no iba a permitir que se notara que le daba vergüenza.

—No, señor, y tampoco lo harán hoy.

Quizá no. Ana empezó a tambalearse, y a pestañear. Hemingway, de treinta y siete años, robusto y de mejillas sonrosadas, que era un soldado de la experiencia y del ego y del galanteo y del escribir frases difíciles, llegó finalmente a la conclusión de que esta joven no era presa fácil desde ningún punto de vista, ni siquiera el de un borracho.

Ana se empezó a poner pálida, y parecía como si de repente, aunque con poco entusiasmo, tuviera miedo de vomitar. Hemingway miró a su alrededor: había muchos ojos clavados en él, como era de esperar, el famoso escritor vocinglero de Estados Unidos, que apestaba a gasolina y estaba sentado no con la llamativa rubia con la que había venido a España, sino con una señorita ebria de pelo negro que casi podía ser su hija. Empezó a entrarle el pánico. ¿Y si había un fotógrafo entre la gente? La zona estaba atestada de brigadistas, periodistas, rusos y estudiantes.

Ana echó la silla hacia atrás, se agachó, y puso la cabeza entre las piernas. Se preparaba para vomitar.

—Ana, ¿quieres que apuntemos hacia el bordillo?

Dos Passos se tomó otro coñac, y pensó un poco más en el futuro de España: soñaba con conseguir un comunismo de verdad en ese país, un país en el que la comida es buena, y echaba de menos a Katy, y sabía que volvería a ver a Hemingway allí, y suspiró cuando pensó en el electrizante placer y a la vez el calvario tortuoso que sería. Comenzó a escribir en servilletas. Esperaba que el coñac le curara el estreñimiento, porque a veces tenía ese efecto, y durante la siguiente hora se tragó un coñac tras otro hasta que le entró diarrea. Más tarde, consiguió volver a su habitación de hotel barato justo a tiempo de evitar un accidente, y se sentó en el inodoro con un cadencioso dolor de cabeza causado por el aguardiente. Después, ya recuperado, escribió en su leal máquina portátil el artículo sobre Dormoy en menos que canta un gallo, y se echó una siesta.

Pero antes, durante el momento, o momentos, del que estamos hablando, más o menos a las dos y media de la tarde, un huso horario por delante de la hora media de Greenwich, el 23 de marzo de 1937, en el café con Ana, la de las náuseas, Hemingway empezó a esconder en los bolsillos las servilletas en las que había garabateado unas notas para sus informes sobre «El café con chicas descaradas de Zaragoza», y el anochecer amenazador y la forma en la que los camareros

cuchicheaban debajo del toldo. No quería dejar las notas allí si tenía que salir disparado, algo que tendría que hacer si Ana empezaba a vomitar debajo de la mesa. Inclínada hacia delante, Ana intentaba vomitar discretamente en dirección a la acera, pero no salía nada.

Hemingway pensó en levantarse y marcharse de allí, evitando todo contacto visual hasta doblar la esquina, cuando unos chicos altos de brazos largos y fuertes y una chica de pómulos marcados corrieron entre las mesas hasta donde estaba Ana.

—¡Aquí estás! —dijo uno—. ¡Ana! ¿Qué pasa...?

Ana empezó a farfullar algo incomprendible. La otra chica miró a su alrededor, y vio que la gente los observaba. El chico que tenía la expresión más severa inclinó la cabeza hacia Hemingway.

—¿Qué le ha hecho? ¿De qué la conoce? Es una buena católica, ¿su padre pensaba que se iba a hacer monja!

Ana resopló.

Hemingway levantó las manos de manera defensiva.

—¡Solo estábamos tomando sangría! De verdad, ¡no la conozco!

Otro joven se inclinó también.

—¿Es usted norteamericano? ¿Cómo se llama?

—Hemingway.

—¿Ese novelista? ¡Santa María! ¡Ha mancillado a esta chica! ¡Tendrá suerte si su padre no la echa de casa como a la basura! ¡Durante años ha estado ahorrando el sueldo de un maquinista para mandarla a la universidad!

—Solo está borracha...

—¡Solo está borracha! —le espetó el chico—. ¿Qué clase de chica cree usted que es? La está poniendo en peligro... ¿no sabe que estamos en guerra?

—Sí, gracias, lo sé.

Martha apareció en la acera a unos metros de allí, con unas grandes bolsas blancas y la boca abierta. Con el asalto de los estudiantes, Hemingway reaccionó tarde a la aparición repentina de Martha.

—Señor Hemingway —gritó el chico de expresión más seria, y acercó el rostro al del hombre—, el padre de Ana lo encontrará. Ha deshonrado a su única hija. Irá a por usted y le cortará el cuello. ¡Esto no es América!

—¿Qué coño pasa aquí? —dijo Martha. Todo el mundo la miró, tan solo por un instante—. ¿Quién es esta?

—Es Ana, y está en la universidad... —le explicó Hemingway, mientras los chicos intentaban que Ana se pusiera de pie.

—Ernest, está como una cuba. ¿Qué tenías pensado hacer con ella? Ni siquiera se tiene en pie.

—Nada. Solo estábamos hablando, por el amor de Dios... —Hemingway se levantó para irse—. Sobre política.

—¿Ah sí?

—¿Qué? ¿No me crees? Sobre política.

—Sí, claro. Dios, apestas a mecánico. ¿Qué demonios has estado haciendo?

Los chicos sacaron a Ana de entre las mesas. Una chica se acercó unos pasos a Hemingway.

—Claro que sí, iré a por usted —dijo ella—. Casi mata a unos desconocidos solo por hablar con ella. Es el señor Teodoro Fajardo, de Zaragoza. Lo único que le queda ahora es el honor de su familia.

—Estamos impacientes —dijo Martha.

—Dios mío —dijo Hemingway, principalmente para sí mismo, mientras veía alejarse a los estudiantes.

Ni siquiera era la una de la tarde y estaba dispuesto a regalarle el resto de su día a quienquiera que lo quisiera.

Martha y él discutieron de vuelta al Florida. Se abrieron camino entre los acólitos y parásitos de siempre que había en el vestíbulo. Arriba, Hemingway le dio a una hambrienta Josephine Herbst salchichas curadas y galletas de agua, y cerró la puerta.

—Te la querías tirar...

—No es verdad.

—Venga ya, era preciosa, la emborrachaste, no me vengas con tonterías...

—Maldita sea, la sangría se me fue de las manos, eso es todo...

—Ni siquiera debería estar aquí contigo. No tenía que haberte creído, todo el mundo me dijo...

—¡Todo el mundo!

—Sí, todo el mundo me dijo: «Que no te engatuse, es un marido múltiple, es un barco a la deriva que atraca en cualquier puerto...».

—Pensaba que encontrarnos en España era un secreto.

—Ah, claro, en un hotel lleno de periodistas norteamericanos. Cuánto te importa. ¿Y por qué debería importarte? ¿Qué tienes que perder? Tu esposa te espera en Cayo Hueso, ¿verdad? Zurciéndote los calcetines.

—Cállate.

Estuvieron así otros cuarenta y cinco minutos, hasta que hablaron indirectamente sobre el concepto del sexo ilícito durante tanto tiempo que tuvieron que practicarlos; así que se desnudaron, abrieron una botella de cava barato pero bueno, y se pusieron manos a la obra. Mientras Martha follaba y bebía vino y decía cosas que Pauline no diría nunca con las piernas sobre los hombros de Hemingway, sus gritos cada vez eran más fuertes, y así, los consiguientes golpes en la puerta de la habitación 108 y el tránsito de personas por el pasillo, se redujeron a nada.

Tampoco pensaron en Ana ni en su padre, Teodoro Fajardo, aunque deberían.

Para entonces Robles estaba muerto. Lo habían llevado con una cuerda hasta un valle cubierto de hierba en algún lugar de las colinas rocosas que rodeaban Valencia, e hicieron que se arrodillara. Le dispararon una bala que le atravesó el cráneo por delante y le salió por detrás. Pasarían más de tres semanas antes de que alguien lo

encontrara.

—¿Hershey's?

John Dos Passos estaba de pie en medio de la 108, con una tableta de chocolate en la mano. Casi tres semanas después de la diarrea del coñac, el 11 de abril. Parecía un colegial sin deberes.

En Madrid, una ciudad gris y triste y acuciada por lluvias glaciales, todavía hacía frío, como si el tiempo conociera el desconsolado final de la guerra e intentara avisar a todo el mundo antes de que fuera demasiado tarde.

Hemingway estaba sentado en la cama. Llevaba puesto un albornoz gordo, y estaba escribiendo y puliendo el informe para la North American Newspaper Alliance sobre el reciente bombardeo que *mató a una anciana que volvía a su casa del mercado y que la dejó hecha un ovillo negro de ropa, con una pierna de repente separada del cuerpo*, etcétera. Pero eran las dos en punto, y había comprado una botella de oporto añejo el día anterior, que ya estaba casi vacía. Era hora de levantarse y de despertar a las hordas durmientes, ir en busca de batallas, y acumular experiencias. Más que agotado, decidió dejar que Martha puliera la historia, en la medida de lo necesario, cuando por fin Dos Passos llegó a Madrid. Entró por la puerta, con las manos vacías, salvo por una barra de chocolate.

El mes en Madrid había sido preocupante por culpa de la guerra. Los pequeños proyectiles caían de vez en cuando en la ciudad, en incluso alcanzaban el Florida, aunque todavía sin causar grandes daños. Corría el noveno mes de contienda, y habían pasado casi cinco desde que en noviembre los ciudadanos de Madrid y un puñado de brigadas defendieran de manera triunfante la ciudad de las divisiones de las tropas marroquíes, de los batallones blindados ligeros italianos y de los Panzer alemanes. La batalla de Guadalajara, hacia el noroeste, la ganaron de modo decisivo los republicanos en marzo. Los fascistas todavía intentaban sitiar la ciudad, tomando cada pueblo que la rodeaba, y cualquier esfuerzo de las fuerzas republicanas por avanzar hacia el interior siempre terminaba en cuantiosas bajas. La mayor parte del año 1937 fue estancamiento, frustración y tierra impregnada de sangre.

Hemingway estaba sufriendo un familiar conflicto de emociones y no por la guerra ni los republicanos, indudablemente, no por muchos *apparatchiks* rusos que aparecieran con nombres españoles falsos, ni por muchos reclutas italianos que murieran a petición de Franco (todavía le gustaban los italianos, no podía evitarlo), o por mucho que todo el gobierno del Frente Popular pareciera estar controlado por Stalin, en cuyo orden del día seguramente no le daba mucha importancia a los españoles *per se*. O te enfrentas a Hitler o a Mussolini, o te quedas fuera de la contienda. No, estaba confuso por su papel en el desastre. Él, como siempre, quería ir a lo auténtico, experimentar la guerra como lo hacían los campesinos. Pero una vez

en España, y después de que le ofrecieran el mejor hotel intacto de Madrid, y de determinar que había que traer mucha comida y bebida y, por qué no, al obediente Sidney Franklin (el único chico de Brooklyn que se convertiría en un extorero) para hacer recados, bueno, se había percatado de que eso distaba mucho de ser auténtico. Tras ir a parar a una zona de verdadera desesperación humana, buscó lo mejor que su dinero podía comprar, se permitió algún capricho, se entregó a la gran vida. Compartía, por supuesto, formaba parte de la diversión. ¿En qué otro lugar más que en una zona de guerra podía uno vivir a lo grande y rápido? Pero entonces empezó a odiarse por eso, y a montar en la sinuosa montaña rusa entre la hueca depresión y, como respuesta, los esfuerzos que hacía por alcanzar la felicidad del borracho. Era un fraude, un billete de tres dólares, un charlatán que todo el mundo trataba como a un mesías. No había descanso, ni llegada definitiva, ni sensación de existencia real. Maldita sea.

—Dos, por el amor de Dios, ¿no has traído comida?

—Ah, mierda.

—Te olvidaste de la comida.

—Sí, me olvidé, pero venía de Valencia...

—Dos, no tenemos nada para comer. Por lo menos que sea comestible.

—Lo sé, lo sé... eh, el coche que me recogió está cargado...

—Claro que sí, es de Largo, del gobierno, y suministra a todo el hotel.

—Lo que tú digas, Ernest...

—Lo que tú digas no, Dos, ¿te vas a dedicar a estafar a otra gente mientras estás aquí?

Dos Passos sintió que se le movían los intestinos. Allá vamos.

—Qué jodido republicano —refunfuñó él.

—¡Nunca he dicho que fuera un jodido comunista!

Hemingway lanzó su bolígrafo con furia al otro lado de la habitación, y le dio a la puerta del baño.

—¡Aún sigo aquí! —anunció Martha desde dentro.

—Ya llevas una buena tajada, ¿verdad? —dijo Dos Passos mientras se quitaba el abrigo.

Sidney Franklin entró pesadamente en la habitación con las últimas bolsas de Dos Passos, sintió cómo la hostilidad se propagaba por el aire como si fuera humedad, y se fue sin hacer ruido.

—Anda, vete al cuerno —gruñó Hemingway mientras se servía más oporto.

Estaba hambriento, pero no se atrevía a abrir la alacena después de lo que le había dicho sobre el hambre a Dos Passos, el comunista norteamericano más honesto y honrado que había conocido.

—Yo no voy a comer, ¿de acuerdo? Así perderé unos kilos.

Dos Passos sacó un poco de barriga, como una fingida prenda de paz. Hemingway esbozó una sonrisa mientras bebía.

—De acuerdo.

—Viviré de tus sobras. De los restos que te dejes en la barba.

—Eres un tipo desternillante.

—Tú y la comida. Por favor. «Comíamos pan, que estaba bueno».

—Ya basta.

—Menos mal que he traído conmigo la docena de cajas de Chambolle-Musigny.

—¿En serio?

—No.

—Me haces tanta falta como otra suegra.

—Sí. Mira, me voy a hospedar en el hotel y a comer la comida de aquí. No me preocupa una mierda lo que como.

—Bien.

—Escucha, Ernest, algo no va bien. Pepe Robles ha desaparecido.

Hemingway sacó las piernas por un lado de la cama y levantó la vista. Los dos conocían a José Robles desde hacía años, cuando fueron voluntarios médicos en Italia, durante la guerra en 1917 y 1918, y más tarde cuando Robles enseñaba español en la John Hopkins de Baltimore. Pero Dos Passos lo conocía mejor y de antes, y sus ideales eran parejos a los de Robles: el disparatado utopismo marxista. Hemingway recordaba a un joven extremadamente listo y optimista que ensalzaba a Lenin, deslumbraba a todas las chicas italianas en las que se fijaba, y repetía poemas de Machado, con ojos llorosos, siempre que se bebía solo una copa. Hemingway le había caído bien y había bebido con él en varias ocasiones, y sabía que su corazón republicano era puro. Robles incluso había ido una vez a Cayo Hueso, y los dos se habían bañado e ido de pesca y habían cogido un tiburón zorro de más de siete kilos, que llevaron a casa y asaron a la parrilla con leña. Recordaba ese fin de semana porque Robles, todavía soltero, le recitaba poesías a Pauline (que no entendía español), y los dos se quedaron embelesados el uno del otro hasta que a Hemingway (ya con *whisky* escocés en la sangre), la situación lo dejó estupefacto y retó a Robles a una pelea con los puños. El español, riéndose, sugirió que fuera con espadas, y así lo hicieron, en la veranda y con dos sables de ceremonia del ejército español que Hemingway había comprado en Ciudad de México. Pauline corrió a ponerse a cubierto. Solo después de que Hemingway recibiera un corte en el hombro y Robles otro en la pernera que casi le deja al descubierto el escroto, rompieron a reír y volvieron a beber. Ella les vendó las heridas.

Así que Robles es una buena persona, sin dobleces ni inmoralidad, pensó él, un hombre de confianza y buen humor. Pero Hemingway siempre había creído que era ambicioso e ingenuo, y a él nunca le habían gustado ni la ambición ni la ingenuidad, sobre todo juntas.

—¿A qué te refieres con «desaparecido»?

—Arrestado.

—¿Por qué?

—Nadie dice nada. Nadie tiene ningún documento al respecto. Pero su esposa dice que lo han arrestado.

—¿Quiénes?

—Nadie lo sabe.

—¿Cuándo?

—Hace más de tres semanas.

—¿Qué?

Dios, lo que faltaba, pensó Hemingway. Tenía que cubrir una guerra, dejar a una esposa, quedarse (esperaba) con la otra, proteger una reserva de comida casi con su vida, terminar *Tierra de España* con Joris Ivens (aunque nadie parecía saber dónde estaban Ivens y el material filmado), comenzar otra novela (había empezado a buscar personajes en cuanto bajó del barco), y, si tenía suerte, encontrarse en situaciones de combate genuinas que por fin lo sacaran del todo de la incertidumbre.

Y encima, ¿un camarada desaparecido? España era una tumba enorme y poco profunda; los asesinatos y las desapariciones eran tan comunes como los días de descanso y rezo.

—Ya no tengo ni sitio en mi cabeza para esto.

—Siento la molestia.

—Es ayudante de campo para la Internacional Comunista, por amor de Dios. ¿No lo está investigando nadie?

—No hasta donde yo sé. Se encogen de hombros, como si se hubiera ido de juerga.

Después de convertirse en una figura crucial intermediaria entre el Frente Popular y los soviéticos, Robles no era un personaje secundario en España desde que comenzó la guerra. Todo el mundo lo conocía; había estado en todas las recepciones, reuniones y ceremonias; con solo una llamada, cuando los teléfonos funcionaban, podía estar con cada pez gordo de Madrid y Valencia. ¿Cómo iba a desaparecer sin más?

Martha salió del baño. Vestía solo una camisola, pero ninguno de los hombres la miró.

—Bueno, Dos, ¿y qué quieres que haga yo?

Era justo preguntarlo, aunque la pregunta era dinamita pura. Hemingway supo lo que estaría pensando y queriendo decir Dos Passos cuando la cuestión salió de su boca, básicamente que Hemingway era, de modo relativo, un oportunista y un ególatra al que no le importaba un carajo España, los campesinos y la democracia. Que la suerte de un amigo, en tiempo de guerra, no era tan importante para él como los informes que tenía que enviar al periódico, o su próxima novela, o el dinero que había ganado con la última, o incluso la comida que había en el armario. Que solo estaba interesado en convertir la guerra civil en un lugar donde poder beber, follar, comer y hacer el ridículo. Que en realidad luchar contra los rebeldes de Franco, hacer lo que era moral y valiente, no era algo por lo que estaba dispuesto a sacrificarse.

Etcétera.

No era verdad. No del todo.

Aunque Hemingway sabía que también había demasiado de verdad en ello. Había oído a Dos Passos quejarse en este sentido antes, en Italia, en Florida, y después de haber vuelto de Rusia. Y era lo mismo que inundaba su cabeza en ese momento. La vacuidad de la obtención de lo material, la exasperante fugacidad del sexo y la borrachera, los adictivos fastidios de la fama, la ausencia de algo en su vida que pudiera aprehender y mirar y considerar significativo. Con suficiente frecuencia lo conseguía escribiendo, pero solo mientras lo hacía, no después. Lo que ya estaba escrito era un producto, algo que la gente compraba. No era ni felicidad ni paz, sobre papel solo era destreza. Existía un abismo que no podía salvar entre el proceso y el resultado. Todavía no había llegado a los cuarenta, todavía ansiaba algo, y no podía evitar pensar que tenía, a ver, ¿qué?, la consecución de la gloria y la satisfacción fruto de sus esfuerzos. Pero por razones insondables no lo podía encontrar en ningún lugar. Había venido corriendo a España, esperando encontrarlo aquí, fuera lo que fuera, la satisfacción quizá. Pero, en vez de eso, había encontrado alcohol, favores que conceder, informes que empezar. Estiércol político sobre el que poner el pie para luego intentar sacarlo.

—Ernest, podías aspirar a hacer lo correcto.

Dos Passos lo dijo lentamente, sin rectitud ni mal genio, deliberadamente, para que su viejo amigo, de quien ya estaba francamente un poco cansado, no se pusiera a la defensiva.

Hemingway no lo hizo. Siempre había tenido la coraza emocional de un toro y, normalmente, solo admitía que se había equivocado, por ejemplo, a una mujer que esperaba llevarse a la cama o con la que se quería casar; es decir, a menos que lo cogiéramos en un mal día, en el que no se miraba al espejo y empezaba a beber antes del mediodía. Cuando sus recursos estaban bajo mínimos y podía aceptar que alguien lo llamara libertino pusilánime e idiota pretencioso.

—Pero Dos... tenemos que ir al frente...

Dos Passos no dijo nada. El frente seguirá ahí, podría haber dicho él, qué es más importante, etcétera. El silencio habló en su lugar.

Por dentro Hemingway se retorció como una toalla, pero no tomó ninguna decisión, nada, y tampoco se lo habría dicho a Dos Passos aunque lo hubiera hecho.

—Vayamos a ver a Gorev a la embajada —sugirió Hemingway—. A ver qué dice.

Le dio un último trago al oporto y sintió, mientras le calentaba el pecho hasta las mejillas, que esa zona de guerra no sería la zona de guerra con la que tanto había soñado. Esa semana no.

—Podría ir solo —dijo Dos Passos, que arrastraba un poco los pies.

—No, vamos los dos.

—¿Confías en Gorev?

—Ni para pedirle cambio.

Todo el mundo sabía que los rusos manejaban el cotarro, desde las elecciones de enero de 1936, que llevaron a la coalición izquierdista del Frente al poder y, especialmente, después de que la campaña del golpe de estado de Franco provocara la guerra en julio. Una vez empezada la ofensiva, Stalin alimentó y estimuló al Frente en contra de la alianza de Franco con Mussolini y Hitler. Pero él estaba, por supuesto, haciendo algo más que apoyar a los españoles; estaba estableciendo una posición imperialista, controlando las decisiones del gobierno (los asuntos de la posguerra serían cedidos a los soviéticos sabelotodo, lo mismo que el poder en tiempo de guerra), formando encubiertamente un posible satélite, uno tan cercano a Francia e Inglaterra.

Vladimir Gorev («Sancho», como ordenaba que lo llamaran a todos los españoles que conocía) puede que hubiera sido el hombre más poderoso de la península ibérica en abril de 1937: un destacado general del Ejército Rojo enviado a dirigir las fuerzas republicanas y, efectivamente, todo el aparato bélico del gobierno español; un majestuoso moscovita de más de uno noventa, que hablaba cinco idiomas (incluido el tártaro, aunque no el español), mostraba una lealtad de libro hacia Pushkin, tenía una reputación como estratega sin parangón en el campo de batalla, y la profunda confianza de Stalin, que solo eso ya le daba la apariencia de un semidiós. Fue Gorev quien había dirigido la variopinta defensa de Madrid en noviembre, después de que el gobierno de Caballero hubiera abandonado la ciudad en dirección a Valencia. Si había un solo individuo responsable de la facilidad y resolución con la que los *apparatchiks* de Stalin movieron los hilos de la segunda república, ese fue Gorev.

También fue por Gorev que el Frente Popular contrató a Robles como edecán y traductor, y convirtieron así al profesor de ojos almendrados e intelectual en coronel del ejército para que pudiera aceptar el trabajo. Así que preguntarle a Gorev acerca de la desaparición de Robles (su supuesta detención o muerte) sería como estar bajo el fuego enemigo. ¿Se había dado cuenta de que algo iba mal después de que pasara un día sin saber nada de Robles? ¿O no? Quizá al principio imaginó que no podía salir de Valencia, donde tenía a su familia y adonde iba no con mucha frecuencia los fines de semana. Pero ¿tras una semana, dos semanas, tres? Si no hacía nada, ¿quería decir que lo sabía, de alguna forma, y no le sorprendía? ¿Lo que significaría que era cómplice?

O, quizá, los asesinos sean del NKVD, el departamento soviético de asuntos internos, del que Gorev no sabrá nada por definición, pensó Hemingway en la parte de atrás del coche del Frente con conductor que los llevaba a la embajada soviética, y con Dos Passos a su lado comiéndose las cutículas y mirando por la ventana de

delante la fría y triste ciudad.

Aunque era posible que fueran los trotskistas disidentes del Partido Obrero de Unificación Marxista, para dejar claro su temerario propósito político, y Gorev no consideraba que valiera la pena preocuparse por un español más o menos. O quizá los miembros de la persistente milicia anarquista, vengándose de las ejecuciones llevadas a cabo por los comunistas. O simplemente, la escoria cordobesa a quien Robles debía dinero de jugar a las cartas. Quizá eran espías de los nacionales y Gorev estaba demasiado ocupado con el destino de España y el terrorífico peso de la voz de Stalin en su oído como para importarle. Dios, podría ser cualquiera. España era un nido de víboras, de fines opuestos y *vendettas* y abusos de poder, y averiguar quién estaba de qué lado era como desenredar un sedal.

—He bebido demasiado —dijo Hemingway mientras se masajeaba las sienes.

—Manda al conductor que pare y que te pida un zumo de naranja.

Lo cual hizo el mismo Dos Passos, que se apoyó en el asiento de delante y señaló, sirviéndose de su español fluido, un café que había a la izquierda.

—¡Estos carteles! —exclamó Hemingway mirando los edificios y las paredes cubiertas de arte del Frente Popular, ejecutados con colores vibrantes y gráficamente muy potentes. El coche esperó pegado al bordillo con el motor en marcha—. Son tan hermosos. ¿De dónde son?

—De Rusia —le respondió Dos Passos—. De artistas rusos. Iguales que los que hay en Moscú. Aprobados por el estado. Inconfundibles.

Hemingway se volvió a sentar, y se frotó los ojos.

—Me siento atascado en lo que estoy haciendo, Dos. Ese último libro es una porquería.

—¿Cuál?

—Puede que salga en otoño. *Tener y no tener*.

—¿Qué le pasa?

—Que es insidioso y una chapuza.

Los dos hombres habían estado compitiendo como gorilas a manotadas durante años, y Hemingway siempre ganaba, grandiosamente, en fama, derechos de autor y elogios, e incluso sueldos hollywoodienses. Así que podía darse el lujo, a estas alturas, de mostrar sus heridas a Dos Passos, de quien podía confiar siempre en que haría lo correcto y no lo llamaría pedante. Aunque lo fuera para algunos. Hemingway también podría hacerlo, porque sabía que Dos Passos se estaba quedando estilísticamente sin ideas nuevas, que no podía hacer aquella chifladura de su trilogía *USA* por mucho más tiempo, que era probable que empezara a desaparecer como figura prominente a medida que pasaban los años, algo que Hemingway no tenía intención de hacer. Puede que Max Perkins le hubiera exigido ese maldito libro sobre Harry Morgan demasiado pronto, pero *Las nieves del Kilimanjaro* era prueba suficiente para todo el mundo, o al menos para mucha gente, de que Hemingway todavía poseía la puntería y la amenidad necesarias para el largo trayecto. Dos Passos

era un encuestador, un pintor de murales, un creador de *collages*, simplemente tan bueno como sus materiales de referencia. Su innovación era una novedad, no un instrumento de precisión.

—No veo en qué puede ser tan malo.

—...

—Ten paciencia. Vuelve a empezar. ¿No?

—Claro, si es lo que hago. Lo intento. A lo mejor aquí.

—No debería ser difícil encontrar una historia aquí...

—¿Tú crees?

—Ernest, en Valencia...

—Sí.

—Vi a Julio Álvarez del Vayo.

—Claro que lo viste. Menudo mamón.

Llegó el zumo, en vaso alto, y el camarero esperó a que Hemingway se lo bebiera.

—Del Vayo no dijo nada, casi ni me reconoce. Lo único que hice fue preguntarle dónde estaba Robles, y empezó a tartamudear, y al final me soltó algo así como que estaba bien, como si le hubiera preguntado por la salud del hombre. ¿Por qué diría eso?

—Porque no sabe mentir, por eso.

El coche arrancó y siguieron el camino.

—Hummm.

—Pero en Valencia están bastante ocupados, Dos, estamos en guerra. Es el ministro de Asuntos Exteriores, podría haber estado pensando en cientos de cosas.

—Sí... pero hasta ahora es lo único que tenemos. Del Vayo es el principal responsable de la propaganda del gobierno, y atendernos a nosotros, los periodistas, es también su trabajo. Si no lo hace, la Internacional Comunista lo abandonará como a una almeja muerta.

—Quizá esté agobiado. Quién cojones sabe. Es un simple periodista, como nosotros, ya sabes, en el fondo es solo un redactor. Quizá le supere tanto todo que al final se le escape algo.

—Así que crees que Del Vayo lo sabe. Lo de Pepe.

—No tengo ni idea. Pero veremos si Gorev sabe algo. Eso si lo hacemos bien. Nada de comentarios, ni de explicaciones. Dejemos que sea él quien hable.

—No puedes escribir sobre esto, lo sabes, esto es real.

—Debería darte un mamporro.

Aparcaron delante de la embajada, en la calle Velázquez, que ocupaba uno de los edificios más antiguos y grandiosos de la ciudad, y se extendía a lo largo de la manzana como el palacio medieval que en realidad podría haber sido. Por los amplios escalones de la entrada principal subían y descendían decenas de emergentes burócratas, *apparatchiks* y soldados que llevaban muebles de oficina; subían y

bajaban de coches negros con informes bajo el brazo; entraban, esperaban y salían de reuniones y más reuniones. Los dos escritores no tuvieron problemas con el primer grupo de guardias, a quienes les enseñaron sus pases de prensa. La cita era a las cuatro, y eran las cuatro menos cuarto. Y aun así esperaron cincuenta minutos ininterrumpidos, sin abrir la boca, en un banco del enorme pasillo embaldosado delante de la oficina de Gorev. La luz del sol entraba como la neblina por una ventana alta en forma de arco, que a Hemingway le recordó a una iglesia, una iglesia episcopal en particular que había en Oak Park; aunque también a cualquier iglesia de España e Italia, y, de hecho, pensándolo bien, prácticamente a cualquier edificio mediterráneo en el que hubiera estado y que tuviera más de doscientos años. Todos eran como iglesias. Eran todos hermosos lugares en los que uno se podía perder soñando.

La secretaria finalmente los hizo pasar y atravesaron dos oficinas seguidas antes de entrar en el enorme espacio central de paredes de mármol, en el que había demasiada distancia entre la amplia mesa de caoba y las sillas de la sala. Gorev se levantó y simplemente se inclinó sobre su escritorio para estrecharles la mano. Su porte era regio, su uniforme desabotonado solo en el cuello, su rostro huesudo y sin labios, sus ojos grandes y azules, y sus párpados medio cerrados dejaban ver menos que los de un rinoceronte. Su mano era más grande que la de Hemingway, a quien le asaltó un recuerdo de su inseguridad adolescente, cuando le estrechó la mano a un hombre gigantesco en el club de caza de su padre, un hombre de pelo oscuro que se burló del chico por lo joven y lo menudo que era.

—Caballeros. —La voz de Gorev resonó como una campana de hierro en una cueva, y en un inglés con un acento tan europeizado que podía ser de casi cualquier nacionalidad al este del Rin—. Me alegro de concederle unos minutos de mi tiempo, señor Hemingway, siempre es un placer, y este debe de ser el señor Dos Passos. ¡Llámeme Sancho!

—Sancho, *rat teebya veedet*.

Hemingway refunfuñó un poco en su fuero interno. ¿Iba a convertirse esto en una competición para ver quién impresionaba al ruso?

—¿Habla ruso, señor Dos Passos? ¡Está bien saberlo!

—No con fluidez.

—¡Está bien saberlo!

Hemingway se llenó los carrillos de aire.

—Tengo que decirle algo —le confió Gorev a Dos Passos—, que me encanta *Orient Express*.

—Pues es usted el único.

Los dos se rieron. Hemingway fue el primero en sentarse y los otros lo siguieron.

—Así que han venido a verme dos grandes escritores norteamericanos, ¡dos grandes escritores de Illinois! ¿Qué puedo hacer por ustedes?

¿Illinois? Ofendido, Hemingway sintió que su migraña regresaba justo a tiempo.

—Sancho, nos estábamos preguntando si nos puede decir dónde está José Robles. Dos Passos se metió en la conversación.

—Lleva tres semanas desaparecido, según Mária Robles, ya sabe, su esposa. Gorev frunció el ceño en un gesto melodramático de preocupación.

—¿Robles? ¡No lo he visto!

El ruso miró a los hombres sin pestañear, e, instantes después, se encogió ligeramente de hombros como diciendo «¿Y?».

—Sí —dijo Hemingway. *¿No lo ha entendido?*—. Nosotros tampoco. Porque ha desaparecido. Su esposa dice que lo arrestaron.

—En mitad de la noche —añadió Dos Passos.

Gorev arqueó las cejas como si estuvieran sujetas de un hilo. Pero a los dos escritores les pareció que las había arqueado un cuarto de segundo tarde.

—¿Arrestado? ¿Quién lo ha arrestado?

Desvió la atención a su mesa, y comenzó a revolver en los cajones. Hemingway y Dos Passos se miraron.

—No lo sabemos. Por eso estamos aquí.

Hemingway se movía intranquilo en su asiento.

Gorev no apartó la mirada de sus cajones abiertos.

Hemingway respiró.

—¡Sancho! —Gorev se incorporó como si hubiera saltado una alarma antiincendios. Hemingway continuó, hablando en alto y lentamente para que captara su atención, sin darse cuenta de que hablarle de una forma tan condescendiente a Gorev podría significar que a la mañana siguiente apareciera muerto en una cuneta—. General, José era su traductor, ¿verdad? Queremos averiguar qué le ha ocurrido. Era una parte integral de su equipo aquí, ¿verdad? Entonces díganos, por favor, lo que sepa de por qué lleva desaparecido tres semanas. Seguro que se ha dado cuenta.

Y eso que no iban a decir nada.

—¿Que me he dado cuenta?

—Seguro que se ha dado cuenta de que no ha venido a trabajar, un día tras otro. Conoce a José, y sabe lo mucho que amaba la república.

—No, camarada Hemingway, no puedo decir que me haya dado cuenta. Tenía muchas obligaciones, y a veces pasaba días sin verlo. Estamos en guerra, lo entiende, ¿verdad?

—Sí...

—Y yo soy el que la organiza, ¿entiende?

Gorev estaba intentando dominar la situación, pero temblaba. Su respiración era fuerte.

—Sí.

—Y espera que sepa dónde están todos los *chernozhopyi* que entran en esta oficina...

—¿Qué demonios significa eso? —Hemingway miró a Dos Passos, que tenía los

ojos como platos—. ¿Qué le acaba de llamar a Pepe?

Dos Passos no dijo ni una palabra.

—Robles es un hombre libre —dijo Gorev con voz ronca, gesticulando inconscientemente con una mano en el aire, como si le estuviera echando comida a las palomas—. Quizá haya dimitido y se haya vuelto a América.

—Lo arrestaron, general.

Dos Passos se estaba poniendo rojo por las mejillas y por la frente.

—¿Y cree que yo hice que lo arrestaran? —siseó Gorev, a quien se le salían los ojos de las órbitas. Hemingway pudo ver que el cuello de la camisa estaba oscuro debido al sudor.

—No, Sancho, solo estamos intentando averiguar...

Gorev ocultó la cabeza entre las manos, y exhaló. Hemingway y Dos Passos se miraron. El ruso suspiró con fuerza. Para los dos hombres estaba claro que no era Robles el tema de la supuestamente desesperada conversación que estaba teniendo lugar en su cabeza. Cuando Gorev la levantó lentamente, en las manos había dejado pequeñas matas de pelo fino. El hombre tenía los ojos llorosos.

Intentó tranquilizarse.

—Han usado la palabra «arrestado» y eso implica que era oficial, ¿no? No han dicho «secuestrado». Con eso dan a entender que nosotros, los del Frente Popular, hemos huido con uno de nuestros propios burócratas y estamos, cómo era, ¿reteniéndolo en algún lugar? ¿No se dan cuenta de que es una insensatez lo que están sugiriendo? Saben que siguen los juicios de Moscú, camaradas. Yo lo sé. Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo debería ser consciente de que... —El ritmo de su voz disminuyó, como si se le hubiera sentado encima un elefante—. Todo lo que dicen lo pueden... oír.

Se frotó los ojos.

—Quizá —continuó él, ya más animado— a su mujer le pareció un arresto, puede que solo estuviera soñando. Quizá esté mintiendo, y le haya sido infiel a su marido, ¡ajá!, y lo llevó a coger el siguiente barco a Nueva York. ¡Esa me gusta!

Gorev se rió, y después se quedó callado. Los dos escritores se miraron de nuevo. Tragó saliva. Miró el reloj.

—Pero Sancho...

El ruso levantó la mirada otra vez hacia Hemingway, pero cansado, como si se estuviera preguntando por qué estas monjas del Ejército de Salvación seguían preguntándole si tenía dinero suelto.

—¿Sí?

Hemingway no sabía qué pasaba por la cabeza del ruso, aunque sí que tenía que ir con paso firme pero poco a poco y sin miedo, como haría uno con un perro rabioso antes de dispararle.

—Somos periodistas, ¿entiende? —le dijo Hemingway—, y puede que nos esté dando motivos para que hablemos a los periódicos norteamericanos de esto, de

Robles y su presunto arresto; de que nadie nos quiere contar ni a nosotros ni a su viuda dónde está o de qué lo acusan, o si hay constancia de ello; y de cómo, de hecho, su desaparición pareció haber pasado completamente inadvertida para usted y su oficina. ¿Entiende? Estamos aquí invitados por el Frente Popular, y estoy seguro de que a la gente de Valencia y de Moscú no le gustaría que nos obligaran a empezar a contar historias sobre cómo los comunistas fingían no saber o evitaban ser preguntados acerca de la desaparición de un coronel del ejército. Sabe lo famosos que somos, y muchos otros periódicos y revistas se interesarían por algo así. Esos peces gordos de Valencia y Moscú puede que lleguen a la conclusión de que después de todo no somos más que basura, pero su problema real sería los que nos dieron la historia y dejaron que la contáramos.

Gorev estaba sorprendido. Sus ojos se quedaron inmóviles.

—Miren, amigos míos norteamericanos, están haciendo una montaña de un granito de arena. Les diré qué pasa con Robles, pero no es para publicar. Es alto secreto. Se lo cuento a ustedes como camaradas.

—De acuerdo.

—José está cumpliendo una misión. Como agente secreto infiltrado en un contingente trotskista que nos ha estado dando problemas.

—¿En serio? Es un espía. Eso es lo que nos quiere decir. Antiestalinistas.

—¡Sí! Exacto. No es mi operación, pero para eso posiblemente fue lo del arresto, para darle a su mujer una historia que contar.

—Pero...

Dos Passos no podía encontrar las palabras ni en su propio idioma.

—No es una tapadera demasiado buena —dijo Hemingway—. ¿Por qué no acusaron del arresto a los trotskistas?

—Quizá esa era su intención, pero ella no lo entendió.

—¿Quizá?

—Sandeces —le espetó Dos Passos, que se limpió el sudor de la cabeza.

El teléfono de la mesa sonó, y Gorev se sobresaltó y se puso pálido. Miró fijamente hacia la puerta, a la oficina de la secretaria, y esperó a que ella cogiera la llamada. Cuando dejó de sonar, cerró los ojos.

—Sancho —continuó Hemingway, que también empezó a sudar—, si se supone que todo el mundo tiene que pensar que el POUM o algún partido anarquista secuestró a Robles, ¿por qué no iban a esperar que su ejército estuviera localizando su paradero? ¿Por qué no iban a admitir siquiera que se habían dado cuenta de que Robles no había aparecido en las últimas tres semanas? Dos fue a Valencia, y si lo que usted dice es cierto eso significa que cualquier burócrata del gobierno sabe que Robles es un espía dentro de una facción anarquista, y lo está encubriendo. ¿Cómo se puede guardar un secreto así si, por lo que he oído, nadie se puede tirar un pedo en Valencia sin que acabe en un informe en la mesita de noche de Franco?

Gorev tenía los ojos rojos, pero no movía ni un músculo. Parecía mirar a la pared

de atrás a través de las cabezas de los hombres. Hemingway no podía mantener la boca cerrada.

—¿Por qué iba usted a querer infiltrarse en los grupos anarquistas si ya tiene bastante con luchar contra los sublevados? Solo la Internacional Comunista estaría interesada, y solo por el bien de las purgas, con las que José no tenía nada que ver. Puede que sea un buen comunista, pero no es un cazador de trotskistas.

—Cada vez me huele más a noticia —dijo Dos Passos una vez que recobró la compostura.

Gorev se puso de pie de un salto.

—¡Me importa una mierda de rata Robles! ¡*Blyadskii* Robles! ¡Como escriban en algún sitio una sola palabra sobre Robles —ahora estaba despotricando con el índice de una de sus enormes manos extendido—, juro que acabarán tirados en una fosa bajo una pila de italianos! ¡Como digan una sola palabra más sobre él, considérense oficialmente deportados, y enviados en el primer carguero a Panamá! ¡Ahora vuelvan a su puñetero hotel y beban hasta desmayarse, y siéntanse satisfechos y aliviados de que hoy, solo hoy, sus nombres no lleguen amenazantes a oídos del camarada Stalin!

Respirando agitadamente como un caballo de carreras que ha llegado en último lugar, Gorev se alejó por la izquierda pisando fuerte, mirando hacia abajo, y limpiándose el sudor del cuello con las manos; desapareció con un portazo por la puerta que había frente a la puerta por la que habían entrado Hemingway y Dos Passos, al otro lado de la sala. Los escritores se levantaron lentamente, salieron por el otro acceso, pasaron por la oficina de la secretaria, cogieron sus abrigos del perchero, y sin decir nada bajaron taciturnos por las escaleras y salieron del edificio.

—Nunca había sido testigo de una escena así en toda mi vida —dijo finalmente Hemingway en el coche—, y he bebido absenta con Ezra Pound.

—No sé qué pensar.

—Esa palabra en ruso...

—«Culo negro», «negro».

—Carajo.

—¿Qué crees que le pasaba?

—Los juicios, me imagino. Están juzgando a los grandes bolcheviques, pero dicen que a los que están por debajo de ellos el gran Josif solo los está purgando. Parece que eso es lo que pasa, que nadie sabe quién será el siguiente. A juzgar por su aspecto, Sancho ha recibido una mala noticia esta mañana, y va directo al colapso.

—Pero por qué, después de todo lo que ha hecho...

—A Trotsky lo criminalizaron. Nadie es inmune.

—Dios... ¿Y ahora qué?

—¿Qué? Yo voy a hacer exactamente lo que Gorev nos ha dicho que hagamos. Voy a volver al hotel y a agarrarme una buena. No me digas que no has entendido lo que acaba de ocurrir. Acabamos de pasar por encima de una mina, Dos. Y hemos salvado el pellejo.

—Ya lo sé. Pero Pepe sigue desaparecido.

—Sí. Y yo me voy al Florida.

—Estás de broma. Vas a dejarlo estar. Vas a olvidarte de Pepe. Vas a dejar que, quien fuera que se lo llevó, se salga con la suya, y ya está.

—Hummm... Así es.

La conversación terminó ahí. El trayecto por la ciudad lo hicieron en silencio, uno mirando al este, y el otro al oeste.

El Florida era un animado enjambre de tres clases de abejas: periodistas de todas partes del mundo, brigadistas internacionales de permiso y putas. Las leyes sociales que podrían haber enviado a estos tres contingentes a diferentes hoteles y barrios fueron eliminadas por la guerra; terminaron juntos como dados agitados en un cubilete.

«Es el grupo más grande y más variado de señoritas de la noche que he visto en mi vida», escribiría más tarde Hemingway, lo cual quería decir que las mujeres variaban en peso, de los cuarenta kilos a los ciento cuarenta y cinco; en raza, de las moscovitas con mejillas de alabastro a las mujeres negras de Rodesia; en belleza, de las mujeres con cara de caballo, fruto de las violaciones en granjas, a algunos de los rostros más radiantes con los que se había confrontado Hemingway en su vida. Aunque podía resistirse a la mayoría de ellas por separado, apenas podía oponer resistencia a apreciarlas en su conjunto y a pasearse tranquilamente entre ellas como si estuviera de compras, mareado y encantado por tener tanto donde elegir. Al final no pudo resistirse a ninguna de ellas por separado, y había vuelto del segundo piso después de haberle hecho el amor a una diosa senegalesa (de largas piernas, color chocolate, pómulos prominentes) que se llamaba Maimouna, de ojos con el color y la forma de las almendras, cuando Martha regresó de entrevistar a una viuda republicana para Colliers y lo olió en el baño de la 108.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Hueles a... manteca de karité.

—¿Qué es eso?

—Las mujeres africanas la usan; está en sus jabones.

—¿Ah, sí? —Hemingway se olió el brazo sin ganas—. Hummm. No me huele a nada. ¿Abrimos el armañac?

—Adelante. Yo me vuelvo a Nueva York. Ven a buscarme cuando puedas mantener las manos alejadas del ganado.

Y así, sin más, Martha hizo las maletas y se fue. Hemingway negó que hubiera hecho una tontería y le rogó que no se fuera, pero ella solo sonreía de vez en cuando y lo ignoraba, algo que ponía furioso a Hemingway; después de que ella cerrara la puerta de un portazo, él abrió el armañac para él solo. Tras darle unos cuantos tragos a la botella, Hemingway recordó que de todas formas Martha tenía que ir a Nueva York en algún momento para reunirse con Joris Ivens para hablar de la película, y se dio cuenta de que probablemente había terminado de documentarse para escribir el artículo para el que la habían enviado aquí, y echaba de menos Manhattan y a su madre. Así que el olor a manteca de karité y la sospecha de haberse ido de putas fue

una excusa y un motivo oportuno para marcharse.

O quizá estaba realmente disgustada, y de verdad lo abandonaba.

Enfurrñado, se pasó toda la tarde bebiendo, tomando notas sobre un brigadista, un yanqui, que llega a las colinas como ¿terrorista?, ¿asesino?, ¿estratega?, ¿que tiene relaciones sexuales sinceras y húmedas con una chica española?, ¿en una tienda de campaña? Quizá. ¿No haría mucho frío ahí fuera en las montañas? Nunca había descrito antes una escena de sexo, y no tenía ni idea de cómo abordarla. ¿Le quitaría fuerza un enfoque libre de sandeces y adjetivos? Y las oraciones excesivamente largas de libre asociación ¿sonarían demasiado a novela erótica victoriana? Y todo el diálogo tendría que estar en español, pero leído como si fuera inglés, ¿verdad?

Recuperaría a Martha, a su debido tiempo. No tenía que ir tras ella. Esperaba no tener que hacerlo. ¿Lo debería hacer siquiera? Ni podía intentar ir a buscarla, al menos hasta mañana, porque ya había bebido demasiado del exquisito armañac como para tomar decisiones prudentes. De todas formas, ¿con quién se iba a ir? ¿Qué escritor, qué hombre en Nueva York iba a estar a la altura? ¿James Thurber?

Bueno, y en el peor de los casos, Pauline esperaba en Cayo Hueso como siempre. Todavía no había dado por finalizado su matrimonio. Se suponía que haber quedado con Martha en España era un secreto, pero Hemingway sabía que aunque se tirara a Martha encima de la mesa de Whitehead Street mientras Pauline intentaba trinchar un asado, esta todavía aceptaría sus disculpas y volvería con él.

Por el momento, el penetrante y cálido aguardiente de sabor almibarado le proporcionaba una visión dominante del mundo desde su puesto aprovisionado en la habitación 108; mientras, caían proyectiles a kilómetros de distancia con un ruido seco, se realizaban disparos en la lejanía, y a su ventana llegaba el tímido canto de los pájaros después de una fuerte lluvia, la sobria, desolada y noble maraña de sonidos de lo que quedaba de la entristecida ciudad de Madrid.

Pero pronto la dulce bebida, una vez en su cuerpo, hizo que se pasara de un lado para otro, que se diera cuenta de que el día estaba hecho para algo mejor que ponerse melancólico; así que Hemingway volvió al segundo piso, con una segunda botella de armañac en la mano, para disfrutar de la falsa adoración de las prostitutas del Florida, y, quizá, libre como un soldado de permiso, relacionarse con ellas como se hace en tiempo de guerra, temerariamente, de tres en tres, borrachos como cubas y sin pensar para nada en el mañana.

Cuatro de ellas exclamaron «¡Señor!» con voz suave y al unísono (una guapa corsa pelirroja, una vasca de mediana edad con pendientes de aro, una borgoñesa de aspecto cansado, pero con los ojos todavía igual de brillantes que los de Marlene Dietrich, y una adolescente ucraniana con pechos desproporcionadamente grandes debajo de una blusa de encaje y un chal que no escondían nada), mientras las que no estaban ocupadas asomaban la cabeza por la puerta, mientras Hemingway les daba la bienvenida con los brazos abiertos en lo alto de las escaleras; y de repente se dio cuenta de que todas ellas podrían beberse la botella en nada si las dejaba, besó a cada

una afectuosamente y escogió a las tres que lo seguirían a la habitación del final del pasillo adonde lo llevaba la primera mujer, la corsa. Las otras dos eran la chica ucraniana y una doncella cordobesa con la piel color café con leche, un lunar justo en mitad del escote y una relajante tendencia a sonreír cuando la vida se volvía caótica a su alrededor.

Hemingway terminó enseguida. Pero como les había dicho que les pagaría, ellas siguieron solas, y bebieron lo suficiente como para tomárselo a risa e incluso tener orgasmos; los cuatro estaban tirados en la enorme cama, borrachos, desnudos y despidiendo un fuerte olor; y entonces Hemingway empezó a contar la historia de Agnes y la Gran Guerra, mientras la corsa, emocionada, lloraba en silencio.

Entonces fue ella la que contó su propia historia, sobre un chico al que amaba, que como un tonto se fue a Grecia como soldado de fortuna, con muy poca experiencia, y se rumoreaba que lo había matado un chulo de Tesalónica; y su hermano gemelo, hacia quien la chica se sintió inevitablemente atraída y del que se enamoró locamente, se cayó dentro de un pozo y murió. La mujer de Córdoba contó después la historia de su marido, que se alistó en el ejército francés y murió en el Marne, dejando a una hija que había tenido con una granjera en Nantes, a quien la puta cordobesa enviaba dinero cada mes, y como regalo de cumpleaños un libro francés, de Balzac o Hugo o Dumas, todos los años en junio.

El relato que la chica ucraniana contó, con sus grandes pechos descansando sobre el colchón, era más prosaico pero de algún modo poseía un matiz trágico más oscuro: narró detalladamente que cuando tenía doce años, alguien, unos soldados o policías o algo así, todo muy oficial e imponente, tiraron abajo la puerta principal en mitad de la noche, ataron a su padre a una silla de la cocina, le pegaron en la nuca con una porra y lo dejaron inconsciente. Gritaban quién y dónde al padre de la chica, pero el hombre solo decía que no lo sabía, les suplicaba que lo creyeran, hasta que se desmayó. Entonces empezaron a desvalijar la casa, a romper casi todos los muebles que había en ella, desataron al padre y lo sacaron de la casa, dejando a la familia llorando. La chica ucraniana no volvió a ver a su padre y aunque su madre se quedó en el país para averiguar adónde se habían llevado a su marido y qué habían hecho con él, la chica se marchó cuando pudo, a los dieciocho años, y nunca albergó muchas esperanzas de que fueran a encontrarlo vivo. ¿Por qué iba a estarlo después de todo lo que había pasado?

Y Hemingway pensó: Robles. Pensó en que hacía años que llevaba oyendo que esta nueva clase de historia ocurría en Moscú y en Minsk y en Berlín y en Roma y en Lisboa, en que a Robles, por lo visto, lo habían sacado de la cama a oscuras de la misma forma, en lo mucho que estaba sucediendo en Europa en mitad de la noche, sin identificación ni imperio de la ley. El continente se estaba volviendo loco, cada nación, como zarigüeyas enjauladas sin comida. Apesadumbrado, con dolor de cabeza y encima de una cama con una maraña de cuerpos complacientes, Hemingway oía los gritos, los chillidos, los golpes de las porras contra los músculos y el cuero

cabelludo, el viaje en coche en mitad de la noche. ¿Era Robles un espía de los fascistas? ¿O un espía antifranquista al que habían pillado? ¿O lo habían juntado con los trotskistas y simplemente lo estaban purgando?

No sabía qué pensar. Hemingway no podía haber llegado a una conclusión razonada, aunque no estuviera borracho ni rodeado de prostitutas desnudas que se besaban y bebían, sobre el Frente Popular o Stalin o Trotsky o el poum o el gobierno de Valencia, ni siquiera sobre la postura no intervencionista de Roosevelt, porque todo el mundo tenía motivos políticos que estaban ocultos como la ropa interior de un esposo infiel o como el as en la manga del tramposo. Los ideales de la república, por mucho que quisiera creer en ellos, siempre parecían venir acompañados de sombras, transigencias, o hipocresías residuales. Ya no hay honor, si alguna vez lo hubo, lejos del frente de batalla. En su fuero interno, sabía que luchar contra los fascistas era lo correcto, y que era una decisión fácil de tomar; por desgracia, no podía considerar como un amigo al enemigo de su enemigo. No era ni un campo de béisbol ni un patio de colegio. España se parecía más a un bar de mala muerte, en el que la desesperación y el hambre unen a la gente, para luego trastornarlos con el alcohol y la preocupación hasta que las viejas venganzas y el rencor y la codicia provocan un derramamiento de sangre.

Robles, con los ojos vendados, en el maletero de un coche. Hemingway, con la imagen clavada en sus pensamientos como un anzuelo. No podía quitársela de la cabeza. Hacía tiempo que las mujeres se habían ido, horas más tarde, y seguía sin poder olvidarla.

Así supieron los norteamericanos qué había en España en 1937, que en realidad José Robles había sido secuestrado y ejecutado en marzo, a las afueras de Valencia. La noticia había ido de Álvarez del Vayo, el ministro de Asuntos Exteriores, con fama de insensible y falso, a Josephine Herbst, la tímida y minúscula periodista norteamericana, cuando Herbst quedó con él al llegar por primera vez a España. Había conseguido su insólita carta de recomendación de la oficina de relaciones públicas de la Internacional Comunista en París, que no la convertía tanto en una roja como en una oportunista; y había mencionado, mientras tomaban café con Del Vayo, los nombres de Dos Passos y Robles, y Del Vayo dijo muy rápidamente que había oído que Robles no solo había desaparecido, sino que estaba ya muerto. Había oído que el fallecido había sido acusado de ser un espía para los nacionales, pero Del Vayo no dio más detalles, y de hecho actuaba como si no supiera nada más. Se había encogido de hombros. Muchos hombres poderosos de la España de 1937 se encogían mucho de hombros. Herbst sabía que no podía insistir, porque para empezar había tenido suerte de entrar en esa oficina en plena guerra.

Después Josephine se lo contó a Hemingway. A altas horas de la madrugada, serían alrededor de las cinco, después del idilio con las tres putas, una serie de pequeños proyectiles alcanzaron el Florida. El edificio tembló, las ventanas estallaron, y la tensión arterial subió como un cohete. Herbst casi mojó la cama; Dos Passos se levantó para ponerse unos tapones en los oídos; Sidney Franklin renunció a dormir y se vistió; Antoine de Saint-Exupéry salió en camisa de dormir y empezó a repartir entre los nerviosos periodistas que había en el pasillo unos pomelos del mercado negro que tenía guardados; se podía oír a un Errol Flynn populachero aullar como un lobo en las habitaciones de las prostitutas; el periodista del *Daily Express*, Sefton Delmer andaba a la rebatiña por las escaleras llevando puesto solo unos calzones de raya diplomática; el lacayo de la Internacional Comunista, Gustav Regler, apareció corriendo con un casco de soldado de la primera guerra mundial bastante abollado; y Hemingway llegó a los pasillos sin aliento, dispuesto por instinto a correr hacia la zona de la explosión, y no a alejarse de ella.

Pero se terminó enseguida, y los norteamericanos, británicos, rusos y franceses, con cara de sueño y los nervios de punta, deambulaban por el vestíbulo o volvían arriba a ponerse algo de ropa. Herbst se encontró de pie al lado de Hemingway, cerca de la entrada principal, mirando a un cielo nocturno que pronto daría paso al color rosado del amanecer, y como todavía temblaba, Hemingway la invitó a un trago en la 108. Ella nunca había bebido antes de las tres de la tarde y a su estómago no le apetecía en ese momento, pero una invitación así no se podía rechazar, a pesar de la hora y de la situación.

Allí, sentados en las sillas de Hemingway y bebiendo *whisky* de malta con un nombre de cinco sílabas, salió el tema de Dos, de que Hemingway estaba empezando a pensar que Dos podía meterlo a él y a todos ellos en un lío si seguía insistiendo en el tema de Robles; y fue entonces cuando Herbst le contó, palabra por palabra, lo que le había dicho Del Vayo días antes.

—¿Muerto? ¿Cuándo? ¿Un espía? ¿De Franco? —dijo Hemingway, y le dio un ruidoso sorbo a su copa. Herbst se encogió de hombros, como un pajarillo con un tic—. ¿Robles un espía? Y una mierda. Si era un maldito *scout*. ¿Y tú te lo has creído?

Herbst se encogió otra vez de hombros.

—Ernest, yo no conocía a ese hombre. De todas formas, no estaba en posición de acusar a Del Vayo de mentir.

—Estaba mintiendo, como un jodido bellaco. Pepe no era un fascista, por Dios. Era un ángel, un puñetero coñazo de héroe. No ayudaría a Franco ni aunque le fuera la vida en ello. Sabes lo que eso significa.

A Herbst estaba claro que no le importaba; solo le preocupaba escribir algunos artículos y venderlos a varias revistas y después salir pitando de ese paisaje de pesadilla en lo que tardaba en subir las maletas al autobús.

—No, no tengo ni idea.

—Eso significa que seguro que a Robles lo mataron, que alguien se la tenía jurada, algo pasó. Y se creen que el asunto desaparecerá, como el humo de artillería, solo porque estamos en guerra.

—¿Y?

—¿Y? Maldita sea, eso quiere decir que Dos tiene razón. Quiere decir que al menos alguien tiene que intentar averiguar la verdad.

—Dios —se quejó Herbst—, esto es demasiado para mí, Ernest.

—Y para mí también, Josie.

Sentado en el borde de la cama, un poco borracho a una hora demasiado temprana, y con una mujer por la que no sentía atracción alguna, Hemingway sintió que finalmente la bestia se rebelaba. Sabía que a partir de ese momento sus más bajos instintos iban a obligarlo, ya lo estaban haciendo, a ir en busca del siniestro y, suponía él, ensangrentado artífice de la historia de Robles, a meterle una bandera por el culo al mercenario rastrero que pensó que se saldría con la suya después de matar a un inocente y mentir, mentirles a ellos, a los periodistas norteamericanos que arriesgan sus vidas aquí en España al querer ayudar a los republicanos y luchar contra el fascismo. Qué displicencia, qué caradura. Casi siempre, a Hemingway le gustaba fingir un desinterés varonil en la mala suerte de los demás, pero a veces sencillamente no podía. Esta era la historia de Harold Dolsch en Kansas City, la de Lombardía durante la guerra, la de Scott en París, esto era Chicago y París, periodos de escritura y bebida y de búsqueda de aventuras interrumpidas, terriblemente, por momentos de injusticia que conseguían quitarle el sueño. Para Hemingway, esta obligación no era fruto de la integridad, ni desde fuera lo parecía. Más bien, era orgullo cósmico y ego,

o la dolorosa falta de eso que dejaba un vacío que había que llenar. O quizá oscilaba entre una cosa y otra, en un rebote exasperante.

Robles parecía ser un clásico ejemplo de esto. Hemingway ya estaba pensando en cómo salir de esto, de enfrentarse a ello sin meterse de lleno. Quizá pregunte un poco por ahí, razonó él, y eso será todo. Puede que esto acabe siendo un misterio sin resolver, puede que tenga que ser así. No sería la primera vez en una guerra civil, ¿verdad?

Pero tantearía el terreno, vería qué se podía averiguar. Después de todo, podría salir un libro de ahí. O una historia. O, por lo menos, unos cuantos informes o incluso un artículo para *Look*. Puede que al final terminaran matándolo, y de una forma heroica recibiría sus últimos segundos. Sería un alivio. Pero puede que sobreviviera, y, por muy improbable que fuera, quizá desentrañar el destino de Robles le daría a su vida a partir de ese momento una sensación de cumplimiento y significación. A Hemingway le costó imaginarse esa maravilla, pero todo era posible.

Fuera cual fuera el desenlace final, podía sentir que la pendiente se hacía más empinada bajo sus pies y la gravedad de las preguntas sin contestar lo agarraba de los tobillos.

Pero antes de nada, Dos.

—Se lo contaré a Dos —dijo él.

—Vale.

Herbst estaba mareada por el alcohol y la preocupación.

Hemingway no podía aguantar pasar el día entero con un furioso, indignado y apenado Dos, así que no lo buscó esa mañana; se echó la siesta. Por la tarde, todos los periodistas extranjeros fueron enviados a un castillo que el gobierno tenía a las afueras de Madrid para una comida de gala, para celebrar que la recién estrenada XV Brigada (junto con el contingente Lincoln, que volvían de combatir en el Jarama y en Teruel) estaba oficialmente bajo el mando de la república y para brindar por el sexto aniversario de esta. Había mucha gilipollez, discursos y bandas de música con sus trompetas y palmaditas en la espalda, aunque el castillo era de una belleza espectacular y decadente, y su interior lo iluminaban lámparas de aceite y lo calentaban crepitantes chimeneas; tenía la mejor barra libre y el bufé más abundante que Hemingway jamás había visto dentro y fuera de Europa. Con una resaca de aúpa ya a las dos, primero se pidió una copa en la barra, un tequila doble con lima, se la bebió, pidió otra, y mientras el alcalde de Madrid parloteaba en el quiosco de música, encontró a Dos Passos andando como un alma en pena entre la gente, ignorando por el camino a algún que otro burócrata servil.

—Dos, en cuanto a Pepe...

Dos Passos le dedicó una fugaz mirada de indignación, la última conversación que habían tenido todavía resonaba en sus oídos. Pero fue solo por un instante, y Dos lo escuchó con gravedad.

—Dicen, Dos, que Robles está muerto.

Dos Passos se quedó inmóvil unos instantes, respirando profunda y lentamente por la nariz.

—¿Cómo te has enterado?

—Por un amigo de un amigo de un amigo. Pero salió de Del Vayo.

—Ese mierda. Me mintió en toda la cara.

—No es que me sorprenda.

—Entonces, ¿es oficial?

—Yo diría que no. Supongo que es confidencial. Y Del Vayo afirmaba que solo estaba repitiendo lo que oyó.

—Es como el juego del teléfono escacharrado. ¿Quién sabe cuál es la verdad?

—Puede. Mira, Dos, los rumores y las noticias siempre se confunden en este sitio, pero cuando un ministro de Asuntos Exteriores dice que ha oído que un hombre está muerto, posiblemente sea verdad. Sobre todo después del arresto y de la crisis nerviosa de Gorev.

—Pero entiendes que no sea suficiente.

—Sí.

—¿Es suficiente para ti?

Dos Passos estaba siendo, una vez más, suave pero contundente. Hemingway dejaría que su amigo lo intimidara y avergonzara solo unas veces más ese año.

—No, Dos. Pero qué podemos hacer.

—Investigar.

—Investigar...

—Sí. Sigue siendo un crimen. Se tiene que hacer justicia.

Justicia. Hemingway no creía, en ese momento, que Dos tuviera idea de cómo investigar el asunto, o qué le podía costar al final una investigación así. Lo único que veía en él era su ferviente rectitud, algo que estaba bien mientras no arrastrara a Hemingway a ir de un lado a otro haciendo el tonto, desperdiciando su fama y renombre y cabreando a la gente en una ciudad en la que la pregunta principal parecía no ser si un bocazas alborotador desaparecería en mitad de la noche, sino a qué facción o cuerpo secreto pagarían para hacerlo.

Esa noche, Juan Posada, el afable jefe de policía de la república en Madrid, y quién sabe qué otro puesto de prestigio tendría en la cambiante burocracia del Frente Popular, daba otra fiesta solo con invitación en su increíblemente suntuoso ático. Hemingway fue por la bebida y lo que prometía, finalmente, ser buena comida española, y para fisgonear entre los políticos y los rusos.

El motivo por el que Dos Passos también acudió, Hemingway lo ignoraba. Pero el mismísimo Posada lo recibió en el balcón, bajo una luna amarillenta como los dientes de un fumador. Le dijo sin rodeos que sí, que Robles estaba muerto, que sí, que la república ha obligado a todos a hacer algunas cosas horribles y a pasar por alto otras, que sí, pero deja de preguntar, nadie sabe exactamente quién lo hizo y tampoco nadie quiere saberlo, de ahora en adelante simplemente mantén la boca cerrada.

Dos Passos escuchaba, y no se quedó satisfecho. Posada levantó las manos, ese era su mejor gesto, que simbolizaba la forma en la que se encargaba de la guerra y de la Internacional Comunista y de los anarquistas y de las muertes innecesarias y de su propia supervivencia. Levanta las manos, una variación del encogimiento de hombros. Posada sobrevivirá a esto, pensó Dos Passos. Era la cucaracha que las bombas y los pesticidas y las pisadas no podían matar.

Dos Passos se marchó poco después enfadado, y Hemingway no lo supo hasta una hora después, ocupado como estaba camelándose a una periodista de *Le Temps*, cuyo busto excedía en medida a sus caderas, de tal forma que se podía ver desde el otro extremo de la habitación, y cuya insinuante mirada le recordaba a Hemingway a Clara Bow. Aunque quería seducirla allí mismo, en la cama del ático de Posada, no dejaba de intentar extraerle información sobre los intermediarios del Frente Popular, a los que los burócratas podrían haberles encargado en secreto que llevaran a cabo un asesinato y quienes delegarían el trabajo en subordinados o mercenarios. Esto extinguió la pasión de ella, pero no antes de mencionar el nombre «Quintanilla», a propósito de un aumento general de las desapariciones y la creciente influencia de la Internacional Comunista en España. Estaba claro que la mujer no era comunista (¿una hermosa periodista francesa que no era marxista?, ¡ojalá se pudiera centrar en su soutien-gorge y no en lo que podía saber!) y por eso, como era posible que no estuviera estrechamente relacionada con el Frente Popular, sus opiniones probablemente venían del suertudo, posiblemente un político, con el que compartía la cama en tiempo de guerra. Pero ¿qué había oído? Quintanilla era un nombre bien conocido que uno solo se lo mencionaría a Ernest Hemingway en una fiesta del gobierno si quería que la bola de nieve se hiciera más grande. El «verdugo de Madrid», y comisario de algún destacamento de seguridad u otro tipo de licencia dada por los soviéticos, Pepe Quintanilla no solo era un tristemente célebre y muy temido agente de la policía secreta de la segunda república, sino también un avezado y sofisticado europeo, y Hemingway era uno de los pocos civiles influyentes que Quintanilla parecía respetar. Además, a este le encantaba el oporto. Cuando Hemingway lo conoció por primera vez, Quintanilla acababa de llegar de Moscú, e irradiaba un poder y un objetivo ocultos, como un hombre a quien Dios había nombrado personalmente para dirigir una cruzada. Era un tipo glacial, capaz de hacer que el típico turista inconsciente tiemble de repente y tema por su vida sin Quintanilla decir una sola palabra, pero Hemingway también sabía que podía beber más que el español, fuera cual fuera el brebaje que tuvieran a su disposición, de grano o de uva. Y como tantos españoles, un Quintanilla borracho era un Quintanilla estúpido e inepto.

Dos semanas antes, Hemingway pudo ver a este Quintanilla, cuando después de una larga tarde bebiendo coñac en el Gran Vía, a media manzana del Florida, el agente secreto de piernas largas y abultados párpados intentó encender un cigarrillo con una vela gruesa que había al final de la mesa, y se quemó la patilla. El cigarrillo

se le cayó, Quintanilla soltó un alarido y se dio una bofetada en ese lado de la cara con la fuerza del desafío de un duelista, y básicamente volcó un banco corrido, y con él se fue al suelo. Desde la otra punta del restaurante, se podían ver los caros zapatos del hombre, con los pies todavía dentro, apuntando hacia el techo, para luego desaparecer en la oscuridad. Se oía también lo que parecía una bolsa de bolas de golf de noventa kilos y patas de pollo haciendo ruido contra el suelo de madera. Y olía ligeramente al humo acre que sale del pelo quemado. Quintanilla apareció en el Gran Vía al día siguiente con un nuevo corte de pelo y sin mostrar conciencia alguna sobre el incidente. Nadie se lo recordó.

A Hemingway esa francesa le olía a problemas. Solo le dio su nombre de pila, Pascaline, y él se acercó a ella, y puso su rolliza mano en la pared al lado de su cabeza.

—Bueno —farfulló ella, bastante perjudicada también—, Quintanilla, el verdugo, dicen que así entiende el trabajo. Y le gusta.

—¿Quién lo dice?

—*Monsieur* Hemingway, todo el mundo dice, nadie dice. Por favor.

—Pero necesito saberlo, necesito hablar con alguien que sepa cómo funcionan estas cosas, quién da las órdenes.

—*Mon dieu, pourquoi?* ¿Está escribiendo sobre asesinatos?

—Bueno, no...

—¿Quién va a querer oír eso? ¿Aparte de los alemanes?

—Sí...

—¿Entonces eres un paladín? ¿O uno de esos quintacolumnistas?

—Por favor...

—Lo sé, lo sé, es Ernest Hemingway. Está trabajando en su próximo libro, y la guerra es su nueva historia.

Hizo una pausa para eructar.

—*Mazel tov* —dijo ella con un movimiento rápido de la mano.

Y se fue, un *excusez moi*, una falda que, ondeante, desaparecía por la puerta más cercana, y Hemingway se quedó solo, tambaleante. ¿*Mazel tov*? Se levantó, de repente verdaderamente ebrio, y se dio cuenta de que tenía que encontrar a Quintanilla. Pero entonces se estaría metiendo de lleno, no de la forma populachera de las celebridades norteamericanas, con espías soviéticos y daños colaterales. Si tenía suerte, acabaría sabiendo quién era el responsable de la muerte de Robles, pero ¿y después qué? ¿Qué quería hacer después? Si seguía teniendo suerte, ¿hasta dónde llegaría?

Si no tenía suerte, las preguntas que no quería hacer (que salían de su cabeza y se metían en un abismo, como las clases de matemáticas de séptimo grado que no quería recordar) serían irrelevantes. La suerte significaba no hacer ese tipo de preguntas.

Esa noche soñó con Robles, con Italia durante la guerra, y con una vez en el frente cerca del río Isonzo, cuando Hemingway vio a Robles coger las manos y los huesos de la pierna de un hombre moribundo después de que un proyectil cayera sobre el lugar y los puso con el hombre en la camilla, sabiendo que este no sobreviviría a la clasificación pero lo había hecho para que el hombre se sintiera mejor, para que creyera que había una posibilidad de que lo volvieran a montar como a una marioneta rota. Hemingway soñó que mientras observaba se sentía como siempre había recordado sentirse: inquieto, porque sabía que él no se habría molestado en hacer lo mismo. Rápidamente le habría contado al moribundo alguna tontería, se inventaría algo. Él era escritor. Robles no.

Cuando Hemingway se despertó en la 108 no recordaba ni el sueño ni la vuelta a casa con Josie en el coche oficial, y no le importó mucho. Mezcló zumo de naranja con un poco de ginebra, comió arenque en escabeche de un tarro, y escribió dos informes de ochocientas palabras para la nana sobre quintacolumnistas y la desaparición de Robles, ninguno de los cuales sería publicado nunca. Al sindicato le encantaba que apareciera el nombre de Hemingway, pero a los editores de la Alianza nunca les gustaban los artículos que describían poéticamente los impactos de la guerra y que de informes no tenían mucho. Hemingway era un experto en escribir reportajes sin florituras, bien lo sabía Dios, pero no le interesaba hacerlo en ese momento, lo habían contratado, y hacía lo que le venía en gana, y los chupatintas de Nueva York que se fueran al carajo.

Sidney Franklin llamó a la puerta y entró, y señaló de manera inquisitiva el trozo de arenque que quedaba en el tarro que estaba encima de la mesa, y esperó hasta que Hemingway alzó lentamente la mirada, y después de unos segundos hizo un gesto de desaprobación con la barbilla. Franklin lo sorbió ruidosamente y se sentó.

—No te sientes. Ve a buscar a Dos.

—No puedo, jefe, se ha ido. Josie lo mencionó, encontramos café...

—¿Adónde?

—A Valencia.

Por el amor de Dios. Dos seguía adelante como un perro fiel después de que su dueño se hubiese caído por un acantilado. Hemingway sabía que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba haciendo. En su vida había hecho un informe sobre un crimen para ningún periódico importante; fue, sin embargo, un niño rico que pasó un tiempo en la Sorbona y tuvo tutores y escoltas, y en su juventud nunca tuvo un trabajo con un salario bajo. Dos Passos todavía confiaba en la gente. Todavía creía en el bien y el mal.

Hemingway mandó a Franklin a buscar una botella de chardonnay, cualquiera, y

trabajó un rato en la historia que tenía en mente, sobre el americano, la que se suponía que el contrato con la nana y el viaje en sí alimentarían. Pero, por supuesto, él solo garabateaba. Iba a tener que salir más al campo de batalla, subir a las montañas, entrar en contacto directo con los españoles que luchaban a kilómetros de sus tierras para que la dinámica imperativa del libro hiciera acto de presencia. Algunos escritores eran capaces de, simplemente, quedarse sentados en la misma habitación año tras año y hacer que aparecieran como por arte de magia toda clase de disparates, como Dos, más o menos. Como Joyce, el homúnculo de cabeza abombada. Como Gertrude, bien lo sabía Dios. Pero Hemingway nunca había tenido esa habilidad. Tenía que estar presente para después escribir sobre lo que había visto, utilizar a amigos, mujeres y conocidos como modelos, y con suficiente frecuencia a sí mismo como personaje, y entonces asegurarse de que el personaje era un tanto imperfecto y antipático. Trágicamente imperfecto. O incapaz de ser noble, quizá, en un deleznable mundo moderno que ha coartado la nobleza. El hombre de Colinas como elefantes blancos, ese era él, era prácticamente una transcripción de una conversación que había tenido con un periodista del Times llamado Undine en 1919, sentado en la estación Victoria. Se cifraban algunos detalles, se hacía que uno pareciera un auténtico canalla, y ya estaba. Pero el hecho es que uno no puede inventarse esas cosas. ¿Escribió Fitzgerald una historia como esa? ¿Lo hizo Joyce? ¿Alguien? Si quieres que la historia tenga algo de peso, tienes que salir afuera a buscarla, no se puede inventar como un cuento para niños.

Pero por ahora, el libro de Hemingway trataría sobre beber hasta el exceso en una habitación de hotel, no de los horrores de la guerra. Su abuela ni siquiera compraría ese libro.

En cuanto soltó el lápiz, empezó a pensar en Robles, en quedar con Quintanilla, en cómo, probablemente, Dos terminaría bajo tierra después de andar fisgoneando (impulsado por la rectitud pero sin pista alguna) y conseguir así que la Internacional lo tachara de problema.

A Hemingway también le vino a la mente que no conocía tan bien a Robles (puede que se hubiesen encontrado diez veces en total, desde Italia en 1917 hasta Nueva York en 1930, todas ellas regadas con alcohol). Casi todo lo que creía que sabía de Robles era por Dos Passos. ¿Pudo haber sido un espía fascista como había dicho Del Vayo? Parecía absurdo, pero ¿quiénes eran estos locos fascistas, y por qué pensaban de esa forma? ¿Eran todos ellos simplemente unos reaccionarios furiosos? ¿O marionetas? Hemingway no tenía ni la más remota idea.

Aprovecha la mañana, pensó él. Sabía de un hombre en Madrid que conocía a Robles mejor que Dos Passos, un profesor de química de secundaria convertido en fabricante de bombas marxistas, y que trabajaba para el poum, llamado Obdulio Pilas. Dos Passos había hecho alusión a él como partidario de Robles de toda la vida, desde cuando era profesor de Robles en Barcelona hasta que se separaron por motivos políticos a principio de los años treinta. Robles fue por el camino del comunismo

soviético y Pilas, por el contrario, creía en Trotsky, en la «revolución permanente», y en la transparencia del totalitarismo brutal de la urss. En lo que a Hemingway se refería, el Frente Popular y el poum parecían oponentes iguales que solo diferían por su táctica y lo puras que creían que eran las intenciones del otro. Quienquiera que fuera a ganar finalmente la lucha, los soviéticos estarían allí para seguir manejando los hilos.

Entre tanto, Hemingway no sabía cómo encontrar a Pilas. Lo único que sabía era que el hombre siguió en Madrid después de la batalla de noviembre, y Robles solía quedar con él de vez en cuando para beber y discutir. Los anarquistas expertos en bombas no se encontraban en la guía telefónica.

—Sidney, ¿a quién conoces del poum?

Hemingway echó mano de su tono cortés, ya que Franklin acaba de llegar con cinco botellas de Alsace Willm Pinot Gris de 1928, por las que intercambié con el desesperado vinatero una pequeña caja de paté de oca de muy baja calidad.

—A nadie. Su sede está en Barcelona.

Franklin estaba siempre sudando, incluso cuando hacía frío, debido al esfuerzo que le costaba levantarse de la silla.

—Sé dónde están. Pero tiene que haber algún que otro trotskista fanfarrón por aquí.

—No lo sé. Pero creo que Flynn es un simpatizante.

—¿Errol Flynn? ¿Es del poum?

—No, es una estrella de cine. Pero me parece haber leído en una revista de Hollywood que le gusta el poum y no está de acuerdo con los estalinistas.

—De cualquier manera, quién iba a pensar que tendría una opinión.

—No, por lo visto es un tipo listo.

—Chorradas. De todas formas, ¿qué está haciendo aquí?

—No lo sé.

—Morboso hollywoodiense.

—Sea como sea, ¿para qué quieres a un trotskista?

—Porque estoy buscando a uno en particular. Que conocía a Robles.

Franklin no entendía, pero no gastó energía en preguntar más. Después de abotonar su camisa, Hemingway se fue y subió al segundo piso, a las habitaciones de las putas, con dos botellas de Alsace Willms. A una hora tan temprana de la mañana, todo estaba en silencio, pero el sonido de fuertes pisadas en el pasillo al final hizo que alguien sacara su somnolienta cabeza por la puerta (la cuarentona vasca, que exclamó «¡Hemingway!» con voz ronca y le plantó un fragante beso en los labios y una mano en la entrepierna).

—No, mi chica, no puedo, no tengo tiempo. Por favor, coge este vino y dime también, ¿sabes dónde está el señor Flynn?

A la mujer vasca se le iluminaron los ojos mientras sujetaba la botella por el cuello.

—¡Ay, el señor Flynn! ¡Es como un dios caído del cielo! ¡Esa hermosa verga!

—Sí, seguro que sí. ¿Su habitación?

Señaló hacia arriba.

—La 302.

Con la segunda botella, Hemingway subió las escaleras a grandes zancadas pero sin hacer ruido. Probablemente despertaría a un resacoso Flynn de entre una maraña de cuerpos femeninos. ¿Y para qué? Para preguntarle a quién conocía en Madrid que a su vez pudiera conocer a cierto fabricante de bombas afiliado al poum. Sonaba lo suficientemente descabellado como para que Flynn se riera, porque era, entre otras cosas, Hemingway lo sabía, plenamente consciente de cómo las escenas de su absurda vida se podían convertir en historias de borrachera que podía contar después. Solo se habían visto una vez, en Cayo Hueso, el agosto anterior, cuando Flynn, tras terminar La carga de la brigada ligera, se fue de pesca a Cuba, cortesía de la Warner Bros. El patrón era uno de los compinches del Hemingway en el Sloppy Joe, Eldon Park, y entonces quedó con ellos e invitó a todo el grupo a una ronda la noche antes de que partieran. Cuatro horas más tarde, como no le satisfacían en demasía las escandalosas bromas del viejo lobo de mar ni el aire tropical del golfo ni el tequila en una mesa con Ernest Hemingway, Flynn empezó a buscar camorra (algo tenía que ocurrir) y, jovialmente, entabló conversación con un grupo de pescadores de gambas en la barra que, bien sabía él, ya estaban extremadamente borrachos y, a juzgar por sus tabiques rotos, eran unos adustos bullangueros. Flynn era, por supuesto, un modelo de simpatía, y levantaba pasiones en cualquier sitio público, pero también sabía cómo su fama y su personaje a menudo llevaban a los hombres reales a querer mofarse del ídolo de masas después de unos cuantos cócteles, algo que a él le encantaba provocar. Otras estrellas, como Clark Gable, bien sabían cómo persuadir en público a un bravucón envalentonado por el alcohol y escapar sin incidentes, pero Flynn disfrutaba con ello, con lanzar puñetazos a diestro y siniestro, con saborear la oportunidad de desmontar el sambenito de que era un mariquita mimado de Hollywood. Hemingway no sabía qué fue lo que hizo saltar a los pescadores, pero en un instante ya se habían levantado de sus taburetes, y uno de ellos se fue a por Flynn, y Flynn lo esquivó con la habilidad de un experto, y le propinó al hombre un gancho de derecha en el oído, que sonó como si a alguien se le hubiera caído una sartén de hierro en la cocina. El pescador de gambas se cayó de rodillas y vomitó en el suelo. Su compañero, de pie detrás de él, soltó un gemido y empezó a llorar. Flynn se disculpó ante los pescadores que estaban de pie, y le dio una palmadita en la espalda al que lloraba. Llegó la ambulancia y se llevó al hombre del vómito al médico, con una conmoción cerebral. Flynn ya tenía su historia.

Hemingway llegó a la habitación 302 y llamó con firmeza pero sin urgencia. Eran las nueve y media. La puerta la abrió una hermosa morena a la que Hemingway nunca había visto. Flynn estaba en el centro de la habitación, con aire sofisticado y espalda recta, de punta en blanco, colocándose un pañuelo al cuello, nada resacoso y

en absoluto desprevenido.

—¡Ernest! Solo llevo unos días en la ciudad, no he tenido tiempo de ir a saludarte. ¡Entra!, ¡entra!

A Hemingway no le gustaba sentirse tonto, como le estaba ocurriendo en ese momento, así que gruñó un poco, y entró, intercambió saludos, le entregó a Flynn la botella de vino, y se alegró de que este lo reconociera y apreciara; intercambiaron algún que otro cotilleo sobre Marlene Dietrich y Lupe Vélez, se sentaron, y hablaron de que sería buena idea quedar alguna noche de la semana en el Gran Vía para empinar bien el codo.

Pero Hemingway estaba allí por algo, que explicó a Flynn brevemente.

—¿Un asesinato en mitad de una guerra civil? Tío, ¡así que escribiendo una historia!

Se le notaba ligeramente su afectado y suave acento inglés, como ocurría siempre que había un micrófono cerca.

—No, no, al menos no por ahora. Hablo en serio. Necesito encontrar a un hombre en Madrid, a uno en particular, que conocía a mi amigo desde la infancia. Y pertenece al poum.

La sonrisa abierta de Flynn se transformó suavemente en una sonrisa reservada.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—He oído que conociste a algunos de esos chiflados marxistas. Aquí en la ciudad.

—¿Quién te lo dijo?

—Un amigo lo oyó por ahí, no sé. Errol, ¿importa eso acaso?

—Probablemente no. —A Flynn se le iluminó un poco la cara. Metió un cigarrillo en una boquilla y lo encendió—. ¿Quién es el tipo en cuestión?

—¿Pilas? Obdulio Pilas.

—¡Obdulio Pilas! —Flynn lo dijo como si fuera el nombre de un payaso de vodevil de sus años de mozo que recordaba con cariño—. De todos los radicales de España, ¿ese aborígen es el que estás buscando? Sí, lo conozco. ¿Qué demonios quieres de él?

—Información. Conocía a Robles.

—¿Ah, sí? —Flynn estaba empezando a disfrutar del sabor a espionaje del momento, y del hecho de que le estuviera contando a Ernest Hemingway algo que este no conocía acerca del movimiento clandestino de Madrid y no al revés—. Está bien, Ernest, bueno, no sé dónde está, pero la última vez que oí hablar de él, estaba agachado al sur de la Casa de Campo. En la calle de Sepúlveda.

—¿Número?

—No hay número.

—¿No?

—Ajá. Estaba viviendo en el sótano de una vieja sinagoga, solo que los rabinos no saben que está allí. Imagínate. Francamente, si todavía sigue ahí, no debería ser

difícil encontrarlo, no quedan ya muchas, o las han quemado o convertido en iglesias. Se llamaba Bet Aria o algo así. O Bet Elea. No me acuerdo.

—¿No te acuerdas?

—¿Qué quieres, viejo? Llevo aquí tres días y no he tenido ni un solo momento sobrio en el que me hayan dejado tranquilo estas mujeres de vida alegre.

Por supuesto, sonrió.

—De todas formas, ¿de qué conoces a Pilas?

—«Un amigo lo oyó por ahí, no sé...». ¡Estoy bromeando! No, fue Trotsky. Lo conocí en primavera. La Warner fue a México a rodar la escenas para La carga de la brigada ligera, ¿te acuerdas?, en las que había que matar caballos. Cientos de ellos. No podían hacerlo en California, porque armé un escándalo. Así que se fueron a México y, después de que terminaran de filmar mis primeros planos, David Niven y yo fuimos a intentar conseguir que el gobierno mexicano lo parara. Por supuesto, no lo hicieron. No estoy de acuerdo con que maten animales para una película. Y mientras estuvimos allí, nos quedamos con Trotsky, que está exiliado allí en casa de Diego Rivera y de su esposa, esa pintora, Frida Kahlo, Dios, qué mujer tan fea, Ernest. Lo pasamos en grande, y cuando le conté a León que tenía planeado ir a Madrid, me dijo a quién ir a ver. A todos sus viejos compinches del partido. ¡Aunque todavía no he ido a ver a ninguno! Todos ellos escondidos, pero no hay muchos en los sótanos de las sinagogas. Trotsky sí habló. Le dijo que evitara a Obdulio Pilas.

—¿Evitar?

—Por lo visto, está loco.

Solo eran alrededor de las diez de la mañana cuando Hemingway salió a la calle Floridablanca. La ciudad estaba tranquila y en el manto nuboso del cielo se abrían brechas por las que pasaba el sol matutino. Flynn y él habían acordado provisionalmente quedar unas noches más tarde en El Patio, y Hemingway en cierto modo esperaba que no ocurriera (Flynn era demasiado tocapelotas, un tipo al que le gustaba ser el centro de atención, y con un enorme ego). Demasiado parecido, de hecho, a una versión exagerada del propio Hemingway, pero sin la quizá dudosa salvación de ser un artista, de dedicarse a la perfección y a la verdad y a lo que fuera que Hemingway estuviera dedicado después de la bebida. Pero ahora la ciudad estaba realmente tranquila, así que Hemingway no tuvo problema en encontrar un taxi y atravesarla en dirección suroeste hacia la Casa de Campo.

En la calle de Sepúlveda, Hemingway caminó durante treinta minutos hacia el sudsudoeste hasta que se detuvo en una cantina y se pidió, algo inverosímil para él, la primera copa del día, un mojito de tequila. Y después otro, y el camarero no entendía la pregunta que le había hecho porque no sabía cómo se decía sinagoga en español, y entonces volvió a pie en dirección estenordeste por el bulevar, pasando por viejos edificios de apartamentos, iglesias, restaurantes, la mayoría aparentemente abandonados, agujerados por los proyectiles y ennegrecidos por el fuego de la contienda de noviembre.

Pasó por delante de la sinagoga una vez sin verla, pero volvió sobre sus pasos. No había ningún nombre en el estilizado y desgastado edificio gótico con enorme puerta de madera, pero había un espacio con forma rectangular y astillado en la jamba de la puerta donde debió de haber estado la mezuzá, a la que por lo visto los disparos habían alcanzado y mandado por los aires junto con buena parte de la cornisa y la ornamentación de piedra de la fachada. Estaba a oscuras y cerrada con llave. Había un callejón.

Un callejón por el que una chica delgada podría haber andado, pero Hemingway caminó unos pasos y se quedó atrapado, con la barriga pegada a la sinagoga, y la espalda de su chaqueta de lana enganchada a la áspera pared de ladrillo del edificio adyacente. Alargó la mano hacia la esquina de la calle, pero se encontró con que estaba demasiado lejos. Metió barriga, pero todavía sentía cómo se le desgarraba la chaqueta. Y fue entonces cuando apreció un hombre en la entrada del callejón, y lo único que Hemingway vio fue oscuridad.

Alguien le encañonó con un rifle, y cuando le presionó firmemente la cara con él, Hemingway pudo oler la pólvora del cañón.

—¿Quién es usted?

La voz del hombre era ronca y tranquila. Hemingway no podía ver sus rasgos, pero sí que era delgado y fibroso, como un africano.

—Estoy... Joder. Estoy aquí por José Robles Pazos.

Muy lejos de bajar el arma, el hombre, por el contrario, levantó el cañón rozándole el cuero cabelludo, y accionó el gatillo. Hemingway sintió que la brisa caliente de la bala le atravesaba el pelo. La ciudad no reaccionó. Al estar tan cerca, el sonido hizo que los dientes de Hemingway temblaran en sus encías, y después ya no pudo oír nada más.

Este degenerado, pensó Hemingway, tiene que ser Pilas.

Entonces, el hombre del rifle entró en el oscuro pasadizo sin mucha dificultad, y empujó a Hemingway más adentro. Cuanto menos se movía este, más gritaba el otro, más empujones le propinaba el hombre del rifle, destrozando así la chaqueta de Hemingway, a quien metió allí con empujones bruscos hasta que llegaron a un ensanchamiento en las paredes de ladrillo que no había visto antes, y entró a trompicones.

—Cabrón chiflado... —le espetó Hemingway, y en un instante tenía el rifle otra vez a la altura de los ojos.

Pero lo bajó de nuevo, y el hombre pasó rozándolo hacia una pequeña puerta de madera que había en la parte de atrás del callejón, y que tenía un agujero reciente de bala y un candado que bien podría ser del siglo XVIII. Los dos hombres tuvieron que agacharse para entrar por la puerta. Hemingway, fastidiado cuando comprobó que la espalda de su chaqueta estaba hecha jirones, bajó detrás del hombre por unos escalones de piedra hasta un sótano medieval iluminado solo por una lámpara de aceite encima de una caja. Las esquinas estaban atestadas de enormes ratas intrépidas.

Cuando la vista de Hemingway se acostumbró a la oscuridad, vio lo que parecían cajas de munición en una esquina al otro extremo de la habitación.

—Busco a Obdulio Pilas —dijo Hemingway—. Usted debe de ser Obdulio Pilas.

El hombre, mugriento y de mediana edad pero nervioso y decidido como un luchador asiático, lo miró con los ojos muy abiertos. Resultaba difícil imaginarse que unos años antes hubiese sido profesor.

Hemingway estaba cansando y sediento.

—¿Tiene algo de beber? ¿Vino?

Pilas frunció el ceño, y sacó una botella de coñac casero sin etiqueta de una pila de cachivaches, las míseras pertenencias que le quedaban al hombre estaban mezcladas con bichos y cajas y los desperdicios y la mugre que más o menos llenaba el subsótano. A Hemingway no le costó creer que nadie conocía o le importaba ese lugar.

Pero bebieron. Hemingway sentado en una caja, y Pilas de pie.

—Usted es amigo de Pepe —dijo Pilas en un inglés perfecto, con voz ronca como si estuviera girando un engranaje oxidado.

—Sí, señor Pilas. Lo conozco desde la Gran Guerra. En Italia. Y... estoy aquí para decirle que ha muerto.

Pilas entrecerró sus pesados párpados.

—Ha muerto mucha gente. Morirá mucha gente. Yo también, de eso estoy seguro.

—Tarde o temprano, ¿verdad?

Hemingway se llevó el vaso a los labios y esbozó una sonrisa.

—Temprano —dijo Pilas, serio.

—Mire, señor, he venido en busca de ayuda. Por lo visto a Pepe lo asesinaron, nadie ha encontrado todavía el cuerpo...

—Los chupapollas del Frente Popular —espetó Pilas.

—Quizá. Pero todavía no sabemos quién lo hizo.

—¿Sabemos?

—John Dos Passos y yo.

—¿Quién?

—¿El escritor? ¿Tiene usted idea de quién soy? ¿Hemingway?

Pilas esta vez se encogió de hombros.

—No leo libros norteamericanos, Henryway.

—Hemingway.

—Así que han matado a Pepe.

—Sí, he venido a hacerle algunas preguntas sobre él. Lo conocía bien, bueno, medio bien supongo, pero no lo conocía tan bien, tan bien como usted, según me han dicho.

Pilas hizo una mueca con el labio inferior.

—Lo conocía desde que él tenía catorce años, y le puedo decir que no era muy buen estudiante de química. Estaba constantemente encendiendo hediondos fuegos

con sustancias químicas para impresionar a las chicas. Pero era un tipo muy listo, sobre todo para ser alguien que había tirado para el bando estalinista.

—¡Desde que tenía catorce años! Entonces lo conoce bien, como a un hijo o un hermano.

—Sí, americano.

Hemingway tomó aire.

—Lo que hemos estado oyendo, extraoficialmente, es que a Pepe lo arrestaron y mataron porque era un espía de Franco. O ellos creen que lo fue.

El rostro de Pilas se arrugó como una sábana tendida a la que le ha alcanzado una rama.

—Y usted, Henryway, cree que podría ser verdad.

—No, no lo creo. Pero como le he dicho, no conocía a Pepe tan bien...

—¡Entonces deje de llamarle Pepe! ¡Si no lo conoce lo suficiente como para reírse hasta que le entren arcadas de que acusen a Pepe de ser un fascista, o simplemente un traidor, entonces no tiene derecho a llamarle de otra forma que no sea señor Robles!

La voz de Pilas resonó en el espacio cerrado, y Hemingway sintió caer al suelo la saliva que escupía aquel hombre.

—Señor. —Hemingway intentaba transmitir solemnidad—. El Robles del que habla es el Robles que conocí yo.

—No hay otro. Insulta su memoria y a su familia si da a entender otra cosa.

—Yo no doy a entender nada ni estoy insultando a nadie, viejo loco. Necesito saber, de alguien que lo conociese bien, si pudo haber sido un fascista o algo así, porque francamente no entiendo a los fascistas. No entiendo qué los mueve, qué los hace luchar.

—Es fácil, Henryway. Dos cosas.

—Hemingway.

—Dos cosas: el dinero y el miedo. A muchos sencillamente les pagan, incluso a la mayoría de los espías. Pepe dejó su rica vida de profesor para trabajar para el Frente. ¿Qué dinero pudieron haberle pagado? Pero muchos tienen también miedo. Miedo de perder su país, miedo de perder poder, miedo de lo nuevo.

—Y Pepe no tenía miedo.

—No sea idiota, Pepe tenía miedo de muchas cosas, era un hombre. Pero no tenía miedo del futuro.

Hemingway escapó del sótano de Pilas justo cuando el vino agitó al revolucionario con ojos de loco lo suficientemente como para empezar a hablar de su propia historia, de su abandono de la enseñanza en 1935, de su aprendizaje en la fabricación de bombas, y de la pérdida de su esposa por herida de bala en una revuelta de trabajadores poco después. Hemingway se escapó simplemente cuando terminó su bebida, se dirigió a grandes zancadas a la diminuta puerta, que se cerró detrás de él, y dejó que Pilas siguiera hablando en la oscuridad. Metió barriga y atravesó lentamente el callejón, como si fuera uno de esos pícaros de los libros de Mark Twain que se metían entre las tablillas de una valla.

Anduvo durante una hora hasta que encontró un taxi libre que lo llevó, lo que restaba de camino, hasta el Florida. Había estado fuera casi cuatro horas.

Era por la tarde, y las nubes de tormenta oscurecieron la ciudad, aunque no cayó la lluvia. Aunque sí los proyectiles.

Hemingway se fue al Gran Vía. Sidney Franklin le había dicho que había visto a Quintanilla allí, cerca de la terraza de atrás, mientras se comía tranquilamente un estofado y se bebía un coñac. Hemingway también encontró en recepción una nota para él de Josie, que decía que había invitado a comer a otra periodista norteamericana que había llegado por primera vez a España, Virginia Cowles, y que se pasara si podía. Hemingway llevaba sin tomarse una copa desde que dejó aquel sótano atestado de dinamita al sur de la ciudad, hacía más de hora y media, y le estaban empezando a doler los dientes.

Atravesó el Gran Vía a grandes zancadas, como un archiduque en su propia coronación, con un abrigo largo de lana y una gorra negra de marinero que le había quitado a Franklin minutos antes. Hemingway divisó a Josie con su invitada en la terraza de atrás, literalmente a tres mesas de donde estaba sentado Quintanilla, que estaba enfrascado en la lectura de un periódico francés. Pasó por delante de él, por detrás de la ancha espalda de Josie, y fue directo a por la pelirroja.

—Señorita Cowles —dijo Hemingway con seductora sonrisa, y le cogió la mano para besársela. Pero Cowles la apartó, riendo.

—No me venga con esas, Hemingway, lo sé todo, sé que usted es como un desquiciado perro furtivo, ¿no es así?

Con las cejas arqueadas, Hemingway se sentó rápidamente, y miró al camarero, que le traería oportu y sangría sin que se lo pidiera.

—Y usted, señorita Cowles, juzga precipitadamente.

Eso fue todo lo que se le ocurrió, y pensó: Mierda, o muero aquí mismo a los pies de esta brillante y cínica mujer, o en la próxima hora oiré lo suficiente como para querer que le pase un camión por encima.

Resulto ser, casualmente, lo segundo, ya que Cowles continuó insultando a Hemingway a la cara con encantadoras carcajadas (y, en un momento dado, le llamó alegremente esta cosa: teniente Dolor de Muelas Irlandés), mientras Josie se ponía cada vez más roja.

Pero Hemingway no dedicó mucho tiempo a imaginarse escenarios en los que la instigadora con acento de Boston, que tenía a su derecha, encontrara una muerte repentina, porque minutos después de haberse sentado cayó el primer proyectil.

Los proyectiles eran pequeños, y venían del sudoeste, alcanzaban los edificios y las calles con estrépitos irregulares e impredecibles, nunca lo suficientemente fuertes como para provocar daños estructurales, pero sí para destruir una habitación o romper una pared o destrozarse un cuerpo, si tenían suerte de alcanzar alguno. Pero los proyectiles no tenían objetivo alguno, eran lanzados al aire al azar, y caían prácticamente en cualquier sitio, así que la gente en esa parte de la ciudad se debatía entre dos disparates: correr a refugiarse (las probabilidades de que no cayera un proyectil donde uno estaba parecían, y de hecho eran, astronómicas), o simplemente ignorar las explosiones, aunque la metralla te pasara por encima de la cabeza y se rajaran las ventanas y los cristales cayeran a tu lado.

En la terraza de atrás del Gran Vía, los proyectiles eran, al principio, un irregular ruido de fondo que acompañaba a la charla, que caían alrededor del Florida. La terraza, sin embargo, sí daba al sur, una vulnerabilidad que hizo que Josie se pusiera tensa y sudara de miedo. Pero ¿cómo buscar refugio, cuando Hemingway y Cowles seguían allí sentados, aplastándose el uno al otro verbalmente pero sin dignarse siquiera a hacer caso de las explosiones?

—Conozco a los de su calaña, Hemingway —declamó Cowles, haciendo un gesto admonitorio con el dedo—, está convencido de que es el sol, ¿no es así? Y de que nosotros somos solo planetas y asteroides y basura espacial, ¿eh?, que giramos alrededor de usted, y por supuesto a cualquier insignificante planeta o luna le encantaría que el sol le echara un polvo, después de dar vueltas alrededor de él a demasiada distancia durante un tiempo, ¿no es así? Después de todo, usted es brillante, caliente e importante.

—Vaya, y alguien que la ha jodido bien.

—Totalmente, figura.

—De eso estoy seguro. Pero no sabía que era una competición. Quizá ese sea su problema.

—¿Mi problema? Yo no soy el engréido autor de éxito con un catálogo de conquistas y una foto de pelo en pecho en la revista Life cada seis meses.

—¿Conquistas? Virginia, no me entiende en absoluto. Realmente soy una persona muy infeliz. No pasa ni un día en el que no desee que un proyectil de esos me caiga en la cabeza. De hecho, por eso estoy aquí.

—Ah, ya veo. Usted cree que puede apelar a ¿qué?, ¿a mi instinto maternal? Debería lamentar su tragedia, por su grandeza trágica, y por esa razón dormir con

usted.

—No he dicho que quisiera que usted se acostara conmigo.

—No tiene que decirlo. Lo puedo leer en su pecho. Puedo olerlo en usted.

—Usted no sabe nada de mí.

—Tiene razón. Pero con saber algo es suficiente.

—No. Usted se ha sentado aquí con una idea preconcebida de mí.

—Bueno... —asintió Cowles—. Tiene razón. Así es.

Y así siguieron discutiendo y bebiendo un tiempo. Josie escuchaba a medias, concentrada en controlar su vejiga.

—¿Entonces? Lo que ha oído de mí es publicidad y cotilleo y basura de escritores que no han vendido tantos libros.

—Y de mujeres.

—Peor aún.

—¿Ah sí? ¿De las mujeres en general?

—Estoy empezando a creer que sí. No, me refería a mujeres que me han conocido bien, y a quienes probablemente he decepcionado.

—Hmmm, autoconocimiento.

—Lo que usted diga. Cualquiera de los que he mencionado antes no son muy de fiar. Usted es periodista, debería recelar de sus fuentes y de sus motivaciones.

Un proyectil alcanzó el borde del tejado del Florida, y diminutos fragmentos de ladrillo y cristal se desperdigaron por el suelo de la terraza. Josie soltó un grito con los dientes apretados.

—¿Qué le importa lo que piense yo de usted, Hemingway?

—No es que me importe, sino que me interesa. Es de lo que estamos hablando, ¿no? Es motivo suficiente. Sea periodista, es lo único que digo.

—De acuerdo, iré al punto de partida, señor Amante de las Zonas de Guerra. — Su voz se suavizó ligeramente. Hemingway vio con alivio que Cowles estaba empezando a perder su rencor y a ponerse visiblemente nerviosa por los proyectiles —. Usted me dice. Dígame una cosa que sea verdad y que refute la imagen que tengo de usted en mi cabeza.

—Una cosa que sea verdad.

—Solo una.

—De acuerdo. He venido aquí a escribir sobre la guerra, pero desde ayer he... A un amigo mío lo han asesinado, en Valencia, y nadie quiere que nadie sepa por qué o quién lo ha hecho. Así que estoy investigando. Contra viento y marea.

—¿En serio? —Cowles no es que se lo creyera a pies juntillas, pero Hemingway notó que quería creerlo—. ¿Va a... investigarlo? ¿Han asesinado a un amigo suyo? Y usted va a hacer de detective.

—Es verdad. ¿No es así, Josie?

Ella asintió.

—José Robles. El mismísimo ministro de Asuntos Exteriores me lo dijo.

Cowles miró a Hemingway, con la cara colorada.

—Ah, muy bien. ¿Y cómo piensa hacerlo, Hemingway?

—Todavía no estoy seguro. Pero he hablado de esto con Gorev, y reaccionó como si le hubiera dicho que había visto a su madre en la cama con Hoover. Creo que debe de estar volviéndose loco. He hablado con gente del POUM, que conoce a Robles de toda la vida, y juraron que no podía ser el espía fascista que los rumores indican que era. Del Vayo, de hecho, le dijo una cosa a John Dos Passos y otra a Josie, en el espacio de cuarenta y ocho horas.

—¿Y ahora qué?

—Voy a preguntarle a Pepe Quintanilla, que está sentado justo ahí.

Las mujeres arquearon las cejas y miraron, y no hizo falta explicarles quién era Quintanilla.

—Ah, ya he oído hablar de él —susurró Cowles—. ¿Preguntarle qué?

—Preguntarle qué sabe.

—Y se lo va a contar sin más. El jefe del servicio secreto de la república.

—Me dirá lo que me tenga que decir. Así sabremos qué es lo que no dice.

—Va a conseguir que lo maten, Hemingway —le advirtió Cowles—. Si lo que afirma es verdad.

—¿Si es verdad?

Cayó otro proyectil, esta vez lo podían ver desde la terraza: abajo, el tejado de una casa, ahora convertido en trozos de arcilla y humo, y después, haciéndose visible poco a poco, un cráter de madera quemada y ruinas.

—Atenta —dijo Hemingway, y gritó—: ¡Pepe!

Quintanilla miró en su dirección, sonrió abiertamente, dobló el periódico y caminó hacia ellos a grandes zancadas; sus largas extremidades, su nariz en forma de cruasán y su actitud correcta emanaban una calma europea.

—Señor Hemingway, lo lamento, estaba absorto en la lectura de las noticias provenientes de París. ¿Se ha enterado de que Roosevelt tiene planeado firmar una tercera Acta de Neutralidad?

—No, Pepe, pero no me sorprende. Mire, le presento a Josie Herbst, y esta es Virginia Cowles. Las dos escriben para periódicos norteamericanos.

—Encantado, señoritas...

Cayó otro proyectil, y por el sonido sordo y profundo había aterrizado justo fuera en el asfalto, aunque quizá había sido a media manzana de distancia.

—Dios —dijo Josie.

Hemingway cogió con una mano su copa de coñac para darle un trago, mientras con la otra le hacía un gesto a Quintanilla para que se sentara. Solo Cowles, que miró a su alrededor, se dio cuenta de que las escasas mesas ocupadas esa tarde eran todavía más escasas. Todo el mundo se estaba poniendo a cubierto disimuladamente, en los sótanos de sus hoteles o en la bodega del Gran Vía, cuyas vigas eran tan viejas y estaban tan secas que amenazaban con derrumbarse cada sábado por la noche, cuando

el restaurante estaba relativamente lleno.

—Pepe, tengo que hablar con usted sobre algo de vital importancia...

—¡Y yo con usted, Ernest! He estado leyendo sus últimos informes; Le Journal los reedita del New York Herald Tribune, ¿lo sabía usted? Y debo preguntarle, debo averiguar, Ernest, por qué está informando sobre la guerra como si fuera una historia de las suyas, y no quiero ser irrespetuoso. Lo que quiero decir es que si usted no informa sobre el conjunto de la contienda (las tropas, las decisiones, la política), y solo lo hace sobre las bajas, lo que pasa en la calle, esto no es una visión de conjunto, ¿no?, es una simple instantánea, una visión muy superficial, ¿sí?, hermosa y emotiva pero, diría yo, como los pintores, puntillista...

Quintanilla estaba de buen humor, y el debate que quería comenzar evidentemente estaba destinado a ser un mero juego entre los dos.

—De eso se trata, Pepe, solo oímos hablar de los que toman las decisiones, de la política, de los números abstractos de tropas que se mueven y luchan y de la lista de bajas, eso es en lo que consisten la mayoría de los informes, son abstracciones y conferencias de prensa repetidas mecánicamente...

—Sí, Ernest, pero cuando leo el periódico, quiero el verdadero significado, una visión en conjunto de lo que estoy leyendo, no una historia de interés humano...

—¡Pero si todo es de interés humano! La política se reduce a cómo se hace daño, se mata o se priva de comida a la gente. Esas son las noticias. Lo que Largo o Roosevelt están pensando hacer o dicen estar pensando hacer, eso son solo gilipolleces...

Siguieron así unos diez minutos, porque a los hombres les divertía y era una buena discusión, y durante ese tiempo cayó otro proyectil cerca del Gran Vía; lo pudieron oír y sentir con las piernas, y los dos hombres, sonrientes, se negaron a mirar siquiera a su alrededor para comprobar si se podía ver desde su sitio la terraza donde había caído el proyectil. Quintanilla solo interrumpió sus divagaciones retóricas un momento para decir «¡Seis!», incitando así a que todo el mundo contara uno a uno los proyectiles que caían. Josie no quería contar pero tenía que hacerlo, y cada bomba ahora parecía representar un crecimiento exponencial de las posibilidades de morir en el bombardeo si no se movía. Pero escabullirse ahora sería una vergüenza y una falta de respeto, como corresponsal de guerra y como satélite de Hemingway. Pero bien es verdad que tenía que hacer pis.

Finalmente, Hemingway cambió de tema para dejar de evaluar su periodismo. Hablaron, ayudados por el vino, del asalto y triunfo de noviembre, de lo fácilmente que se podían definir la valentía y el valor de esos republicanos, y de la suerte de esos jóvenes, muertos o vivos, de conocer de sí mismos y con tanta seguridad algo real y glorioso. Quien más hablaba era Hemingway, quien después de un rato se oyó a sí mismo, y sonrojado ante su sensiblería, cambió de tema otra vez.

—Pepe, como comisario de Investigación y Seguridad de la república...

—Por cierto, ese ya no es mi título oficial...

—¿Cuál es entonces?

—No lo puedo decir.

Sonrisas. Llegó más vino y más oporto a la mesa.

—Sea cual sea el puesto que ostenta en este momento en el movimiento del Frente Popular, tengo que preguntarle acerca de...

Cayó otro proyectil, muy próximo, muy fuerte; estallaron ventanas, y nubes de polvo del revoque se extendieron por el restaurante. Cuando Cowles miró a su alrededor, observó que no quedaba prácticamente nadie, solo los nerviosos camareros, incapaces de dejar la mesa de Hemingway. Josie no pudo esperar más y corrió al baño.

—¡Siete! —canturreó Quintanilla—... ¿acerca de?

—José Robles.

La tranquilidad controlada y correcta de Quintanilla de repente se convirtió, o pareció convertirse, en una pose inexpresiva de experto. Pero de hecho no había movido ni un músculo.

—¿Quién? —dijo él.

No estaba tan borracho como hubiera querido Hemingway, y el bombardeo se estaba acercando y el tiempo podía empezar a agotarse. Le volvió a llenar la copa con un oporto envejecido de un tono rubí, que Hemingway supuso estaba fuera del alcance de un agente secreto español, eso si Moscú no le pagaba las cuentas. Impresionado o no, Quintanilla lo bebió gustosamente.

—Venga, Pepe. Robles, edecán para la Internacional. Lo arrestaron y desapareció, hace semanas, y lo mataron. Del Vayo lo dejó escapar, delante de Josie. El señor Dos Passos está de camino a Valencia ahora mismo. Bueno, de hecho, supongo que ya estará allí. Husmeando. A Robles lo asesinaron. Usted tiene que saber algo al respecto.

—¡Ernest! ¿Por qué supone tal cosa?

—Porque usted es una persona franca. Es un hombre en un campo minado de ratas burócratas. Me dirá la verdad aunque duela. Tenemos que saberla. No hay mucho que podamos hacer una vez que la sepamos, ¿no es así? Pero es bueno decir la verdad. No podemos mantenerlo en secreto. Como afirma el viejo dicho español: cuando el toro se sienta sobre la piedra caliente, es momento de callar.

—¿Qué significa eso exactamente?

Quintanilla disfrutaba, el peso de la conversación se inclinaba hacia su lado.

—¡Significa nunca! ¡El toro nunca se sienta sobre piedras calientes! ¡Los toros nunca se sientan!

—Eso último no es verdad.

—De acuerdo, pero ¿sobre piedras calientes? En serio, Pepe...

—¿Ha encontrado el cuerpo?

—No. No sé por dónde empezar a buscar.

—Entonces, ¿por qué supone que el Frente Popular tiene algo que ver con su

muerte?

—¡Es lo que dijo Del Vayo! Si Franco lo sacara de la cama en mitad de la noche e hiciera desaparecer al pobre desgraciado, ¡Del Vayo no sabría una mierda al respecto!

—Es posible que Del Vayo, cómo decirlo, implicara sin querer al gobierno. Quizá quiso decir que Robles posiblemente estaba muerto.

—Pero ¿por qué decir eso en vez de que Robles posiblemente se había ido de vacaciones a Ibiza?

—Puede que el español de Josie no sea muy bueno.

—Josie no habla nada de español. Del Vayo se lo dijo en inglés. ¿Dónde está Josie?

Los tres miraron a su alrededor. Cowles había permanecido, inusualmente, un largo rato en silencio, y ya llevaba tiempo sin beber.

Un proyectil cayó silbando, alcanzó la parte de atrás del Florida, y la terraza del Gran Vía tembló como una atracción de feria.

—¡Ocho! —exclamó Quintanilla.

—Pepe, ¿qué has oído? ¿Qué sabes?

Otro proyectil, rápidamente después del otro, fuera.

—¡Nueve!

—Pepe, ¿por qué se llevaron a Robles?

—Señor, con todos mis respetos, ¡usted es periodista! ¡Los dos son periodistas! ¿Se imagina lo rápido que acabarían conmigo si mencionan mi nombre en un periódico? ¿En cualquier tema?

—Extraoficialmente, se lo juro, Pepe. Ahora no estoy escribiendo, estoy hablando de una realidad. Sabe que nunca le mentiría. Y Virginia lo jura también, ¿verdad?

Cowles asintió rápidamente.

—No lo podría usar de todas formas, no para la Hearst.

Quintanilla entrecerró sus llorosos ojos y comenzó a respirar con algo de dificultad; al final había ingerido suficiente alcohol como para poner las cartas sobre la mesa, algo que Hemingway sabía que había estado deseando hacer.

—Ernest, Robles era un espía.

—No, no lo era.

—Sí, Ernest, lo era. Ese es el motivo.

—¿Quién dio la orden?

—Aunque lo supiera, no puedo decírselo, es información confidencial. En serio, Hemingway. Ni siquiera extraoficialmente. ¿Cómo voy a convertirme con solo un gesto en enemigo del estado?

Un proyectil alcanzó de lleno la esquina del Gran Vía. En un instante, la terraza se agitó y tembló, por los aires estuco y ladrillo, estallaban ventanas, Cowles cayó de rodillas bajo la mesa, y un trozo de teja plana voló hacia la cabeza de Hemingway, rebotó contra ella y dejó una buena rozadura de la que inmediatamente empezó a manar sangre. Hemingway cogió una servilleta de la mesa, se la pegó al cráneo y

volvió a mirar a Quintanilla como si acabara de matar un tábano. Y seguía brotando sangre.

—Señor —dijo Quintanilla—, deberíamos bajar, buscar una enfermera...

—¡Pepe! Necesito saber lo que sabe usted.

Aunque Quintanilla no parecía afectado por el bombardeo, sí ligeramente indefenso, y soltó un suspiro de rendición.

—Ernest, lo único que sé es que alguien dijo que era un espía, y lo arrestaron, y si lo arrestaron y lo ejecutaron entonces alguien estaba muy seguro de que estaba trabajando para los fascistas.

—Pero no es así. Es imposible.

—Puede que no lo sepas todo.

No es la primera vez que oigo eso, pensó Hemingway, con los ojos inyectados en sangre.

—Pero esa mierda del espía, es una cortina de humo. Un pretexto. Solo en España la ejecución sin documentar de un hombre acusado de espía fascista puede ser un pretexto de algo diferente.

—¿Sin documentar? ¿Está seguro? Bueno... —Quintanilla empezó a hablar más despacio—. Si no se cree esa historia, Ernest, empiece a pensar en lo que creería usted.

¿Qué acababa de decir? Hemingway lo entendió inmediatamente: Quintanilla repetía esa tontería del espía aunque no se la creía ni él. O no veía motivos para suponer que era verdad.

Cowles estaba ensimismada, con los ojos abiertos de par en par. No se daba cuenta de que ya se había puesto el sol y estaba oscureciendo.

—Yo me creería que alguien mintió acerca de Robles, y mató a Robles, para salvar su propio pellejo.

—¿Lo ve? ¡Lo único que tenía que hacer era empezar a escribir la historia!

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio.

Otro proyectil.

—¡Once!

Quintanilla estaba tambaleándose; Hemingway podía ver que no se tendría en pie por mucho tiempo.

—Entonces, ¿quién? ¿Cómo iba a ser Robles una amenaza para nadie?

—Los hombres honestos son una gran amenaza, Ernest.

Hemingway se estaba exasperando ante todas esas respuestas vagas. Por muy ciertas que fueran.

—¿Dónde pudo encontrar respuestas, Pepe?

—Prueba en Valencia.

Dicho eso, agotado también él, Quintanilla dejó la copa, hizo una pequeña reverencia a Cowles para no caerse, le dio las buenas noches a Hemingway, y cruzó a

grandes zancadas el restaurante, tambaleándose ligeramente en la oscuridad.

Otro proyectil cayó fuera.

—Doce —dijo Cowles con voz ronca y fríamente.

—Puf.

Hemingway comprobó la servilleta de la cabeza; la sangre se estaba empezando a endurecer. Cowles se levantó de la mesa al fin, e intentó recomponerse para marcharse.

—Bueno, sigo sin querer follar con usted —dijo ella con la cabeza baja, mirándose los zapatos.

—Está bien.

—Pero si sirve de algo, creo que no es tan cabrón como creía.

—Gracias, Virginia. Lo pondré en mi currículum.

—Y le prometo que compraré el libro que salga de todo esto.

—Qué alivio.

Ese libro nunca se publicaría. Hemingway escribió unas cien páginas en otoño, después de que todo terminara, pero las tiró a la basura en Cayo Hueso y volvió al otro libro, al norteamericano, a la cueva de la montaña, y a la complicada misión terrorista, que era una historia que alguien podría creer. *La otra, la que ocurrió*, pensó él entonces, *no valía para nada*.

Después de que lo dejaran solo en el Gran Vía a última hora de la tarde, y después de que el bombardeo terminara, Hemingway siguió bebiendo con Sidney Franklin y Henry Gorrell de United Press, posteriormente con unos cuantos británicos de la XV Brigada Internacional, y más tarde Hemingway ya no sabía con quién más, ya que las horas pasaban y la cuenta crecía y su memoria disfrutó de un profundo y aterciopelado desvanecimiento.

Cuando despertó, solo era consciente de que se estaba moviendo en el asiento de atrás de un coche. La luz del alba entraba por las ventanillas, y entornó los ojos. El coche olía a orina. Joder, pensó Hemingway, a que también me han secuestrado a mí. Esos hijos de la gran puta.

Se incorporó y vio que era un viejo sedán, y el taxista estaba solo, y era viejo y pobre, llevaba una gorra de *tweed* y fumaba un cigarro que había tenido la amabilidad de sujetar cerca de la ventanilla abierta. No lo habían secuestrado.

—Pero ¿qué cojones...?

Hemingway soltó una ventosidad, que sonó como una tuba.

—¿Qué?

El taxista lo saludó con la mano y sonrió.

—¿Qué cojones pasa aquí?

El taxista todavía sonreía.

—¿Español?

A Hemingway le iba a estallar la cabeza, que a su vez hizo que recordara su herida. Cuando la tocó, sintió como si tuviera una pequeña montaña de sangre seca y costra en la frente, con trozos de servilleta pegados a la herida, y con las puntas hacia arriba como si fueran fragmentos de pan seco asomando de una olla de verduras.

—¿Qué?

El hombre sabía poco inglés, así que Hemingway apretó los ojos, intentó dominar su dolor de cabeza y recordar el español que podía, que no era mucho.

—Señor, ¿adónde me lleva?

—A Valencia, caballero. Eso es lo que usted quería. ¡Podemos dar la vuelta si quiere!

—¿Por qué?

El taxista se encogió de hombros.

—¿Quiere que demos la vuelta?

—No, que por qué a Valencia.

—¿Cómo demonios voy yo a saberlo? Usted dijo: «¡A Valencia!».

El hombre levantó la mano en señal de saludo.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¡Me pagó cien dólares americanos! ¡A Valencia!

En inglés:

—¡Dios! ¿Lo hice? ¿Por un viaje en taxi a Valencia?

—¡Sí! Estaba muy contento.

En inglés:

—De eso estoy seguro.

Ya no podía retractarse ni dar la vuelta. Era de suponer que pasada la medianoche le fue imposible encontrar un coche oficial, y era de suponer que Hemingway tuvo que ofrecerle a un taxista un buen fajo de billetes para que considerara siquiera llevar a un norteamericano muy borracho tan lejos en mitad de la noche. Pero, al fin y al cabo, con cien dólares americanos se podía alimentar a una familia madrileña durante seis meses. Hemingway se recostó en el asiento, e intentó resignarse a su locura beoda, algo que consiguió hacer en el espacio de unos minutos. Con cuidado se rascó los bordes de la costra que tenía en la cabeza y razonó que aunque no lo había planeado (estaba más lejos del frente que en Madrid y solo había decidido ir a Valencia porque estaba totalmente borracho), era donde habían visto a Robles vivo por última vez. Si Hemingway iba a cumplir sus grandilocuentes y heroicas declamaciones, las que había estado difundiendo por Madrid como pagarés, tenía que ir... hacer algo bueno. Averiguar la verdad.

El taxista vio que Hemingway se masajeaba las sienes con los pulgares y le pasó lo que resultó ser una petaca de pacharán. Esto era nuevo para él, aunque dedujo por el sabor qué estaba bebiendo: el sabor a anís y a endrina del licor casero era tan rico y complejo que hizo que su cabeza dejara de funcionar. No quemaba, pero de repente el sol de la mañana, que salía por detrás de las colinas de Cuenca, era extraordinariamente hermoso, un espectáculo celestial en el que casi se oía un canto a la esperanza y a la justicia. Hemingway debió de poner cara de que acababa de tener una epifanía, porque el taxista empezó a reírse entre dientes.

—Ha visto la muerte de Dios —dijo él.

—¿Qué?

No sonaba hilarante.

—Mire. Cuando morimos, señor, nos dedicamos a estar sentados bajo un cobertizo, relajados, bebiendo y observando los prados.

—Si somos buenos.

—¡Sí! Bueno, imagine que si Dios muriera, ese cobertizo y el sol sobre el prado y el brebaje que bebería y el relajo del que disfrutaría sería el más grande de todos.

—Ah, sí.

El paisaje que se veía por la ventanilla del conductor reflejaba su concepto: tierras salvajes y montículos de arcilla roja teñidos de un color róseo, melocotón y ámbar por el sol naciente. Hemingway distinguió una iglesia quemada a kilómetros de distancia, cuya ennegrecida aguja resaltaba como un fantasma a la luz del sol. Había notado que en este país, el más medieval de los países católicos, las iglesias eran los principales objetivos.

—¿Quién querría quemar una iglesia? —masculló Hemingway en español.

—Los republicanos —contestó el conductor.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí. Roma está con los fascistas. Así que los republicanos matan a los curas y queman las iglesias.

Hemingway sabía que así era; había oído alguna que otra historia sobre ejecuciones sumarias en varias parroquias, normalmente de curas corruptos que tenían más tierras que cualquiera de sus vecinos y pagaban a los campesinos unos cuantos reales para que trabajasen sus campos. Pero ¿quién sabía cuánta verdad había en los contextos y las excusas? Y, de cualquier manera, ¿importaba eso?

Morirá mucha gente, había dicho Pilas. Yo también, de eso estoy seguro.

—¿Está enfadado por los asesinatos de los curas?

—Señor, yo no me meto en nada de eso.

—¿Es usted vasco?

Hemingway sabía que el pacharán era una bebida de Navarra.

—Sí, señor.

—¿De dónde?

—De Guernica.

Después de quince horas de trayecto, de las cuales las cinco últimas Hemingway estuvo despierto, mientras observaba los dorados campos, contaba los pueblos destrozados por la guerra que podía ver desde la carretera principal y localizaba al menos dos personas asesinadas tiradas entre la maleza que crecía a un lado de la carretera, el coche llegó a Valencia.

A Hemingway le llevó otra hora encontrar el cuerpo: primero logró entrar con tesón en las oficinas del gobierno, en el palacio de Benicarló, con la ayuda de su amable taxista y rudimentario traductor, y después en la comisaría local, donde les dijeron que el cuerpo de Robles lo había encontrado un joven cabrero a unos veinticinco kilómetros del perímetro urbano, entre la hierba alta, en la parte de sotavento de una colina. Ya encontraba en avanzado estado de descomposición, pero su bigote y sus ropas todavía eran reconocibles casi cuatro semanas después de que le hubieran matado de un disparo.

Dos Passos se había ido con un contingente de policías hacía unos treinta

minutos. Entonces Hemingway y su excesivamente bien pagado ayudante vasco, que Hemingway supo que se llamaba Ignacio, condujeron en dirección noroeste al lugar en el que aseguraban que estaba el cuerpo, y se perdieron. Pero llegaron solo unos veinte minutos después de Dos Passos, y los policías acababan de empezar a tomar pruebas forenses del cadáver.

Por supuesto, cuando el taxi se detuvo en ese paisaje inhóspito todo el mundo miró, y cuando Hemingway bajó del asiento del copiloto, Dos Passos puso los ojos en blanco.

Esa mañana todavía brillaba el sol, pero los vientos que bajaban eran glaciales.

Cuando Hemingway se acercó, pudo ver a Robles, medio oculto por la hierba, empapado, hecho una pelota, como si de una pila de ropa mojada se tratara, su piel, seca y ennegrecida, brillaba bajo el sol de la mañana. La fría primavera ya había desecado los órganos y la carne, al ser mojados por la lluvia y cocidos al sol de las montañas. No tenía ojos, y se podía ver toda su dentadura, al disecarse y retraerse los labios. No olía demasiado mal, ya que la mayor parte del proceso de descomposición ya había finalizado. No había duda de que era Robles: el bigote, la forma de la cabeza, el pelo negro no muy corto, el traje inglés que ningún brigadista, soldado o campesino se podría permitir. La serie de empastes de amalgama de plata en las muelas superiores, visibles a unos pasos de distancia y confirmado por Dos Passos, no dejaba lugar a dudas.

—Dos.

Hemingway se acercó a él tímidamente, arrebujándose con el abrigo debido al frío aire.

Dos Passos le lanzó una mirada de soslayo. Estaba disgustado, Robles había sido un muy buen amigo suyo, y ya no tenía paciencia para aguantar las tonterías de Hemingway. Pero este ya sabía cómo se le iba a presentar el panorama antes de llegar a Valencia.

—Lo lamento, jefe —dijo Hemingway en voz baja.

Dos simplemente asintió.

—¿Qué han encontrado?

Hemingway se acercó un poco más. Los detectives de Valencia (eran tres, e iban acompañados por un puñado de milicianos uniformados) estaban pinchando y empujando el cuerpo con unos palos largos que evidentemente habían encontrado en la maleza. Nadie anotaba nada, nadie medía nada.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Dos.

—¿Están investigando o lo van a seguir pinchando como si fueran niños que juegan con un animal atropellado?

—No sé...

—¿Han descubierto la herida de entrada?

—Ernest, creo que ya es demasiado tarde para eso...

—No, no lo es. ¿Y las pisadas? Han pisoteado toda la zona.

Dos Passos se burló.

—¿Ibas a comparar la pisada en la tierra con todas las botas de Valencia?

—Mira, Dos, eso es lo único que sabes sobre las escenas del crimen y mierda por el estilo. No es algo que enseñen en Harvard, supongo. En Chicago, habrían sabido qué buscar.

—No has tardado mucho.

—Alto ahí. Me niego a que sigas haciendo eso, Dos, a que cada vez que parece que sé algo, intentes joderme. Aquí hay información, maldita sea, y estos lerdos no saben extraerla.

—Bueno, tenemos suerte de que al menos hayan venido. Me pasé tres horas convenciendo a un estúpido jefe de policía para que me prestara a estos hombres. No estaba dispuesto a admitir que cada cuerpo encontrado en las colinas, fuera de quien fuera, merece que le echen un vistazo o que por lo menos lo identifiquen. Ya hay demasiados. Aquí los policías dedican su tiempo a dormir en burdeles y a jugar a las cartas en las cantinas. Hasta que termine la guerra, creen que hay muy poco que se considere trabajo policial.

—Cabrones. ¡Eh! —Hemingway alzó la voz, y los aburridos policías se giraron—. ¿Alguien ha visto un cartucho? ¿Un cartucho?

Lo hombres lo miraron fijamente, y entonces comenzaron a escudriñar sin ganas entre la hierba alta y alrededor del cuerpo, pero sin agacharse.

—Ay, Dios.

—Ernest, puede que sea ya una causa perdida.

—Dos, me impacta oírte decir eso. Se supone que soy yo el que hace ese tipo de comentarios. Mira, esta no será una causa perdida hasta que la perdamos. No creía que hubieras venido a Valencia porque pensaras que sería fácil averiguar quién mató a Robles y por qué.

—No pensaba que fuera a ser fácil, de hecho pensaba que iba a ser imposible, en serio, y lo es, evidentemente, averiguar quién asesinó a un hombre en medio de todo esto. Estoy enfadado, pero no sé adónde más ir después de esto.

—¿Que no lo sabes? Deberías haber dedicado algún tiempo al periodismo, Dos. Lo primero que aprendes es que siempre hay caminos que seguir, cosas que se dejan atrás, lagunas en el relato. En un crimen siempre quedan muchos cabos sueltos.

—¿Ves?, te lo estás tomando como un pasatiempo. Se nota. Para mí no es una diversión. No lo hago para entretenerme, ni para probar nada.

—No es diversión, Dos, sino justicia. ¿No es así? ¿No merece la pena luchar por esto? Esto es como, por Dios, es como un microcosmos de toda la guerra, es como noviembre en Madrid: resistir ante las adversidades y desafiar el poder que no quiere que sigamos adelante...

—Pero Ernest, ese poder que estás atacando es el Frente Popular; se supone que estamos aquí para apoyarlo. Pepe trabajaba para él, creía en él. Son los buenos.

Los policías estaban en grupo a un lado, fumando y hablando. Solo miraban a los

norteamericanos cuando estos alzaban la voz, pero no al cadáver.

—Que le den al Frente Popular, probablemente uno de ellos emitió la orden, Dos. Los fascistas no lo hicieron. Lo hizo alguien de dentro. Esto no fue por la guerra, fue algo encubierto y criminal. ¿No crees que los republicanos sean capaces de hacerlo? ¿A cuántos curas han decapitado este año, Dos? ¿Cuántas iglesias han quemado?

—La visión de conjunto...

—No me vengas con visiones de conjunto. No me hablabas de visiones de conjunto en Madrid. ¿Crees que deberíamos olvidar a Pepe como mártir, por motivos desconocidos, de la causa, cuando ni siquiera sabemos quién lo mató? ¡Visión de conjunto! ¿Vas a empezar a pensar de forma estratégica, sobre la república y todo eso, cuando hablamos de que a Pepe Robles lo han ejecutado en secreto? Vamos, Dos, no estamos ante un juego de damas, esto es un maldito lío y estoy empezando a creer que no hay buenos.

—Eso no es verdad. Pero lo era.

—De acuerdo, puede que fuera eso lo que lo destruyera. Eso fue lo que Quintanilla me dijo ayer por la noche: «Los hombres honestos son una gran amenaza».

—¡Quintanilla! Tuviste que haberlo emborrachado para sacarle una palabra fiable de la boca...

—Y así fue.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Ah. Escombros voladores. Ayer por la noche cayeron proyectiles en el Gran Vía.

—Y te quedaste allí.

—Dos, no me vengas con esas.

—De acuerdo... Quintanilla... Entonces, ¿quién?, ¿a quién pudo haber amenazado Pepe?

—Eso es lo que te estoy diciendo, que tenemos que averiguarlo. Sabemos que no fue un espía, eso es solo jodida propaganda.

Dos estaba desfallecido. Hemingway no sabía si su viejo amigo podría mantener la indignación como él. Dios sabía que mantener la indignación ante el abuso autoritario le resultaba tan fácil a Hemingway como la pesca con mosca o el periodismo. Lo podía hacer incansablemente, como un niño pequeño que aguanta la respiración hasta que cae inconsciente por el esfuerzo.

—Ernest, en serio, ¿qué hacemos ahora?

—¡No lo sé! Pero de lo que sí estoy seguro es de que no voy a irme después de haber llegado hasta aquí, y volver a escribir informes para la nana sobre el bombardeo que oigo a los lejos.

—Podrías escribir sobre esto.

—Ya lo he hecho, y no les importa. De todos modos, creo que solo publican un tercio de lo que les envío. Que les den. Tiene que haber...

El grupo de policías españoles pasaron por delante de los norteamericanos, dejando el cuerpo donde estaba, y saludaron cordialmente con la cabeza a los escritores de camino a la furgoneta, después de haber agotado el tiempo asignado para preocuparse por un solo cadáver tirado en los matorrales de las zanjas de escorrentía de la sierra de Gúdar. Al pasar, uno de los detectives le entregó a Hemingway un casquillo. Y después, se fueron. Ignacio, dormido en su taxi, se despertó sobresaltado y vio alejarse la furgoneta.

Hemingway le echó un vistazo al cartucho: parecía de una bala de un Mauser, puede que de un Gewehr 98. No había visto uno desde Italia. Si era así, entonces fue una bala alemana, una bala fascista la que mató a Robles. Hemingway se la metió en el bolsillo.

—Bien —dijo él mientras caminaba hacia donde estaban los restos apilados de Robles—, mira aquí, al cráneo, todavía hay material sólido alrededor de las cuencas de los ojos. —Y se agachó para señalarlo, pero Dos Passos no miró—. Pero la parte de atrás del cráneo no está, así que le dispararon por delante, posiblemente de rodillas, ¿de acuerdo? Y se cayó de bruces. Lo tenían atado, aquí está la cuerda, y lo arrastraron hasta aquí. ¿Desde dónde? Desde aquí.

Hemingway se puso a cuatro patas, a unos pasos del cuerpo, y Dos Passos se acercó.

—Mira las marcas, los surcos en el barro, lo arrastraron desde allí, colina abajo.

Hemingway se abrió paso entre la maleza, y Dos Passos lo siguió, colina arriba.

Vieron en la tierra unos hoyos, marcas que podrían haber dejado los pies de un hombre al ser arrastrado y perder el equilibrio; vieron hierba levantada por botas al hundirse en busca de asidero; encontraron papel de fumar, y pelos humanos todavía unidos en una mata, enganchados en el tojo. Habían caminado cuarenta y cinco minutos siguiendo el rastro, y el sol ya empezaba a calentar, cuando encontraron un campamento, elevado pero llano y coronado por brezo. Habían arrastrado leños y en la fría arcilla había restos de madera quemada en una fogata.

—Pasaron la noche aquí.

Hemingway, inclinado, rodeó la zona, en busca de cualquier cosa que sus ojos y su nariz pasaran por alto.

Dos Passos miraba con las manos metidas en los bolsillos; se sentía bastante inútil.

—¿Qué buscamos?

Había una gruesa mata de arveja y lino alrededor del perímetro. Hemingway encontró un trozo de hueso de pollo y una pequeña botella vacía de ginebra Gordon's.

—Dime —dijo Dos Passos.

—Es probable que estuvieran borrachos. O borrachos, y después resacosos.

Y entonces las encontró. Subiendo, a unos veinticinco metros del campamento, bajo una maraña de hierbajos: un sencillo llavero con dos llaves.

Dos Passos, habiendo sido un niño rico, las reconoció de inmediato: las dos llaves

llevaban grabadas la insignia de las dos alas, con una «b» en el centro.

—Son de un Bentley.

—No me jodas, ¿un Bentley? ¿Por aquí quién se puede permitir un Bentley? ¿Por qué iba nadie a estar aquí fuera, disparando a hombres en la oscuridad, cuando podía estar yendo por ahí en un Bentley?

—No lo sé.

—Se les debieron caer. Estaban borrachos.

—Se le cayeron a alguien. Pero ¿soldados, o asesinos, yendo por ahí con las llaves de un Bentley?

—Tuvieron que ser ellos. No hay nada en kilómetros a la redonda que sugiera que haya estado nadie aquí desde Napoleón, excepto cabras y cabreros. Mira, no están estropeadas, no llevan aquí mucho tiempo.

—...

—Venga, Dos, usa tu jodida imaginación.

—Lo intento, pero estoy cansado.

—Está bien, vamos. Me ayudarás a encontrar una habitación en Valencia, ¿de acuerdo?

—Claro.

Hemingway volvió con su amigo colina abajo al taxi de Ignacio, y los tres se fueron de vuelta a la ciudad, donde se tomaron una comida como era debido, consistente en pollo asado y patatas fritas. A Dos Passos le preocupaba haber dejado el cuerpo de Robles allí, pero lo convencieron de que podía, después de todas las semanas que habían pasado, esperar hasta mañana. Ignacio, que se sentía culpable por haber aceptado cien dólares por lo que básicamente era un día de trabajo, insistió, en español y un poco de inglés, en pagar su parte de la cuenta, y Hemingway aceptó. Cuando el taxista se levantó para irse y comenzar el viaje de regreso a casa, un joven, igual de ansioso que un cachorro de spaniel pero vestido con un aburrido traje de funcionario, se acercó a la mesa con las cejas arqueadas y la expresión alegre: evidentemente quería presentarse. Hemingway levantó un dedo, indicándole al joven que esperara, y le habló, con respeto y en español, a Ignacio.

—Cuando vuelva a Madrid, Ignacio, es posible que necesite de nuevo su ayuda. Sin embargo, le pagaré menos que hoy.

—Sí.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—En el mismo sitio de ayer.

—No tengo ni idea de dónde fue.

Ignacio lo recordaba y sonrió.

—Junto al bordillo, delante del Florida.

Mordaunt Worsleighbson no tenía más de veintidós años, pero a punto había estado de volverle loco su capacidad intelectual, su entusiasmo y su idealismo. Era alto y delgado, y de espaldas anchas como un jugador de *rugby*, aunque también elegante y de ojos brillantes, cuyo pelo lacio le caía por la frente cuando hablaba con su habitual verborrea, de tal forma que hacía que las chicas apretaran los muslos del gusto. Aunque todo el mundo suponía que era británico, solo lo era por su sangre azul, heredero del inexistente patrimonio de Worsleighbson de Alamein, de Hindhead en el condado de Surrey, vendido hacía medio siglo para pagar las deudas que había generado el plan colosal de su abuelo Mordaunt, que quería construir en todas las ciudades de Sudán un sistema británico de tranvías, y que la rebelión mahdista de 1884 echó por tierra. El joven Mordaunt Worsleighbson, no tercero porque el segundo nombre de su padre era Brookington y no Trawlingtoke como Mordaunt y su desafortunado abuelo, nació y fue criado en Boston, pero que solo iría a colegios privados británicos, y después a Oxford. Worsleighbson ya había terminado su segundo doctorado, y se había leído *¿Qué hacer?* de Lenin tantas veces en trenes y desvanes que casi podía recitarlo de memoria, con notas a pie de página y citas indirectas del propio Lenin incluidas. En realidad, había muy poco publicado que Worsleighbson no hubiera leído, o parecido haber leído, y eso incluía los nueve libros de Hemingway, una y otra vez. Asimilaba completamente su visión del mundo, como cualquier otro lector, sin especialmente verlo como, en el mejor de los casos, una lucha idealizada hacia la verdad, y hacia un rechazo ético de la vida moderna, una muralla erigida contra una invasión pública de noveluchas, radio de mal gusto, películas insulsas, y periodismo sensacionalista. El mismo cinismo, si lo detectaban lectores como Worsleighbson, solo acentuaba la novela machista.

Desde enero de 1937, Worsleighbson era miembro no oficial del gobierno republicano, después de llegar a Valencia con un montón de maletas y un deslumbrante estilo en las entrevistas, con lo que consiguió el puesto no remunerado de traductor de propaganda del ruso y español al inglés, tanto para los brigadistas de Inglaterra y Estados Unidos como para los periodistas de habla inglesa como Hemingway. Nadie revisaba sus traducciones, y ese invierno y esa primavera todos los comunicados y los panfletos en inglés del Frente Popular poseían tal sofisticación sintáctica y tono hiperbólico que raras veces se podían citar sin problemas en un informe.

Worsleighbson se había enterado de que Hemingway estaba en Valencia, se lo había dicho un pajarito burócrata en el palacio de Benicarló. Tenía su mesa de despacho en un pasillo por el que pasaban tantas secretarias y tantos emisarios que era habitual que chocaran con la mesa y, al chocar mientras escribía (Worsleighbson

detestaba las máquinas de escribir), se convertían en los responsables de los manchones de tinta que lo obligaban a pasar varias veces un solo artículo. Dejó su puesto inmediatamente cuando se enteró de que el autor de Fiesta estaba en la ciudad, y se pasó varias horas buscándolo en los hoteles y en los bares de la ciudad antes de encontrarlo en un concurrido restaurante de rango medio, comiendo con John Dos Passos, cuya obra también encontraba casi insoportablemente brillante, y despidiéndose de un hombre vasco que parecía que acababa de salir de un poblado de chabolas.

Hemingway, molesto, bajó el dedo. Worsleighson dio un salto.

—¡Hemingway! Es verdad, oí que había venido a Valencia, salí disparado de mi puesto. Permita que me presente, soy Mordaunt Worsleighson...

—Conozco ese nombre... —dijo Dos Passos.

—Sí —asintió Hemingway con una sonrisa—, ese que quería convertir Jartum en Piccadilly Circus, ¿no es así? Hasta que el Mahdi se lo impidió.

—Era mi abuelo.

—¿No fue también un empresario metido en el mundo de las carreras de caballos? —añadió Dos Passos—. ¿Uno al que condenaron por amañar carreras?

—Ese —dijo Worsleighson, intentando seguir siendo agradable— era mi padre.

—Ah.

—Worsleighson, estamos comiendo.

Hemingway en realidad ya no estaba comiendo, sino bebiendo, encantado de haber descubierto que los restaurantes de Valencia todavía funcionaban de maravilla, y que sus bodegas no se habían visto demasiado afectadas y se podía encontrar un buen cava de 1926, así como algún que otro Codorníu Teresa, sin problema.

—Sí, señor, ¿les importa que me siente?

Y se sentó, dejando a los dos escritores directamente boquiabiertos. Pero su actitud alegre, Worsleighson lo sabía desde niño, casi siempre calmaba la ira causada por su narcisismo. Era un showman por naturaleza, no podía evitarlo.

—Worsleighson, ¿está aquí por algún asunto oficial? Está con el Frente, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero como voluntario. ¿Cómo lo sabe?

—No podía ser por otra cosa.

—Oh. No, esto no es un asunto oficial, Dios bien lo sabe, no, cuando oí que usted, señor Hemingway, estaba en la ciudad, tuve que dejar mi estúpido trabajo de traductor tan rápido como pude, y quiero decir con esto que hasta un estúpido podría hacerlo, no que sea un trabajo estúpido en sí mismo, siendo un servicio a la república como es, tuve que encontrarlo y ponerme a su disposición, soy un verdadero admirador suyo, un hemingwayano si lo desea, he leído sus nueve libros y siete de los relatos cortos que no aparecen en ellos, y creo que he leído cada uno de sus informes desde Madrid...

Dos Passos estuvo a punto de tirar la servilleta sobre la mesa y marcharse de allí.

—Y estoy convencido de que su programa, si se le puede llamar así, no importa, su estética es la única voz verdadera del momento, la nueva llamada a la pureza y a la rectitud en el nuevo siglo, y también me alegra decirle que me encantó saber que usted era republicano y que había decidido trabajar para el Frente.

—Pero no trabajo para el Frente Popular.

—Bueno, sí, no directamente, pero todo el mundo sabe que la nana es una herramienta política usada por su gobierno, y...

—Mire, Worsleighson, ni la nana es una agencia gubernamental, ni yo trabajo para el Frente ni para ninguna organización política.

Dos Passos a punto estuvo de irse, la adulación casi le había hecho llorar, pero, al ver que acusaban a Hemingway de ser un propagandista, se relajó en su asiento.

—Sí, por supuesto, señor Hemingway, ¿le puedo llamar Ernest? No, de acuerdo, es lo que había oído en el palacio, no es importante, lo que quiero decir es que usted está de nuestro lado, es comunista.

—No, jodido imbécil, no soy comunista. El señor Dos Passos, que está sentado justo ahí, él sí que es comunista. Pero hay muchos así por el mundo, y me gustaría que fuera al grano.

—Yo... Debería vendarse bien ese rasguño que tiene en la cabeza, si me permite la apreciación.

—¿Rasguño? ¿Te parece esto un rasguño?

Worsleighson se movió nerviosamente.

—¿Qué están tomando?, ¿Codorníu? Qué bien, pero sé que en esta bodega hay varias botellas de Cockburn's añejo de 1876, y sería un honor, no, me alegraría el año, que me permitieran pedir una o dos botellas de ese oporto para compartirlas con ustedes, caballeros.

Hemingway miró a Dos Passos, que justo sonreía hacia el lado de su cara que Worsleighson no podía ver, y negó con la cabeza.

—Worsleighson, es usted el joven más desvergonzado y mandón que he conocido.

—Me he entusiasmado demasiado. Suelo hacerlo.

—Adelante, pide el Cockburn's.

Pasó una hora, en la que se bebió mucho oporto y Worsleighson echaba por su boca una inagotable, aunque curiosamente cautivadora, oleada de cuentos estalinistas sobre la nobleza del trabajador, los ideales utópicos de la Internacional Comunista, e incluso la necesidad de los recientes juicios de Moscú, un tema en el que ni Hemingway ni Dos Passos tenían ganas de indagar. Enseguida Hemingway se sintió obligado a intervenir, a detener con algo la retahíla de estupideces, por eso le habló de Robles, de dónde habían estado esa mañana los dos escritores. Una cosa que Worsleighson no podía hacer era aguantar muy bien la bebida.

—¿Asesinado? ¿Y está seguro de que no era un espía?

Y fue entonces cuando Dos Passos decidió que, como de todas formas ya había

bebido demasiado, estaba cansado, y esperó el momento adecuado para irse.

—No, Worsleighson, no es un maldito espía, no lo dudes, ¿de acuerdo?

—¡Sí! ¡Claro! El edecán para la Internacional Comunista... ¡Tuvieron que hacerlo los golpistas! Es la guerra, ¿verdad?

Hemingway buscó el casquillo en el bolsillo de su abrigo, que estaba colgado en el respaldo de su silla.

—La policía encontró esto cerca de su cuerpo, en la hierba.

Dos Passos se acercó.

—No lo había visto. ¿Qué es? ¿Mauser?

—Creo que sí. —Hemingway lo toqueteó—. Puede que un Gewehr.

A Worsleighson:

—Un arma alemana.

—Aaaah, ¡así que fueron los nazis!

—Por favor, Mordaunt.

—Ya sabe a lo que me refiero... ¡Fascistas! ¡Esa escoria! Una misión de espionaje de los seguidores franquistas, un asesinato...

—Si eso es cierto —dijo Hemingway—, entonces hay infiltrados en la república que venden información. Nadie fuera de ella sabía en qué momento vino Robles a Valencia a ver a su familia, ¿no es así, Dos?

—No lo sé. Supongo que no lo sabría mucha gente.

—Entonces, ¿quién es el espía de los nacionales? Worsleighson, nos podrías ayudar a encontrarlo, desde dentro.

A Worsleighson se le salían los ojos de las órbitas de la emoción, la intriga y el afán por colaborar.

—¡Un traidor encubierto! ¡En Valencia! ¿Largo?

—¿El primer ministro?

Dos Passos se levantó.

—Ernest, tengo que irme, a ver a Mágina. Para contárselo. Quizá deberías venir conmigo.

Hemingway ya estaba más que medio borracho, y se estremeció con efecto retardado ante la sugerencia de Dos Passos, que la hizo como siempre con un casi insoportable aire de probidad. ¿Ver a la viuda de Robles ahora? Hemingway preferiría tirarse a un tren que informarle a una mujer española sobre el descubrimiento del cadáver de su marido, que llevaba un mes muerto.

—¿No lo va a hacer la policía, Dos?

—No estaban seguros de la identidad esta mañana, y viendo cómo trabajan dudo que se molesten en aclarar el asunto, ni mañana ni nunca. Así que supongo que Mágina todavía no lo sabe. Y aunque lo supiera, siento que debo ir a verla.

—Sí, deberías ir. Pero yo no la conozco, y me sentiría como un extraño en su casa en el peor día de su vida. Lo siento, Dos. Me quedo.

Dos Passos estaba visiblemente disgustado y abandonó el restaurante, abrigo en

mano, sin decir nada más.

Hemingway lo vio marchar. Maldita sea, qué pesado, como siempre, yendo de santo. Se quedó en el ambiente, como la desaprobación de una madre.

—Lo ha decepcionado —farfulló Worsleighson.

—Anda, calla. El mundo entero lo decepciona. Y prefiere quejarse antes que hacer algo.

—¿Como qué?

—¿Como qué, Worsleighson? Como averiguar quién mató a Robles, como eso.

—Pero pensaba que estábamos de acuerdo en que habían sido los fascistas. Ah, pero ¿está pensando en que deberíamos dar con el espía republicano que lo traicionó?

—¿Deberíamos? Mira, Worsleighson, no necesito un lacayo...

—Discúlpeme, señor Hemingway, pero no solo tengo dos doctorados y trabajo para el gobierno republicano, sino que he leído y recuerdo más o menos todos los libros publicados en inglés en los últimos setenta y cinco años sobre historia de Europa, que son doscientos doce, y hablo seis idiomas, incluidos el español y el ruso, así que no soy precisamente lo que se dice un lacayo...

—Está bien, está bien, para el carro, Sócrates, toma un poco más de oportó. No estoy hablando de topos en la república. Mira.

Sacó las llaves del Bentley, y las dejó en la mesa.

—¿Un juego de llaves? De un Bentley, así es.

—Las encontré a unos quinientos metros, colina arriba, de donde todavía está el cuerpo de Robles, no lejos de un campamento que los asesinos por lo visto levantaron para pasar la noche. ¿De dónde habrán salido?

—Sí, bueno...

A Worsleighson, con los ojos medio cerrados y tambaleante, lo interrumpieron dos mujeres, que se acercaron desde la barra, vestidas las dos con ropa nueva española: blusas de algodón que dejaban lucir un buen escote, y faldas de rayas de brillantes colores, como las que llevan las bailaoras y que mueven con las manos cuando bailan. Las dos tenían treinta y tantos años, iban bastante achispadas, no eran españolas, y las dos, Hemingway ya lo vio de lejos, divorciadas y de turismo parrandero. Por supuesto, resultaron ser norteamericanas.

—¡Hola! ¿Les importa que nos unamos a ustedes? ¡Parece que se divierten! ¡Y nos hemos enterado de que son norteamericanos! ¡Nosotros somos de Grosse Pointe! Bueno, bueno, ¡qué dos monadas!

No dejaron de exclamar durante un minuto entero, se sentaron pegadas a ellos, y los miraron como si fueran sudorosos estudiantes de instituto que venían de clases de lucha.

—Señoritas, beban un poco.

Hemingway les sirvió oportó; no iba a impedir que una mujer le dijera que era atractivo, pero al mismo tiempo quería beber más que ellas para así acabar con tanta tontería. Si podían beber tanto como él y todavía querían echarle un polvo, mejor que

mejor. A juzgar por su expresión, Worsleighson parecía no saber si estar encantado o molesto.

—Yo soy Lenore, ¡y esta es Peg! ¡Somos de Grosse Pointe!

—Ya lo ha dicho.

—¡No estaba segura de que lo hubieran oído! ¡Hay mucho ruido aquí! Estamos de vacaciones, y no hay que ser tímidas en vacaciones, ¿verdad? ¿Y ustedes son?

—Mordaunt Worsleighson, a sus pies —y lo dijo con un afectado acento británico que dejó como bobas a las mujeres.

—Ernest Hemingway.

—¿El escritor? —Peg arqueó las cejas candorosamente, pero Lenore no reaccionó, como si Hemingway hubiera dicho que era el alcalde de Ballantine, Montana.

—Sí.

—¡He oído hablar de usted! ¿Como era el título de ese libro, Peg, que dijiste que había leído Esther, Cita en algo, Sahara?

—Ese es John O'Hara.

—Ah, bueno, Esther dijo que era un libro muy erótico.

—¿Es posible que hayamos oído hablar de alguno de sus libros, señor Hemingway? Y su frente no tiene muy buen aspecto.

Hemingway perdió el tacto en un instante.

—Díganme, ¿qué planes tienen, señoritas? Las dos están divorciadas, evidentemente, y han decidido venir a Europa con el dinero de sus exmaridos a tirarse a unos cuantos botones españoles, a beber mucho vino malo y a intentar llenar sus vacías vidas con lujo y satisfacción...

—¡Exactamente!

Y se rieron a carcajadas. Los hombres se miraron. Llegó el sonido de un proyectil que había caído a más de cuarenta kilómetros de distancia, el débil estruendo de un trueno lejano.

—Entonces, ¿qué demonios hacen en España?

—¿Qué? ¿Y por qué no España?

Peg se estaba intentando poner más oporto y lo estaba derramando, así que Hemingway cogió la botella y él mismo se lo sirvió.

—Estamos en mitad de una guerra civil, querida. —Hemingway eructó—. Deberían haber ido a Las Bermudas o a algún lugar que no esté lleno de cadáveres.

—O invadido por los fascistas —gruñó Worsleighson.

—Ay, chicos, ¡nos deben de haber tomado por unas miedicas amas de casa yanquis! La guerra no nos ha afectado en absoluto, ¿verdad, Lenore?

Lenore, que se había vuelto un poco tímida, asintió.

—Menos mal —dijo Worsleighson, en tono receloso.

—Entonces, chicos, ¿son brigadistas? ¿Trabajan para el Frente Popular? ¿O solo son periodistas?

La conversación, desde el principio, había sido limpia y, gracias al alcohol, amistosamente hostil; pero esto cambió su rumbo. Worsleighson espetó:

—Trabajo para el gobierno, en efecto.

Pero el airado «¿Qué?» de Hemingway hizo que todas las miradas del local se dirigieran como balas hacia ellos.

—¿Solo periodistas? Señorita, no sé qué tiene en contra de los periodistas, pero si no fuera por los escritores y los periodistas...

—Nos encantan los periodistas, señor Hemingway —dijo Lenore dulcemente, al recordar de repente que tenía que estar pasándoselo bien y que había escote que enseñar—. Hemos conocido a muchos ya.

—Sí, no se ofendan —dijo Peg mientras bebía—. Nos preguntábamos quién más estaría por España, francamente.

—Bueno, da la casualidad —explicó Worsleighson— de que el señor Hemingway y yo estábamos en mitad de una investigación... ¡de asesinato!

Todavía con su falso acento británico, Worsleighson pronunció la palabra «asesinato» de esa forma tan molesta que tienen los británicos de pronunciar algunas palabras, convirtiéndolo en fascinante tema para juego de salón, como lo sería un clima inusual o un cotilleo morboso.

—¿En serio? ¿En zona de guerra?

Peg aderezó su alcoholizado entusiasmo con una incredulidad poco meditada, y lo hizo en voz muy alta. La gente giró la cabeza, pero Hemingway estaba demasiado borracho de oporto y demasiado centrado en estas dos irritantes mujeres como para darse cuenta o importarle. Se lo explicó.

—¡Robles! ¿De qué me suena ese nombre? —Lenore arrugó al frente.

—¿Y la policía?

—Venga, Peg, en serio, ¿en una guerra civil?

—La policía —dijo Hemingway, que sin querer estaba alzando la voz al nivel de los decibelios de las dos mujeres— no hará nada... Exactamente, estamos en guerra. Depende de mí.

—De nosotros.

—Cierra el pico, Mordaunt.

—¿Qué va a hacer, señor Hemingway?

—Precisamente era de eso de lo que estábamos hablando. Hay algunos indicios que no sé si debería compartir en un lugar público, y hay algunas personas a las que necesito interrogar...

—¿Como quién?

La conversación iba alargándose y subiendo de volumen, y aunque Hemingway no decía nombres, sí decía lo suficiente, y con una voz tan clara y alta que la gente de las mesas cercanas, a la que el escritor ya no prestaba atención, que al principio pudieron haber sido para él de una importancia nominal y ahora no existían en absoluto, o se iban al otro extremo de la sala, o directamente se marchaban del

restaurante, o se quedaban sentados fulminándolos con la mirada. Fuera lo que fuera lo que hacían, Hemingway no les prestaba atención.

Pero entre ellos había unos cuantos que escuchaban atentamente, que habían puesto la oreja la primera vez que oyeron que alguien gritaba el nombre de Robles, que disimuladamente garabateaban algo sentados a la mesa en la penumbra. El ambiente del restaurante (era El Alarcón, en la calle de Murillo) estaba cargado de sospecha y tensión; uno lo podía sentir en los oídos o en el cuero cabelludo si estaba relativamente sobrio y prestando atención, pero a esas horas de la tarde nadie lo estaba.

—Entonces, ¿de quién es el Bentley? ¡No puede haber muchos en España!

—Qué equivocada estás, Peg, puede que haya cientos.

—Lo dudo... esta gente es pobre...

—No los políticos y los propietarios de un negocio y los rusos y puede que incluso algunos novelistas, ¿no es así, señor Hemingway?

Hemingway gruñó, y tragó.

—Bueno, mira, Lenore, estas llaves pueden pertenecer a un millonario de dónde, de Granada, o de Gibraltar, ¿verdad? ¿Por qué demonios iban a venir aquí? Yo diría que probablemente... —A Peg se le trabó la lengua en una tercera be en «probablemente»—. Ese Bentley, ese coche, esté en Valencia o en Madrid. O quizá en Barcelona, pero eso sería forzarlo un poco, está demasiado lejos.

—Y los anarquistas no conducen un Bentley —dijo Hemingway, que agitó la mano por encima de la cabeza para que le trajeran otra botella de oporto, algo que los camareros parecían por un instante reacios a hacer.

—Por favor, rey de los libros, Barcelona es una ciudad grande, con muchos monárquicos ricos.

—Pero está lejos —dijo Lenore.

—Quizá demasiado lejos. Quizá.

—¿Quién del gobierno, señor Wormstation, tiene un Bentley? —preguntó Lenore en voz muy alta.

—Llámeme Mordaunt, por favor —respondió él—. No lo sé, controlar el aparcamiento de coches no es una de mis obligaciones.

—Bueno, es el primer lugar en el que deberíamos buscar, ¿no es así?

—¿Deberíamos? —le espetó Worsleighson—. Esto es lo que sé: esas llaves pertenecen a un Bentley 8 litros, se sabe por el cromado azul de las alas, era el Bentley más grande y más caro, se fabricó en 1930 y en 1931, y solo se hicieron cien. Ni más ni menos. Lo sé, porque estrellé uno, lo hice pedazos, hace unos años, y me cayó un buen sermón acerca de los pocos que existen.

—Pobrecito —dijo Lenore.

—¿Solo cien? —meditó Peg—. ¿Y es un coche inglés? ¿Qué probabilidades hay de que haya varios en España ahora mismo?

—No muchas que digamos —farfulló Lenore.

—Largo tiene un Bentley —dijo Worsleighson en voz baja. Todos se callaron.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —bramó Hemingway.

—¿Antes? ¿Antes de qué? ¡Solo hace diez minutos que me enseñaste las llaves!

—Mordaunt, llevamos sentados aquí una hora.

Worsleighson se sujetó la cabeza.

—No me encuentro muy bien.

—¿Es un 8 litros? ¿El coche de Largo?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—Creo —Hemingway lanzó sonriente una exclamación triunfante cuando llegó la tercera botella de oporto que cogió por el cuello— que deberíamos cercar, a hurtadillas y sigilosamente, los coches del palacio de Benicarló, que es dónde podría estar, ¿no es así, Mordaunt? También es el gabinete oficial de la república, los coches deberían estar allí, y veremos así si las piezas del rompecabezas encajan.

—¡Sí! —chilló Lenore.

—Queridas, este es un trabajo peligroso, y no están invitadas. ¿En dónde se alojan?

Estaban desilusionadas, pero tampoco mucho: la perspectiva de merodear en la oscuridad por el edificio del gobierno al instante trajo imágenes de sus caras habitaciones de hotel y de sus caras camas.

—En el Fernando Rei.

—Sabéis que todo el mundo ha estado escuchando, ¿no? —dijo Worsleighson, e hipó.

Hemingway se calló. ¿Qué? Y estudió la sala tan sutilmente como le permitía su borrachera, y comenzó a sudar, como hacían los borrachos cuando se daban cuenta de que habían olvidado algo terriblemente importante.

—¡Mierda! —exclamó él.

Las mujeres de Michigan también giraron sus tambaleantes cabezas para mirar a su alrededor, a pesar de que Hemingway creía haber vislumbrado a dos figuras que fingían no verlo entre los rostros hostiles, las disgustadas miradas de soslayo y las enfurruñadas palabrotas en español; entonces repasó como pudo con su memoria a corto plazo la última hora de conversación, y el corazón empezó a palparle con fuerza.

—Maldito bocazas —dijo él, y Worsleighson se puso derecho como si se hubiera despertado.

—¿Yo?

—No, yo, zopenco.

Disimuladamente, metió el llavero en el bolsillo de su pantalón.

—¿Crees que han estado escuchando? —dijo Lenore en un susurró que oyó todo el mundo.

Hemingway se levantó.

—Buenas noches, señoritas de Grosse Pointe —dijo él en voz baja, por primera

vez en todo el día—, por favor, vuelvan a su hotel, rápidamente pero con discreción, y quédense allí, ¿de acuerdo? Ha sido un placer. Mordaunt pagas tú, ¿no es así?

Cuando se fueron, hubo aplausos en El Alarcón.

Con una botella sin abrir de oporto de sesenta años en la mano, Hemingway salió a la acera, Worsleighson tambaleante a su lado, y cogió un taxi. Se estaba poniendo el sol.

—Dime, Worsleighson —le preguntó él en el amplio y oscuro asiento de atrás—, ¿qué demonios querías cuando viniste a buscarme hoy?

—Solo quería saber si... eras real.

—¿Real? Entonces, ¿qué pensabas? ¿Qué era un farsante?

—Esperaba que no.

Le dijeron al taxista que los dejara a tres manzanas del palacio dirección noroeste, y allí se quedaron los dos hombres, muy borrachos, mientras la antigua ciudad los envolvía en una noche sin farolas.

—Por aquí —dijo Hemingway.

Caminaron a paso ligero, encorvados, e intentando que sus pisadas no resonaran en las calles vacías pero sin lograrlo, por supuesto, y anduvieron dos largas manzanas en la dirección equivocada antes de que Hemingway se diera cuenta y volvieran, y para entonces ya era totalmente de noche. Esta ciudad es un laberinto, pensó Hemingway, sin un solo ángulo recto. El ir corriendo de un lado para otro hizo, finalmente, vomitar a Worsleighson, una acción que pareció ocurrir sin demasiado esfuerzo por su parte (solo tuvo que inclinarse ligeramente hacia un lado, fuera de su trayectoria), Hemingway lo esperó en la oscuridad de un callejón. El vomito resonó como una sirena rota por las callejuelas de una Valencia silenciada por el toque de queda. Después, el joven comunista se puso derecho, ligeramente restablecido.

—Vamos, por amor de Dios —gruñó Hemingway justo cuando vio que un coche patrulla doblaba la esquina con rifles asomando por tres ventanillas. Hemingway tiró del tambaleante chico hacia el callejón y lo aplastó con una de sus enormes manos contra la pared de ladrillo, para que no lo vieran, mientras el coche pasaba lentamente por delante de ellos, en dirección este.

Salieron sigilosamente del callejón y se apresuraron con relativa tranquilidad a llegar al palacio, que, como podían ver a medida que se acercaban desde el oeste, estaba vigilado por al menos seis soldados armados con rifles y focos fijos. Patrullaban por delante del edificio tras una larga y sinuosa serpiente de alambre de espino que medía casi un metro de altura. Detrás de los guardias había una oscura hilera de coches caros aparcados junto al bordillo. Los hombres estaban agachados detrás de una escalera de piedra a media manzana de distancia.

—Muy bien —susurró Hemingway—. Primero tenemos que distraerlos; es decir, tú te abalanzas sobre ellos, gritando quizá alguna tontería franquista, y mientras ellos te dan una buena paliza, yo salto la alambrada, me meto detrás de los coches, pruebo las cerraduras de los Bentley y...

—¿Qué?

Worsleighson tenía la cabeza en otro sitio: estaba pensando en una novela que había querido escribir sobre Rimbaud y una guerra tribal entre abisinios en plantaciones de café.

—Maldita sea, escúchame, Mordaunt...

—¿Yo qué? ¿Tú qué?

—Salto la alambrada y me meto...

Worsleighson se puso de pie con un solo movimiento, salió de detrás de la escalera y se acercó sin prisa (sin prisa sí, aunque con paso bastante vacilante) al palacio, directo a los tres guardias que estaban apostados delante de los escalones principales, con el foco dirigido hacia ellos. Hemingway se tapó la boca con la mano, y vio que el pobre desgraciado adoptaba un aire despreocupado, incluso después de que los guardias lo divisaran, levantaran los rifles y empezaran a gritar:

—¡Deténgase! ¡Deténgase!

Él siguió andando, con las manos en alto espontáneamente, y Hemingway le oyó soltar una carcajada a los guardias, que sí se detuvieron, y que ya eran cinco, con las armas amartilladas, mientras la luz alumbraba el lugar sin compasión, como si fueran un pelotón de fusilamiento.

Hemingway miró hacia atrás. Tendría que salir corriendo por donde había venido si quería salvar la vida.

Worsleighson llegó donde estaban los guardias; no se oyeron disparos. Gesticulaba mucho pero no exageradamente, mientras se explicaba ante ellos. Y bajaron los rifles. Hemingway vio que se hurgaba una y otra vez en los bolsillos.

Las llaves. Se había olvidado de coger las llaves.

Hemingway salió precipitadamente de detrás de las escaleras, con la mano en alto, y corrió hacia ellos.

—¡Buenas noches! —gritó él, ya con las dos manos alzadas y agitando las llaves, y cuando llegó a la altura de Worsleighson, este dijo a los guardias:

—Él es mi amigo, ¡mi camarada! ¡Él tiene las llaves!

Hemingway le entregó las llaves al guardia que tenía más cerca.

Los guardias no levantaron los rifles otra vez, y de hecho dos de los cinco que se habían juntado en el momento de tensión, habiendo perdido interés, simplemente se dieron la vuelta y se fueron.

—Les acabo de explicar —le dijo Worsleighson a Hemingway en voz alta— que habíamos encontrado estas llaves y queríamos devolverlas si pertenecían al presidente Largo o a otro estimado coche de la república.

Hemingway asintió con una gran sonrisa mientras el guardia que tenía las llaves se dirigía a la izquierda de la hilera de coches y probó las llaves en dos Bentley que había allí, y a continuación se fue a los coches del lado derecho. Había dieciséis en total, pegados unos a otros, pero solo tres Bentley, y probó con el último. Ninguno abría, y, de todas formas, ninguno era un 8 litros.

El guardia volvió.

—We will keep the keys, nos quedaremos con las llaves —dijo en español—, por si alguien viene a preguntar.

—No —le replicó Worsleighson, cuya enturbiada cabeza le daba vueltas—, no, no las encontramos aquí, puede que el dueño, hmmm...

—Señores —siguió Hemingway, más alto y más claro, pero en un español que rayaba lo idiota—, ya le hemos dicho al dueño del hotel Florida que tenemos las llaves y les preguntará a los periodistas y estrellas de cine norteamericanos, así que es posible que el dueño esté por allí, ya que las encontramos por esa zona, así que necesitamos que nos las devuelva, se está haciendo tarde, muy tarde.

—¿Seguro?

Estaba claro que el guardia tenía sus dudas, pero también estaba claro que no sabía por qué.

—Sí, gracias, mi camarada.

El guardia se encogió de hombros, y Hemingway cogió las llaves, les dio las buenas noches a los hombres, y los dos se adentraron lentamente en la oscuridad.

Caminaron veinte minutos en lo que esperaban que fuera la dirección correcta. Pero entonces, el silencio de las calles sin luz dio paso al sonido de un camión que se aproximaba.

Hemingway y Worsleighson se quedaron en el centro de un cruce y miraron a su alrededor. No vieron ni faros, ni ningún camión; la noche era demasiado oscura y no había luna. Pero el estruendo iba en aumento, hasta que los dos hombres salieron de la calle, cada uno hacia una fachada, y un viejo camión del ejército surgió de la nada, justo entre ellos.

Y frenó. Tres hombres salieron de él armados con rifles. Dos de ellos apuntaron a Hemingway y a Worsleighson desde el centro de la calle, y el tercer hombre gritó:

—¡Vamos a disparar! ¡No se mueva!

Los norteamericanos no habían huido porque estaban borrachos; los días de borracheras interminables, la herida en la cabeza, el viaje desde Madrid hicieron mella allí mismo, y en lo único que podía pensar era en echarse, en cualquier sitio.

Los hombres armados cogieron a los norteamericanos del abrigo, los llevaron a trompicones hasta el medio de la calle, con los cañones de los rifles debajo de la barbilla, y les dieron patadas en las piernas hasta que los dos se arrodillaron. Entonces, los dos hombres le dieron la vuelta a las armas y con la culata golpearon en la cabeza a Hemingway primero y después a Worsleighson. Cuando cayeron al suelo, dando alaridos, blandieron los rifles como hachas que cortaban madera y les pegaron de nuevo.

Hemingway pudo sentir que salía la sangre a borbotones de la herida de su cabeza, de nuevo abierta.

El tercer hombre hincó una rodilla y dijo entre dientes:

—¡Váyase a casa!

Hemingway cerró con fuerza los ojos y no se movió.

Entonces los hombres retrocedieron en la oscuridad. Se oyó el sonido del camión al arrancar, que desapareció por las calles oscuras.

Hemingway gruñó y se levantó, primero colocó las manos en el suelo y después las rodillas. Se sacó el abrigo, se quitó la camisa, la rasgó en dos, y ató con fuerza una de las mitades alrededor de la cabeza, para tapar las zonas que sentía que sangraban.

Váyase a casa.

—¿Worsleighson?

Palpó el suelo en la oscuridad en busca del joven y lo encontró, completamente inconsciente. Había sangre, pero no goteaba.

Hemingway se levantó y esperó a que se le asentara el estómago y recobrar el equilibrio. Cuando lo consiguió, sintió un aplastante dolor de cabeza. Entonces cogió a Worsleighson del suelo y se lo echó al hombro. Se giró y empezó a caminar. Entornó los ojos e intentó leer los letreros, aunque veía doble y no había mucha luz. Siguió caminando y siguió un rumbo lo mejor que pudo, apoyándose en los edificios para descansar; el peso de Worsleighson pasó de ser soportable a pesado hasta la extenuación.

Y ocurrió que simplemente estaba regresando a El Alarcón, ya que Dos Passos no lo había llevado a un hotel. Ahora era más de medianoche, y estaba en una ciudad que no conocía, con un hombre ensangrentado colgado del hombro.

El único sonido que oía era el jadeo y las pisadas de una manada de perros que Hemingway no podía ver y que corrían por una calle cercana.

Entonces así se presenta este siglo, pensó él. Calles vacías salvo cuando la guerra las llena. Charcos de sangre olvidados. Dejados por muertos en mitad de la noche, intentando salvar una vida o simplemente sobrevivir, y perdiéndose en el intento. Perros y rifles y hombres perversos.

Caminó despacio, durante casi una hora, aunque no pudo haberlo sabido en ese momento. Estaba demasiado oscuro como para consultar el reloj.

Consiguió leer un letrero: avenida de María Cristina. Había algunos coches, por fin, y un solo peatón. En mitad de la manzana, había un hotel, el Fernando Rei. Hemingway no lo recordaba hasta que dijo el nombre del hotel para sus adentros: era donde se alojaban las señoras de Grosse Point, que ahora ya estarían calentitas y a gusto en la cama.

Subió los escalones con el muchacho de Boston al hombro, los dos llenos de sangre, y entraron en el vestíbulo del hotel, donde los botones inmediatamente corrieron hacia él y lo ayudaron a poner a Worsleighson en un diván. Llamaron al médico del hotel. Hemingway preguntó al recepcionista por dos norteamericanas llamadas Margaret y Lenore, y al poco rato las dos mujeres salieron del ascensor, con crema en la cara y la bata puesta.

A Hemingway le dieron una habitación, pero él se fue con Lenore a la habitación de esta, donde la mujer le puso hielo en la cabeza y dejó que se durmiera en su

regazo.

Podría pasar aquí, pensó Hemingway adormilado, sintiendo la mañana pero sin verla todavía. Podría pasar en cualquier lugar. Alemania, Italia, España, Rusia, Grecia... De acuerdo, puede que no pasara en Canadá, los canadienses son demasiado tranquilos, demasiado tímidos, muy poco ambiciosos en su nacionalismo, lo poco que se podía encontrar de él. Quizá no pasara en Islandia, por lo mismo. O Finlandia, es difícil imaginarse a los finlandeses confiando en alguien nuevo para que se convirtiera en un dictador.

En Estados Unidos había bastante devoción hacia las fronteras, egoísmo aislacionista y recelo hacia la autoridad. Pero también había un lamentable deseo de doblegarse, de sentir la palmadita en la cabeza y de que un todopoderoso «papi» te arrojara, y esto iba normalmente unido al cristianismo. La gente se arrodillaba demasiado en América, demasiado como para que uno se sintiera cómodo, se arrodillaban en masa en lugares públicos. A Hemingway nunca le gustó que le dijeran cómo tenía que hacer las cosas, y eso incluía a un omnisciente Dios, así que desde una edad temprana decidió que no iba a arrodillarse. Aún no había conocido a ningún arrodillado que le cayera bien o en el que pudiera confiar.

Worsleighson se había levantado y la puerta de Hemingway no estaba cerrada con llave. La luz de la mañana caía en la habitación como en cascada. El muchacho entró dando saltos, con una taza de porcelana con café caliente en la mano.

—Ernest, tienes que levantarte, el café aquí es sencillamente el mejor del mundo. Soy un entusiasta del café, no el típico británico de la bolsita de té, y te digo que esto es un milagro, ¡con notas de arce y cacao! Tienes que levantarte...

—¡Cierra el pico! ¡Fuera!

—¡Está bien! Pero vamos, acaba de empezar un nuevo día, ¡y volvemos al palacio!

—...

—¡Sí! Trabajo allí, ¿recuerdas? He quedado con un trabajador del Frente Popular, es norteamericano. Ha estado en Moscú. Se llama Liston Oak.

—¿Y?

Hemingway estaba ya fuera de la cama, y, completamente desnudo y con las piernas en arco por el entumecimiento, se fue al baño. Worsleighson se giró rápidamente hacia la ventana.

—Podemos confiar en él.

Claro que sí. Hemingway estaba de pie meando. Este valiente y loco muchacho bostoniano le podría ser útil, pero no iba a meterse con él en la boca del lobo y anunciarlo a bombo y platillo.

Al mismo tiempo, Hemingway tenía la impresión de que no estaba siendo

totalmente cauto. Ellos (ellos) creían que llevaban la voz cantante, y Hemingway sabía, se lo decía su pequeño y frío corazón de periodista, que ojalá fuera así. Quizá era el Lewis que tenía en su cabeza (no confiaba en que los sistemas ocultaran cada error, y esta situación era imposible de dominar, algo fuera de control sometido a una presión extraordinaria). Dudaba que la Internacional Comunista matara a Robles, al menos oficialmente. ¿No habrían sacado ya a Hemingway de la cama para nunca volver a ser visto de nuevo? ¿Le habrían seguido permitiendo estar en Valencia a la vista de todo el mundo, delante de las narices de la Internacional, si la organización hubiera considerado que era un indeseable?

Puede que estuvieran esperando a ver qué era lo siguiente que hacía. La ciudad estaba llena de secretos.

—Está bien, Mordaunt, vayamos a ver a tu hombre. Será mejor que no sea otro de esos burócratas con ojos de caimán. Si es así, no sé si podré contenerme y no darle un puñetazo.

—Muy bonito.

Después del trayecto en taxi, Worsleighson logró que Hemingway pasara por delante de los mismos estirados empleados del palacio y los mismos guardias con rostro serio que le habían negado la entrada el día anterior. El palacio era enorme, mucho más grande que la embajada de Madrid, con vestíbulo de mármol y dos escaleras iguales que se elevaban tres pisos. Hemingway se imaginó que el Palacio de Invierno de Leningrado debía de tener ese aspecto, aunque nunca había estado allí.

Caminaron por un largo pasillo atestado de trabajadores gubernamentales y de mesas en fila que había que sortear. Finalmente, después de señalar una mesa del pasillo y decir «Esa es la mía», Worsleighson llamó a una puerta. Nadie contestó, así que la abrió.

Había tres mesas, todas ellas atestadas de papeles y, entre una mujer de gafas de carey y un muchacho español de ojos vivos, estaba sentado un rollizo norteamericano con unos ojos inflamados que recordaban a una vaca marina después de que la engancharan con un anzuelo triple.

—Liston, me gustaría hablar contigo —le dijo Worsleighson con una sonrisa—. Este es Ernest Hemingway.

Oak dio un ligero respingo, pero se levantó y extendió la mano.

—Es un honor. —Su voz era sorprendentemente débil, considerando su circunferencia. El adolescente levantó la vista de su trabajo y se quedó mirando. Worsleighson cogió dos sillas del pasillo—. Había oído que estaba en el país, informando, ¿no es así?

—Sí. Principalmente.

—¿Y cómo le va?

—Regular. Pero no vengo en calidad de periodista.

—¿Ah no? ¿No va a cubrir el mitin del Frente Popular mañana? ¿Qué hace entonces? ¿Qué le ha pasado en la cabeza? Worsleighson, ¿tú también te has hecho

daño?

—¿Podemos hablar en privado?

Desconcertado, Oak mandó a sus compañeros de oficina a que fueran a por café. La puerta se cerró.

Empezó a hablar Worsleighbson.

—Nos preguntábamos, Liston, si podías aconsejarnos sobre un asunto... extraoficialmente.

—Extraoficialmente.

Oak ya era un hombre nervioso, pero todavía se puso más. Apoyó las manos sobre sus rodillas por debajo de la mesa. Hemingway intentó recordar cuándo había sido la última vez que había visto a tantos adultos al borde del pánico y de las lágrimas.

—Sí. Estamos investigando la muerte de José Robles.

Oak palideció. Se levantó, cerró la puerta con llave y se volvió a sentar.

—Ese chico, ese muchacho que traduce del ruso. ¿No lo conoces? Es Coco Robles. Es su hijo.

—Dios —dijo Worsleighbson, que se recostó, y vio cuánto se complicaban las cosas. Hemingway se incorporó.

—¿Ese era el hijo de Robles? ¿Trabaja aquí con usted? ¿Traduce del ruso?

—Aprendió con su padre, sí.

—¿Qué sabe?

—¿De su padre? —Oak estaba sudando—. Todo. Estuvo presente cuando lo... secuestraron. Y en cuanto supe que habían matado a Robles, se lo dije yo mismo. Ya no aguantaba más a ese cabrón quejica haciéndome preguntas todo el día.

—Voy a tener que hablar con él.

—Adelante.

—¿Cómo se enteró? ¿De lo de Robles?

—Se corrió la voz. Extraoficialmente.

—No me puede decir quién se lo dijo.

—No, y de todas formas no le beneficiaría en nada. Él nunca lo admitiría, ni le diría quién se lo dijo. Está haciendo de detective, señor Hemingway. Quizá debería...

—¿Debería? ¿Qué es lo que debería?

Hemingway se echó hacia delante.

—Ya estoy harto de que ustedes, los comemierdas republicanos, me digan lo que debería hacer, Oak, y si lo oigo una vez más me va a reventar la cabeza. ¿Sabe qué? Por fin he encontrado a un hombre en este maldito país que realmente sabe algo sobre lo que le pasó a Robles ahí fuera en las colinas, ¿me oye, Oak? Sobre cómo es que Robles, que era un buen amigo mío, acabó con un tiro en la cabeza y lo dejaron ahí, ¡como una ardilla muerta de una perdigonada! —Hemingway se levantó de su silla, y se tranquilizó—. Y que me parta un rayo si me voy de aquí sin saber lo que usted sabe. Tendrán que quitarme con una palanca los dedos de su cuello. Lo juro por Dios.

La expresión de Oak era tensa, y tenía los ojos llorosos.

—¡No se lo puedo decir! Pero no importa, ¡todo el mundo lo sabía!

Las manos de Worsleighson agarraban con fuerza los reposabrazos. Y Hemingway seguía medio levantado de su silla.

—Oak, parece un hombre asustado. Yo creo que le preocupa mucho su puesto en el Frente, le preocupa que los de arriba ordenen que lo saquen una noche de su cama. —Se levantó y se inclinó sobre la mesa—. Le preocupa que se lo lleven a Moscú y lo obliguen a confesar qué, ¿que tuvo una maldita relación homosexual con Trotsky? ¡O algo! ¡Alguna gilipollez así! Tiene miedo, Oak, y supongo que mi visita aquí hoy, sobre todo cuando levanto la voz, no le hace favor alguno, y también supongo que si yo o Worsleighson le dijéramos a la gente adecuada algo malo sobre usted, solo una pequeña indirecta sobre usted, entonces sería su final, saldría cagando leches de esta cadena de montaje como un desecho. ¿No es así? He visto a cobardes idiotas como usted, por toda España, son fáciles de reconocer, como los árboles enfermos. Así que se lo voy a preguntar una puñetera vez más. ¿Quién se lo dijo?

Oak exhaló y se secó la cabeza con un pañuelo.

—Del Vayo —dijo en voz baja.

—Por amor de Dios. Sabemos que lo sabía, se lo dijo a Josephine Herbst.

—Lo siento.

Hemingway se giró hacia Worsleighson.

—Dos Passos habló con él.

—Y probablemente usted no lo pudo amenazar con tanta facilidad —dijo Oak.

Hemingway se sentó, y dio un largo suspiro. Por un momento todo el mundo esperó a que hablara.

—Dios santo. Lo siento, Oak... Esto me está dejando apabullado y con los nervios bastante crispados.

Oak no parecía apaciguado.

—Está bien, Hemingway... Ojalá pudiera ser de más ayuda.

Y por su expresión no parecía estar diciéndolo de verdad.

—¿Cree que lo ordenó Del Vayo?

—¿Que si creo? Hemingway, yo no creo. Y ciertamente no voy a pensar en ello. No me importa, sinceramente.

—Por supuesto.

—Y no, no creo que Del Vayo haya hecho tal cosa. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué alguien querría hacerlo? Solo intentamos no meternos en líos en esta guerra, Hemingway.

—Lo sé. Pero alguien lo hizo. Quién. Quienquiera que lo haya hecho, que llevara a cabo la orden, usó un Gewehr.

—¿Perdón?

—Un Gewehr, creo que se dice así. Un Mauser. Un rifle alemán de la primera guerra mundial.

—El arma de guerra del padre de alguno, quieres decir.

—Sí. ¿Quién podría tener un rifle de esos? Los fascistas no.

—Ni hablar. Y tampoco los republicanos, no sabríamos ni dónde conseguir la munición. Nos viene artillería de todas partes, y nos resulta difícil encontrar proyectiles para armas inglesas y francesas. Pero no para las alemanas.

—Así que sería un arma individual, un arma de uso personal.

Oak se encogió de hombros.

—Liston, extraoficialmente —dijo Worsleighson—. Si yo fuera un cabrón valenciano que quisiera hacer desaparecer o liquidar a un funcionario, a un burócrata, ¡quizá como tú!, ¡ja!, del Frente, pero quisiera mantenerlo en secreto, ¿a quién le diría que hiciera algo así? Extraoficialmente.

—A alguien que usara artillería que no fuera del regimiento —dijo Hemingway.

—No lo sé, caballeros. Por favor.

—Piénsalo muy bien.

Oak no sabía dónde meterse. No quería decir nada, pero deseaba que todo esto se terminara lo antes posible. No podía tener las dos cosas.

—Bueno, Coco dijo que los oyó, y que no hablaban español. Hablaban otra cosa, él cree que era quinqui.

—¿Qué es eso?

—Un dialecto. Gitano o algo así. No lo sé. Casi no sé ni español.

Worsleighson levantó un dedo.

—Es del norte, y sí, es de raíces gitanas.

Hemingway lo fulminó con la mirada.

—Entonces, Oak, quinqui, ¿qué le dice eso?

—Podrían ser... Las Termitas.

—¿Qué cojones es eso?

—Las Termitas. Es una banda clandestina, criminales. Son quinquilleros, que son un tipo de minoría étnica, gitanos, y Las Termitas son, supuestamente, los rebeldes militantes de su etnia, que quieren que la república los reconozca. Pero cuando oímos hablar de ellos es por su faceta criminal.

—Ha dicho lo primero que le ha venido a la cabeza, ¿no es así, Oak?

—Me ha preguntado.

—No le he pedido que me dijera gilipolleces.

—No le estoy diciendo gilipolleces. En esta ciudad, si uno quiere quinquilleros, habla con Las Termitas. Hacen lo que sea por dinero. No se me ocurre nadie más en Valencia de los que se pueda decir eso. Por lo menos no ahora, en la guerra.

—Creo que eso es un pensamiento ingenuo.

—No si está sentado en esta mesa. De todas formas, ellos son quinquilleros.

—¿Dónde están esas termitas?

—No tengo ni idea. Pregunte por ahí. Es posible que consiga que lo maten.

—Son asesinos...

—Son lo que usted quiera que sean previo pago.

El día acaba de empezar. El tiempo en Valencia era agradable y así permanecería todo el día. Hemingway y Worsleighson, quien con la tensión de la situación tenía un nudo en su inocente garganta, estaban casi a las puertas del palacio cuando Coco Robles apareció corriendo detrás de ellos.

—Señor Hemingway, espere. Soy Coco; el señor Oak me dijo que estaba haciendo preguntas sobre mi padre.

Su inglés era impecable.

Hemingway se detuvo y se giró.

—Sí, hijo, estoy intentando averiguar quién lo mató.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Hmmm... Es complicado. Oak dice que crees que fueron quinquilleros.

—Eso es lo que creo. Pero me golpearon enseguida con una tubería, me dejaron inconsciente. Debería hablar con mi hermana, Carmena.

—¿Cuántos años tiene?

—Doce.

—¿Dónde vives?

Los dos hombres dejaron al chico y caminaron en dirección norte. Les llevó cuarenta y cinco minutos llegar a la calle Pintor Zarinerva y al viejo edificio de tres pisos donde Robles había instalado a su familia hacía casi dos años.

—Bueno, señor Memoria Instantánea, ¿qué sabes de los quinquilleros?

—Hmmm, bueno, quinqui es una forma antigua del castellano, probablemente mezclada con romaní bohemio, llamado quinqui porque se decía que eran ferreteros, fabricantes de herramientas, quincallería, pero eran en realidad, la mayoría de las veces, criminales de poca monta. Llegaron por primera vez a España, o aparecieron aquí, en 1500, posiblemente aunque no con toda seguridad de Bohemia, y probablemente descendían de los musulmanes de Constantinopla, se hicieron nómadas para escapar de la persecución en Italia, en Normandía y en otras partes. Hmmm, durante la reconquista y con la Inquisición fueron quemados y asesinados al igual que los judíos y los musulmanes, pero no en masa, porque era muy difícil encontrarlos. Se dice que eran tribales. Almereyda de Bilbao escribió en 1698 que practicaban el canibalismo ritual cada solsticio de invierno, pero solo comían los dedos de los pies, y copulaban con serpientes regularmente.

—No organizas en absoluto este tipo de cosas en tu cabeza, ¿verdad?, solo las acumulas.

—Supongo. Nunca pensé que sería un tema delicado.

—Está bien. No te pongas quisquilloso. ¿Nada más reciente?

—No en los libros de historia, no.

—Allá vamos —dijo Hemingway, y subió las escaleras que daban a la casa de Robles y llamó al timbre, temiendo presenciar el dolor de una viuda de guerra. Pero Mágina, una escultural mujer de treinta y cinco años, abrió la puerta sin mostrar sorpresa ni emoción en su rostro. Su expresión sí era seria, aunque fuerte como un árbol grande en una tormenta.

—Señora, ¿habla inglés? Me llamo Ernest Hemingway.

—Sí, señor Hemingway, lo conozco por ese número de Vanity Fair... en el que salen unas muñecas de papel de usted, vestido de cavernícola y de matador. Adorable. Mi marido tenía todos sus libros. Los he llevado a la biblioteca.

Se dio la vuelta, dejando la puerta abierta. Los hombres entraron. Carmena estaba sentada en la mesa frente a la cocina dibujando lobos a carboncillo.

—Ah... Sí, bueno, solo quería hacerle algunas preguntas...

—¿Por qué?

—Estoy... investigando el... fallecimiento de Pepe.

—¿Su qué? ¿Por qué, señor? ¿Quién es usted para hacer eso?

—No soy nadie. Soy solo un preguntador. Nadie más lo está haciendo. Así que lo hago yo.

—¿Es «preguntador» una palabra?

—Ahora sí.

—Actúa como si Pepe fuera un buen amigo suyo. Pero yo ni siquiera lo conozco.

—Lo conocí en Italia. Y fui a verlo a la John Hopkins unas cuantas veces.

—La vez que vino a casa al amanecer con el labio hinchado, y apestando a *whisky*.

—Probablemente fue esa vez.

Todo ese tiempo había estado de espaldas a los hombres, mientras recogía y limpiaba los platos, pero se giró.

—Señor... Le ofrecería una copa, sé que le gusta beber, pero no tengo nada. De hecho, apenas si tenemos para comer.

—Lo siento. Puedo ayudar.

—Cállese. No debería decir eso.

—¿El señor Dos Passos vino a verla?

—Sí. Tampoco acepté su dinero.

—Solo...

—Haga sus preguntas.

Hemingway respiró profundamente, se acercó a la mesa y se sentó delante de Carmena. La niña lo miró solo con los ojos, no con la cara.

Worsleighson se quedó donde estaba, en silencio, con su sombrero en las manos.

—No sé qué preguntarle, para ser sincero. Solo dígame qué recuerda. De esa noche.

—Lo que recuerdo. —Mágina cruzó los brazos sobre el pecho. Hemingway se percató de lo delgada que estaba. De que posiblemente estaba alimentando a sus

hijos, pero no a sí misma—. Iban vestidos de negro. Con capuchas. Eran cuatro. Hablaban en algún dialecto absurdo. Me dieron con una tubería y me amenazaron con violarme. Golpearon a Pepe hasta que lo dejaron inconsciente, y se lo llevaron. Es lo único que recuerdo.

—Quiero encontrarlos.

—Es lo único que recuerdo.

Márgara encendió un cigarrillo y se quedó mirando cómo ardía.

Carmena levantó la vista, pero esta vez con la cara también.

—Uno llevaba cemento en los zapatos —dijo ella.

—¿Cemento?

Hemingway se volvió a centrar en la niña, cuya expresión era cautelosa.

—Cemento, en los pliegues. Eran zapatos de un obrero del cemento.

—¿Te hicieron daño?

—No. Ni siquiera me miraron. A otro, no el del cemento, le salían pelos largos de las orejas. Era el capitán, el que daba las órdenes. Su voz era profunda y áspera, como si fumara mucho. Olía a gato. Llevaba un abrigo de lana. No se movía con demasiada rapidez. Creo que tenía mal la espalda.

Hemingway y Worsleighson se miraron, con las cejas arqueadas.

—Carmena, ¿siempre lo recuerdas todo?

—Sí. Recuerdo más.

—Y tu inglés. Creciste en Baltimore, ¿verdad?

—Así es.

—Perdona. Continúa.

—Había otro hombre que era más bajo que los demás, pero más ancho, gordo. Olía a sangre. Como a sangre de pollo, un poco como a huevos crudos. A lo mejor trabaja en un matadero. O tiene una granja. Quizá simplemente había robado un pollo y no se había lavado. Ninguno de ellos se había lavado, estaban sucios. El que olía a sangre de pollo, debe usar gafas. Como no las llevaba puestas, chocó dos veces con la mesa y la silla, como si no pudiera verlas bien.

—¿Estaba a lo mejor borracho?

—No, su paso era firme. Simplemente no veía bien lo que tenía delante. El de los zapatos con cemento apestaba a vino. Los otros un poco, pero solo por el aliento, no por su piel, ni por su ropa.

La niña bebió ruidosamente de un vaso de agua. Hemingway esperaba que Worsleighson lo recordara todo.

—¿Estás segura?

—Un hombre borracho huele de una forma peculiar, ¿verdad? No como a vino, sino como si necesitara un baño. A sudor.

—Vale.

—El cuarto hombre era más grande, más fuerte que los otros. Tenía piojos, creo, porque olía a alcanfor, y me venía con más fuerza el olor cuando se inclinaba hacia

mí. Era el único casado. Llevaba anillo.

—Los otros pudieron haberse quitado los suyos.

—No tenían ninguna marca en el dedo. El casado y más grande tenía unos zapatos que estaban muy desgastados. Los sujetaba con una cuerda. Eran grandes y negros, puede que fueran botas del ejército a las que les faltaban trozos. No sé. Llevaba un abrigo fino y dos jerséis debajo. Pude oír que en su bolsillo guardaba monedas, céntimos. Solo unos pocos. Y su respiración era fuerte, como si tuviera asma. A lo mejor el alcanfor del pelo lo empeoraba.

—¿Por qué sabes cómo suena el asma?

—Porque Coco lo tiene.

—Céntimos... ¿No podían ser unas llaves?

—No, céntimos.

Márgara seguía con la vista baja, como si estuviera sola.

Hemingway se recostó.

—Carmena, eres la niña más lista del mundo, ¿lo sabes? —La niña simplemente le dedicó una sonrisa torcida que parecía decir «Pues claro que lo soy»—. ¿Es todo lo que recuerdas?

—No. El obrero del cemento no emitía ningún sonido con la garganta. Pensé que no podía, que no podía hablar. Tenía el pelo canoso. Pero no era viejo. No tenía las manos arrugadas.

—¿No le pudiste ver los ojos?

—No. Pero parecía... lento. Ah, y el capitán estornudaba mucho.

—¿Viste algún rifle, Carmena?

—No. Rifles no. Solo llevaban las tuberías. El más gordo intentó liar un cigarrillo, allí, mientras golpeaban a mi padre. Pero se le deshacía, y se enfadó y rompió una jarra. Hablaban en su lengua, fuera cual fuera, pero oí que el capitán le llamaba al gordo bexhet.

—Bex, shet.

—Sí. No sé si era su nombre o una palabrota. No creo que sea español.

—No —dijo Márgara—, no es español.

—Quinqui —apuntó Worsleighson.

—¿Has terminado, niña milagro? —dijo Hemingway con una sonrisa.

La niña también sonrió.

—¡Sí! El hombre grande tenía una mancha en la mano. De este tamaño. Era de un gris oscuro, como plateado. Pero era una mancha. Tenía suciedad, mugre, encima; que debía llevar mucho tiempo ahí.

—Dios bendito, Carmena. Recuérdame que no te presente a mis esposas.

Y fue entonces cuando Márgara dijo basta, y apagó su cigarrillo justo cuando Carmena preguntó:

—¿Cuántas tienes?

—Ya es suficiente. Vamos. Déjenos tranquilas.

—Le informaremos de lo que averigüemos, Mágina —dijo Hemingway, y se levantó y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—No se moleste.

—Pero, señora... necesitaré honrar a José. Lamento que el señor Dos Passos no me informara del funeral para que pudiera asistir.

—Puede que no te encontrara —dijo Worsleighson.

—No hubo funeral, ni entierro —le explicó Mágina—. José desapareció.

Hemingway se paró en seco.

—¿Qué?

Mágina se encogió de hombros.

—El señor Dos Passos volvió a las estribaciones hace dos días, pero alguien se había llevado el cuerpo. Ha desaparecido. No pudimos enterrarlo. No tenemos siquiera un certificado de defunción. Es como si nunca hubiera existido.

—Me cago en Dios —gruñó él.

Carmena estaba escuchando.

—¿Dónde está Dos Passos ahora?

—Se fue. A París.

Hemingway empezó a tener miedo, por primera vez desde su llegada a España. Hasta ese momento, había supuesto que algún propósito encubierto había acabado con Robles por alguna nefaria razón, y porque la guerra lo abarcaba todo, y porque la participación de la Internacional Comunista asustaba sobremanera a todas las almas republicanas y casi a todo el mundo, por lo visto, le entraba un desasosiego paranoico de que de repente los consideraran adversarios de la revolución en vez de fieles soldados. Había supuesto que Robles era solo una figura perdida en el humo, una víctima olvidada, una pérdida que todo el mundo parecía demasiado distraído como para echar de menos. Incluso la paliza cerca del palacio podría haber ocurrido simplemente porque Hemingway era una figura impertinente y bocazas, y sin una conexión directa con Moscú, un bulldog que había que reprender.

Pero si alguien se tomaba las molestias de deshacerse del cadáver de Robles, en un paisaje lleno de muertos, apenas unos días después de que Hemingway hubiera faltado al respeto a la policía de Valencia en el lugar de los hechos, entonces al menos dos cosas estaban casi claras: alguien seguía preocupado por su culpabilidad, y esa misma persona había estado y estaba vigilando a Hemingway de cerca.

—Mágina, puede que eso signifique que quienquiera que sea el responsable ha estado vigilando... me han estado vigilando.

—Por supuesto. Usted es el importante.

—Hablo en serio. Puede que sepan que estoy aquí.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de raro? Evidentemente saben dónde vivo.

—Dios, parece pariente de Dos Passos. Quiero decir, tenga cuidado.

—Ya me han golpeado con tuberías. ¿Qué puede usted decirme que haga si ellos quieren pegarme de nuevo? Solo soy la viuda.

—No lo sé, quizá tenga razón, pero puede que estén preocupados, que tengan miedo, puede que decidan hacer borrón y cuenta nueva. Nunca se sabe.

Ella no parecía asustada.

—No se preocupe por nosotros. Váyanse.

—Tenemos que ir a ver de nuevo a Oak.

—¿Por qué?

Volvieron caminando, en dirección sur, y buscaban un taxi mientras lo hacían. Las viejas casas de apartamentos que los rodeaban parecía que ya llevaban allí un siglo, revestidas de bonitos óvolos de terracota.

—Las Termitas. Podemos identificarlos, ¿verdad? Eh, ¿no tienes que trabajar?

Hemingway había recuperado su fuerza; después de que su enfriamiento inicial desapareciera, tomó la desaparición del cuerpo de Robles como una incitación. Un reto. Dejaré que me sigan, pensó él. Esos cabrones.

—Por favor. Estoy de voluntario.

Un taxi conducido por un chico de catorce años, que apenas llegaba al freno, los llevó a Benicarló. Worsleighson lo acompañó, pero se fue a su mesa en vez de a la oficina de Oak, fingiendo preocupación por su trabajo, y después dobló disimuladamente la esquina al lado de una hilera de ventanales y esperó.

—Liston. Hola. Tengo una pregunta más.

La secretaria miró hacia arriba. Coco no estaba en su mesa.

Oak lo miró enfurecido y tembló en su asiento. Hemingway había estado en lo cierto: Oak vivía permanentemente con miedo a ser purgado desde que llegó de Moscú, donde había visto muy de cerca la primera fase de las maquinaciones dentro del NKVD de Yezhov, las farsas judiciales, las ejecuciones a medianoche.

—Hemingway, no voy a decir nada más. Lárgate de mi oficina.

Hemingway, sin embargo, entró, y la secretaria de pechos grandes se levantó a toda prisa enfundada en un jersey y pasó rápidamente por su lado para salir al pasillo.

—Acabo de estar en casa de Robles y he hablado con su hija de doce años, y todavía no he terminado contigo, Oak, y no estoy de humor para que me echen a la calle porque, desde mi punto de vista, eres tú el que se la está jugando, no yo.

Oak parecía a punto de estallar. Hemingway se fue acercando más y puso las manos sobre la mesa.

—Te advierto que ahora mismo siento una absoluta prepotencia de escritor de éxito, Oak, ¡Dios bendito! ¡No hay nada igual! Y, joder, hoy no me he tomado ni una copa... ¡Eres un hijo de puta con suerte! Si no fuera así, ¡ahora estaría armando una buena! Pero no, estoy totalmente sobrio, y me vas a decir al menos una cosa más, o caeré sobre ti como la espada de Constantino y te partiré en dos, pajarito amedrentado.

Oak no era pequeño, pero parecía como si hubiera empequeñecido. Negó con la cabeza.

Hemingway rodeó de una zancada la mesa y encajó la rodilla en el regazo de Oak, lo cogió por el cuello de su camisa y tiró de él.

—Solo necesito el nombre de cualquiera de las ratas de alcantarilla que conozcas en los bajos fondos de esta ciudad, dejada de la mano de Dios, que me diga dónde puedo encontrar a Las Termitas. Eso es todo. El que te da la información. De todas formas, el que te lo diga probablemente sea un canalla criminal, un chivato, ¿estoy en lo cierto?, y no creo que te den una paliza por ese tipo de gente, por un mierdecilla así, no a un hombre como tú.

—No sé quién...

Hemingway echó el codo hacia atrás y le aplastó con los nudillos el caballete de la nariz, y el sonido recordó a un bate golpeando un melón. Oak dio alaridos, y Hemingway se puso de pie y rápidamente le propinó un gancho para cerrarle la boca. Los pies de Oak describieron un arco por encima de la oreja de Hemingway cuando salió despedido de su silla. Antes incluso de que llegara al suelo, Hemingway salió de tres zancadas de detrás de la mesa para ir a cerrar la puerta con llave, y volvió al lado de Oak, que intentaba ponerse de pie.

Todavía a cuatro patas, Oak tiró de uno de los cajones de la mesa, que se salió por completo y cayó al suelo. Cuando Hemingway se acercó, Oak ya tenía su rolliza mano sobre un revolver, y lo subió.

No tuvo la oportunidad de cerrarle la boca. No lo apuntó con el arma durante más de un tembloroso segundo antes de que el escritor la cogiera por el cañón y se la arrancara de las manos al hombre que estaba en el suelo. Hemingway dio la vuelta a la mesa y Oak intentó levantarse apoyándose en la silla volcada.

—No puedes dispararme —le espetó él.

—Esa es la puta realidad —dijo Hemingway, y cogió al hombre gordo por el cuello del abrigo, lo giró de un tirón, y le dio con todas las fuerzas en la cara con el arma. Oak gruñó y enseguida la sangre manó del corte que apareció en su mejilla. El hombre apenas emitió sonido alguno.

—¿Por qué no gritas? No sería una buena idea, ¿verdad?

Aun así se oyeron golpes en la puerta.

—¿Qué está pasando ahí?

Hemingway lo golpeó de nuevo en la cara con la pistola. Oak se volvió a sentar en el suelo, parpadeando.

—¿Qué más estás pensando sacar? —dijo Hemingway, mientras abría todos los cajones de la mesa—. ¿Qué es esto? ¿Un estilete? Dios mío, ¿es esto lo normal entre los lacayos de la Internacional hoy en día?

Hemingway tiró el cuchillo en un rincón.

—Debes de estar aterrorizado, Oak, qué más... no... —dijo al encontrar un manoseado ejemplar de Fiesta, que hojeó rápidamente—... Oak, ¿te gusta mi libro? ¡Es lo mejor que he hecho! Y seguro que es tu favorito, ¿no es así? ¡O lo fue hasta ahora! ¡Pero si doblas las esquinas así para saber por dónde vas, harás pedazos el

libro! Pero mira esto, ¡has tenido que detenerte en cada página!

Tira el libro.

—¿Qué es esto? Mira, cabeza de chorlito, detrás de este cajón hay un pequeño micrófono pegado con cinta adhesiva a la parte interior.

Se inclinó para arrancarlo y lo sostuvo en el aire. Era del tamaño de una cámara Brownie.

—¿Quién está escuchando, Oak? ¡Estás metido en un buen lío! Pero mira.

Hemingway tiró de los cables, y dejó caer la caja al suelo.

Oak lo observaba.

—¿Sabías que estaba ahí?

—No sabía dónde estaba —fue lo único que dijo el hombre.

—Sí, bueno, ahora ya no te pueden oír...

De nuevo llamaron a la puerta, y Hemingway pudo ver a través del cristal mate que había varias personas fuera. Oyó que Worsleighson hablaba con urgencia con alguien en español.

—Nadie nos escucha ahora, Oak —le dijo Hemingway en un tono más bajo, aunque todavía sujetaba el arma como si fuera una pelota de fútbol lista para pasar—, así que dime quién es tu hombre, dime un nombre y una dirección, eso es todo. Venga, que ya me siento un poco mal por haberte pegado tanto.

—No puedo.

—¿No? —Hemingway amartilló el arma, pero no apuntó con ella—. Me estoy quedando sin ideas, Oak. ¿Por qué no? Este hombre. Este criminal.

—Él... tiene amigos en el Frente.

—¿Amigos? ¿Y?

—Un tío.

—¡¿Un tío?!

—Es el sobrino de Juan Negrín —dijo Oak en voz baja.

—¿El ministro de Hacienda? ¿Y su sobrino es qué?

—Opiómano y chapero.

—¡Un gigoló! —Hemingway rió a carcajadas con el cuerpo erguido—. ¡Muy bien! Nombre y dirección.

—Vico. Eduardo Vico. No tiene dirección. Mira en La Rosa y el Cañón. Es un antro que está en la parte este de la ciudad.

—Dónde.

—Está por el paseo de la Ciudadela.

Hemingway asintió, y miró hacia la puerta.

—Está bien. Ahora tengo que salir de aquí. Ven aquí, y explícale a tus compatriotas que hemos tenido un desacuerdo amistoso.

—Que te jodan, Hemingway. No voy a ir a ninguna parte.

Se sentó en el suelo como un niño enfurruñado; la sangre le goteaba por la camisa. Hemingway se metió la pistola en los pantalones.

—De acuerdo. Me quedo con el arma.

Se dirigió a grandes zancadas a la puerta y la abrió de golpe.

—Relájense, señores...

Allí había dos guardias con rifles apoyados a la altura de la cadera y trabajadores del Frente; Worsleighson intentaba abrirse paso entre la gente por el estrecho pasillo para llegar hasta Hemingway, quien rápidamente agarró el cañón de uno de los rifles, lo bajó con un brazo y con el mismo enganchó el segundo, sacó de la cinturilla del pantalón la pistola de Oak y apuntó a la nariz del guardia que tenía a su izquierda.

—¡Solo estaba liquidando una deuda de juego con el señor Oak! ¡Hagan lo que hagan, no jueguen a las cartas con él!

Los guardias no podían retroceder por la gente y las paredes, no había sitio para girar, y comenzaron a tropezar cuando todos vieron la pistola e intentaron dispersarse, presos de un pánico sordo. Hemingway intentaba moverse dentro del caos, pero no pudo avanzar ni un paso.

Worsleighson por fin llegó adonde estaba Hemingway, lo agarró del brazo, y le bajó el arma.

—Amigos —gritó él por encima del ruido en un español perfecto—, no os preocupéis, ¡me encargaré de sacar a este chiflado tahúr norteamericano del palacio y me aseguraré de que nunca vuelva! ¡No hace falta llamar a la policía! ¡Está bien! ¡Está bien! ¡No hay nada que ver!

Worsleighson hizo desaparecer el arma entre los pliegues de la chaqueta de Hemingway, y lo acompañó cogido del brazo, de forma autoritaria, por el pasillo hacia el vestíbulo, y a cada curioso que veía le hacía un gesto de «Quédate ahí, no te preocupes», hasta que llegaron a la puerta de la calle.

Siguieron caminando con brío.

—Bueno, has montado una buena —dijo finalmente Worsleighson, y lo soltó. Él ya estaba reventado, pero Hemingway tenía un subidón de adrenalina.

—Vayamos en dirección este, necesito encontrar un bar.

—¿Qué bar?

—Cualquier bar, necesito ron y lo necesito ya. Después ya buscaremos el otro bar.

—Liston te dijo que fueras a algún sitio.

—Pues claro que sí.

—¿Crees que es seguro ir allí, sobre todo ahora?

—Mordaunt, ese hombre me habría dicho dónde estaban escondidos sus hijos. De eso estoy convencido.

—Si fuera tú, trataría de pasar inadvertido durante una semana.

—Ya he pasado inadvertido, demasiado inadvertido, ¡joder!

—Acabas de decirle a Mágina Robles que sospechas que te vigilan en todas partes...

—Sí. ¿Y? Si me están vigilando, les daré algo que vigilar. Venid a por mí, hijos de puta. Sabes que si me están vigilando a mí, también te están vigilando a ti. Es

posible que ya no tengas el prestigio que tenías para el Frente hace una semana.

—Tampoco es que tuviera mucho entonces.

—Ah, ahora sí que estamos haciendo algo, ¡ahora sí que sabemos algo! ¡Ahora esto es una maldita zona de guerra!

—Ernest, mi querido amigo, lo único que has hecho es darle una paliza a un burócrata paranoico.

—Bueno, sí, vale, ¿y qué? ¡No me jodas la fiesta! ¿Has tenido a tres hombres apuntándote con un arma en los últimos diez minutos? Mira, Worsleighson, si esto ya no es lo que te va, entonces lárgate, ¡no necesito a un agorero a mi lado!

—No he dicho eso...

—¡De acuerdo! Primero me dices que es demasiado peligroso, después que no pasa nada, ¡te estás portando como una esposa! ¿Me vas a ayudar con esto o no?

Worsleighson se detuvo, suspiró, y dijo:

—Sí.

—¡Vale! Vamos. Tengo una sed de mil demonios.

—Me pregunto si Liston sobrevivirá a esta noche.

—No seas melodramático.

—No lo soy.

—¿Piensas que sería culpa mía si no sobreviviera? ¿Sabes que arranqué un micrófono de debajo de su mesa?

—No, no me he enterado de eso...

—Del edificio, ¿quién crees tú que ha estado escuchándolo?

—No estoy dentro lo suficiente como para saberlo.

—Puede que cada oficina tenga uno de esos, ¡probablemente la mitad del gobierno esté espiando a la otra mitad!

—Estás suponiendo que el micrófono de escucha estaba allí antes de que nosotros fuéramos a verlo.

—Así es. Porque estaba nervioso desde el principio.

—Sí, pero quizá lo instalaron para nosotros. Quizá se imaginaron que iríamos a ver a Liston. Lo conozco, y es el único norteamericano que trabaja oficialmente para la Internacional Comunista en España.

Pasaron por delante de una cantina vacía, y Hemingway volvió sobre sus pasos y pidió ron con lima en la barra.

—¿Que lo instalaron para nosotros? Worsleighson, eres un mocoso preocupante. No todo gira en torno a nosotros. ¿No eres consciente de lo que está pasando? —Bebe—. Somos una mera diversión, unos comodines, y el asesinato de Robles es una mano muy baja, un juego rápido de cinco cartas en el que gana una pareja, en un largo y caro juego de mesa. No somos grandes apostadores, somos los ratones que se comen los cacahuets que caen al suelo. ¿Crees que estoy exagerando? Tienes razón... pero mira. ¿Nos están vigilando? Por supuesto. ¿Me pondrán la mano encima? Lo dudo. ¿Estoy dispuesto a dejar que lo intenten para hacer lo que creo que

es lo correcto? Sí, maldita sea. Sí.

—No sé durante cuánto tiempo podré seguirte a este ritmo. Empieza a dolerme de nuevo la cabeza.

—Es normal, Worsleighson, hasta ahora has sido un tío legal. Pero hay un componente de riesgo aquí, y eres joven. ¿Escribes, hijo?

—No, no tengo ese don.

—Eso es una gilipollez. Tienes la memoria de una secuoya y el temple de un ladrón. Eso todo lo que necesitas. Eso es más de lo que tenía Booth Tarkington.

—Tenues elogios.

—No es una bagatela. Deberías intentarlo. Pero por ahora, sabes qué tengo que hacer.

—¿Qué?

Llegó la segunda ronda, y Worsleighson empezó a tranquilizarse y a animarse.

—Necesito encontrar a un gigoló yonqui en un bar que se llama... ¡cómo carajo se llamaba! La Rosa y el Cañón. Rosa y Cañón. Conoce a Las Termitas. Estamos cerca, Worsleighson, estamos cerca. ¿Estás conmigo? ¿Hoy por lo menos?

—Sí.

—De acuerdo. Necesito que apuntes, aquí, usa este folleto, le pediré un lápiz al tabernero, que apuntes todo lo que recuerdes de lo que dijo la hija de Robles.

—Eso puedo hacerlo. ¿Por qué?

—Por si decides irte a casa. Llevo dos copas y ya lo estoy olvidando todo.

La Rosa y el Cañón había sido una taberna de estibadores que abría a las ocho de la mañana para la gente del turno de noche que salía del puerto, se vaciaba a la hora de comer y de la siesta, y volvía a estar lista a las cuatro para la siguiente oleada de gente que había terminado de trabajar. Pero en el año 1935 una buena parte del tráfico de la exportación ya lo habían desviado al norte, a Barcelona, y, después de eso, la guerra agotó la mayor parte paulatinamente. El bar que Hemingway y Worsleighson encontraron, tras caminar una hora y desviarse una vez más para tomar unos cócteles, era un antro oscuro y con las contraventanas echadas. Las ventanas tenían una buena capa de mugre y, a pesar de que parecía que había gente dentro en mitad de la tarde, la puerta de la calle estaba cerrada con llave.

Hemingway llamó con insistencia a la puerta (nunca en su vida había visto un bar que tuviera el coraje de cerrar en mitad del día, la sola idea era una atrocidad) y unos minutos más tarde, al otro lado, alguien espetó flemático:

—¿Quién es?

Dios, ¿por qué esta gente no habla inglés?, pensó él. O francés.

—¡Una bebida! Sed, ¡ese soy!

La puerta se abrió un poco; dos cadenas cruzaban la ranura, una al nivel del pecho y otra al nivel de los ojos. Un anciano mustio e hinchado asomó la cara por el hueco. Hemingway no se podía creer el tamaño que tenía su nariz, que probablemente estaba hinchada por la bebida, pero que parecía la de un elefante marino.

—¡Chúpame el nabo!

Hemingway oyó «nabo».

—Oye, ¿hay quien hable inglés ahí? Quiero una copa. ¡Me envía alguien!

El anciano gargajeó algo, y lo mascó.

—¿Que te envía alguien? ¿Quién?

—Juan Negrín.

—¿Quién? ¡Republicanos!

—Juan Negrín. El ministro de Hacienda.

El hombre empezó a reír, y después a toser.

—¡Qué gilipollez!

—Busco a Eduardo Vico.

La tos fue perdiendo intensidad a medida que el anciano se alejaba de la puerta. Durante todo un minuto, no oyeron nada. Hemingway le echó un vistazo a la puerta (ligeramente encajada, se podían ver las bisagras, que estaban oxidadas y se caían de la podrida jamba). Levantó el brazo, clavó las uñas en la madera, y sacó una de las bisagras de su mortaja.

—Ernest, no sé... —dijo Worsleighson.

La bisagra se desprendió totalmente de la madera, y la de abajo también parecía estar floja, así que Hemingway sencillamente retrocedió un paso y golpeó la puerta justo en el medio con la suela de la bota. La puerta cayó estrepitosamente hacia dentro, todavía colgando en el aire por su bisagra, como una sábana en un cordel, y la parte inferior ahora estaba inclinada hacia la calle. Dentro estaba oscuro. Hemingway rodeó la puerta y entró.

La Rosa y el Cañón era el tugurio más espantoso y desvencijado que había visto en su vida; los antros de San Luis, frecuentados por inmigrantes que trabajaban en la fábrica cervecera y tahúres de los barcos de vapor que eran buscados por los rangers, parecían Versalles en comparación. Olía a orina, y el suelo estaba atestado de colillas y excrementos de rata. Nadie se ocupaba de la barra, detrás de la que, de todas formas, solo había tres botellas de contenido desconocido. Las sillas y taburetes que había no hacían juego, porque posiblemente los habían robado de otros bares a lo largo de los años o los habían sacado de la basura. Había dos mesas redondas y, encima de una de ellas, un hombre que yacía inconsciente boca abajo y con la cabeza colgando del borde.

El anciano de la nariz hinchada no estaba. Había tres hombres más en la sala, y uno de ellos llevaba un vestido.

En efecto, iba ataviado como una prostituta; con tacones, falda ajustada y una peluca pelirroja. Este hombre los miró de una forma descarada. Los otros dos (uno sentado y fumando, y el otro en la barra al lado del travesti, los dos delgados y lívidos) ya estaban mirando enfurecidos hacia la puerta, y no movieron ni un dedo cuando Hemingway y Worsleighson entraron, ni tampoco cuando Hemingway se acercó a la polvorienta barra y la golpeó con la mano abierta.

—¡Tabernero!

Pero entonces los tres apartaron lentamente la mirada.

Hemingway les gritó a los hombres:

—¡Eh! ¿Alguno de vosotros habla inglés? ¿Inglés? Estoy buscando a Eduardo Vico.

Los tres se giraron y lo miraron con el ceño fruncido. Hemingway sabía que tenía que andar con pies de plomo cuando trataba con políticos al estilo soviético, pero esto era un simple tugurio de maleantes y yonquis, no había nada nuevo que temer aquí.

El hombre de la peluca y la falda ajustada se acercó, intentando parecer despreocupado, pero con un paso poco firme en sus zapatos de tacón.

—¿Norteamericano? —le preguntó a Hemingway, demasiado cerca. Hemingway retrocedió—. ¿Buscas un amigo?

—¿Qué? Quieto ahí, ¡eso es precisamente lo que no estoy buscando!

—Tienes pinta de sentirte... solo.

—Está bien, basta de idioteces. ¿Aquí solo vienen maricas o qué? —le dijo a Worsleighson, que no parecía desconcertado. Hemingway no daba crédito.

Pero entonces, el hombre que estaba sentado a la mesa se levantó y cruzó el bar, y

Hemingway pudo ver, simplemente por su modo de andar, que había algo no muy... heterosexual en él. Entonces el travesti puso una mano en el hombro de Hemingway para darle una palmadita seductora, este retrocedió como una escopeta al disparar, y chocó así contra Worsleighson.

—Tranquilo, muchacho —dijo el hombre vestido de mujer, ligeramente divertido, de hecho, demasiado ligeramente. Hemingway supo que estaba colocado, y no solo por el alcohol. Esperó a que Worsleighson hiciera algo.

—Yo, hmmm, no sé, Mordaunt... —dijo él entre dientes.

Worsleighson se apoyó en la barra.

—Ernest, estoy seguro de que esto no te escandaliza.

—Yo... no puedo decir que haya conocido a muchos... muchos maricones... ¿Y tú estás bien?

—Ernest, soy el producto de internados ingleses. No hay nada que nos puedan enseñar que yo no haya visto.

Hemingway se rió entre dientes, se animó y se volvió de nuevo hacia el yonqui con peluca de la barra.

—Lo siento —dijo él—, no estoy acostumbrado a hombres con tanto... empaque.

El hombre frunció el ceño, adormilado.

—Elegante —opinó Worsleighson.

El hombre sonrió.

—¿Por qué busca a Eduardo?

—Necesito información —dijo Hemingway, intentando ser amable pero no demasiado—. Conozco a su tío. No conozco esta parte de la ciudad.

—¿Su tío? ¿El ministro? ¿Lo conoce bien?

—Somos íntimos.

—Eres un mentiroso. ¿Qué pasa? ¿Quieres un buen restaurante, o algo así?

—No. ¿Por qué dices que soy un mentiroso?

—Porque el tío de Eduardo lo mandó a un sanatorio en Suiza hace dos semanas.

Hemingway dejó caer los hombros, aquello era un callejón sin salida tras otro.

—Puede que Liston no lo supiera —dijo Worsleighson.

—A Eduardo le gustaba mucho la heroína.

—Sí, lo sé.

Hemingway exhaló como una corriente de aire que salía de una cueva. ¿Debería irse a casa? ¿Junto a quién? ¿Junto a Pauline? ¿Debería ir a buscar a Martha para intentar convencerla de que volviera con él? ¿O debería irse a... adónde? Los fascistas estaban casi en todas partes; ni siquiera África era segura. Cuba, quizá. O Australia, en la que nunca había estado. Adondequiera que fuera, su fracaso lo seguiría, todavía tendría que escribir ese libro, el que se supone que iba a hacer desaparecer el persistente olor a pedo que Tener y no tener posiblemente iba a dejar. Ese nuevo libro. ¿Cuál? Si no puede ser sobre esta guerra civil, entonces, ¿qué?

El travesti le dio una palmadita reconfortante en la espalda.

—Luis —le dijo al otro hombre que estaba al final de la barra—. Ponnos coñac.

El hombre que fumaba se metió dentro de la barra y puso tres pequeños vasos llenos de lo que prometía ser el coñac más barato y apestoso de Europa.

—¿Qué te podría contar Eduardo que nosotros no sepamos?

—Estoy buscando a Las Termitas.

—Oh. Dios mío, los quinquilleros, ¿por qué diablos...? Bueno, conocemos a Las Termitas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tienen... ven aquí. ¿Los estás buscando?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es posible que hayan matado a un amigo mío.

Los tres homosexuales se miraron.

—¿Estás dispuesto a matarlos? —El hombre se colocó bien la peluca, parecía algo desconcertado—. ¿A todos ellos? Están locos, son escoria. Tienes que estar hablando muy en serio.

Hemingway respiró.

—Así es.

Worsleighson no estaba tan seguro. No le gustaba la idea de irrumpir en el cuartel general del hampa y enfrentarse a un pequeño ejército de criminales.

—Perdona, pero si los conoces, quizá nos podrías decir un nombre.

Hemingway asintió.

—Buena idea. Uno de los hombres que estamos buscando, llevaba... gafas.

El travesti se encogió de hombros. Los otros dos se acercaron más para escuchar.

—Uno de ellos —siguió Worsleighson— tenía una mancha color plata en la mano, probablemente de platear espejos o de revelar fotografías... —No hubo respuesta—. ¿No? Otro, que era un hombre grande, tenía asma. Tenía dificultad para respirar. Resuello.

Nada.

—Uno de ellos olía a alcanfor —dijo Hemingway.

Los tres hombres de La Rosa y el Cañón estaban perdiendo el interés. Al travesti se le bajaba el párpado derecho.

—¿Y qué me decís de bexhet? —dijo Worsleighson—. ¿Es un nombre? ¿Una palabra en quinqui?

—No lo sé.

—Uno es mudo, no podía hablar.

El hombre de la peluca roja levantó la mirada.

—Baena.

El hombre que estaba detrás de él asintió.

—Baena.

Hemingway finalmente se bajó el coñac.

—¿Quién es Baena?

—Él es Las Termitas. ¿No era eso lo que querías?

—Quiero decir, ¿qué me puedes decir de él?

—Nada, solo su nombre. Es feo y cruel. No puede hablar porque otro termita le rajó la garganta.

—¿Por qué?

—Dicen que porque se llevó un caballo. Sin preguntar.

El día se había puesto gris, y Hemingway ya estaba exhausto de tanto caminar y de tantas trifulcas. *Quizá deberíamos alquilar un coche a tiempo completo*, pensó él. ¿Por qué dejaría que Ignacio volviera a Madrid? Los dos hombres ni siquiera fueron capaces de encontrar un taxi en la parte este de la ciudad hasta que estuvieron a dos manzanas del Fernando Rei, pero aun así Hemingway subió: sentía un hormigueo en la planta de los pies, que tenía doloridos. El travesti de La Rosa y el Cañón había dicho que Las Termitas frecuentaban la parte de atrás de los bares que había en las calles que salían de la plaza del Ayuntamiento, y en los que apostaban el dinero que podían robar en peleas de perros y partidas de dominó. Pero en lo único que Hemingway podía pensar era en poner los pies descalzos en alto, y que su olor a levadura llenara la habitación. Y terminar el libro de Lewis que había empezado. Y beber cerveza, necesitaba algo más suave para el estómago, pero como no se fabricaba ninguna cerveza decente en España, tenía que enviar al personal del hotel en busca de cervezas francesas o belgas, o similares, algo suave pero con un toque galo.

Puede que, pensó él, busque papel y lápiz, y me ponga a escribir. «Aunque era mediodía, la puerta de la taberna estaba cerrada con llave. Los tres homosexuales que había dentro parecían estar esperando, no bebiendo ni hablando, sino esperando. Puede que, pensó Robert, estuvieran esperando a que sus cuerpos se ralentizaran, o se aceleraran, o respondieran de alguna forma al opio o al quife que habían ingerido. En esa vida todo se reducía a esperar, al siguiente subidón o a que bajara el último, o a que alguien llegara con más...».

Al diablo, pensó él. ¿Qué sé yo de drogas? Y esta palabra, homosexuales, tiene que haber un término mejor, más simple que no sea un estúpido insulto. «Los tres hombres parecían estar esperando. No había mujeres...». ¡Ah! Por Dios. Para escribir historias uno tiene que sentir que merecen la pena tu tiempo y el del lector, y el árbol que talan para fabricar el papel antes de escribirlas. Tiene que existir al menos esa esperanza; no es como poner ladrillos, algo que se puede hacer seas o no el dueño de la casa, e incluso aunque no te guste la casa en la que estás trabajando. Todos esos ladrillos son necesarios a pesar de todo. Las palabras también, pero no de modo significativo, a menos que uno piense que debería ser así. No se alinean como los ladrillos creando un muro consistente gracias a su forma e integridad esenciales. Cada palabra tiene cientos de formas y significados, y uno tiene que ver, casi como Dios, qué va a salir de ellas antes de empezar siquiera. Qué crece entre las palabras. Si hay un don para esto, es eso, la habilidad de ver el álgebra de una historia antes de escribirla.

Al menos eso era lo que él pensaba, al menos hasta entonces había escrito lo

suficiente como para creer que podía tener alguna idea al respecto. Si tan solo fuera algo que uno pudiera empujar, porque hay que lograr que ocurra algo, como una mula o una cadena de montaje o tu propio cuerpo cuando estás cazando en las montañas y decides no irte a casa con las manos vacías.

Consiguió un fajo de papel y se fue a escribir a su habitación, con una rica cerveza encorchada en Flandes, que no estaba lo fría que debería estar, pero que lo calentó a él y a la habitación lo suficientemente bien. No estaba seguro de si sabía lo que estaba haciendo, pero las palabras fluían y eso era una maravilla, un gozo, que le llevó las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche. Worsleighson no apareció por allí: era muy probable que el chico ya estuviera harto de todo ese asunto, y solo estuviera buscando la forma de expresarlo. Solo entró el servicio de habitaciones, con otra botella grande de cerveza que habían encontrado en una tienda a bastante distancia de allí, y Hemingway lo agradeció con una magnífica propina.

Por la mañana, Hemingway se despertó de un sueño en el que Scott Fitzgerald recorría el salón de su casa de Oak Park, llorando de lo borracho que estaba y destrozando muebles, mientras la madre de Hemingway correteaba tras él intentando impedir que rompiera los jarrones o tirara las sillas. Hemingway era pequeño, un niño que lo observaba todo desde la puerta que daba al vestíbulo, y estaba disgustado y enfadado: quería que su madre plantara cara al vagabundo y le diera con un atizador.

—Detente ahí, boca de calamocano —gritaba ella—, ¡antes de que mates al gato!

Fitzgerald la miró con los ojos entornados y atravesó la pantalla de la chimenea con el pie.

Una vez despierto, Hemingway se lavó y vistió.

—Tenemos que ir al mitin del Frente Popular, Ernest.

Worsleighson estaba en el piso de abajo listo para desayunar; iba lavado y arreglado hasta donde se lo permitían unos pantalones que había estado llevando cinco días y una chaqueta de *tweed* de segunda mano que el personal del hotel le había conseguido, al tener la suya manchada de sangre.

—¿Tenemos?

—Tengo. Y tú deberías venir también. Estamos en guerra, ya sabes.

¿Cuándo había recuperado este mocoso su sentido de la superioridad de clase? Si hasta hace unos días era un simple cobista.

—Mordaunt, eres como un grano en mi culo.

—Y por eso, Ernest, seré la envidia de todos mis amigos cuando vuelva a casa.

Desayunaron y se marcharon al hotel Husa Reina Victoria, en cuyo salón de baile el Frente Popular iba a dar un mitin, aparentando ser una reunión de grupo, para votar y aceptar un cambio de guardia en la directiva del partido, de un español al que probablemente la presencia rusa en España ya le gustaba menos que antes, a otro español que afirmaba que era lo que más le gustaba. El salón era enorme, con techos amarillos de seis metros y suelos de mármol blanco. La cantidad de personas que encontraron los hombres allí a las diez de la mañana era desmedida, como en un

andén de tren en horario vespertino, y el ruido era atronador. Entre la gente había rusos, franceses, afroamericanos, oficiales del ejército brasileño con uniforme de gala, diplomáticos ingleses, e incluso lo que Hemingway tomó por noruegos, unos hombres altos y pelirrojos que parecían estar hablando al revés, y todo el mundo charlaba, haciendo caso omiso al orador de traje negro que estaba frente al micrófono, al principio de la sala, que voceaba como un hincha del Dartmouth sobre la república y todos los camaradas, y cuya voz resonaba y retumbaba a través de los altavoces hasta que apenas se distinguía de las interferencias de la realimentación.

Hemingway decidió no ir en busca del vino gratuito que sospechaba que servían en alguna parte en una de las mesas, y se dio una vuelta por el salón para, por qué no, recopilar material para un informe para la nana: el último que había enviado había sido, quién sabe, ¿hacía una semana?

—Aquí no hay ninguna historia —le dijo a Worsleighson justo cuando al inglés le dieron unas palmaditas en la espalda unos «azotacalles» veinteañeros de mucha labia, y desapareció entre el gentío.

Hemingway dedicó unos minutos a observar a un ruso, con uniforme militar, que reprendía en una esquina a un burócrata español con bigote hasta que este parecía estar al borde de las lágrimas, una escena que a Hemingway, cuanto más veía y oía, le parecía que resumía la revolución en esos días. Y entonces la inevitable interrupción: alguien pronunció un escandaloso y pastoso «¡Huckleberry!». Era un apodo que le habían puesto en una borrachera y que solamente se lo había llamado un hombre en su vida, y eso había sido hace años, en París.

Hemingway se dio la vuelta como si alguien hubiera disparado un rifle al techo: de entre la multitud salía, con la mano extendida, Leo D'Armoux.

D'Armoux no tenía lo que se dice una carrera profesional, aunque probablemente sí muchos nombres. Cuando Hemingway lo conoció, en los años veinte, D'Armoux era jugador y proxeneta, con el acento de Cherburgo más marcado que había oído, y los instintos y la energía de una rata de alcantarilla. Jugaba porque le divertía y no le exigía mucho tiempo, que por lo demás dedicaba a irse de putas, a beber y a fumar opio en el Porte d'Ivry. Era proxeneta porque varias putas le habían pedido protección, algo que pocas veces proporcionaba. Si el poco dinero que necesitaba no lo conseguía así, lo robaba. Llamaba a Hemingway «Huckleberry» porque era norteamericano como Mark Twain, y Hemingway solo aceptaba el apodo porque recordaba que era un término burlón que usaba su abuelo para describir, con voz graciosa, a los haraganes que él conocía en Illinois.

Hemingway se hizo amigo de D'Armoux jugando; con demasiada frecuencia, y con apenas veinticinco años, despilfarraba el poco dinero que tenían él y su joven mujer jugando al vingt et un en los locales escondidos de la Rive Gauche. Como le daba vergüenza volver junto a Hadley, dejaba que D'Armoux, que a menudo ganaba, se lo llevara a beber por ahí, y estas veladas casi siempre acababan con una pelea o un asalto impulsivo con una botella de vino o un plan improvisado de romper el

escaparate de una tienda con un ladrillo y desvalijar el lugar. Hemingway solo se conformaba con volver a su buhardilla sano y salvo.

La última vez que vio a D'Armoux fue en 1926. Después de una partida de cartas que había dejado a este más o menos igual y a Hemingway algo más pobre, el ebrio francés insistió en que visitaran a una amiga suya, una antigua novia, decía él, que le debía dinero y que con eso podrían seguir bebiendo lo que quedaba de noche. Hemingway supuso que así al menos vería un apartamento nuevo y conocería a un nuevo personaje, y puede que incluso consiguiera sacar de ahí una historia. Así que lo siguió hasta Aulnay-Sous-Bois, y en Belfort entraron en un edificio sin ascensor y subieron a uno de los apartamentos. D'Armoux llamó ruidosamente a una puerta roja. Una rubia de ojos hundidos que aparentaba quince años abrió la puerta.

Rápidamente, D'Armoux empezó a gritarle a la chica, que se llamaba Viviane, y le reclamó el dinero, y ella le decía que ya le había pagado hacía un año, y que él, que tenía una memoria prodigiosa, fingía haberlo olvidado para poder ir a cobrarlo una y otra vez. Hemingway se quedó en la puerta mientras ellos se gritaban. D'Armoux la tiró al suelo y empezó a romper cosas del diminuto apartamento, buscando dinero. Encontró una botella de Pernod a la que le dio un buen trago gustosamente; entonces decidió, mientras la chica intentaba limpiar sin hacer ruido lo que caía al suelo, que, en vez de coger el dinero, Hemingway y él deberían simplemente violarla allí mismo.

—*Vous et moi, Huckleberry!*

Tiró a la chica en la cama, y ella gritó. A Hemingway se le revolvía el estómago por haber esperado tanto tiempo en la puerta; no estaba seguro de cuándo D'Armoux había cruzado la línea que separaba ser un cerdo de ser una amenaza. Pero cuando se quitó los tirantes, Hemingway supo que la línea ya hacía tiempo que la había cruzado. Corrió a su lado y le dijo:

—No, no, no, nos vamos.

Y cuando D'Armoux lo apartó de un manotazo, Hemingway le dio un fuerte pisotón en la rodilla izquierda, levantó el bíceps femoral, y le dislocó la rótula con un sonido parecido al que hace una botella al descorcharse.

D'Armoux lanzó un alarido y se cayó hacia el lado izquierdo y, al parecer, dobló mal la pierna y la rótula dislocada, lo que hizo que lanzara otro alarido más fuerte. Viviane salió corriendo al pasillo y volvió con dos hombres altos (más altos que D'Armoux, que medía más de un metro ochenta y cinco) y cogieron al cretino llorón y bruscamente lo sacaron de allí a Dios sabe dónde.

Viviane le dio las gracias a Hemingway y le ofreció que se pusiera entre sus piernas sans frais, pero para entonces él se sentía inquieto y fatigado, y todavía le duraba el subidón de adrenalina. Le dijo que le diera un vale, que *une autre fois peut-être*, y se fue a casa.

Once años después, se encontró con D'Armoux, que cojeaba y llevaba bastón, y Hemingway le estrechó la mano.

—Dios mío, Huckleberry. —Su acento inglés fluía denso, como el almíbar—.

Han pasado muchos años, ¡nunca me habría imaginado que te encontraría aquí en Valencia!

—Leo, qué agradable coincidencia. ¿Cómo estás?

—Me he quedado cojo, para siempre, gracias a ti. ¿Ves mi rodilla? Y todo por tu débil estómago.

—Así es. Soy un blandengue.

—Apuesto a que lloras con Shirley Temple.

—Por supuesto que sí. Te está bien empleado, por cabrón. No cabe la menor duda.

—¿Volviste a ver a Viviane? Apuesto a que te ofreció un polvo gratis esa noche.

—Sí. Pero no, no la volví a ver.

—Yo sí. Me casé con ella.

—¿En serio?

—Y después conseguí la annulation cuando tuvo un bebé negro.

—No te aburres nunca, Leo.

—Ese es mi lema. Me gusta tener lemas.

—Muy bien. Pero ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Yo? Soy un agregado del Frente, un asistente adjunto, como lo llaman aquí, en la oficina de Juan Posada en Madrid.

—Pero si eres un delincuente, Leo. ¿Cómo es posible?

—*Triomphe!* ¿Eh? Soy mayor ahora, como tú, más responsable. ¡Tengo responsabilidades! No más negocios nimios. Ahora trabajo solo para los poderosos, ¡y para la revolución! Llega un momento en el que un hombre tiene que pensar en algo más grande que él mismo.

—Así que ahora eres comunista.

—¡Claro! ¿Por qué no? Los comunistas me pagan, así que soy uno de ellos. Pero, entre tú y yo, no estoy adscrito a nada. Me piden que haga cosas, en secreto. Tengo aptitudes, y ellos echan mano de ellas. En esta guerra hay que hacer muchas cosas en secreto.

—A mí me lo vas a decir.

—Pero, por supuesto, no puedo hablar de mi trabajo.

—Es secreto.

—Oui. Pero del tuyo, sí. Me he enterado de que has publicado algo. ¡Ya tienes una reputación! Incluso en París. Ese libro, *Hommes sans femmes*? Muy famoso. Incluso hablaron de él en la radio. Dime, ¿se gana dinero?

—¿Escribiendo? Sí. Algo sí.

—Debería intentarlo.

—Buena idea. A por ello. Es fácil.

—¿Sí? Solo escribes lo que pasa, ¿verdad? Así de simple.

—Así es. Así de simple.

—¡Tengo algunas historias! Y tú has venido a Valencia en busca de historias.

¡Podrías escribir sobre mí!

Podría hacerlo, pensó él. Aunque serías el personaje ficticio más vil y odiado del año. Y vendrías a por mí.

—Estoy aquí como periodista. Escribo historias para los periódicos norteamericanos.

—Ah. Y supongo que también pagan bien. Tiene que haber vino por aquí, ¿no? ¡Vamos a buscarlo!

—De acuerdo.

Hemingway no encontró razones para negarse que sonaran terriblemente convincentes. Se abrieron paso entre la multitud hasta que divisaron a alguien con un vaso de vino. D'Armoux le preguntó y el hombre bajito señaló por encima de su hombro hacia la esquina de atrás de la sala.

Allí estaba la mesa, que no era demasiado espléndida y a la que no hacían mucho caso, donde los hombres agarraban rápidamente las copas de Chablis. Un trago y a Hemingway le empezaron a doler los riñones.

D'Armoux empezó a contar una historia, que él decía en tono distraído que tenía pensado escribir y vender, sobre una ruleta rusa que jugó en Argelia en 1931, en la mesa del sótano de un café, con dos árabes argelinos y un piloto de aviones de combate alemán convertido en delegado nazi, todos ellos borrachos como cubas y cada uno apostando ocho mil francos argelinos. El nazi fue el primero en caer ensangrentado al suelo; cuando D'Armoux y el que quedaba iban empatados a dos, y era el turno de D'Armoux, este simplemente giró el revolver, apretó dos veces antes de encontrar la bala y disparó a su oponente, que corría hacia las escaleras, por la espalda; recogió todo el dinero de la mesa y también lo que tenían en los bolsillos.

—Un final feliz —bromeó Hemingway.

—*Oui!* ¿Qué más podría querer una revista de una historia?

A Hemingway la historia no le resultó reveladora. Sabía que D'Armoux era un monstruo sociópata que probablemente había matado más veces anteriormente, y por lo visto en España le pagaban para que fuera un matón o un asesino, o ambas cosas. Pero la historia y el Chablis le despejaron la cabeza: ¿cómo era posible que se encontraran en Valencia en ese momento? D'Armoux no era la clase de hombre con el que te tropiezas por causalidad; tienes que buscarlo en los peores sitios. Antes de venir a España, probablemente nunca había estado en un edificio público lleno de gente. Y además, los depravados como D'Armoux eran exactamente la clase de personas que la Internacional Comunista reclutaba y designaba para castigar en secreto a los funcionarios que no cooperaban, o para amenazar a los que consideraban enemigos de la causa, o para echarse encima de los paladines que, digamos, se quejaban a voz en grito de una desaparición sin resolver y que acababa entrando a la fuerza en una oficina del gobierno y pegando a un burócrata detrás de su propia mesa. Y que salía de esa oficina para apuntar a un guardia del palacio con una pistola.

Es como si hubiera suplicado que apareciera D'Armoux, pensó él. Por supuesto,

está en Valencia por mí. ¿Cojeaba el tercer hombre del camión del ejército que, a las afueras de Benicarló, le había dicho entre dientes «Váyase a casa»? No lo creía así.

Pero un momento: ¿Posada? ¿Qué tenía que ver esa rata con nada de esto? No había pensado en Madrid durante días. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿No tendría que estar intentando recuperar a Martha?

¿Posada? Hemingway entrecerró lo ojos. Claro, ser el jefe de policía en Madrid significaba, bajo la nueva república, estar a cargo de operaciones secretas y acciones no oficiales para la gestión pública de las que ni siquiera el alcalde de Madrid ni la mitad de los burócratas de Valencia estaban al tanto. Pero Posada era solo un arribista, un fanfarrón y un lameculos, sin un programa ni un noble impulso revolucionario. Desempeñaba ese cargo y tenía ese ático porque un amigo, o un amigo de un amigo, lo había recomendado a los agentes de la Internacional Comunista por ser un obediente y astuto servidor, un acomodadizo animal político. Hemingway recordaba vagamente haber oído que Posada antes de la guerra había sido agente hipotecario y, como trabajo suplementario, corredor de apuestas. Ahora, era uno de esos burócratas españoles que esperaba una permanente posición de control después de la guerra, pero que también tenía muchas posibilidades de no sobrevivir a la manipulación rusa de la república. Y como él había muchos. Entonces, ¿era significativo que D'Armoux estuviera trabajando desde la oficina de Posada, o era el francés simplemente un matón que trabajaba para el Frente? ¿Asistente adjunto? ¿Estaba diciendo siquiera la verdad?

Se dio cuenta de que todo ese tiempo había dado por sentado que eso lo llevaría a Julio Álvarez del Vayo, el ministro de Asuntos Exteriores y jefe de propaganda, y también se dio cuenta de que había dado esto por sentado porque Del Vayo había mentido tanto a Josie como a Dos, y porque Del Vayo estaba en una posición lo suficientemente poderosa como para chasquear los dedos y hacer que un hombre desapareciera en el monte. Pero puede que hubiera estado equivocado: puede que la causa primera de todo este asunto fuera algo estrictamente militar u operacional, y Del Vayo, quien en realidad era un exagerado relaciones públicas del Frente, y que maquillaba la imagen que este daba al mundo, no estaba involucrado. El trabajo de Posada, sin embargo, era meter mano en todos los asuntos turbios.

Quizá Del Vayo mintió para que esos molestos periodistas norteamericanos no entraran en su oficina. O quizá lo habían avisado. De cualquier modo, la aguja de la brújula apuntaba hacia Posada, y una prueba viva de ello la tenía delante de él en forma de despiadado francés, corpulento y lisiado.

Hemingway comprobó, con un movimiento del cuerpo, el peso de la pistola de Liston Oak que tenía en el bolsillo interior. Bebió de su copa de vino, y deliberadamente separó un poco los pies, para equilibrar su centro de gravedad.

—Leo, ¿cómo sabías que estaba aquí?

D'Armoux se quedó boquiabierto.

—¡No lo sabía! ¿Cómo iba a saberlo? ¿No te parecí sorprendido?

Sí que le había parecido sorprendido.

—Fue Worsleighson, ¿verdad? Tenía que venir, así que supusiste que me traería con él. ¿O me has estado vigilando todo este tiempo cuando entraba y salía del palacio de Benicarló?

—¡Huckleberry! ¡Estás desvariando! ¿Por qué me iban a designar para seguirte? Eres solo un periodista, ¿no es así?

Ese «solo».

—Venga ya, Leo. No me vengas con gilipolleces...

El pontificador republicano que hablaba por el micrófono exclamó la palabra «¡Carlistas!», y los dos se dieron la vuelta y escucharon: por lo visto, dedujo Hemingway con el español que sabía, Franco había fusionado los dos partidos en conflicto de su movimiento, los falangistas y los carlistas, y se declaraba en ese momento, ese día, 19 de abril, líder político, además de militar, de la rebelión conservadora. Un hito hostil en el desarrollo de la guerra, y que se mencionaba para encender la sala con un propósito común.

—Que a Franco le perforen los tímpanos los bichos —gruñó D'Armoux.

—Dios mío, Leo... vaya despliegue de compromiso político.

—¿Compromiso? Bueno, es difícil que no te, cómo se dice, saque de quicio, cuando trabajas en una guerra. Y ves morir a tantos inocentes.

—Bueno, me alegro de que estemos en el mismo bando.

—Sí. —D'Armoux estaba mirando para otro lado—. Pero entonces, ¿crees que estás siendo traicionado? ¿Por nosotros?

—No sé qué palabra habría que usar, Leo. Vigilado. Amenazado. No me tomes por imbécil. Es la forma en la que trabaja la Internacional, y hasta un escolar en este país olvidado de Dios lo sabe.

—Sí...

D'Armoux parecía avergonzado. Si Hemingway no hubiera sabido lo que sabía, habría jurado que estaba viendo que el conflicto moral y la humillación le sobrepasaban. Dejó que ese silencio incómodo se dilatara.

—¿Leo?... Si me dijeras que eras el único que me sigue, en verdad me sentiría un poco aliviado. Porque te conozco.

Estaba mintiendo: preferiría tener que enfrentarse a un perfecto desconocido antes que a un hombre que sabía que tenía la conciencia de un martillo.

—¿En serio? Bueno... no se lo digas a nadie entonces, Huckleberry. Podríamos estar los dos en peligro.

—Por supuesto... Pero estaré en peligro por ti, solo.

—Por mí primero. Si a mí me eliminan, intervendrá otro.

—Pero ¿qué estoy haciendo, Leo, que sea tan peligroso?

—Lo sabes muy bien, Ernest. Pero solo eres un peligro para ti mismo. Vuelve con tus putas de Madrid. Compra más coñac en esa tienda improductiva de la calle de Ayala. Cuenta las galletas saladas que te quedan en el armario. Y fóllate a tu joven

amante norteamericana.

Y con esto, D'Armoux, cuya sonrisa naturalmente salvaje se había transformado en adusto ceño, se marchó del hotel.

La conversación que tuvo con D'Armoux parecía que hubiera durado una hora con los solemnes silencios y significados ocultos, pero en realidad habían sido doce minutos. Hemingway se quedó solo en el salón, y lentamente se fue dando cuenta de lo que le había dicho en realidad D'Armoux, que había estado bajo la vigilancia de los espías de la Internacional Comunista..., ¿desde cuándo? Desde que Dos Passos vino a España. Por lo menos.

Perfecto, pensó él. Que vigilen. Le sorprendió, un poco, darse cuenta de que no sentía la necesidad de meditar sobre este dilema. Que amenacen. Que me golpeen con culatas de rifle. Que me asesinen y tiren mi cuerpo en una escombrera. Que me parta un rayo si llego a huir asustado. Me gusta esto, pensó él, esta terca irresponsabilidad. Porque era irresponsable: tenía hijos en Estados Unidos, pero en esa sala, mientras se bebía su copa de vino, de repente era irremediable, brevemente feliz.

Deseó tener en ese momento un bloc y un lápiz y una pequeña mesa en una esquina para poder escribir; la cabeza le daba vueltas llena de frases, la adrenalina estaba empezando a propagarse discretamente como hacía cuando una historia se estaba desbordando. La presión crecía; sabía que si tenía la oportunidad de sentarse, saldría algo bueno, a un ritmo constante, como el vapor de una llave de nivel. Pero no se movió. Sabía que la presión subiría y empezaría a bajar rápidamente, y que aunque pudiera encontrar un rincón tranquilo, para entonces sería demasiado tarde. No te puede entrar el pánico, solo queda esperar a que vuelva. Intenta recordar qué es lo que borbotea. Disfruta del subidón. Algo que cuadraba muy bien con la sensación de peligro que sentía de pie entre la multitud, al límite, al borde de algo. La sala estaba cargada de alguna clase de presagio, y sobre eso de lo que podría escribir más tarde. Olía a carbono.

Tenía que encontrar a ese mierda de Baena antes de que anoheciera. Escudriñó la sala en busca de Worsleighson.

Hemingway no vio al chico alto de Boston entre la muchedumbre, y al final le dio un golpecito en el hombro a un hombre de espalda ancha y chaqueta de cuero, que se giró y sonrió extendiendo la mano.

—Disculpa, estoy buscando a Mordaunt Worsleighson, y pensaba que quizá lo conocías o lo hayas visto entrar...

—Usted es Hemingway —dijo con una sonrisa más amplia.

El joven irradiaba honradez, como el calor de una lámpara de aceite. Y era norteamericano.

—Sí. Estoy buscando a Mordaunt.

—Se fue.

Hemingway se inclinó para escuchar mejor, incrédulo.

—Sí —le explicó el norteamericano con una monotonía bostoniana—, después de entrar y de charlar un rato, se acercó un hombre y lo abordó, más o menos, y le dijo algo entre susurros, después de lo cual Mordaunt me dijo que tenía que irse. Estaba pálido. Dijo que si Ernest Hemingway preguntaba por él, que le dijera que él, Worsleighson, tenía que irse. A casa. A América.

—Mierda.

—Mejor no pregunto.

—¿El hombre que lo abordó era francés?

—No lo oí, no sabría decirle.

—¿Cojeaba?

—Sí.

Hijo de puta. Adiós a Worsleighson, ahuyentado del continente en dos minutos exactos.

—Lo lamento —siguió el joven norteamericano.

—Gracias.

—Confío en que Mordaunt llegue a casa sano y salvo. Es un muchacho con suerte, como los tontos y los borrachos.

Hemingway sabía que el hecho de que D'armoux se hubiera deshecho de él, era para darle miedo o intimidarlo más que porque consideraba a Worsleighson «enemigo del estado», o lo que fuera. Pero debió de haberlo hecho antes de acercarse a Hemingway, instantes antes. Seguro que lo tenía todo planeado.

¿Cuánto sabían? Hemingway repasó las conversaciones y la información de la última semana. ¿Lo vieron acudir a Obdulio Pilas? Era posible. Debían de saber que había ido a ver a Mágina Robles, pero esperaba que no averiguaran que Carmena tenía una memoria fotográfica. Esperaba que ella fuera lo suficientemente lista como para no delatarse. Pero ¿se habrían enterado de lo que pasó en La Rosa y el Cañón? ¿Se enterarían de que le habían dado el nombre de Baena? Llegó a la conclusión de que era imposible. A menos que invadieran la taberna después de que se fuera él...

Hemingway se separó un poco del norteamericano, se estrujó las neuronas para encontrar un tema trivial del que hablar, y se giró.

—¿Cómo te llamas, amigo?

—Walker. Daniel Walker.

Se estrecharon de nuevo la mano.

—¿Estás luchando con las Brigadas Internacionales?

—Sí. Soy artillero, y acabo de llegar de las montañas.

Una muchacha española de pelo corto, mal cortado, se acercó por detrás y lo cogió del brazo con las dos manos. Se miraron y sonrieron. De dondequiera que acabaran de salir, a Hemingway le daba la impresión de que era lo suficientemente grave y peligroso como para hacerlos brillar con la esperanza de sobrevivir.

—Te saludo.

—Gracias, señor Hemingway. Estoy impaciente por leer uno de sus libros.

Cuando vuelva a casa.

La chica le dedicó a Hemingway una sonrisa de oreja a oreja (era evidente que estaba contenta, y era igual de evidente que él le había salvado la vida) y desapareció entre el gentío. El orador ya había puesto punto y final a su diatriba propagandística, y una orquesta de ocho instrumentos de metal comenzó a tocar. Hemingway tuvo que gritar.

—Escucha, Walker, ¿conocías a José Robles?

Walker frunció el ceño.

—No. En persona no. Me enteré de que lo mataron.

—Así es. Me preguntaba si habías oído algo, en el campo, o... entre los brigadistas...

—No. Solo sé de una mujer en Madrid que lo conocía. Y bien.

—¿En Madrid?

—Sí. Portuguesa. Es tocóloga. Se llama Florípedes algo. ¿Crispo? Ahora mismo no hay muchas tocólogas en Madrid. Mientras estuve allí, enseñaba conmigo a alumnos de medicina. Quizá ella te pueda decir algo.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque fue amante de Robles.

Baena. Hemingway llamó a un taxi en la acera delante del Husa Reina Victoria y le pidió al conductor, un hombre de mediana edad con un intenso bronceado, que lo llevara a los bares que había en las calles que salían de la plaza del Ayuntamiento, en cuyas salas traseras los quinquilleros bebían y jugaban. El taxista, que al principio había dicho que sabía inglés, se negó a entender nada de lo que Hemingway dijo después, y se limitó a encogerse de hombros y a negar con la cabeza. Hemingway se bajó del coche y paró otro taxi, cuyo conductor, mayor, lo entendió todo perfectamente y dijo, con un cigarro sin encender en la boca: «Comemierda».

El tercer taxista era más joven y dijo que se apuntaba. Es más, dijo que sabía algo de romaní español, no quinqui en sí, y que conocía los antros de la plaza, añadió moviendo la mano estirada: «Un poco».

—¡Sé que hay peleas de ratas! —dijo riendo, y cambió bruscamente de marcha.

—Que sabe que hay... ¿qué? ¿Ratas?

—Sí. ¡Peleas!

—¿Peleas?

—Sí.

—Vaya.

Iban en un Chrysler cuatro puertas Serie 66 de 1931 que parecía haber sido tirado por un acantilado. El viaje les llevó media hora; había tantas carreteras cerradas por barricadas, a menudo por ninguna razón aparente, que al taxista poco le faltó para tener que conducir en círculos alrededor del vecindario y entrar en él por el norte. El enjambre de calles al norte de la plaza del Ayuntamiento era sin duda el más funesto, triste y deprimente que Hemingway había visto en España; a estas vías todavía no les habían alcanzado los proyectiles pero eran sórdidas, pobres y deterioradas. La guerra no las había tocado, pero varios siglos de miseria y de vicio habían causado más estragos. No había ni un cristal que no estuviera rajado, no había estuco que no estuviera desconchado, y las puertas llevaban sin pintar desde la época de Fernando VII. En la enorme plaza, el ayuntamiento, una maravilla de edificio que parecía un templo, antiguo y con adornos de terracota, permanecía cerrado de forma permanente por orden de la república. La mayoría de los escaparates que bordeaban la zona estaban vacíos o entablados, aunque había varias tabernas sin letrero que parecían concurridas, de las que salían los clientes en avalancha a las calles, donde pandillas de niños pedían comida o dinero a los coches que pasaban. Un sol de justicia brillaba en la plaza, pero la mayoría de las contraventanas estaban cerradas.

El taxista se detuvo al lado de la acera y señaló una desvencijada puerta de dos hojas que otrora estuvo pintada de rojo, donde dos hombres corpulentos con sucios

trajes de *tweed* fumaban en los escalones.

—Dígales que usted conoce a la princesa Wallada —le explicó el taxista.

Hemingway levantó las dos manos.

—¡Dígaselo! —repitió el taxista, haciendo lo que podía, señalando una y otra vez —. ¡Que usted conoce a la princesa Wallada!

—¿Quién cojones es esa? ¿Es un santo y seña?

El taxista levantó las manos.

—Era una princesa mora...

—¿Mora?

—¡Sí!

Hemingway le dio al taxista un fajo de billetes republicanos y haciendo gestos con la mano logró que entendiera que tenía que dar vueltas con el taxi y pasar por esa calle de vez en cuando, para recogerlo. Quién sabe qué encontraría allí, o cuánto tiempo le llevaría. Podría suceder que dedicara todo el día a buscar al hombre y no encontrarlo. ¿Dónde estaba Worsleighson cuando lo necesitaba? O por lo menos esa lista que había hecho en el bar, de camino a La Rosa y el Cañón, con el torrente de detalles que Carmena recordaba.

Bajó del coche. ¿Adónde se dirigía? ¿A una pelea de ratas? ¿Cómo se consigue que unas ratas se peleen? Qué no harían estos malditos paletos por diversión. Puso su mejor cara de deporte sanguinario y se acercó a grandes zancadas a los hombres fornidos que estaban delante de la puerta. Ya llevaba un tiempo sin acordarse de que todavía tenía la cabeza vendada y los ojos amoratados y enrojecidos por todas las heridas acumuladas.

—Princesa Wallada —dijo él con impaciencia fingida.

Los hombres observaron al norteamericano cuya cara parecía la de una víctima de accidente de coche, se miraron, soltaron unas risitas entre ellos, y se alejaron por la acera.

Puf. Hemingway abrió una de las puertas, ligeramente rojas, y entró. En efecto, era un bar y estaba abarrotado. Olía a opio mezclado con el humo del tabaco que por sí solo hacía casi imposible ver qué había más allá. Casi todos eran hombres, pero también había algunas putas; los hombres, que estaban sin afeitarse, vestían todos chaquetas negras de lana y boina de *tweed*, el uniforme de la clase baja en las ciudades europeas. En el bar había ruido por los murmullos y gruñidos de los hombres, cuyas voces no se diferenciaban unas de otras. De cualquier manera no sabría cómo sonaba el quinqué. Además del olor a humo, a Hemingway también le olía a mierda, a excremento de animal de granja, probablemente en una docena de zapatos diferentes. Sería alrededor del mediodía, y el lugar estaba tan oscuro que Hemingway no podía saber qué decoración tenía o si carecía de ella.

Pero al menos era un bar que funcionaba, gracias a Dios. Hemingway se fue directo hacia la barra, encontró sitio en ella, y pidió una ginebra doble con cualquier clase de fruta. El camarero, que enseguida se puso en marcha cuando vio que

Hemingway metía la mano en el bolsillo, sacó un vaso grande con Beefeater hasta la mitad, y un limón entero que rápidamente cortó en cuartos. «Bravo», exclamó él, y pagó al hombre. Hemingway exprimió el limón, y se bebió la mitad de la copa de un trago.

Miró a su alrededor: nadie había reparado en él. De seguro que no había allí ningún espía de la Internacional Comunista, aunque D'Armoux podía entrar en cualquier momento. Era la clase de lugar que le encantaría a ese delincuente.

Rápido, entonces: no había forma de saber si el reloj hacía tictac.

Hemingway se giró y se alejó de la barra. Con la mirada baja y la copa en la mano recorrió con aire despreocupado el lugar, y miraba extrañado su bebida como si estuviera ya muy borracho cada vez que otro hombre miraba en su dirección. Por lo demás simplemente examinaba con los párpados medio caídos la muchedumbre y las paredes (que ya eran visibles, aunque no tenían mucho que mostrar, salvo unos espejos con logotipos de bebidas alcohólicas, que habían perdido su capa de plata), se dirigió lentamente a la parte de atrás del bar donde había un pasillo y un aseo sin puerta con una pila y una portezuela cerrada en la que otro hombre, uno con el rostro lleno de cicatrices de cuchilladas, esperaba fuera.

Hemingway se acercó a él, con la bebida en la mano izquierda y la derecha libre para poder coger el dinero del bolsillo o la pistola de su chaqueta. «Princesa Wallada», gruñó Hemingway con una amplia sonrisa. El gorila asintió, con los ojos medio cerrados, como si el parloteo de un niño de cinco años lo hubiera dejado exhausto, y frotó el pulgar con el índice una vez. Hemingway sacó su fajo de billetes, y buscó un sitio donde dejar su copa para así poder sacar uno. Pero el guardia de las cicatrices simplemente alargó la mano y cogió dos billetes, y después, porque podía hacerlo, un tercero. Hemingway se dio cuenta de que acababa de pagar más de tres mil pesetas por el privilegio de ver pelear a dos ratas.

La sala que había detrás de la puerta era grande, y con tablones de madera habían construido una especie de pista, con una malla de alambre que servía de valla protectora y de techo (por lo visto las ratas podían trepar). Había bancos, y unos hombres apostando y otros llevando la cuenta en unos cuadernos; había uno detrás de una mesa baja que establecía las probabilidades, aceptaba apuestas y pagaba. Sobre la mesa, un reloj de carreras como los que hay en los canódromos, que estaba en marcha.

En el reñidero, detrás de la malla de alambre, había un bull terrier que peleaba con unas enormes ratas marrones. O mejor dicho, las ratas buscaban dónde refugiarse y una vía de escape, correteando agobiadas en círculos mientras el perro, por lo visto entrenado para esta actividad en concreto, atrapaba y mataba tantas como podía, y tan rápido como le era posible. Cogía una rata en sus fauces, y a la vez la mordía y le sacudía la cabeza, para tirarla después a un lado, e ir a por el siguiente roedor que pasaba corriendo y que agarraba antes de que la anterior rata hubiera caído siquiera sobre las tablas. Las apuestas eran sobre el número que morían durante el tiempo

asignado. La sangre de rata no dejaba de brotar y salpicaba el alambre como si saliera de un aspersor. El perro también estaba lleno de mordeduras y manchado de sangre que procedía de todas direcciones. Pero no se detenía: sus movimientos no eran ni defensivos ni depredadores; estaban coreografiados, una serie de entrenadas maniobras atléticas, muy parecidas a la de un matador. Hemingway pudo ver inmediatamente que tenía algo de deporte: no consistía solo en poner a dos animales tontos en el reñidero y ver quién mataba a quién. La elegancia estratégica, la habilidad extrema necesaria, era al instante evidente.

Así de desagradable y casi neandertal era el panorama. Tienes un perro, pensó distraídamente él, ¿y lo entrenas para esto? No es que la caza de ratas no sea un buen entrenamiento para un perro, pero lo que estaba presenciando no se podría poner en práctica en el mundo real. No sería sorprendente descubrir que los perros rateros como este serían totalmente incapaces de cazar ratas a menos que los desdichados roedores estuvieran primero atrapados en un reñidero sin salida y sin un lugar en el que esconderse. Hemingway había leído sobre el hostigamiento de perros y de osos en la Inglaterra de Enrique VIII, y así era como este espectáculo horrible y malsano le hacía sentir: como si estuviera atrapado en un mundo medieval de pésima higiene, aguas residuales en las calles, dientes podridos, carne putrefacta y tantas ratas por todos los sitios que inventaban toda clase de juegos peligrosos con el fin de emplearlas en algo.

Se sentó y optó por observar a los hombres: una panda lamentable, patética e inútil que, aunque coincidían en parte, hacía que la turba encorvada y peluda del bar pareciera gente de la alta sociedad de Oak Park. Intentó recordar la letanía de datos que le había dado Carmena sobre los cuatro asesinos encapuchados, pero solo podía recordar la mancha plateada en la mano de uno de ellos, y algo sobre alcanfor en el pelo. Ah, y el corte en el cuello. Dios. Le dio un sorbo a su ginebra. Examinó los detalles físicos de los aficionados que estaban sentados en los bancos: uno era tuerto, otro tenía una cicatriz en la frente, otro tenía tanto pelo negro y tanta barba que parecía que acaba de salir de pasar diez años en una cueva, pero nada le sonaba.

Estaba claro que esta no era la España que estaba buscando. ¿Conseguiría ver alguna vez una batalla de verdad?

Se quedó sentado veinte minutos. Al bull terrier al final lo tuvieron que sacar de allí debido al agotamiento y a la pérdida de sangre, pero antes pudo romperles el cuello a unas cuarenta ratas en su segundo asalto de cinco minutos, y por lo visto eso había convertido a su dueño en el ganador de las apuestas. El siguiente perro, también un terrier, era más grande pero más lento, y aunque parecía inmune a los dientes de las airadas ratas, no era gran cosa. Tras un rato, a Hemingway ya no le quedaba bebida en la copa. No había motivos para pensar que el Termita que estaba buscando estaría apostado allí en ese momento; había más sitios por la plaza, otros antros que escudriñar. La competición le había llevado el tiempo suficiente.

Hemingway se levantó, se marchó de la arena, atravesó la sala cargada de humo y

salió a la calle, sembrada de borrachos y granujas. No vio ningún taxi, y no tenía ni idea de adónde debería ir a continuación. Maldita sea, pensó él, debería haber aprendido español.

Los vientos de la tarde azotaban las calles de norte a sur. Hemingway ya se veía deambulando por los callejones de los barrios más bajos de Valencia hasta la noche. ¿En dónde demonios me he metido?

Dio la vuelta y volvió a entrar, cruzó el bar, pasó al lado del gorila que había en la puerta de atrás. Una vez dentro del recinto, donde un pastor alemán corría enloquecido en círculos perseguido por ratas chillonas mientras el dueño del perro estaba sentado con la cara escondida entre las manos, Hemingway se dirigió hacia el hombre sentado frente a la mesa de apuestas. El hombre no miraba su papel, solo se reía del espectáculo que estaba teniendo lugar más allá de la alambrada. Hemingway se sentó en el banco que había al lado de él. Le preguntó si hablaba inglés. Le dijo que sí, y luego le preguntó por un hombre del que había oído hablar que podría conocer a un hombre que tenía un perro. Hemingway soltó una sarta de tonterías, que no entendió ni siquiera él, así como el nombre del hombre, un tal Baena.

El corredor de apuestas, cuyo exuberante bigote tenía al menos seis tipos diferentes de pigmentos (desde el blanco pasando por el castaño hasta el negro azabache), miró a Hemingway, le pareció un hombre de verdad, no un turista, ni un barriobajero, ni un poli, y negó con la cabeza.

—Ay, qué pena. —Los dos hombres observaban cómo corría el pastor alemán—. Ah, tenía un amigo, un entrenador, creo... Qué cojones. Ah, Bexhet.

El corredor de apuestas asintió.

—Está fuera, bebiendo.

—Es gordo, regordete, ¿verdad?

—Sí, y lleva anteojos. Gafas.

Hemingway le dio las gracias y se dirigió hacia la puerta. No tuvo un momento para felicitar a sí mismo por haber sacado ese nombre del abismo, en un intento desesperado, sin ayuda alguna, porque en ese instante estaba acercándose a aguas turbias, y tenía que pensar con rapidez. Se había terminado el tiempo de hablar, de darle vueltas a las cosas, de hacerse promesas.

Salió por la puerta y entró en el bar, y sus ojos necesitaron un rato para adaptarse al lugar. Recorrió el antro con la vista, después las mesas, buscando hombres gordos, y no había muchos. La comida escaseaba. Pero vio a uno, dos, y ninguno llevaba gafas, y fue entonces cuando localizó a Bexhet, sentado en una mesa pegada a la pared con un pequeño vaso de vino tinto, riéndose con un compinche, y encorvado, borracho como una cuba.

La mitad de las voces de la cabeza de Hemingway estaban de acuerdo en que no podían creerse que efectivamente hubiera encontrado, en un país grande y destrozado por la guerra, a uno de los cuatro hombres que mataron a José Robles. La otra mitad se peleaba por buscar qué hacer con ese cerdo asqueroso ahora que lo tenía delante.

Hemingway no esperó: dio un paso hacia un lado de la mesa, alargó la mano por encima de ella y cogió a Bexhet de las solapas de lana tan rápido como la lengua de un lagarto. El hombre gordo se quedó tan perplejo que abrió los ojos y la boca de par en par involuntariamente, mientras el amigo que estaba a su lado agarró a Hemingway de los brazos y comenzó a gritar en quinqui, un galimatías nasal que al escritor le sonaba a hindi pronunciado a través de un ronroneante ventilador de sobremesa. Los otros hombres que estaban alrededor de la mesa, sentados y de pie, comenzaron a gritar dominados por el pánico, y con las manos cogían a Hemingway del cuello de la chaqueta y de los hombros, intentando apartarlo, pero el norteamericano hincó la rodilla izquierda en la mesa, puso al tambaleante Bexhet de pie, y lo arrastró por toda la superficie, tirando vasos a su paso. El peso del cuerpo de Hemingway empujó hacia atrás a los dos hombres, que chocaron con otros clientes del bar y causaron una explosión de bramidos, y todo eso en pocos segundos.

«¡Soltadme, joder!», gritó Hemingway dos veces, y los clientes del bar, que gritaban en su lengua, lo dejaron ir. El escritor puso de nuevo a Bexhet de pie, que no le servía de mucho apoyo, y el rollizo hombre comenzó a llorar, preguntando en quinqui quién sabe qué, pero debía ser algo así como «¿Quién eres tú, qué quieres?».

Hemingway ni siquiera pensó en cómo se decía aquello en español, simplemente dijo entre dientes: «José Robles».

El hombre gordo abrió sus llorosos ojos de par en par por el miedo. Hemingway cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y comenzó a arrastrar al hombre hacia la puerta; Bexhet solo podía tambalearse y llorar. Nadie del bar sabía de qué iba la pelea, por qué el hombre gordo estaba llorando. Pero dejaron sitio para que pasaran los dos; por lo visto, entre los quinquilleros, cualquier desgracia que le pase a un hombre en una taberna es asunto suyo y solo suyo.

La puerta de la calle se abrió de golpe, y toda la gente que estaba en la manzana giró la cabeza cuando un enorme norteamericano con la cabeza vendada salió del bar como un camión, y echó fuera a un español gordo que pedía clemencia en quinqui, se caía de rodillas y de nuevo lo ponían de pie. Hemingway lo tenía cogido del abrigo y de la nuca, y apretaba con fuerza.

Lo llevó a empujones al primer callejón que vio, en dirección noroeste, y lo lanzó contra la pared de ladrillo. La cabeza de Bexhet se dio un buen golpe. Como aquel pobre toro de hace semanas, pensó Hemingway. El hombre se desplomó, ahogándose y sollozando.

Hemingway le tiró del pelo para levantarle la cabeza, echó la mano cerrada en un puño hacia atrás y le asestó un puñetazo en el ojo derecho. Su piel se partió en dos y la sangre le llenó la cuenca del ojo, y lo dejó irritado y cerrado mientras se hinchaba.

El español de Hemingway no era muy bueno, pero esperaba que el gordo gitano fuera por lo menos un poco mejor. Tenía que serlo.

—¿Del Vayo? ¿O Posada? ¿Un ruso? ¿Quién? ¡Cuéntame!

Bexhet negaba con la cabeza a los nombres y a la orden, a todo.

Mira cómo tiembla, pensó Hemingway. Este no sabe nada.

—Baena, ¿dónde está? —le espetó el norteamericano.

Bexhet alzó la vista, claramente aterrorizado. Lo que le hacía temblar era el haberse dado cuenta de que ese norteamericano loco, con una herida en la cabeza y enormes manos, en efecto, conocía detalles sobre el asunto Robles; o de que este norteamericano podría matarlo porque, como le estaba intentando decir al negar frenéticamente con la cabeza y encogerse de hombros, no tenía ni idea de dónde estaba Baena, el obrero del cemento con el corte en el cuello. O podían ser las dos cosas.

—No me vengas con esas.

Hemingway le pegó otra vez, por encima de la oreja, en el cráneo. Los nudillos del norteamericano se estremecían del dolor; fue como golpear una bola de jugar a los bolos.

Bexhet estaba jadeando y parpadeando. Oh no, pensó Hemingway, si se desmaya será el fin. Está oscureciendo. ¿Cuánto tiempo me queda antes de que D'Armoux aparezca, o antes de que los quinquilleros decidan exterminarme?

—No sé más, no lo conozco —dijo Bexhet entre sollozos.

El español de los dos hombres era como el de un niño.

—Baena.

—¡No lo conozco! ¡Por favor!

—El otro. Grande. Mal aliento.

Quería decir que respiraba mal, que tenía asma. Bexhet negó con la cabeza, seguía sin tener ni idea. Hemingway no podía recordar ningún detalle sobre el hombre al que Carmena llamaba el capitán de la cuadrilla. Solo del mudo y del grande. Con gestos describió a una bestia de hombre, y se señaló la mano.

—Grande. Mano con plata.

Por sus ojos Bexhet entendió, pero no dijo nada, hasta que Hemingway apretó la cabeza del hombre contra la pared de ladrillos y levantó de nuevo el puño.

—¡Goemilxea!

—¿Qué?

Hemingway le hizo repetir el nombre dos veces. Y después levantó al hombre para que se pusiera de pie una vez más.

—Vamos —le dijo. A por Goemilxea.

Hemingway siguió a Bexhet varios kilómetros por caminos poco frecuentados de Valencia, empujándolo y amenazándolo todo el tiempo.

La noche que el norteamericano había temido toda la tarde llegó finalmente, pero para su sorpresa las luces de las farolas en esa parte de la ciudad funcionaban. Todavía llevaba la pistola en el abrigo, y deseó haber tomado otra copa en el bar, solo una más para repeler la deshidratación y el dolor de cabeza, que preveía más que sentía en realidad, porque el subidón de adrenalina de su cuerpo había tapado todo lo demás. Quizá este, el del nombre horrible, le podría decir dónde estaba el capitán, o

de quién era el Bentley, o quién los contrató. Porque era evidente que estas palurdas ratas de alcantarilla no tenían ningún motivo para matar a un funcionario del estado, a menos que ese funcionario estuviera jugando a las cartas con ases en las mangas.

Bexhet se detuvo en una esquina de la calle y, murmurando algo en quinqui, señaló una vivienda que estaba al otro lado del cruce. Por lo visto esperaba que el norteamericano loco simplemente dijera gracias y se fuera solo a llamar a la desgastada puerta. Hemingway hizo que cruzara la calle a empujones y lo tiró a los escalones.

Justo entonces se abrió la puerta, y salió un hombre enorme, del tamaño de John L. Sullivan que vestía también chaqueta de lana; iba con la cabeza baja, pero la levantó de repente y vio a Bexhet tirado en los escalones y a Hemingway, que tenía los ojos abiertos de par en par de la tensión. Volvió a adentrarse como un rayo y Hemingway fue a por él, pasando por encima de Bexhet y atravesando corriendo el estrecho y oscuro pasillo central del edificio detrás del hombre, que salió disparado por la puerta trasera a un callejón atestado de cubos de basura, retales de madera y perros que gañían.

Hemingway lo siguió a toda velocidad, rebotando contra las paredes del callejón, y vio que el hombre había conseguido volver a la calle. Subiendo por la calle, entrando y saliendo de los conos de luz ambarina que proyectaban las farolas, Hemingway podía ver al hombre que buscaba aterrizado, una puerta o un callejón por el que escapar. Las calles estaban casi vacías; en una guerra civil, a nadie le apetecía mezclarse con dos hombres que corrían en la oscuridad como depredador y presa por las calles adoquinadas. Siguió así diez minutos. Hemingway no se cansaba, se sentía lleno de energía, temerario y fuerte como un puma.

A unos veinte metros, se percató de que el hombre giraba a la izquierda en un callejón, pero Hemingway vio un minuto más tarde que no era un callejón sino más grande, un camino municipal con un amarradero que debía de tener cien años, y una vieja tapa de alcantarilla, cuyas dos hojas de acero se abrían desde el suelo hacia el cielo nocturno como una boca.

Si Hemingway hubiera pensado por un momento en las posibles consecuencias de bajar al subsuelo de noche, a lo que él sabía (porque lo había leído) que era una de las redes intactas de alcantarillado urbano más antiguas de Europa, construida supuestamente por los romanos, probablemente no se habría metido dentro de la boca abierta de la alcantarilla, no habría agarrado la escalera de hierro y bajado por ella a toda velocidad. Pero lo hizo, aterrizó en el fondo y no vio nada porque no había luz. Solo el sonido del líquido que fluía, la sensación de que gases presurizados se movían por el enorme túnel, y el desgarrador hedor a excremento humano, en el que dominada el tufo a mierda fresca, aunque impregnado también por el olor a desechos de hacía más tiempo, ya tan fosilizados y atomizados que tenían un olor fuerte y casi agradable, como tierra para plantar patatas.

Pero la adrenalina de Hemingway, que le corría por las venas como si de una

droga se tratara, le hacía inmune a las distracciones. No se movió, porque no podía ver, y se quedó escuchando atentamente. Ese enorme quinquillero tenía que estar cerca, porque él tampoco podía ver en la oscuridad, y no se atrevería a dar un mal paso y caer en un río de aguas residuales. Con cuidado, en silencio, Hemingway se alejó un paso escrutador de la escalera, el único punto de referencia que tenían los dos hombres. El suelo era firme. Estuvo atento por si oía su respiración o los latidos de su corazón, pero no oyó nada. Pasó la mano por la pared de piedra del túnel, centímetro a centímetro: posiblemente se estaba acercando al sanguinario torpe hijo de puta, o era probable que se estuviera alejando más y más. Otro paso, de poco más que unos centímetros, y la mano extendida de Hemingway tocó algo, de metal, que había en la pared, una lámpara de aceite. Hemingway se inclinó hacia ella y la ladeó con cuidado: pudo oír que todavía tenía aceite. Ahora el reto era descolgarla del gancho, posiblemente oxidado, sacar una cerilla y encenderla sin hacer ruido. Pero ¿por qué? Había que intentar que el ruido fuera imperceptible y misterioso, para que el quinquillero no pudiera dar con él, porque no podía escapar por ningún sitio.

Hemingway levantó la lámpara, buscó una cerilla en su bolsillo, sorprendentemente sin hacer apenas ruido, y encendió la cerilla.

Miró a su alrededor: a solo unos pocos metros de distancia, al otro lado de la escalera, estaba Goemilxea. Respiraba como un caballo de carreras con sobrepeso después de una competición; Hemingway empezó a oír su resuello. No se movía. El norteamericano encendió la lámpara lentamente, y la zona se iluminó. Estaban solo a unos metros de un infernal, profundo y oscuro río de excrementos y residuos líquidos; el túnel estaba negro en ambas direcciones. Los dos estaban en un húmedo hueco de piedra, de quizá unos cinco metros cuadrados que rodeaba la escalera. Le recordó a El fantasma de la ópera, y cómo parecía haber sitio en el alcantarillado parisino para enormes órganos y tal. Estas paredes eran antiguas y maravillosamente hechas de bloques tallados, pero aquí no había nada, solo túneles para la mierda.

Hemingway miró al hombre, a quien poco a poco le resultaba más difícil respirar. Sí tenía una mancha plateada en la mano derecha; a Hemingway le pareció que era argiria, por las sales de plata que se usan para hacer espejos.

—¿Quién eres? —le preguntó Goemilxea, en un inglés claro aunque áspero.

—Puto quinquillero, ¿en dónde has aprendido a hablar inglés?

—Escucho... la bbc.

—Soy amigo de José Robles. —Hemingway hizo una pausa para sentir el momento—. Te he estado buscando a ti y a tus amigos, y te he encontrado.

—¿Robles?... ¿Por qué?... Estamos en guerra, tío. ¿A quién le importa?

—A mí, y estoy cansado de esa excusa. Tienes razón en una cosa: estamos en guerra y nadie se preguntará adónde fuiste o quién te mató.

—Tengo esposa.

—Me alegro. También Robles... Eres platero.

Se miró la mano.

—Sí.

—Deberías haberte dedicado solo a tu trabajo.

—No me puedes matar sin más. ¿Y si te mato yo?

—Si ni siquiera puedes tenerte en pie, imbécil. Y además tengo una pistola.

—Amigo de José Robles...

Parecía estar burlándose, entre los resuellos.

—No es gracioso, puto gitano. Hiciste el trabajo sucio, te pagaron, y ahora tú tienes que pagar por ello.

—Nunca me pagaron.

—Lo sé. Perdiste las llaves.

El hombre parecía afligido. Era la historia de su vida, al parecer. Con un solo golpe ya era un hombre derrotado.

—¿Las encontraste?

—Sí. ¿De quién es el Bentley? ¿Y dónde está?

—Dijeron que el coche estaba en Madrid. Pero no sé de quién era. De algún pez gordo... alguien importante. Alguien que se estaba beneficiando de los rusos.

—¿Un español?

Goemilxea pensó.

—No lo sé. No me lo dijeron.

Eso no reduce mucho las posibilidades, pensó Hemingway, más bien las incrementa. Del Vayo, Quintanilla, otros ejecutivos del nkvd. ¿Alguien de la oficina de Largo, que esté por encima de Oak? ¿Gorev? Pero ¿por qué?

—Debo saber quién fue. —El quinquillero solo se encogió de hombros y se apoyó contra la pared—. Tienes que decirme algo más que eso. Alguien pagará por lo de Robles.

—No puedo.

—¿Quién era tu capitán?... ¡Uf! El tipo que recibió las órdenes y las dio.

—Americano, ¿por qué no te vas a la mierda?

Hemingway decidió entonces matar al hombre. Ya estaba cansado, y cuanto más duraba la conversación más fácil era sentir lástima por este ordinario maleante que tenía dificultades para respirar y emitía sonidos que helaban la sangre; y también le resultaría más fácil el simple hecho de olvidarse de toda la aventura, desde cuando Dos Passos entró en su habitación hasta cuando arrastró a Bexhet por la mesa del bar, pasando por la guerra, el destino, el cinismo y el agotamiento moral. Hemingway vio indicios de aflojar, de dejar de obsesionarse con buscar justicia, y resistió. Aunque no me hierva la sangre, juró él, este cabrón no verá la luz del día. Lo mataré de un tiro, y lo arrojaré al río con la mierda, y eso será todo. Aunque no quiera. Es lo justo. Es lo correcto. Tiene que ser así, aunque me haga sentir como un monstruo. Como D'Armoux.

—Quinquillero —dijo él, evitando usar el nombre del hombre—, dime, ¿por qué usaste un arma alemana?

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso? ¡Bexhet ni siquiera estaba en esa colina!

—Encontramos los caquillos.

—¿Sabes diferenciarlos?

Sus resuellos se convirtieron en una tos estruendosa y dolorosa.

—Sí.

—Accidente, el rifle se atascó... Encontramos otro junto a un cadáver en las montañas.

—Qué suerte. ¿Qué habrías hecho, golpearlo con la culata?

Goemilxea tosió con fuerza, y se cayó de rodillas. Hemingway sacó la pistola de Oak del abrigo, la amartilló y se acercó, apuntando a la nuca del hombre.

El hombre tosía y aspiraba aire como si lo hiciera a través de una malla obstruida. Hemingway no vaciló. Apretar el gatillo, disparar el arma, este hombre está muerto. Un tiro en la cabeza, como Pepe.

Pero Hemingway esperó a que dejara de toser, y que remitiera su crisis respiratoria, porque, suponía él, estaba demasiado débil para hacerlo de otra manera. Allí de pie, le llegó el olor a alcanfor, que le trajo imágenes del desván de su abuela y del baúl de cedro donde tenía el ajuar con manteles de encaje y algodón, y también periódicos de la guerra de secesión, que de niño le parecían el material impreso más bonito que había visto nunca. Los polvorientos rayos de luz entraban por la ventana sencilla de cuatro hojas de vidrio. Por lo menos un periódico, recordaba él, el Alton Observer, era activamente abolicionista, y utilizaba un lenguaje acalorado y moralizador. Un número informaba sobre la batalla de Chickamauga.

La tos no paró. Hemingway esperó un poco más, pero pronto Goemilxea empezó a asfixiarse, a convulsionar, hecho un ovillo en el suelo. Estuvo unos minutos sin bajar el arma. Intentó no pensar mientras esperaba. Por fin sintió que en la alcantarilla hacía mucho frío, como en una nevera. Poco después, el quinquillero yacía inmóvil en el suelo de piedra.

Hemingway subió a la calle, encontró una taberna cerca de allí, entró tambaleante sin pensar qué tipo de bar era o quién bebía allí, compró una botella de coñac y salió fuera. Se quedó de pie en una esquina desierta, debajo del halo dorado de una farola, y bebió. Tenía que haber sido el mejor y más satisfactorio trago que había tomado en semanas, pero por supuesto no lo fue; le hizo daño en el estómago y al instante le dio dolor de cabeza. Pero lo necesitaba de todas formas, como una noche de sueño después de una tragedia. Se imaginó que no tenía ni la menor posibilidad de que su taxista errante pudiera encontrarlo ahora, aunque lo estuviera intentando. Así que Hemingway volvió andando en dirección sur, hacia donde estimaba que lo había dejado el taxi.

¿Había vengado a Robles? O, mejor dicho, ¿había hecho justicia? O, para ser más precisos, ¿había hecho finalmente lo correcto? No lo creía así. El hombre que había muerto a manos de sus propios pulmones era un simple lacayo, un mercenario. No sintió alivio alguno cuando el hombre dejó de moverse. Y Hemingway no pensó ni por un momento que era vital buscar de nuevo a Bexhet, o a los otros dos matones, el capitán y Baena, el obrero del cemento mudo. Si no hubieran sido esos imbéciles, habrían sido otros. Eran simples soldados.

Era como la guerra: uno no odia a los reclutas marroquíes porque su gobierno los vendió a Franco y a Mussolini. Las bombas no son importantes, pero sí lo es el que las tira al vacío. Hemingway sabía que tendría que regresar a Madrid, por fin, y buscar el Bentley. Todavía conservaba las llaves, con los bordes afilados, en el bolsillo. Cuando encontrara el coche y acorralara al tremendo gilipollas que había causado este calvario, y así averiguaría exactamente por qué infame motivo habían matado a Pepe, la guerra entonces tendría sentido. Y si no era así, al menos la parte que a él le correspondía estaría limpia y sería segura.

Al cabo de un rato, se encontró de vuelta en la calle lateral cercana a la plaza donde estaba la primera taberna, todavía abierta. No se aproximó, esperó su taxi en el otro lado de la calle. Empezó a llover mucho. No quería caminar de nuevo de noche en esta vieja ciudad sin un solo ángulo recto en su mapa. Esperaba que su taxi estuviera todavía dando vueltas. Se sentó en un escalón debajo de un toldo y dormitó media hora, en la que alguien le quitó su botella de coñac. Lo despertó el sonriente taxista.

—Gracias. ¿Nombre? —le preguntó Hemingway mientras se metía aturdido en el taxi.

—Antonio.

—Gracias, Antonio. —Le entregó un fajo de billetes—. Vamos a... Madrid.

Antonio puso cara de sorprendido, contó el dinero, y pidió más con un gesto de

los dedos, y después arrancó bruscamente el Chrysler.

Hemingway miró su reloj: roto. La esfera estaba metida para dentro. Había sido un regalo de Pauline. Se lo sacó y lo dejó en el suelo del coche. Debían de ser las nueve o así. Estarían en Madrid para el desayuno si el taxista conducía como alma que lleva el diablo. Hemingway intentó recordar si había comido algo ese día después de salir del hotel, y se dio cuenta de que no.

Había dormido una hora o más, y había soñado con ratas en jaulas mientras fuera avanzaba la noche, cuando el taxista dijo algo que hizo que se despertara e incorporara.

—Nos siguen.

Hemingway se agachó al ver la luz de los faros, salpicados de lluvia, entrar en el taxi por la ventana de atrás. Se giró y solo pudo entrecerrar los ojos. Estaban cerca.

—¿Cuánto tiempo, Antonio?

—Tres, cuatro minutos, supongo.

—Antonio, quizá sea... peligroso.

—¡Peligroso! —El joven taxista no parecía preocupado—. ¿Fascistas?

—No, rusos... —Puede que no fueran rusos, sino matones—. Asesinos.

El taxista se rió para sus adentros; no necesitaba saber más. Estaba lloviendo a cántaros, y la carretera era más o menos recta, aunque de tierra compacta, desde el noroeste de Requena hasta el sur de las montañas. En cualquier momento, pensó Hemingway, el lodo será un problema. Ya era un trayecto duro por sí mismo, pero la carretera hasta, al menos, Utiel había sufrido en el último año bombardeos y la visita de las tropas, y por todas partes había baches llenos de agua. El taxista le pisó a fondo intentando ¿qué?, ¿dejar atrás al otro coche en una recta, o de alguna forma correr más que él y no tener otro sitio hacia donde ir, solo hacia delante?

Hemingway estaba de nuevo profundamente preocupado. Esta era la parte oscura de una zona de guerra, donde cualquiera podía terminar en una cuneta sombría y pasar días, o más tiempo, sin que nadie se enterara de ello. Por eso los periodistas norteamericanos se quedaban en sus hoteles. Desde luego, ser famoso y rico no sería de gran ayuda. Examinó la pistola de Oak y la abrió: cuatro balas.

—Antonio, ¿algo de, cómo se dice, beber?

Antonio buscó por el asiento delantero, y le pasó una petaca. Sabía a queroseno.

El taxista aceleró. Hemingway podía oír que el quejido del turbo aumentaba, y detrás de ellos los faros comenzaban a alejarse. Cada vez que el coche cogía uno de los marcados baches hechos por los proyectiles y salpicaba agua en todas direcciones, Hemingway salía volando hacia el techo y bajaba como un puñado de palomitas. Los tornillos y las soldaduras que mantenían unido el coche de repente chirriaban de la tensión.

Iban a toda velocidad y, al poco rato, el coche que los seguía como un rayo se acercaba peligrosamente al parachoques trasero. El taxi se iluminó con la luz de los faros, y Hemingway miró por encima del hombro de Antonio el cuentakilómetros,

que marcaba cero. Roto.

Hemingway calculaba que iban a más de cien kilómetros por hora, pero podían ser ochenta que parecían más de cien en un coche viejo sobre una pésima carretera bajo la lluvia. Daba igual: el Chrysler sonaba como si fuera a hacerse pedazos.

Siguieron así durante casi quince minutos, a toda velocidad, con los dos destartados vehículos haciendo un ruido infernal y lanzando barro, y el chaparrón reduciendo la visibilidad a un nivel ridículo.

Hemingway no oyó el disparo, pero sí oyó cómo la ventana trasera se hacía añicos, y se imaginó el agujero y la rajadura en forma de telaraña que habría en el parabrisas. Se agachó. Dejarme que llegue a viejo, pensó él. Sé que a veces malgasto mi tiempo, y pienso en acortarlo, es difícil evitarlo, pero Dios todopoderoso no así, esto es una forma idiota de hacerlo, en este desolado y estúpido país, con estos gobiernos corruptos que mastican a la gente como perros comiendo carne de caballo. La vejez no estaría mal. Aunque dejara de escribir. Aunque engordara.

Se dio cuenta de que estaba rezando. Antonio se había encorvado, y estaba concentrado en la carretera. El coche retumbaba y temblaba.

Hemingway sacó la pistola con la idea de responder al disparo a través del agujero de la ventana, como Jimmy Cagney en una película, pero se dio cuenta de que no le acertaría a nada, probablemente, y desperdiciaría las balas. Conseguiría más en Madrid, pero quién sabe si las necesitaría antes de que llegaran a la ciudad: el viaje y la noche eran largos.

Un segundo disparo, que destrozó la ventana trasera como si fuera una fina capa de hielo. Ahora el sonido del otro coche y de la lluvia se unió a la estridencia, y un chorro de agua helada logró entrar en el vehículo.

Hemingway podía ver muy poco por encima del asiento delantero de la carretera que tenían delante. Los hoyos por el momento eran suaves y Antonio hacía todo lo que podía para evitarlos, pero entonces delante de ellos divisaron un agujero oscuro, de casi un metro de ancho, que parecía no tener fondo, solo negrura, y apenas tenían un segundo y medio para reaccionar. Antonio se dirigió a toda velocidad hacia él. Hemingway, agarrado con todas sus fuerzas a los asientos, empezó a decir «No, no, no...», y sintió que su estómago vacío se le subía hasta la garganta, pero fue entonces cuando Antonio giró un poco en el último minuto, y pasó por encima del borde de la cuneta mojada con sus delgadas ruedas y riéndose.

El coche que marchaba detrás de ellos, que iba quizá a unos veinticinco kilómetros o más, intentó, presa del pánico, imitar a Antonio, pero una rueda se metió en la cuneta y el eje se partió con un penetrante ruido metálico. La rueda izquierda delantera salió disparada y la calandra cayó en la cuneta con un plaf; la parte trasera del vehículo (el cual Hemingway ya pudo distinguir por la ventana trasera, y vio que era un Ford v-8) describió un arco ascendente, dio una vuelta de campana, y se quedó volcado sobre el techo en el otro extremo de la cuneta, con las ruedas girando.

Antonio ya había frenado, con un derrape, y miró hacia atrás: Hemingway estaba

tirado en el suelo.

—Santo Dios —gruñó Hemingway.

—¡Dispararon al coche! —dijo Antonio entre dientes, todavía nervioso aunque ahora también enfurecido, y cogió una vieja pistola de debajo de su asiento y salió del vehículo.

—¡Espere! —Hemingway abrió la puerta de una patada y salió detrás de Antonio hacia el destrozado Ford, cuyas ruedas ya estaban empezando a dejar de girar—. ¡Espere!

Antonio parecía no oírlo. Empapado ya de lluvia, se agachó detrás del volcado Ford y sacó un cuerpo del asiento del conductor, y lo arrastró hacia donde los faros todavía iluminaban la carretera.

Hemingway vio que el hombre, delgado y parcialmente calvo, de unos treinta años, estaba ya muerto: el cristal o el armazón del parabrisas le había rajado el cuello. Antonio también lo sabía, y ya corría hacia el otro lado para sacar al otro hombre. Hemingway se acercó a él y vio que este hombre era D'Armoux. No cabía duda: el cuerpo grande, los brazos fibrosos, el perfil de boxeador. Antonio sacó el bastón y un revólver del coche.

—¿Lo conoce? —le preguntó Antonio, que respiraba agitadamente.

—Sí —le respondió Hemingway.

D'Armoux solo gemía, pero tenía los ojos abiertos. Hemingway esperaba que no empezara a hablar.

—¿Por qué? —quiso saber Antonio—. ¿Por qué quiere asesinarlo?

Hemingway no lo entendía muy bien, pero sí lo suficiente.

—Es su trabajo.

Antonio negó con la cabeza. Extranjeros chiflados. Apuntó con la pistola a D'Armoux y le disparó. Su rostro estalló en una masa informe, pero con la oscuridad y la lluvia, y Hemingway apartando la mirada, parecía solo más barro.

El Chrysler llegó al hotel Florida a las diez y media de la mañana, pero Hemingway no miró la hora. Se había despertado después de echar una cabezada de cuatro horas, de pagar a Antonio, que desplegaba una tranquilidad apabullante, dos veces lo que había ganado, y pensó solo en subir corriendo a la 108, saquear la despensa, abrir una buena botella de coñac, y tumbarse de nuevo. Había visto morir a tres hombres en el espacio de unas pocas horas, y le dolía la espalda de estar hecho un ovillo demasiado tiempo en el asiento de atrás del taxi. Empezaba a darse cuenta de lo cerca que estaba de ser responsable de la muerte de D'Armoux. No había sido él quien había apretado el gatillo, pero ese hombre terminó allí bajo la lluvia por su culpa. El cabrón se lo había buscado, era un gilipollas mercenario y sanguinario, pero aun así. Hemingway había visto morir a hombres, pero nunca antes había tenido un papel activo en una muerte, en un ajusticiamiento a sangre fría, de un hombre herido y desarmado, ni había dejado atrás un cadáver. El interior de su corazón era un territorio algo diferente ahora, más turbio, embrutecido por la medianoche y menos seducido por la mañana. ¿Se lo merecía el gilipollas ese? Sí. ¿Importaba acaso? Por el momento no. Puede que nunca.

Dio la casualidad de que una vez en el vestíbulo del hotel, como debería haberse imaginado, no iba a pasar como si nada. Primero, lo abordó Virginia Cowles, que estaba rodeada de sus maletas e iba maquillada a la perfección.

—¡Ernest! ¿Dónde diablos te has metido? Sidney ha estado dando vueltas como un perro extraviado. Pensaba que te habían matado. ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—En Valencia. Por negocios.

—Apuesto a que sí. ¿Con Dos?

—Virginia, estoy muy cansado.

—Bueno, tío importante, vuelvo a casa: he conseguido un contrato con Harper's. Ya he tenido suficiente de este manicomio, ya me contarás cuando vuelvas a Estados Unidos: me encantaría que volvieras, esto ha sido un poco aburrido sin ti. ¿Has encontrado al asesino de Robles? Es eso lo que has estado haciendo, ¿verdad?

—Dios, Virginia. Sí y no.

Hemingway estaba de pie con los hombros caídos.

—Está bien, Sherlock, ve a tomarte tu maldita copa.

—Vale... Eh, Virginia, me gustaría preguntarte algo. ¿Has ido a un tocólogo desde que estás aquí?

—Dios, no, ¿te parezco una idiota?

Hemingway le prometió que estarían en contacto, se fue a recepción a buscar su llave, y el anciano recepcionista le entregó una pila de telegramas. De la NANA, de

Pauline, de Max Perkins, de Pauline otra vez, del consulado, de la NANA de nuevo, de Esquire, y de Martha. Decía: «Me lo estoy pasando bien en Londres. *Stop*. Conocí a E. M. Foster en una fiesta, es muy feo. *Stop*. Me gustaría volver a Madrid si dejas de comportarte como un gilipollas. *Stop*. Con cariño. Martha». Era del 17 de abril, de hacía tres días. Mierda, pensó él, seguro que piensa que me he pasado el tiempo revolcándome con las putas de arriba, al no molestarme siquiera en contestar.

Le pidió al recepcionista que respondiera con un telegrama, aunque tendría que dedicar un minuto a redactarlo cuando lo único que quería era descansar y beber. Le entregó el bloc de notas al anciano: «Acabo de regresar de Valencia de luchar contra las fuerzas del mal. *Stop*. Estaba a punto de ir a buscarte. *Stop*. Vuelve, por favor. *Stop*. Ernest», y entonces leyó el último telegrama.

Era de Dos.

Del 16 de abril, desde París: «Robles ha desaparecido. Gorev está en Moscú, en el juicio. Pregúntale a J.».

Pero qué... Nada como ser discreto. ¿Cuántos ojos de la Internacional habrían pasado por esta nota? Hemingway tuvo que masajearse la frente, e intentó descifrar el mensaje, aunque no lo consiguió. Ese Dos, dándole pistas crípticas desde la distancia, después de abandonar desilusionado el país. ¿Qué sabía ahora que no contó antes?

¿J.? Dios mío. ¿Quién se supone que es? Hemingway deseó saber más acerca de las maquinaciones del gobierno: sin duda alguna haría un poco más fácil la reconstrucción de los desperdigados fragmentos de la sospecha y la duda. Aunque al mismo tiempo, se alegraba de no saberlo, no tanto por Robles como por su propia tranquilidad, por su visión del mundo (no estaba dispuesto a abandonar tan rápido las esperanzas de la izquierda comunista, aunque los soviéticos hubieran tenido un éxito tan extraordinario en envenenar el pozo), aunque el día anterior hubiera tenido un anticipo amargo de lo que podría ser un apparatchik amoral. Bueno, en definitiva..., ¿por qué no estaría escribiendo algo, en vez de esta gilipollez edulcorada? ¿Por qué no se habría quedado en casa, en la tranquilidad de Cayo Hueso, trabajando, construyendo oraciones?

Porque había otras voces que no contaban mentiras ni salían en los libros, voces que se volvían ensordecedoras en soledad. Porque no podía escribir sobre ser un novelista de éxito que vive en un lujo tropical. Estaba atrapado entre la necesidad de orden y tiempo y la necesidad de caos. Por supuesto ninguna de ellas le hacía feliz.

Malditos cabrones, pensó Hemingway, Dos y Robles y Del Vayo y Worsleighson y Blair y cada uno de los idealistas rojeras, sensibles y de ojos llorosos, que empujan estas enormes rocas por encima del montículo y dejan que bajen por la montaña sin pensar siquiera dónde caerán y a quién aplastarán. Indudablemente era de los que pensaban que había que obligar a los poderosos a arrodillarse, y alimentar y apoyar a los pobres, no oprimirlos. Indiscutiblemente el fascismo es un cáncer, tan seguro como cualquier plaga creada por el hombre o por la naturaleza, tan seguro como la peste negra o un asedio de los vándalos. Pero ¿tenía que ser así? ¿Tenía que ser una

debacle tan ruinoso e inhumano?

¿Y exactamente de qué manera lo hacen en los campos de Europa, abarrotados de cadáveres mientras los monarcas compiten por el territorio? Bueno, sí, en efecto, sí tiene que ser así, es así; madura y obsérvalo con frialdad, ve a oler el gas mostaza.

Estaba molido. Metió el telegrama de Dos en el bolsillo y se fue a su habitación, y cuando llegó a ella fue abordado solo por Sidney Franklin, que había estado sentado por el Florida leyendo periódicos y preguntándose en dónde se había metido su jefe. Hemingway le aseguró que se lo explicaría, pero más tarde, y le dijo que, por favor, se fuera a leer otro periódico, que tenía que descansar. Hemingway sabía que la obediencia desinteresada de Franklin era más una cuestión de querer que le pagara con regularidad que fruto de una devoción genuina, pero aun así era conmovedor.

En la habitación de Hemingway hacía una temperatura agradable: la calefacción, en algún momento, había empezado a funcionar. De su despensa sacó un embutido curado italiano, una caja de galletas saladas inglesas, un tarro de pimientos asados en aceite de oliva y una botella de Chablis de Chassagne-Montrachet, y comió y bebió encima de la mesilla de noche hasta que la luz del mediodía entró en la habitación. Pronto se sintió un hombre nuevo, sobre todo gracias al vino, y decidió no quedarse otra vez sin bebida de verdad al menos durante unos días. Estaba en su maldito derecho.

Se dio cuenta de que no necesitaba dormir, y que quizá se pondría a escribir. Estaba ese norteamericano que había conocido en la reunión del Frente Popular... ¿Walker? Parecía que prometía: hete aquí un norteamericano que tenía mucho que perder, y luchaba en la guerra por la justicia, en lo alto de las montañas, que no era su sitio, donde se refugiaban las desperdigadas fuerzas republicanas y las brigadas de los pueblos, que guardaban rencores ancestrales y estaban resentidos por las vidas que había perdido y las que habían sesgado, nunca seguros de hasta qué punto eran parte de un ejército y hasta qué punto estaban simplemente luchando como grupos tribales, solos.

Hemingway escribió a mano durante un hora, desechó las primeras cinco hojas porque la historia comenzaba mejor por el medio, sin exposición, y puso nombre al norteamericano y a los españoles, supuso que tenía que haber una cueva, y se imaginó que si el yanqui era artillero tenía que haber una brigada cerca...

Llegó el mediodía, y ya había comenzado un libro: se sintió como si el mundo hubiera vuelto un poco a la normalidad, por fin. Abrió otra botella de vino, un tinto de Lirac, fuera lo que fuera eso, y salió a los pasillos. Subió las escaleras hasta el tercer piso a grandes zancadas, invitó a algunas de las casi ociosas putas a una copa, y les preguntó si conocían a algún tocólogo en la ciudad; tras bromear escandalosamente sobre la necesidad que tenían de ir a uno, le dijeron que no. Que solo conocían a comadronas. Entonces, después de jurar que volvería más tarde con dinero en la mano y los pantalones por los tobillos, bajó a recepción, le sirvió al anciano tres dedos de vino en un vaso sucio que tenía, le preguntó si funcionaban los

teléfonos (y así era, por el momento) y si sería tan amable de llamar a algunos doctores y clínicas de la ciudad y preguntar si conocían a una tocóloga, cuyo nombre de pila era Florípedes. Hemingway se sentó en el vestíbulo y siguió bebiendo mientras leía un *London Times* de hacía una semana, charlaba con Sefton Delmer, a quien el *Daily Express*, afirmaba el hombre, le estaba poniendo trabas a sus informes. Y entonces el recepcionista le informó de que habían localizado a la doctora Florípedes Crespo en una clínica de la calle del Arenal, y que si quería un taxi.

Le dijo que sí, y que le gustaría que fuera Ignacio, el vasco del viejo sedán; el anciano de larguiruchas extremidades colgó el teléfono, salió a la puerta de la calle, y silbó y señaló. En un abrir y cerrar de ojos, Ignacio paró delante y bajó del coche para abrirle la puerta a Hemingway.

—¡Señor! Me alegro de verlo —dijo Ignacio—. ¿Qué tal le fue en Valencia?

—Problemas, Ignacio, solo problemas. Quiero pagarle por un día o dos, quizá más... ¿Le parece bien?

—¡Sí, señor!

—¿Está seguro de que no habla inglés?

—¡No, no hablo!

—Tome un poco de vino, es francés.

Ignacio sacó una taza. Sentado en el coche, los hombres bebieron y disfrutaron del caldo. Hacía un día soleado y agradable, como debería ser España en el mes de abril.

En la calle del Arenal, Hemingway bajó del taxi y le pidió a Ignacio que esperara. Dentro solo había dos salas: recepción y consultorio. Solo había dos mujeres esperando, y la enfermera de la recepción lo miró con recelo por encima de la revista.

—¿La doctora Crespo está aquí? ¿Habla usted inglés?

La enfermera, que tenía quizá diecinueve años, lo miró horrorizada, como si Hemingway le hubiera preguntado con total seriedad si se apareaba con machos cabríos. Negó con la cabeza indignada y siguió leyendo.

Ya estoy harto, pensó él, y entró en el consultorio ante el chillido asustado de la enfermera, y se encontró, de cerca (porque la sala era pequeña), con una mujer en avanzado estado de gestación tumbada en una camilla con las piernas abiertas encima de unos estribos, y una elegante (como era de esperar) doctora Crespo entre ellas, con la mano derecha en pleno reconocimiento. En un segundo, las tres mujeres gritaban a Hemingway «¡Salga, idiota!», y la puerta se cerró de golpe.

Esperó veinte minutos en una silla junto a las dos mujeres, una de las cuales se había quedado dormida, y la otra, por lo visto, esperaba a la que estaba dentro. A cada minuto que pasaba, estuvo tentado de ir hasta el taxi de Ignacio y darle un trago al vino que había dejado allí. No lo hizo.

Florípedes Crespo salió finalmente, se despidió de la mujer embarazada y se giró hacia Hemingway con el ceño fruncido. Pero él se presentó, se enteró de que ella hablaba inglés, y pronunció el nombre de José Robles; fue entonces cuando la dureza

de la doctora se ablandó como mantequilla al sol.

—No es un... agente del gobierno.

—Le juro que no. Solo soy norteamericano. Periodista.

—No, no es periodista —dijo ella con una tímida sonrisa—, es novelista. Sé quién es. Sus libros están en los escaparates de aquí y de Barcelona. O por lo menos antes. Pepe lo mencionaba siempre que estábamos en una librería.

—Bueno, lo que no soy es un agente de nadie. Solo de mí mismo.

—Está bien. ¿Quién lo ha golpeado? Parece un boxeador.

—Prácticamente todo el mundo.

—¿Le apetece ir a comer?

—Pensaba que no lo diría nunca.

Lo llevó a un café que estaba unos portales más abajo, y cuyo menú solo ofrecía cazuela de embutido de carne de cabra, y maíz, pero Hemingway, que ya había comido, pidió una botella de vino tinto del país.

—Pero veo que ya ha estado bebiendo. Y ni siquiera es mediodía.

—Sí, bueno, lo sé, pero, hmmm, está bien, no es su problema, de todas formas, y basta de hablar de mí, dígame, ¿es difícil seguir teniendo trabajo en tiempo de guerra?

La maldita mujer le ponía nervioso. Era hermosa y lista y también poseía el aire de rectitud que tenía Robles. Era intimidatoria, maldita sea. Dios, ¿esta gente no hacía nunca nada mal? Bueno, sí... eran infieles. Por lo menos eso.

—Me va bien. Las mujeres siguen quedándose embarazadas. También hay trabajo para un médico de cabecera.

—Por supuesto. ¿Está casada?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Hmmm, para saber algo más de usted. Tengo entendido que fue la amante de Pepe.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No me gusta que se refieran a mí de ese modo.

—Lo siento. Dígame cómo debería definirlo.

—Era la amiga de Pepe. Eso es todo. Su compañera. No contaba con que se divorciara de su mujer, abandonara a sus hijos y me salvara de la soltería. No esperaba casarme con él. No le exigí nada. Y tampoco yo era un juego para él. ¿Quiere que le diga cómo definirlo? Éramos huérfanos en una tormenta, y nos agarrábamos el uno al otro.

—Ya veo. Gracias.

Llegó el vino, y Hemingway se sentía cohibido, al prever su desaprobación, pero se tragó una copa llena en un instante.

—Bebe demasiado.

—Demasiado para usted, quizá. Por favor, ya tengo esposa.

—Eso tengo entendido.

—Así que usted y Pepe...

—Bueno, se terminó, ¿no es así? ¿Qué está buscando, señor Hemingway?

—Ernest, por favor. Estoy buscando a su asesino.

La doctora Crespo bajó la mirada y respiró profundamente. Era una mujer fuerte, como todas las mujeres que había conocido en España, pero Hemingway tuvo el presentimiento de que pronto averiguaría lo fuerte que era.

—Entiendo. ¿Lo ha encontrado?

—Vi su cuerpo. En la sierra de Gúdar. Pero ha desaparecido. Se han deshecho de él. ¿Cuánto quiere oír?

—No quiero oír nada. Pero supongo que me lo contará de todas formas. Todavía no sé qué quiere de mí. ¿Cómo averiguó lo mío con Pepe?

—Un brigadista norteamericano la mencionó, en Valencia.

—Ah, Daniel.

—Eso es.

—Entonces... no entiendo.

—Por favor, relájese. Le haré un resumen. La esposa de Pepe me dijo que el cuerpo había desaparecido, mi amigo John Dos Passos volvió para recuperarlo y ya no estaba. No hubo certificado de defunción, nada. Bien, he estado metido en una especie de cruzada estúpida, no me importa decirlo, y he visto morir a dos hombres en las últimas veinticuatro horas, uno de un disparo en la cabeza. Estoy más que seguro de que el hombre que recibió esa bala, un esbirro francés y carterista que conocí hace años, y que trabajaba aquí en Madrid para el Frente, se deshizo del... cadáver. Pero mi antiguo conocido ya no está. Así que, probablemente otro me seguirá pronto, cuando se enteren de que estoy de vuelta en Madrid.

—¿Se enteren? ¿Quiénes?

—Ahí está. Estoy hablando del Frente Popular. El francés me dijo que era un asistente adjunto del gobierno.

—¿Habló con él?

—Sí... Dios mío, si fue ayer. En un mitin.

—Ajá. ¿Ha dormido?

—Sí. Los fascistas, por lo que sé, no tienen nada que ver con esto. Ahora estamos viendo el fruto amargo de las locuras al estilo soviético. Espero que no sea una de esas persistentes idealistas que están satisfechas con la manera en la que la Internacional Comunista ha estado dirigiendo esta revolución.

—No soy una idealista satisfecha, no. Soy una doctora.

—Ya. Entonces en Valencia encontré a los matones que arrestaron a Pepe.

—¿Ah, sí?

—Bueno, a dos de ellos, y uno estuvo sin lugar a dudas en la falda de la montaña donde dispararon a Pepe. Ahora también está muerto.

—Lo mató.

—No. Iba a hacerlo, estaba punto, pero se murió allí mismo.

Ella cogió un poco de vino y bebió.

—Y ahora, ¿qué busca?

—Bueno, esos idiotas de Valencia solo eran unos matones a sueldo, ni siquiera eran comunistas. Solo unos criminales de poca monta, gitanos o algo así. Y apuesto a que ni sabían quién era Pepe o por qué lo mataron. Estoy buscando a los que los contrataron. ¿Sabe de qué estoy hablando? Esos tipos eran los soldados, como los italianos del ctv no eran Mussolini. No tengo nada en contra de los italianos, aunque estén en el ejército por el dinero, como esos cerdos de Valencia. Pero a Mussolini sí que me lo cargaría. Quiero al Mussolini. Quiero al cabronazo que dio las órdenes. Y sé que está en Madrid. El hombre que murió me lo dijo.

Ella asentía despacio y comía.

—No sé cómo puedo ayudar —dijo con resignación, como si ya deseara que no hubieran comenzado la conversación.

No sabía si ella creía lo que le estaba contando. Estaba seria y comedida; ya había conocido a mujeres así antes: tan inexpresivas como los lagartos al sol.

—Yo tampoco, simplemente creía que como usted representó... digamos, una parte secreta de la vida de Pepe, creía que podría haber algo que usted recordara, algo que mencionara Pepe que quizá no hubiera dicho en otra parte... que me pueda dar una pista que seguir.

No le voy a decir lo del Bentley, pensó él. Es probable que simplemente esté aparcado en algún sitio, a la espera de que los imbéciles quinquilleros vayan a reclamarlo. ¿Cómo voy a encontrarlo? Y aunque lo encuentre y consiga saber de qué manipulador del Frente era, ¿qué tendría que hacer entonces? ¿Qué preguntas quedarán sin respuesta?

¿Tenía el dueño del coche la menor idea de por qué no lo habían recogido todavía? ¿Le importaba? Quizá no existía ese coche, y les habían tendido una trampa a los gitanos, como a Pepe. Eso sería cojonudo.

—¿Ernest? ¿De verdad cree que me voy a ir con usted a la cama, así sin más?

Ella no sonreía.

—¿Qué?

—Ha venido a verme, a una mujer que sabe que tuvo una relación clandestina con un hombre casado, un hombre que sabe que está muerto. No tiene un plan, ni siquiera una pregunta directa que hacerme. Así que está claro que ha pensado que probablemente sea una mujer fácil.

—¿Qué? Mire, doctora, no me faltan mujeres que quieran acostarse conmigo ni aquí ni en América, y sí fuera así, no es que haya escasez de putas en el piso de arriba del hotel Florida. No necesito ir en una ciudad sitiada en busca de una extraña con un historial de hombres casados solo para echar un polvo.

—¿Ha ido de putas?

—Eso es personal.

—¿Cómo dice?

—Está bien. Sí, así es, unas cuantas veces. Llevo aquí más de un mes, alejado de mi esposa.

—Bueno, un mes, Dios mío, eso es mucho tiempo.

—De acuerdo.

—Su segunda esposa.

—Sí, de hecho se nos permiten unas cuantas, ¿no es así?

—Ah, sí, por supuesto. ¿Por qué no? Lo que yo creo es simplemente, Ernest, que usa a las mujeres, como temas, como vaginas, como sustitutas de la madre, como decoración. No creo que pueda siquiera evitarlo. Ve a una mujer con una especie de vulnerabilidad percibida, y se lanza. Me gustaría saber si averiguara que Pepe tuviera, no sé, un amante en Madrid, ¿habría ido corriendo a por él tan atentamente, con unas preguntas tan imprecisas?

—Dios. No lo sé. ¿Sinceramente? Quizá no, porque no sé cómo hablarles a... ellos. A los homosexuales. No es que tenga mucha experiencia con ellos. Con las mujeres, sin embargo, sí. Siento que mis preguntas sean tan imprecisas para usted, pero es lo único que tengo, y si no quiere que le siga preguntando, si la molesto, me marchó y la dejó con sus úteros. En serio.

—No me está molestando. —Se puso otra copa de vino, e hizo crujir su espalda con un movimiento del cuerpo que obligó a Hemingway a emitir un grito ahogado—. Solo intento ser sincera. He leído su libro de historias, los relatos, Hombres sin mujeres. Incluso el título. Se siente amenazado por mujeres como yo. Debe de odiar a su madre. ¿Odia a su madre?

Él la estudió: la doctora estaba comenzando a animarse, estaba bebiendo sin moderación, y claramente le divertía tratar con prepotencia a un hombre fuerte, y quizá no era una diversión de la que disfrutara con demasiada frecuencia. Así que dejaría que lo siguiera tratando de esa manera. Hemingway bajó la mirada un poco, como un colegial avergonzado, y decidió ser sincero también, y abrirse a ella.

—Sí, en efecto. Odio a mi madre. Muchos escritores actúan como si lo hicieran y después lloran en su funeral. Yo no lo haré cuando ella se muera. Bailaré una chacona junto a su tumba, con los pantalones por las rodillas. Aunque en vez de ir, daré una fiesta dondequiera que esté. Esa eterna bruja minó a mi padre como una termita corroe la madera, e intentó hacer lo mismo conmigo, intentó que yo también aceptara todas esas chorradas congregacionalistas, no dejaba que fuera yo mismo. Incluso después de llegar de la guerra con una herida y una medalla, para ella todavía era un pagano adolescente y un libertino, porque me gustaba el *jazz*, las novelas y las chicas. Tenía veintiún años, y me echó a la calle, y yo todavía andaba con muletas. Mi hermano y mis hermanas no eran su objetivo, solo yo, y nunca perdonaré a esa tremenda vieja bruja malévolá por las marcas que me dejó, como las de un jodido oso. Porque sé lo que piensa y tiene razón: no confío totalmente en las mujeres, pero las necesito; recelo de sus esfuerzos por controlarme, y aun así las busco; odio a mi madre y añoro a la mujer que ella nunca fue para mí. Claro que soy un hombre que ve

las cosas desde una perspectiva extremadamente masculina porque no puedo, y nunca intentaré, ver las cosas desde la suya. ¿Y qué, señora Freud? ¿Usted cree que no soy consciente de ello? ¿Cree que importa? No importa. El mundo todavía necesita hombres, doctora, hombres que no sean femeninos o débiles o maleables o que siempre estén buscando la comprensión o la sensibilidad, sino hombres que hagan el trabajo sucio, que busquen la verdad, que vivan la vida como si solo pudieran hacer una apuesta arriesgada con su existencia y se atrevieran a hacerla. Me encantan las mujeres, doctora Crespo, pero soy un hombre, amo a las mujeres porque no soy una de ellas, y ellas no se parecen nada a mí; y en el fondo sé que usted lo agradece. Adelante, póngase irascible, pero usted agradece que haya hombres en el mundo y no solo un montón de mujeres. Lo agradecería si fuera a entrar en su casa, o a ponerme entre sus piernas y a oscuras le susurrara al oído, mis manos agarrando las suyas. Creo que lo está agradeciendo ahora mismo, porque ninguna mujer le hablaría así. Ninguna mujer enfrentaría su voluntad a la suya en su cara, para después caer de rodillas intimidado por su femineidad. Pero un hombre podría. Un hombre de verdad.

Hicieron el amor en el amplio apartamento que Florípedes Crespo tenía en una estrecha calle lateral, memorablemente llamada calle de Nostradamus, después de esperar a que ella terminara, a que su última cita de la tarde abriera y cerrara las piernas, por así decirlo, y después de que ella lo hubiera llevado a su casa con un despliegue de excusas (fotos de Robles, una charla sobre Austen, un grifo que goteaba), y después de terminar una lata de ostras ahumadas, que ella había estado guardando, y una excelente botella de vino. Lo hicieron de una manera salvaje y larga; ella daba muestras de una profunda soledad, y él respondió acorde con ello. Era la mujer más orgásmica que había conocido: ella dedicó parte de los preliminares a simplemente frotar su entrepierna contra el muslo desnudo de Hemingway, y se corrió tres veces solo haciendo eso. Con los dedos otras seis, con el cunnilingus otra veintena, y después de que él la penetrara y de que follaran durante tres cuartos de hora sin hacer siquiera un descanso para beber agua, el número de orgasmos, dijo ella inmediatamente después, había pasado de los cuarenta. Hemingway solo tuvo uno, como era de esperar. Pero no importaba: el hecho de correrse no era su parte favorita del sexo; lo era el viaje, la distancia de aquí a allí. La satisfacción final *per se*, que duraba apenas un momento, tenía poco atractivo; aunque, por supuesto, envidiaba la habilidad inagotable que la buena doctora tenía para correrse una y otra vez, para explotar y dejarse llevar indefinidamente, que se parecía mucho a la vida perfecta, lo miraras por donde lo miraras. *Si fuera yo, pensó él, nunca conseguiría hacer nada.*

Supo, sin duda, que se la quería tirar cuando le indignó que la llamara «amante», aunque también supo que tenía que entrar en su casa, donde la habría conocido Pepe. Sabía que ella ocultaba algo: demasiado follón solo porque los planes de Hemingway eran imprecisos, casi dando por sentado que, en efecto, había algo sobre lo que ser impreciso. Fuera lo que fuera.

En cuanto se quedó dormida, Hemingway salió de su cama, desnudo, y comenzó a registrar el apartamento. No era muy grande (dos habitaciones, un salón y una cocina, en un edificio de probablemente cien años), y Hemingway tuvo que ir por él de puntillas, mientras hurgaba silenciosamente en los cajones de la cocina y en la mesa de despacho que había en una de las habitaciones, intentando revolver en los armarios del pasillo sin hacer ruido.

No funcionó. Habían pasado tan solo unos minutos cuando, Hemingway de rodillas y con el trasero al aire, apareció Crespo en la puerta de su habitación, desnuda y de pie como una amazona con las manos en jarras.

—¿Qué demonios estás buscando, americano fisgón?

La voz de ella era fría, e iba acompañada de un resacoso dolor de cabeza.

Él se puso inmediatamente de pie.

—Esto... lo siento Florípedes, pero... Está bien, seré sincero contigo. —Los dos estaban de pie, el uno frente al otro—. Estoy bastante seguro de que tienes algo aquí de Pepe, una carpeta, algo escondido, algo, y no sé si es lo que necesito, pero sé que lo estás ocultando, y sea cual sea el motivo por el que tú crees que lo tienes que mantener en secreto, quiero verlo.

—¿El qué? ¿Qué? No he entendido nada. ¿Estás desvariando? ¿Y se supone que tengo que saber de lo que estás hablando?

—Lo sabes.

—¿Lo sé? Vístete y sal de aquí, bestia chiflada, antes de que llame a la policía.

—¡Si es que puedes! ¿Te funciona el teléfono? Conozco al jefe de policía, cariño, me bebí su champán, y te puedo decir que le importa una mierda. Ahora te voy a decir lo que voy a hacer: voy a registrar tu apartamento, y si te lo pongo patas arriba, lo siento, joder, pero he llegado demasiado lejos. ¿Me oyes, Florípedes? Demasiado lejos. Ahora ve a hacer café.

—Que te jodan, yanqui —dijo ella, entró en la habitación para salir de nuevo con una lámpara de escritorio, se la tiró a Hemingway y como este la esquivó fue a estrellarse contra la puerta principal.

—¡Dios!

—¡Fuera!

—No iba a destrozarte los muebles ni nada por el estilo...

Florípedes encontró unos palos de golf y cogió uno. Hemingway tuvo que detenerla, sujetarle el brazo que tenía levantado contra la pared, y agarrarla del cuello con la mano derecha, con la fuerza suficiente como para ponerle rojas las mejillas y hacer que boqueara.

—¡Florípedes! —fue lo único que le dijo Hemingway, que cuando consiguió quitarle el palo de la mano, la metió de un empujón en el cuarto. Ella se dejó caer en la cama entre sollozos convulsivos y amargos.

Él volvió al armario, temiendo haberse pasado y haberle hecho daño a la mujer por lo que podría acabar siendo prácticamente nada. Todavía desnudo como un bosquimano, hurgó en todos los armarios: zapatos, ropa, maletas, zapatos, cajas de zapatos llenas de tarjetas de cumpleaños y de Navidad, discos para gramófono, cajas de cartón con adornos navideños, zapatos. Crespo recorría las otras habitaciones hecha una furia, y cuando Hemingway entró en su habitación directo al armario, ella se abalanzó de nuevo sobre él (sus pechos se movían frenéticamente como si tuvieran vida propia), y él se la quitó de encima y abrió la puerta. En el armario no había mucho espacio ni para zapatos ni nada por el estilo, porque en el suelo había pilas, hasta la pared de atrás, de más de medio metro de alto de cajas idénticas de la farmacéutica Eli Lilly con paquetes médicos blancos. Él cogió una.

—Mierda —murmuró ella en la cama.

—Morfina. ¿Morfina? Florípedes, ¿morfina? ¿De dónde has sacado esto? ¿Para qué lo quieres? —Le llevó un rato—. No eres una drogadicta, ¿verdad?... Debe de

haber trescientas cajas aquí. Dios, ¿vendes este material?

Crespo estaba tumbada de espaldas, apoyada sobre los codos, y con los pechos descansando sobre las costillas y el estómago subiendo y bajando ya lentamente; abrió más las piernas, y la vulva y su oscuro vello seguían húmedos. Él todavía podía olerla. Ella lanzó un suspiro de resignación.

—Sí. La vendo. A los adictos. ¿Crees que mis pacientes, unas embarazadas en una ciudad sin hombres, crees que me pueden pagar?

—Podría hacer que te encarcelaran...

—Por favor, Hemingway, a quién le va a importar...

—Doctora, te lo estoy diciendo, podría hacer que vinieran a por ti al caer la noche. ¡Una doctora que vende narcóticos en la nueva república! ¿No me crees?

—¿Te preocupan tanto los adictos españoles, rico escritor norteamericano?

—No excesivamente, pero podría hacerlo. A menos que me des lo que estás escondiendo.

Ella se levantó de la cama, se puso una bata de seda, y cogió unas llaves mientras se dirigía a la puerta principal. Hemingway la siguió, pero antes se puso los calzoncillos.

—No me puedo imaginar que Pepe no supiera que vendes droga —dijo él cuando recorrían el pasillo.

—No, por supuesto que no. Pero de todas formas parte del dinero ha ido para el suministro médico y las armas de las brigadas.

—Si los rusos se enteran, eres mujer muerta.

—Lo sé.

Ella abrió la puerta de otro apartamento, y encendió la luz. Dentro no vivía nadie: estaba lleno de polvo, había sábanas encima de las sillas, y pilas de cajas.

—Este es mi apartamento de verdad, donde Pepe y yo nos solíamos ver. Lo he cerrado.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—En enero.

—En febrero estuvo en Madrid.

—Puede que sí. No me vino a ver.

Del armario del pasillo sacó una caja con tapa. En su interior había unas carpetas.

—Es esto. Documentos del gobierno. Nada controvertido por lo que yo sé. Para la posteridad quizá. No quería que le dijera a nadie que tenía documentos del gobierno, dijeran lo que dijeran. Ni aunque fuera un memorando sobre el tiempo.

—Pero ¿por qué? ¿Es información confidencial?

—¿Confidencial? No lo creo... He leído algunos de ellos y casi me muero del aburrimiento. Ni purgas ni nada por el estilo.

Cuando volvieron al primer apartamento, Crespo se puso a hacer café. Hemingway colocó la caja encima de la mesa y comenzó a hojear los documentos. Le pidió algo de beber, cualquier cosa, y le dio un vaso de vino con hielo mohoso.

Solo podía entender alguna que otra palabra en español, no más de las que podía cuando conversaba, pero parecía que ella tenía razón: los documentos, cientos de ellos, eran copias de comunicados rutinarios, memorandos de reuniones, solicitudes de traslado, advertencias de la Internacional Comunista en asuntos de legislatura, peticiones de información, e informes sobre los estados de ánimo, las comidas y el apoyo del camarada Stalin. Hemingway pudo ver, por las iniciales de identificación, que muchos de los documentos eran, de hecho, la traducción al español que Robles había realizado de originales rusos, algunos de los cuales, imposibles de leer, estaban mezclados con estos papeles. Otros eran de las oficinas de Largo a Moscú. El nombre de Gorev aparecía bastante, pero no de forma que denotara problemas.

Estaba oscureciendo.

Hemingway no vio nada, ni un solo secreto incendiario o plan criminal que mereciera la pena mantener en secreto. Ni siquiera una sola orden de ejecución, ni una estrategia táctica para la defensa militar. ¿Gorev deliberadamente hacía que Robles se ciñera estrictamente a la burocracia inocua del funcionamiento del gobierno? ¿O es que la mayor parte de su operación no estaba documentada, o es que era algo que se le ocultaba a Moscú? Hemingway no lo sabía y tampoco quería saberlo. Se sentía como Dante, en absoluto interesado en la supuestamente monstruosa maquinación que entraba en el funcionamiento de los siete círculos del infierno, y se alegraba mucho de no ser un residente, sino un turista que estaba de paso.

Solo le llamó la atención un aspecto de la caja de documentos, y ya era la tercera vez esa semana: Juan Posada. Montones de memorandos e itinerarios de la oficina de seguridad de Posada, en calle de las Huertas. Por lo visto Robles iba de una oficina a otra, y traducía para las dos. Hemingway no le habría dado más importancia, si no fuera porque D'Armoux había alardeado de que Posada lo había contratado, lo cual por sí solo, dada la naturaleza de las habilidades del francés, ponía a Posada en una categoría diferente a la que Hemingway en un principio había pensado en colocarlo, lejos del simple jefe de policía y asistente político que solía ser, y más parecido a un verdadero cabildero y, con bastante probabilidad, un hombre con las manos manchadas de sangre. Pero ¿desde cuando estaría encargando asesinatos ilegales, y por qué? ¿Tenía D'Armoux órdenes expresas de Posada para matar a Hemingway en la carretera de Valencia? ¿O estaba el francés poniendo los puntos sobre las íes, comportándose como un maníaco que, con demasiado entusiasmo, llevaba a cabo los asuntos de Stalin?

Y ahora, se enteraba de que Robles también trabajaba para Posada... y por lo tanto, pudo haber visto algo que no debía, leído algo que no debía, oído por casualidad algo que estaba peligrosamente alejado de su categoría salarial. Hemingway no sabía cuál había sido el nivel de seguridad de Robles, pero dado su serio e impoluto idealismo comunista, tendría sentido suponer que no era excesivamente alto. Robles, con su sentido de la esperanza revolucionaria, no habría

podido asimilar las acciones homicidas en la sombra y las manipulaciones egoístas de la Internacional Comunista, como parecía pasar con Dos. El panorama estaba atestado de soñadores que citaban a Marx, nacionales o importados, tan entusiastas del sueño comunista que logran pasar por alto una cantidad alarmante de violencia y se convencen de que, lo poco que se permiten ver, es solo por el bien de la revolución. Que él supiera, Robles murió creyendo en la veracidad de los juicios de Moscú, un loable triunfo de la disonancia cognitiva.

Pero Robles debió de haberse enfrentado a algo que no pudo tragar. Era así de simple. Algo por lo que tenía que morir, lejos de Madrid, de noche, a manos de unos desconocidos que apenas hablaban español. Y de cuyo cuerpo se deshicieron como si fuera un coyote muerto de un tiro, o un profesor de Berlín.

Fue Posada.

Tenía que ir a ver al idiota despreciable. Pero si Posada fue de hecho el que lo hizo (el mandamás que dijo «De acuerdo, paguemos a los peones para que lleven a José Robles al pie del monte y le vuelen la tapa de los sesos, y si esos gamberros no aceptan la nueva moneda de la república entonces démosles un coche, cualquier coche, el Bentley»), si Posada fue este hombre, entonces también había hecho que siguieran a Hemingway, lo golpearan, y le dispararan. Ya sabía esa tarde que Hemingway había conseguido volver a Madrid ileso, y que D'Armoux, su asistente adjunto, había por lo menos desaparecido en las carreteras de Cuenca. No le iba a gustar que Hemingway se presentara sonriente en calle de las Huertas y le pidiera que se reuniera con él. No le gustaría en absoluto. Otro intelectual de izquierdas que viene a joderme las cosas, pensaría él. Otro al que bajarle los humos, de algún modo... pero ¿cómo? ¡Es el puto Ernest Hemingway! El hombre tendría miedo de ser desenmascarado, de que Hemingway supiera lo que sabía Robles. Tendría el aspecto de un zorro acorralado.

Hemingway sabía que eso podría esperar a mañana. Florípedes Crespo preparó una especie de cena con las sobras del pollo, y él le preguntó si podía pasar la noche en su cama, y ella le contestó que claro.

Al día siguiente, los planes de Hemingway no resultaron como esperaba, o medio esperaba, porque conoció a un hombre llamado George Mink.

No lo conoció simplemente. Por la mañana, después de despedirse de Crespo y de decidir hacer lo que pudiera para no volver a verla, Hemingway regresó en taxi al Florida para cambiarse de ropa. Cuando entró en la 108, inmediatamente notó una vaga sensación de desbaratamiento. La cama estaba hecha, y las cortinas medio abiertas como las había dejado, pero... ¿demasiado medio abiertas? Se dirigió corriendo hacia su despensa y abrió las puertas; se habían llevado algunas cosas: los alimentos curados, todo el vino. Empezó a buscar por la habitación pensando que quizá habían colocado un micrófono en alguna parte. Aunque ya podía ser demasiado tarde para eso.

Y lo era. La puerta del baño se abrió de golpe y tres hombres con abrigos y sombreros negros salieron en fila. «¡Pero qué cojones es esto! Fuera», les espetó él, pero ellos fueron a por él, dos de ellos con la comida que habían cogido del armario, y lo agarraron de los brazos y Hemingway vio que uno, calvo y de ojos grises, tenía una pistola en la mano con el percutor echado hacia atrás.

«Vamos», dijo este hombre, y Hemingway se encogió de hombros para sí y dejó que se lo llevaran. No voy a luchar. Coquetearé con la muerte, razonó él, como la puta que es, pero no me casaré con ella. Y en verdad ya era hora de que el Frente saliera de su escondite y me hablara a la cara.

Volvió a bajar, salió del Florida y se metió en un enorme Rolls-Royce negro.

Pero no se dirigieron a la comisaría de calle de las Huertas, sino hacia el noreste, de vuelta al barrio del que había disfrutado, hacía tantas semanas, desde el interior de un bidón de petróleo aporreado por un toro moribundo. Pero antes de que le empezaran a sonar las calles, a Hemingway le vendaron los ojos, con un tirón y un empujón, sin importarles la deteriorada venda que tenía en la cabeza. Estaba sentado entre dos de los hombres de los abrigos largos en el asiento de atrás, y se puso las manos en el regazo.

Al entrar, le quitaron la venda y lo condujeron escaleras arriba.

—Señor Hemingway, encantado de conocerlo —le dijo el hombre grande que estaba en el tercer piso vacío de un edificio que el Hemingway sin venda en los ojos supuso que lo declararían en ruinas si alguien se molestara en ir a inspeccionarlo: el revoque se caía a pedazos, las ventanas estaban rotas. No era una señal muy esperanzadora.

—Soy George Mink.

Era un hombre alto y tenía el pelo ralo y unos ojos tan hundidos que era difícil saber de qué color eran. Hemingway había oído hablar de él: tanto Josie Herbst como

Herbert Southworth de *The Washington Post* lo conocían de los círculos socialistas de Nueva York, y se habían encontrado con él y lo habían entrevistado en España. Josie decía que era un mentiroso empalagoso, y Henry que era un sociópata declarado; los dos le aconsejaban que se le evitara como a un leproso. Southworth contaba que se rumoreaba que en Estados Unidos, Mink era ladrón por cuenta propia y liquidador para el departamento de Guerra, con un historial en Filipinas, y que en España era asesino profesional para el Frente. Josie había añadido que su nombre en realidad no era Mink, y que tampoco era norteamericano.

Para Hemingway estaba claro que era una amenaza. Todavía lo era, como una serpiente en una rama.

—Espero que haya oído hablar de mí —continuó él.

A Hemingway no se le ocurrió nada que decir que fuera desafiante pero no suicida, así que no habló. El acento del hombre era demasiado lineal, desprovisto deliberadamente de particularidad alguna.

En la habitación no había muebles, solo unas sillas de comedor de madera y un viejo escritorio en una esquina. Al lado de una de las sillas había una batería de un Ford, grande, gris y deteriorada, y unas pinzas para batería, sin conectar y enroscadas en el suelo.

Hemingway sacó sus propias conclusiones y esperaba no estar equivocado: que solo pretendían asustarlo, y no tuvieran orden alguna que cumplir.

—Sí, Mink, he oído hablar de usted, he oído que juega a esas chorradas de la tortura soviética. Puedo ver aquí mismo, en esta habitación, que esto es por lo que vive. Esta es su vocación. Está bien que un hombre haga lo que le gusta. Bueno, pues sí, estoy asustado, como una colegiala.

Mink levantó el mentón y dos de sus matones agarraron a Hemingway de los brazos. Como hasta entonces se había mostrado dispuesto a cooperar, no lo sujetaron muy fuerte, e inmediatamente se los quitó de encima, se giró y, con el puño levantado, golpeó a uno de ellos directamente en la oreja con una fuerza oscilante que empezó en la cintura del escritor, y que le hizo perder el equilibrio. El cuello del hombre se ladeó y cayó a la izquierda, golpeándose la parte derecha del cráneo con la silla. Y no se levantó.

El otro hombre saltó sobre Hemingway. Mink permanecía inmóvil. Hemingway ignoró al hombre que tenía detrás, se agachó como lo haría un defensa de fútbol americano y se abalanzó sobre el lado derecho del tipo, le pegó con el hombro en el estómago, lo levantó del suelo y lo golpeó contra la pared por encima del viejo escritorio de roble. Entonces, con el matón todavía cogido por la cintura, Hemingway retrocedió tirando de él, y cayó con todo su peso sobre el hombre, para que su cabeza chocara contra la mesa. Y así fue, como un coco lanzado contra un granero.

Para entonces, segundos después, el tercer hombre que estaba detrás de Hemingway ya había sacado una porra, y con toda su fuerza le dio en la nuca una vez, dos veces. El escritor cayó de rodillas.

—Es usted un escándalo, señor Hemingway —dijo Mink con tono de suficiencia, mientras el de la porra y el segundo individuo, tambaleante, tiraron de él hacia la silla que estaba al lado de la batería. El primer hombre yacía inconsciente y sangraba por los oídos.

Esposaron a Hemingway a la silla. El hombre de la porra hincó una rodilla en el suelo y le desabrochó el cinturón.

—¿No vamos siquiera a tomarnos un cóctel primero? —dijo aturdido Hemingway, pero lo dijo justo cuando le dio con la rodilla en el mentón al tipo, echándolo para atrás, y la silla casi se vuelca hacia el otro lado. Esta vez Mink, que estaba detrás de él, lo golpeó justo en su vieja venda con algo de madera, desgarrándola, y la vista de Hemingway se volvió borrosa.

—Esposadle los tobillos.

El hombre consiguió hacerlo antes de que las facultades del escritor volvieran lentamente a entrar en juego. Podía sentir que la sangre descendía por su cara.

Entonces le bajaron los pantalones y los calzoncillos, y le separaron las piernas. Mink tenía las pinzas y sujetó una a la parte de atrás del tobillo izquierdo, y la otra a la suave piel del escroto, que agarró y de la que tiró como si fuera la esquina de una alfombra.

—Cabrón —murmuró Hemingway, a quien le zumbaban los oídos y la cabeza le iba a estallar. Mink conectó una pinza a un terminal de la batería.

—Bien, Hemingway, ¿sabe qué? —le dijo Mink mientras se ponía de pie con la última pinza en la mano—. He pasado mucho tiempo en Moscú, he conocido a Josif Stalin, he sido entrenado por los hijos de puta más despiadados de este planeta. No se creería lo que he visto hacer a esos cabrones, cosas que no haría aunque la vida de mi madre dependiera de ello. Yo no es que esté sediento de sangre humana, pero tampoco me importa que corra. Si lo hace, para mí es como si fuera agua de lluvia en una ventana. Puedo conseguir que cualquier hijo de puta me diga lo que yo quiera. Puedo hacer que cualquiera, hombres que podrían comer cristal y matar caballos solo con sus manos, confiesen el disparate más absurdo. Pero no estoy aquí para sacarle información: lo sabemos todo. Y no estoy aquí para hacerle confesar nada, porque no hay nada que el Frente Popular necesite de usted ahora mismo. Tenemos ya suficientes ratas trotskistas que colgar en público, y por el momento vamos a llevar muchos asuntos de manera discreta, si sabe a qué me refiero. Por el bien del pueblo. Usted y yo no nos hemos visto nunca, nunca hemos estado en esta habitación. Lo que vengo a hacer aquí es a pedirle, de la manera más amable posible, que regrese a Cayo Hueso. Abandone el país. Por favor. Se lo estoy pidiendo amablemente, no ordenando, sino pidiendo. De rodillas.

Y agarró el otro terminal de la batería con la pinza que tenía en la mano.

—¡Aah! —gritó Hemingway, que se revolvió con un respingo, y casi tira la silla—. ¡Joder, eso ha dolido!

Lo dijo en un tono casi desapasionado, calmado. Tenía los ojos llorosos, pero

pudo recobrar el aliento. No le dolió, de hecho, ni siquiera tanto como creía que le iba a doler.

Qué cojones. Entonces no le dolió en absoluto.

—Vamos, ¿un puto escritor? —farfulló Mink.

Le quitó bruscamente las pinzas, arañándole el escroto (aquello le dolió más que la descarga eléctrica), y se puso de pie y las juntó. Hubo un débil zumbido y una chispa diminuta. Y después nada.

—¡Me cago en Dios! —gritó—. ¡Imbéciles! ¿Está agotada la batería?

Los hombres se encogieron de hombros.

—¡Venid aquí! —dijo a voz en grito.

El esbirro del bulto en la nuca se acercó y Mink, con las dos pinzas en la mano, lo agarró del pelo y le puso una de ellas en la oreja izquierda, y la otra en la derecha.

—¡Ahhh! —se quejó el hombre, y después nada.

Mink le dio una bofetada al hombre y una patada a la batería.

—Hay que tener siempre una de repuesto —dijo Hemingway, que ya no tenía los ojos llorosos.

—Anda y cierra la puta boca, maldita bestia apestosa.

Así que es británico, pensó Hemingway.

—Podrían salir a robar una.

—Ah, buena idea; Emiliano, ve a buscar la batería del Rolls-Royce.

—Eh, estaba de broma, Mink... Lo podríamos dejar por hoy.

—No, ni pensarlo.

Hemingway todavía tenía los pantalones bajados, y sus genitales se estaban hinchando de la adrenalina y lo que quedaba de la descarga eléctrica.

—No me puedes matar.

—No voy a matarte. Solo voy a hacerte daño.

—¿Por qué? El dolor se va. Se cura.

—No en la cabeza. Cuando termine contigo, te esconderás debajo de la cama de tu madre siempre que alguien pronuncie la palabra «Madrid».

—No conoces a mi madre.

Cuando regresó el hombre de la porra, toda la conversación fue en español y a gritos, pero por lo que Hemingway pudo entender, la batería estaba sujeta con tornillos al chasis y necesitaban una llave inglesa, una llave, y Mink gritaba que por qué no tenían una llave, y Emiliano, el lacayo, le contestó gritando que por qué demonios iban a llevar ellos una llave encima cuando desempeñaban su labor en aquellos asuntos gubernamentales, y sugirió que podían ir de puerta en puerta y pedir prestada una llave, y Mink, riéndose casi como un loco y bramando lo estúpido que era Emiliano, señalaba que no se podía ir por la ciudad pidiendo prestadas herramientas para quitar una batería de uno de sus coches, necesaria para torturar a un periodista norteamericano esposado a una silla en un edificio abandonado. Mink cogió la porra del otro hombre, amenazó con golpearlo una vez, con un movimiento

brusco, y después se giró y le pegó a Hemingway con fuerza en la cabeza, dejándolo inconsciente.

Hemingway soñó. Hadley, los Alpes, un día de campo, taberneros de montaña con enormes bigotes blancos, dándole a Bumby trocitos de queso de cabra. Dios, qué bebé tan guapo, pensaba el Hemingway del sueño, recordando la escena mientras estaba en ella, oliendo la brisa que provenía de las montañas suizas.

Cuando se despertó en el edificio abandonado, estaba solo. La batería seguía allí, pero no los cables. Había gotas de sangre seca en el suelo, donde el primero de los tres sinvergüenzas había quedado sin sentido. Por extraño que pareciera, no le dolía la cabeza, aunque sí tenía sangre seca en el cuero cabelludo y en la cara, y la camisa manchada.

El Frente tiene menos posibilidades de ganar que un pedo en un huracán, pensó él, si ni siquiera pueden atemorizar a periodistas extranjeros y torturar a los disidentes adecuadamente.

Le llevó media hora, pero Hemingway consiguió partir los barrotes de roble del respaldo de la silla al que estaba sujeto con las esposas, y pasar rápidamente las manos esposadas por debajo del trasero y por encima de las piernas dobladas. Después se puso de pie, se subió los pantalones, y se volvió a abrochar el cinturón.

En la calle, los madrileños observaban a Hemingway, que iba ensangrentado y andaba arrastrando los pies con dos juegos de esposas, como harían con un elefante escapado de un circo que caminara perezosamente por la vía. A unas manzanas de distancia, Hemingway tuvo su primer golpe de suerte en mucho tiempo: una herrería. El dueño era un corso de pelo canoso con unos antebrazos del tamaño de troncos de arce. Hemingway le pagó varios billetes que sacó del bolsillo, y con un cincel de más de un kilo, lo suficientemente afilado como para cortar la piel, el herrero martilleó primero las dos cadenas y después, en la esquina del yunque, cada una de las esposas de acero. Al terminar, limpió a Hemingway, y le volvió a vendar la cabeza con auténtica gasa de la Cruz Roja y tiras de lino. Se tomaron un coñac casero allí mismo, entre el polvo del hierro y el hollín, después de que el comprensivo herrero le devolviera el dinero, y Hemingway más tarde recordaría este momento de hermandad y alivio como el más feliz en España.

Ignacio había perdido el contacto con Hemingway después de que este se fuera a comer con la doctora el día anterior, así que hoy, 21 de abril de 1937, Hemingway volvió solo a pie en dirección sur al hotel Florida. El paseo le llevó unas cuantas horas, porque se detenía en cada bar que tuviera un letrero y pedía un cóctel. Con un ron, si había ron, con ginebra si no había ron, y con *whisky* si todo lo demás fallaba. Siempre pedía zumo de fruta, porque sabía que necesitaba vitaminas, y a veces se lo ponían.

Cuando llegó al hotel, Hemingway encontró a Ignacio y a su taxi esperando pegado a la acera. El anciano se disculpó, pero Hemingway con un gesto de la mano le dijo que no tenía importancia. La luz de la tarde estaba empezando a perder fuerza, y, sobre sus cabezas, el cielo era del color del salmón.

—Ignacio, ¿conoce a alguien que tenga un Bentley en Madrid?

—¡Un Bentley! ¿Aquí?

Negó con la cabeza, serio.

—Necesito que me haga a favor, un favor, pero podría ser *dangerous*, peligroso.

Con todas las bebidas que tenía encima, se le enredaba la lengua.

—Sí, señor, lo haré.

—Mañana, temprano, hmmm, *before* el amanecer.

—Sí.

—De acuerdo, *but* pronto, *I need a cop*, un policía, que necesite *money*. Pobre y corrupto.

Ignacio arqueó las cejas. Pero después de un rato entendió lo que Hemingway quería a pesar de su español idiota.

—Un mercenario.

Hemingway se estremeció, y se balanceó ligeramente.

—Hmmm, bueno... un hombre, un policía, desesperado y amoral. *A little*. Poco. No un criminal.

Ignacio asintió, pensó, y miró a un lado y a otro de la calle, mientras se rascaba la barbilla.

—Poco...

—Y alguien *that knows* un poco de *english, please*.

—Vamos.

Caminaron hacia el oeste, y doblaron una esquina, a unas manzanas de distancia.

Ignacio llevó a Hemingway a una deteriorada casa de apartamentos, y subieron por unas escaleras hasta una habitación sin número. Llamaron a la puerta. Los recibió un hombre que tenía doble papada e iba totalmente desaliñado, con una camiseta de tirantes. Los dos hablaron en español. El hombre gordo miró a Hemingway, y

después de encogerse de hombros, abrió la puerta.

—¿No habla español? —le preguntó él en inglés, y, cogiendo un cigarrillo encendido, les hizo un gesto para que se sentaran frente a una pequeña mesa de cocina. Hemingway vio que encima del respaldo de una silla había una camisa de policía.

—No. Muy poco.

—Bien, Ignacio me dice que es usted norteamericano y rico, y que quiere que le haga algo que no es que esté precisamente bien. ¿Legal?.

Hemingway respiró profundamente.

—Lo que quiero es entrar en las *police offices*, en la oficina de seguridad, en la calle de las Huertas, en la oficina de Posada.

El hombre gordo no movió ni un músculo; su ceño fruncido y sus ojos medio cerrados parecían el horizonte en un día frío.

—Entrar.

—Sí. Necesito echarle un vistazo a sus carpetas, a su mesa, a lo que haya allí. Pero lógicamente cuando no haya nadie.

—*Obviously*. ¿Por qué?

—No necesita saberlo. Pero ha hecho algo muy malo, creo, y quiero enmendarlo. Espero que no le sea leal al señor Posada.

—¿Leal? Hijo de puta. Era subinspector hasta que me pillaron vendiendo cigarrillos ingleses en el mercado negro. Posada me degradó a cabo.

—Está bien.

—Pero su oficina, eso ya es otro asunto. Si nos pillan, soy hombre muerto. Me cortarían en pedazos y me echarán a los cerdos, ¿entiende?

—Sí, lo entiendo.

—Forzar la entrada es demasiado arriesgado.

—Solo métame dentro. Medio oficialmente.

—¿Entrar sin más? ¡Está loco!

—¿Por qué? Espóseme, puedo hacerme pasar por alguien que ha arrestado.

El hombre gordo se calló.

—Odio a Posada, pero no voy a hacerlo, a menos que me ofrezca mucho dinero.

—¿Cuánto gana en un año?

—Ocho mil pesetas.

—Le daré ocho mil pesetas.

Hemingway volvió finalmente al hotel justo cuando estaba oscureciendo, bebió coñac de la botella y cayó rendido: los golpes que se había llevado ese día en la cabeza al final le pasaron factura. No vio a Franklin, y mejor así. No quería meter al mentecato, no en esto.

Ignacio se fue a casa también, y volvió al Florida a la cinco de la mañana. Pidió en recepción que despertaran a Hemingway, para lo que tuvo que ir el empleado de limpieza en persona a despertarlo con impacientes zarandeos. Hemingway se puso la

camisa ensangrentada, y un sombrero grande y unas gafas con cristales azules que se había comprado en Piccadilly.

Quedaron con el hombre gordo, que no reveló su nombre, a una manzana de allí en un callejón todavía en penumbra. Acaba de empezar a amanecer. Hemingway llevaba el dinero en billetes de mil pesetas doblados. El hombre gordo le esposó las manos detrás de la espalda, una circunstancia lejos de ser reconfortante después de lo que había pasado el día anterior, y los tres se metieron en el oxidado coche de policía tipo sedán del hombre. Hemingway iba a hacer de borracho arrestado por asalto, Ignacio era la víctima de dicho asalto, y una vez en la oficina de Posada, el hombre gordo los dejaría allí a los dos para leer y traducir, intentar traducir, con las pequeñas nociones de inglés de Ignacio, mientras que él, el hombre gordo, distraía a los agentes de patrulla. Esto podría llevar quince minutos, quizá más, pero puede que menos. No sabían exactamente cómo iban a salir de allí sin ser interrogados, algo que el hombre gordo dijo que pensaría cuando llegara el momento.

Condujeron dirección oeste, mientras la luz del amanecer rápidamente encendía las avenidas y entraba deslumbrante por el sucio parabrisas del cochambroso coche policial. Hemingway se recostó e intentó controlar la respiración; cayó en la cuenta de que hasta ahora había conseguido evitar hacer nada técnicamente delictivo. Hasta ahora... y punto, se quejó él para sus adentros. Mirad cómo acabo en una cárcel española, justo cuando la guerra entra en su apogeo, y después concluye, y entonces los rusos o los fascistas toman el mando, no importa quién en este panorama, y me encuentran y se preguntan por qué no me exterminan como a una cucaracha, como el Frente acabó con Robles. Si aquí hubo una línea que cruzar, finalmente la he cruzado de manera oficial, y he dejado detrás de mí un rastro de babosa.

La oficina era una vieja mansión con columnas de mármol delante, que otrora había sido probablemente una sala de baile para jóvenes que se presentaban en sociedad y para fiestas de primavera. El suelo de la entrada también era de mármol.

—Está borracho —dijo el hombre gordo entre dientes, cogiendo a Hemingway del cuello de la camisa por detrás y sujetándolo como si estuviera metiendo dentro al ensangrentado norteamericano contra su voluntad.

Hemingway desempeñó el papel lo mejor que pudo, aunque deseó haberse tomado al menos unas cuantas copas de oporto o algo para soltarse un poco. Se tropezaba, entornaba los ojos, arrastraba las palabras, fingía estar arrepentido, y evitaba el contacto visual con los dos guardias que estaban sentados en la recepción, debajo de un enorme pero mediocre retrato de Jaime, duque de Madrid. Ignacio iba unos pasos detrás de ellos, intentando lo mejor que podía parecer ofendido.

El hombre gordo parloteaba con los guardias en español y de una manera brusca y jocosa (a Hemingway le pareció que se estaba haciendo el borracho también, lo cual, dado el estado de la seguridad española en esos días, podría haber sido simplemente una jugada perspicaz) y señaló con la cabeza el pasillo de la derecha que se prolongaba hasta la parte de atrás del edificio. En la mano derecha agitaba una porra,

y brevemente hizo ademán, mientras farfullaba de manera incomprensible a sus compañeros, de atizarle a Hemingway en la cabeza con ella, lo cual consiguió que Hemingway quisiera gritar de verdad: «Por favor, por favor, no me pegue, en la cabeza no, otra vez no, mi pobre cabeza de los cojones. Recordaré toda mi vida esta visita a España como un álbum de fotos de heridas en la cabeza». Los tres hombres siguieron su camino, y Hemingway echó un vistazo rápido a los guardias, que habían vuelto a su juego de mus y estaban repartiendo las cartas.

El techo del pasillo era alto, y en el edificio había un silencio sepulcral. Ni siquiera eran las seis de la mañana.

Al final del pasillo, el policía gordo señaló con su porra la puerta de una oficina. Mientras le quitaba las esposas a Hemingway, Ignacio probó a abrirla: estaba cerrada con llave.

—Por supuesto —dijo Hemingway.

El hombre gordo los apartó, sacó un llavero lleno de llaves largas, y cogió un trozo de una hoja de segueta que había atado a un alambre enroscado. Sacudió la cerradura, hurgó dentro en busca de los fiadores, y en unos segundos se abrió la puerta.

El hombre gordo dio un paso atrás. Hemingway se giró hacia él.

—Usted no va a ningún sitio.

—Voy al vestíbulo a asegurarme de que esos policías no se mueven de ahí.

—No nos deje tirados.

—¿Tirados? No. Si los pillan, seré yo el que esté en un buen lío.

Hemingway lo dudó, pero entró en la oficina de Posada, con los ojos bien abiertos. Era un sitio amplio, otrora la *suite* principal, y tenía molduras con flores de lis a más de cuatro metros de altura y ventanales que daban a un patio.

La oficina estaba como una patena: Posada incluso tenía los lápices alineados a la derecha de su registro. Había archivadores.

—¿Y ahora qué? —susurró Ignacio detrás de él—. *Now what?*

—Hmmm, *files*, archivos, con Robles, José Robles, *dated march or february*, hmmm, marzo y febrero...

—Sí, sí, sí.

Ignacio lo entendió; se ocupó de un archivador que había detrás de la mesa, y Hemingway fue a por el otro.

Sabía que estaba buscando una aguja en un pajar. Pero Posada era meticulado, y los archivos estaban perfectamente organizados, los archivos de la seguridad y deficiencia de Madrid estaban bien diferenciados de los memorandos del Frente Popular y de los comunicados de Valencia y Moscú, todos ellos por lo visto en escrupuloso orden cronológico. Hemingway sacó los archivos del Frente de marzo y abril e hizo un chasquido con la mejilla a Ignacio como si el viejo vasco fuera un caballo, y desplegaron el contenido del grueso registro sobre la mesa.

Ignacio empezó a leer, pero Hemingway buscó el nombre de Robles únicamente,

y empezó a sacar páginas y a dárselas a Ignacio para que les echara un vistazo. Los dos hombres se apresuraban con los ojos y las manos como figuras en una película muda.

—Vale, vale, mira solo del 10 de marzo al... 21 de marzo —dijo él, ya que se imaginaba que para que hubieran arrestado a Robles en Valencia tenía que haber sido en fin de semana, y que, fuera lo que fuera lo que activara el interruptor de la tapadera de Posada, probablemente lo pudo haber descubierto Robles esa semana o la semana anterior. ¿Probablemente?

Hemingway encontró una hoja, una orden de arresto, de detención, con fecha del 11 de marzo, con las iniciales de Robles como rúbrica, que indicaba que había sido traducida y enviada a Valencia y a Moscú. El hombre arrestado se llamaba Jorge Polivados, vivía en el 230 de la calle de Sepúlveda, era un anarquista y un usurpador. Punto. Hemingway de inmediato dudó que este Polivados hubiera hecho nada malo o antirrevolucionario, y le resultó sorprendente que Robles firmara este tipo de cosas, alegremente, en el transcurso de un día de trabajo. Tales eran las aptitudes de un verdadero idealista.

Pero entonces se dio cuenta de algo, con un derrape casi audible: a este Polivados lo arrestaron oficialmente unos policías, con una orden oficial, y el papeleo fue a diferentes oficinas, y quienquiera que los ordenó, Posada o alguien de más arriba, informaron a todo el mundo. El memorando habría sido traducido, difundido, archivado y firmado con las iniciales en repetidas ocasiones. Los policías que llevaron a cabo la operación se presentaron en el trabajo al día siguiente, preparados para otra misión. Así actuaba la segunda república oficialmente. Nadie escondió nada. Así actuaba el Frente Popular y la Internacional Comunista: si es oficial, entonces es incuestionable y sistémico, y la voluntad de Stalin. La familia de Polivados podría no haber sido informada de los cargos específicos y del destino final del hombre, simplemente para tenerlos aterrorizados, pero segurísimo que los hombres en el poder estaban al corriente de todo. Blair lo dijo: si la Internacional Comunista arresta y acusa a alguien importante, lo hace públicamente.

No pasó así con Robles. Una panda de tarugos maleantes que hablaban en quinqui y a quienes les prometieron un coche si mataban a un hombre en mitad de la noche, lejos de donde cualquiera lo pudiera encontrar, claramente. ¿Y lo único que se oyó en las semanas que siguieron fueron rumores? ¿No hubo un comunicado definitivo, ni un certificado de defunción, ni una declaración de los delitos de traición de Robles ni de la nueva identidad como enemigo del estado? ¿Ni una purga pública?

Era evidente que no habría un documento que atestiguara o mencionara el arresto de Robles.

Robles no fue una ejecución oficial. Fue secreta. Se le ocultó al gobierno.

Lo cual quiere decir que Posada (si en efecto fue aquí el Mussolini, el mandamás y el matamaridos), si era su Bentley, no estaba llevando a cabo asuntos del Frente Popular.

Lo cual dejaba dos posibilidades: que Posada era un criminal de verdad, un contrabandista o un malversador, y que Robles lo descubrió.

O trabajaba para Franco. Un espía de los golpistas. Y Robles también lo descubrió. Parece ser que Robles no fue una víctima de su propia ingenuidad revolucionaria. Lo mataron para encubrir crímenes contra la república. Hemingway no podía entender cómo pudo haber sido tan lerdo y haberle llevado tanto tiempo llegar a esta simple conclusión, y eso le heló la sangre, porque solo se dio cuenta gracias al memorando de tres líneas sobre Jorge Polivados, y porque esto dejaba patente lo poco que sabía Hemingway sobre la verdadera política del guirigay que había a su alrededor. ¿Cómo iba él a saberlo cuando las vidas de las naciones las decidían servicios de espionaje desalmados y juegos despiadados?

Ignacio seguía estudiando los documentos de mediados de marzo, y ponía algunos a un lado. Hemingway lo miraba y vio que le llamaba la atención un memorando porque alguien había escrito algo a mano en el tercio inferior. Ignacio lo iba a poner con los demás, pero entonces decidió echarle otro vistazo.

—Guernica —dijo él.

¿Y? La tierra de Ignacio. Hemingway cogió el documento.

—Guernica —repitió Ignacio—. Diecisiete de marzo.

Fue escrito el diecisiete. A Hemingway no le fue fácil entender lo que decía, así que Ignacio lo intentó en inglés.

—*From Juan Posada... to Aldo González, alcalde de Guernica... army come... no sé decirlo... traen... antiaéreo... Hmmm, antiaeroplane?*

—*Antiaircraft? Guns?*

—Sí, cañones... a Madrid. Pronto. No sé decirlo... Firmado, Juan Posada.

—De acuerdo. ¿Y esos garabatos de ahí?

Hemingway vio que debajo estaban las iniciales de Robles.

—Hmmm... Alarma. *Alarm*. Dice, ¿de dónde viene la orden? Peligroso, *dangerous*, preguntará a... Gorev.

—Dame eso.

Hemingway lo dobló y se lo metió en la ropa interior. No tenía ni idea de lo que significaba exactamente, salvo esto: Robles se opuso a algo que tenía que ver con el movimiento de cañones por Guernica (o desde Guernica, ¿o de vuelta allí?), amenazó con hacérselo saber al agregado militar más importante del ejército soviético en el país, y en menos de seis días se convirtió en un cuerpo sin vida.

Hemingway le pidió a Ignacio que buscara más documentos con las iniciales de Robles con fecha del dieciocho o posterior, pero después de varios minutos no encontraron ninguno. Ignacio señaló con un dedo los otros cajones, con los archivos municipales, los de Moscú, los cajones que ni siquiera abrieron.

—No hay tiempo.

Ordenaron la oficina, y colocaron los archivos en su sitio.

El hombre gordo volvió, y le dijo entre dientes que se dieran prisa.

—¿Y cómo salimos de aquí?

—Por la puerta principal. Mandé a esos hijos de puta a buscar churros. ¡Vamos!

Salieron por la puerta de la calle a grandes zancadas, y condujeron de vuelta al Florida. El hombre gordo casi ni paró el coche para que los otros se bajaran de él.

Arriba, en la 108, Hemingway inmediatamente se quedó dormido, como un árbol caído.

Todavía estaba soñando con la noche en la carretera desde Valencia y el Ford volcado bajo la lluvia, entre otras cosas, cuando oyó el aporreo y los gritos. En el sueño, se encontraba de pie, en la oscura carretera, preguntándose dónde había una puerta que alguien estaba golpeando con un mazo. Entonces, salió flotando de ese sueño y se despertó, aunque seguía oyéndolo, y se percató de que algún psicópata estaba intentando tirar abajo la puerta de la habitación.

Salió de la cama, desnudo, y se fue hacia la entrada: era un hombre que gritaba en español con acento aragonés, y estaba golpeando la puerta de la 108 con lo que sonaba como la parte roma de un hacha. Hemingway supuso que sería la culata de un rifle.

Joder. Sintió que la adrenalina le subía hasta la tapa de los sesos. Se giró y buscó una salida: ¿la ventana?

Pero si viniera a por él otra banda de desaseados forajidos, no montarían tanto follón en el pasillo. ¿O sí?

Hemingway empujó la puerta con las dos manos, e inspiró.

—¡Eh! ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¡Y será mejor que sepa inglés! —le instó Hemingway en ese idioma.

Se hizo un silencio, y alguien tomó aire al otro lado de la puerta.

—¡Soy Teodoro Fajardo, de Zaragoza! Yo...

—¿Quién? ¡En inglés, psicópata!

—¡Teodoro! ¡Fajardo! ¡De Zaragoza! —le contestó en inglés el hombre—. ¡Vengo a recuperar el honor de mi hija, Ana Fajardo! ¡Usted, señor Hemingway, pagará por arruinar su nombre y su honor!

—¡No! Mire, no sé qué le dijeron esos puñeteros universitarios, ¡pero no me la tiré ni nada por el estilo! ¡Solo le ofrecí un poco de vino!

—¿Cómo puede hablar de mi hija así?

¡Pum! El rifle golpeó la puerta, y Hemingway oyó quebrarse la madera que rodeaba los goznes.

—¡Lo lamento! ¡Pero no la toqué! ¡Es una buena chica! ¡Me dijo que de ninguna manera dormiría conmigo! ¡Es pura!

—¿Qué? ¿Habló con mi hija de su virginidad? ¡Americano, prepárese a morir por haber mancillado el nombre de mi familia!

¡Pum!

—¡Abra, yanqui cabrón! ¡Le enseñaré a comportarse entre gente cristiana!

Entonces un disparo resonó en el pasillo y con él entró una ráfaga de aire en la habitación: una astilla de más de treinta centímetros salió volando de la puerta y pasó rozando la cara de Hemingway. La bala atravesó el revoque de la pared del otro lado

de la habitación, al lado de las puertas de la terraza, y dejó un agujero por el que entraba la luz.

Cristo bendito. Esos amigos de Ana estaban en lo cierto: su padre era un chalado irascible y problemático. Hemingway, presa del pánico, se estaba vistiendo, y se acercó dando traspies a la terraza mientras se subía la cremallera de los pantalones. Miró hacia abajo, pero no, no podía saltar, aunque ¿podía escapar saltando al otro balcón? De una barandilla a la otra debía de haber casi metro y medio. Hemingway tendría que sortear el vacío con una buena zancada, de pie sobre la barandilla, y con solo una pared lisa a la que agarrarse.

Y eso que no se había tirado a esa chica, eso era lo que de verdad le fastidiaba. ¿Dónde estaba Sidney Franklin cuando lo necesitaba?

¡Pum!

—¡Abra!

Hemingway se subió a la barandilla, apoyándose en la fachada del edificio como si fuera un bebé encogido de miedo sobre el pecho de su madre, y sacó un pie hacia la otra barandilla. No podía llegar a ella sin echar su peso hacia delante, por encima del vacío, y saltar. Y lo haría. Pero no podía. Entonces se le resbaló ligeramente el zapato sobre la desvencijada barandilla, y se le puso el corazón en la garganta.

Bajó, entró en la habitación, y se preguntó si le podría quitar una de las puertas a la despensa, llevarla fuera y ponerla sobre los dos balcones; pero fue entonces cuando Fajardo le dio un culatazo a la puerta a unos centímetros del pomo, y convirtió ese lado en astillas. La puerta se abrió de golpe y entró como una bestia un hombre enjuto y nervudo, de baja estatura, pelo canoso y sin afeitar, con los ojos inyectados en sangre y llorosos, y en las manos una carabina herrumbrosa.

Hemingway extendió rápidamente y por instinto las palmas de la mano, como si fuera una mujer que estuviera repeliendo a un violador.

—Espere. Espere. ¡Espere!

Pero para entonces Fajardo había descubierto la máquina de escribir portátil marca Royal de Hemingway sobre una mesa, y se llevó el rifle al ojo para apuntar.

—¡Escritor y norteamericano! —le espetó él, y disparó, lanzando la máquina de hierro fundido por los aires en forma de metralla. Hemingway odiaba que la gente lo llamara escritor como un insulto. ¿Qué contesta uno? Bueno, hasta aquí su trabajo para la nana. Estaba claro que el chiflado vejete aragonés estaba como una cuba.

Hemingway se puso de rodillas, con las manos extendidas, y cara de intimidada sumisión.

—Señor, enséñeme el honor de Aragón, pero antes, sea mi invitado; tengo una botella de rosado de Calatayud que me gustaría compartir con usted. Debe de estar sediento tras su viaje.

El anciano casi se relamía mientras bajaba ligeramente el rifle, jadeante.

—Sí, claro —dijo él—, un Calatayud estaría bien.

Hemingway se levantó y se dirigió a la despensa, mientras sentía que lo seguían

la lenta mirada de Fajardo y el rifle; sacó un rosé aragonés de 1922, contando con la boca seca del padre y su orgullo de cualquier cosa que viniera de Zaragoza. Encontró dos vasos en el baño, y se sentó en la cama mientras descorchaba la botella.

Cuando estaba sirviendo el vino, Fajardo ya había ocupado una silla cerca de la cama, con el rifle sobre su regazo, y aceptó con entusiasmo el vino. Bebieron. Era un vino fuerte y amaderado, y a Hemingway le alegró tenerlo, sobre todo cuando estaba a punto de recibir un disparo, tanto que llenó el vaso inmediatamente y se lo bebió como un hombre en el desierto.

—Tú... también tienes sed —farfulló Fajardo.

—Maldita sea, yo siempre tengo sed.

Hemingway miró el rifle, y Fajardo lo miró a él. El español dejó caer el vino, se levantó y le puso el cañón en la frente a Hemingway con un ruido sordo.

—No seas marrullero, americano, Hemingburg. A los marrulleros yo me los cargo.

Se tambaleaba, y Hemingway ya estaba harto de tanta sumisión.

—Venga, dispare de una jodida vez, viejo. Por el amor de Dios. En este momento hasta me encantaría. Al menos sería una forma de largarme de este infernal país. De verdad que nunca he conocido a tanta gente detestable, testaruda y belicosa en un mismo sitio en toda mi vida. Todos y cada uno de vosotros sois tan malos que parece que os hayan criado en la cuna con picaduras de escorpiones. Buscáis cualquier excusa para causar problemas y derramar sangre. ¿Sabe cuánta gente me ha golpeado en la cabeza con objetos contundentes y con la intención de abrírmela en la última semana? Mírese, Fajardo, ¿eh? Su hija bebió de mi vino y casi, casi se pone mala en la terraza de un café, y por eso se convierte en una amenaza homicida. ¡Honor! ¿Me entiende? Es un idiota sin corazón, como el resto de los españoles que he conocido. La mayoría de ellos. De acuerdo, Ignacio es buena gente. Pero los demás. Venga, ¡hágalo!

Fajardo no se movió.

—¡Venga! —gritó de nuevo Hemingway, y Fajardo apretó el gatillo.

Conmocionado, Hemingway vio que el percutor había golpeado una recámara vacía; Fajardo, sorprendido, se sobresaltó, y miró rápidamente hacia abajo, pero Hemingway agarró el rifle con las dos manos al levantarse, con un solo movimiento, sentando de un empujón al anciano de nuevo en la silla.

Hemingway retrocedió un paso y echó un vistazo a la recámara. Vacía.

—¿Ha venido a por mí con una sola bala?

Fajardo se encogió de hombros.

—Ayer estuve disparando a los cuervos... en el Jardín Botánico...

—Seguro que ya iba fino entonces.

Se encogió otra vez de hombros.

Hemingway abrió la recámara, miró dentro, apretó el gatillo, y dejó el arma en el suelo. El subidón de adrenalina ya estaba empezando a bajar, y respiró hondo.

—Debería darle una buena paliza —le dijo con displicencia al hombre, y le recogió el vaso del suelo. En un alarde deliberado de cortesía, a pesar de los disparos, echó más vino en los dos vasos.

—Sí. Tienes derecho a hacerlo.

Fajardo parecía de repente más pequeño.

—Anda, cálese, viejo chocho —exclamó, sentándose—. ¿Sabe? En la América de donde yo vengo, los hombres que comparten una botella no tienen que demostrar su honor ni su nobleza. Son hermanos, y su vínculo los mantiene en un mundo de ejércitos enfurecidos, mujeres caprichosas y un destino horrible. Está claro que usted es un hombre de gran carácter, un hombre de los de antes, y es evidente que se puede confiar en usted. Eso es algo que valoro. Ahora. Confíe en mí, ¿de acuerdo? No toqué a Ana, y nosotros, como hombres, hemos llegado a un entendimiento. Creo que deberíamos emborracharnos de verdad.

—Por favor, llámame Teo.

Los dos hombres se terminaron la botella, y entonces se fueron al Gran Vía donde, después de llevar sentados un rato, Hemingway se dio cuenta de que tenía el arrugado memorando de la oficina de Posada metido en el bolsillo del pantalón. Lo sacó e intentó alisarlo sobre la mesa.

—Léeme esto, Teo, por favor, en inglés.

Fajardo, sin siquiera pestañear, cogió el papel, y leyó en inglés.

—«A Aldo González, alcalde de Guernica: Por favor, se... ¿aconseja?... que, por orden de la república, los contingentes del ejército lleguen... estén... en Guernica el 1 de abril para retirar los cañones antiaéreos... ¿estacionarios?, que se necesitan por motivos defensivos aquí en Madrid lo antes posible, y por favor ofrezca toda cooperación necesaria. Lo saluda atentamente, Juan Posada».

—¿Eso es todo? ¿Y la nota?

—Hmmm. «Juan, leo esto con preocupación. ¿De dónde ha salido esta orden? Es muy peligroso. Preguntaré a Gorev».

—¿En dónde has aprendido inglés?

—Me alisté como voluntario en el ejército de Gibraltar en la primera guerra mundial. Combatí en Amiens.

—¡Muy bien!

—Este papel huele... —Fajardo estaba visiblemente mareado.

Hemingway cogió de nuevo el papel.

—¿Por qué iba Posada a retirar los cañones de Guernica? ¿Y dónde cojones está Guernica?

—Norte. País Vasco.

—Ah, es verdad. Pero ¿por qué Pepe estaba que trinaba? ¿Pensaba que habría otro bombardeo de terror, como el de Durango?

—¿Quién es Pepe?

—No importa... el tipo de la letra descuidada. No estoy seguro de que esto

signifique algo. Solo estoy yendo en círculos. A lo mejor Posada no tiene nada que ver con todo esto.

Fajardo quería preguntar de qué demonios estaba hablando el loco norteamericano, pero no tenía la energía para hacerlo. Se desplomó.

—Teo, necesito encontrar un Bentley.

Pero Fajardo se había quedado dormido sobre su propio hombro. Hemingway le dejó que durmiera, le dio un sorbo a su coñac, y miró a su alrededor. Quintanilla estaba donde siempre, en un rincón, sentado elegantemente, con su periódico, pero con un ojo en la sala, observando a los extranjeros y a los periodistas entrar y salir. El hecho, pensó Hemingway, de que Quintanilla no esté sobre mí como una serpiente encima de un polluelo evidencia que el Frente, y la Internacional Comunista, y sus agentes encubiertos, no me han puesto bajo vigilancia. Si esto fuera un típico asunto del Frente, Quintanilla ya me habría sacado fuera, en secreto.

Por lo menos estaría vigilándome, amenazándome, rogándome, y después intentando atemorizarme para que me fuera a casa. No, no sabe lo de D'Armoux, ni lo de la aventura de Valencia, ni lo de los quinquilleros, ni siquiera lo de Mink. No forma parte de ese entramado. Hay un gobierno que está trabajando en la sombra, uno que está operando en silencio bajo el verdadero gobierno. Posada podría estar involucrado, o puede que no, pero no la maquinaria comunista oficial. Es otra cosa.

No tengo que tener miedo de Stalin o de la Internacional Comunista, pensó él. Tengo que tener miedo solo de lo que no sé.

Se echó al nervudo y pequeño zaragozano al hombro, se lo llevó de vuelta al Florida, subió con él las escaleras y recorrió el pasillo. Fajardo no pesaba mucho, y le recordaba con demasiada viveza el peso de Bumby en sus brazos cuando el niño solo tenía cuatro años y se había quedado dormido en algún lugar, en alguno de sus viajes, en un tren de los Alpes o en un coche de caballos en París, y él había tenido que desaparecer con el niño para llevárselo a dormir a casa. Esto era antes de que Hemingway se hiciera famoso, cuando era anónimo y libre y verdaderamente feliz. *¿Por qué no puedo hacer eso ahora? Vamos, porque no lo permitirías, nunca te relajarías sabiendo que podrías estar en un hotel de lujo con un par de putas en cualquier momento. ¿Y con quién irías? ¿Con qué mujer? ¿Con qué inocente bebé? ¿Quién se fiaría de ti?*

El escritor norteamericano dejó a Fajardo en la cama, y se dejó caer en el sofá, puso los pies en alto y se quedó dormido después de leer tres páginas de una destrozada edición británica de Tifón.

Por la mañana, cogió comida de la despensa, le dio de comer a Fajardo (melocotones en lata y salchichas en conserva), y le ofreció trabajo: le pagaría quinientas pesetas si pasaba el día con él, en busca de un coche en particular. Fajardo lo subió a setecientas cincuenta pesetas. Hemingway lo aceptó, y se lo ofreció también a Ignacio después de vestirse y salir del hotel. El malhumorado aragonés y el afable vasco congeniaron de inmediato, como si cada uno pensara que la historia implícita del otro, que se remontaba a la coronación de Alfonso XII, estuviera íntimamente entrelazada con la suya.

Primero regresaron a la oficina de seguridad, en la calle de las Huertas, en el destartalado taxi de Ignacio. Fajardo tuvo que entrar solo y conseguir que los guardias de seguridad le dieran el nombre del chófer del señor Posada y su posible paradero, porque el hombre había dejado su billetera en la habitación de unas putas que ocupaban el tercer piso del Florida, y lo habían enviado a él, Fajardo, a devolvérsela lo más discretamente posible. Por lo visto, los guardias se rieron de esto y de la posibilidad de que el asunto se llevara de manera discreta, y le dijeron al hombre, que tenía una cara y una actitud curtida en la que todos los españoles confiaban por naturaleza, que el nombre del chófer era Magnonia, y que debería estar con los coches junto a la plaza de Santa Ana.

Hemingway supuso que tendrían que darse prisa, porque Posada estaba trabajando en su oficina en ese momento y podría echar algo en falta o necesitar su coche en cualquier momento.

Los tres hombres doblaron la esquina, donde la plaza se abría ante ellos verde y

resguardada del sol por higueras gigantes, salvo por las zonas ennegrecidas y llenas de pequeños proyectiles que habían caído hacía meses. Tras echar un vistazo, encontraron el amplio callejón (un patio de ladrillos provisto de jardineras), donde había aparcados varios coches caros. Había un guardia sentado en un taburete, junto a un teléfono de campaña cableado y varios conductores que pululaban por allí, examinaban los motores, fumaban, y leían el periódico dentro de su coche.

Siguiendo el plan, que ya no incluía mencionar a las putas del Florida, Fajardo charló con el guardia y nombró a Magnonia. Se giró y presentó a Hemingway como el señor John Dos Passos, periodista norteamericano. Se dieron la mano.

—¡Dile que estoy escribiendo un artículo para los periódicos norteamericanos sobre los coches de la república!

Fajardo tradujo. El guardia sonrió, puso una mueca que denotaba duda (Qué leerán los americanos cuando compren periódicos, solo Dios lo sabe), y entró con los hombres en el callejón. Presentaron a Hemingway y este estrechó las manos de los chóferes («John Dos Passos, mucho gusto; John Dos Passos, mucho gusto...»). Fajardo comenzó a preguntar en español sobre el año de los coches, y qué pez gordo, qué capo, viajaba en cada vehículo. Hemingway se hacía el interesado, esperando la traducción de Fajardo, y en todo momento estudiaba el lugar en busca de algo que pudiera ser un Bentley. Se dio cuenta de que aparte de la insignia con la doble «b» de las llaves no tenía ni idea del aspecto de un Bentley.

Era evidente que Fajardo disfrutaba hablando de coches, y los chóferes estaban orgullosos de los coches que llevaban.

—Este caballero, Magnonia, dice que un coronel ruso llamado Tshukhmarev conduce este, que es un Alvis Speed Twenty de 1932, y lo bueno es que fue uno de los primerísimos en fabricarse, porque el ruso piensa que los británicos solo son buenos en comenzar cosas, como los imperios, ¡pero no en continuarlas! Y este es un Hispano-Suiza de 1929, todavía en perfecto estado, es uno de los pocos en este color, mora según él, y es del embajador de la república en Francia, que solo lleva coches españoles, ¡aunque admite que casi nunca merece la pena la gasolina que le echa! ¡Ja! Y este es un Rolls-Royce...

Y siguió así treinta minutos enteros, durante los cuales era bastante obvio que Fajardo se había quedado prendado al ver tantos coches hermosos e increíblemente caros. Hemingway se impacientaba, pero entonces un chófer que había estado de pie en silencio a su izquierda empezó a hablar en inglés.

—Señor Dos Passos, por favor, hmmm, solo quería decirle que soy un gran seguidor... hmmm, admirador de Manhattan Transfer. Creo que es el mejor libro en la literatura norteamericana que se ha escrito nunca.

—De verdad —respondió Hemingway. No podía evitarlo—. ¿Lo has leído en español?

—¡No! Leo en inglés, hmmm, bastante bien, mejor de lo que lo hablo. Lo aprendí en Barcelona, en la escuela. ¡Yo nunca leería vuestros libros traducidos! Creo que no

sirve de nada, ¿no? Me pasa lo mismo con otros. Quiero leer a James Joyce, pero todavía no he encontrado un ejemplar. Es demasiado... escandaloso. Para España.

—Para muchos sitios.

—Debo decir que tiene un aspecto más... robusto que en la foto de la sobrecubierta.

—¿Ah, sí? Gracias.

—Quería preguntarle si Nueva York es realmente así, como en Manhattan Transfer. Porque no es como se supone que es, por la forma en que la describen en otros libros, o en las películas...

—¿Sí? Hmm, bueno, en realidad no está tan mal.

—¿No? ¿Por qué la describió así?

—Sinceramente, la ciudad es algo aburrida. Pensé en Dante, en su viaje por el infierno... Era una forma de ser moderno. ¿Sabes a lo que me refiero? En Norteamérica, todos los escritores intentan ser modernos. ¿Crees que es pretencioso?

El chófer, por un momento, no sabía qué decir.

—¿Pretencioso?... No...

—¿Todavía crees que es el mejor libro de la literatura norteamericana?

—Bueno, sí, pero...

—Eso es lo que tienes que entender, hijo. Nosotros los escritores, con algunas excepciones como ese Hemingway, solo inventamos historias lo mejor que podemos, para vender libros. Lo mejor es no emocionarse demasiado.

Fajardo e Ignacio se habían alejado de ellos, ensimismados con los coches. El chófer fanático de los libros casi farfullaba.

—Pero ¿usted no vivió esa vida en Nueva York? ¿No vio esas cosas?

—Dios, claro que no. Nací en el seno de una familia rica, estudié en colegios privados. Conozco Zúrich mejor que Nueva York. Pero si vi esa vida en Nueva York, el simple hecho de escribirla no me convertiría en un escritor genial, ¿verdad? ¿Por qué es eso mejor que inventarlo todo?

Dios, de repente estaba defendiendo a Dos Passos y yendo en contra de la experiencia auténtica.

—No lo sé...

—Creo que estás confundiendo el libro que estás leyendo con la vida que te imaginas que tuvo el escritor. No lo hagas, es una trampa. Solo mira el libro. El escritor no existe. ¿Crees que tu vida aquí en España, durante una guerra civil, no es lo suficientemente excitante o valiosa? Debes de haberte dado cuenta, u oído hablar, de la cantidad de escritores, yo incluido, que han venido aquí. ¿Por qué crees? Quieren ser tú, por eso, quieren escribir sobre ti. Lee los libros, de acuerdo, pero no pienses que ser escritor hace a alguien especial o que sus vidas sean maravillosas o excitantes.

—De acuerdo...

—¿Cuál es tu segundo libro favorito de la literatura norteamericana?

Después de pensárselo un momento, chasqueó los dedos.

—Nuestra hermana Carrie.

—¿Has leído alguno de Hemingway?

—Sí, una vez, Adiós a las armas, y no me gustó. No me pareció... muy... vivo. ¿Sabe?

—Claro, hijo. Sé exactamente a lo que te refieres.

Hemingway levantó la vista: Fajardo le estaba haciendo gestos con dos dedos y los ojos como platos para que se acercara, y así lo hizo.

Tenían ante ellos un Bentley: estaba aparcado con el morro fuera, color plata y azul, enorme, alargado y oscuro, con la insignia cromada alzándose desde el borde de la rejilla del radiador, como la proa de una goleta.

—Señor Dos Passos, este es el coche del señor Posada. El único Bentley que tienen aquí.

Hemingway echó un vistazo a la brillante bestia y asintió, mientras toqueteaba las llaves que tenía en el bolsillo. Sí que es un coche por el que casi vale la pena matar, pensó él. No estaba seguro de cuál sería el siguiente paso a dar. ¿Saben estos palurdos de uniforme por qué este maldito coche lleva más de un mes sin usarse?

—Dicen que es el Bentley más grande, un ocho litros, de los que se fabricaron solo cien.

—Sí. Una vez conocí a un hombre que destrozó uno y se reía —comentó él.

Fajardo tradujo y se oyó el murmullo de los chóferes.

—También dicen que este no es el coche que lleva Posada, que es el Rolls-Royce amarillo que está ahí. Este lleva aquí semanas y semanas sin moverse. Dicen que se rumorea que se lo prometieron a un agente, como recompensa por una misión muy peligrosa.

Fajardo miraba a Hemingway con recelo. Ignacio estaba cinco pasos detrás de todo el mundo, listo para salir disparado a la calle.

—Están en lo cierto —dijo Hemingway, que sacó la llave y la sostuvo delante de él. Los chóferes abrieron los ojos de par en par. Uno habló a Fajardo.

—Dicen que entonces no eres escritor.

—Diles que claro que lo soy.

—Dicen que oyeron que el coche era para un asesino.

—Diles que se callen y que no vuelvan a hablar nunca de ello. Diles que John Dos Passos no es un hombre con el que se pueda jugar, es peligroso, pero no es un asesino.

Fajardo tradujo, Y Hemingway se dirigió a la puerta del conductor y la abrió con la llave. Se sentó y encendió el motor, que rugió como un tractor.

Otro chófer habló con Fajardo, que estaba siguiendo el dedo de Hemingway, que le indicaba que entrara.

—Me pregunta qué le deben decir al señor Posada.

Hemingway miró a través del mugriento parabrisas: Ignacio se había esfumado.

Probablemente salió pitando a la calle y se fue corriendo. Fajardo se sentó en el asiento del pasajero.

—Diles que le comuniquen al señor Posada que finalmente han venido a buscar el coche. Eso es todo.

Y se fue. Era la primera vez que conducía un Bentley, o cualquier coche europeo de ese calibre, y era como el paisaje mismo, impenetrable, imponente e interminable. Sacó el coche del callejón y lo llevó por la plaza de Santa Ana, sin saber en verdad adónde iba ni cómo conducir por la derecha en una ciudad tan caótica, enrevesada y frenética como Madrid. Además, los españoles conducen como niños de diez años borrachos de tequila, y en nueve ocasiones diferentes evitó por poco una colisión, dentro de posiblemente el coche más caro de la península ibérica en 1937. Durante todo el trayecto, Fajardo no dejaba de agarrarse al salpicadero.

Hemingway sabía que los chóferes, con lo metomentado que eran, no se quedarían en el «Eso es todo», y con entusiasmo contarían la historia de un norteamericano llamado Dos Passos que apareció con las llaves del misterioso Bentley, admitiendo así, al menos para esos cotillas, que como poco había dejado un cadáver a su paso. Aunque solo un chófer fanático de los libros supiera en verdad quién era Dos Passos, todo el mundo sabría entonces que ¡el novelista mató por la revolución! Dos ya estará en América, así que esto no le va a hacer daño, esperó Hemingway. En cualquier caso, ahora ya no se podía cambiar ni corregir.

Lo que sí era incuestionable era la implicación de Posada. De repente no había duda sobre la culpabilidad de este, algo que lo aliviaba e inquietaba a la vez. Tampoco le cabría, por supuesto, ninguna duda a Posada de que alguien, Dos Passos o un norteamericano que decía ser él, sabía que había ordenado y pagado por el asesinato de José Robles. Y ese americano, no un quinquillero despiadado que volvería con gusto a su escondite, estaba yendo por Madrid en un Bentley 8 litros.

Probablemente, mandarían a George Mink, si a este no lo hubieran eliminado por haber sido un perseverante chapucero. O a otro. Mandarían a alguien. ¿Cuánto tardarían? Posada ya debía haberse enterado de que D'Armoux había muerto mientras seguía a Hemingway y se adentraban en la noche de las tierras bajas. Puede que ya llevara tiempo sabiéndolo y esperaba simplemente a que ocurriera lo inevitable: que resultó ser lo del Bentley.

Hemingway aparcó el coche detrás del Florida, y pagó un extra al personal para que no dijeran ni pío. Fajardo y él encontraron a Ignacio en la barra del Gran Vía, e invitó a los dos ancianos a una pantagruélica comida, que consistió en cordero asado y arroz amarillo y oca, y dejó que los desnutridos hombres repitieran. Bebieron botellas de Rioja de varias cosechas, y Hemingway pidió la última botella de amontillado de la casa.

Las figuras oscuras que Hemingway esperaba ver en la entrada no aparecieron ese día. No se veía en la obligación de ir en busca de más información, ya tenía al asesino. Se sentía satisfecho, allí en la penumbra del Gran Vía, bebiendo con unos

curtidos españoles que no sabían nada de literatura que no fuera española, y a quienes les importaba mucho menos que a él. Si sobrevivía hasta la mañana siguiente, entonces qué haría... ¿Ir a ver a Posada? Sí, maldita sea, ¿por qué no? Y se llevaría a Quintanilla con él, y a ver qué tenía que decir la rata ante la temible voluntad de la Internacional Comunista.

A media tarde, estaba tan borracho que no podía ni siquiera contestar las preguntas que surgían de manera inevitable: ¿qué tramaba exactamente Posada? ¿Por qué mataron a Robles? Si tuvo que ver con los cañones de Guernica, ¿entonces qué? Quizá la única forma de averiguarlo, al final, iba a ser hablar directamente con Posada.

Se figuró que tendría la oportunidad de hacerlo, tarde o temprano.

Y fue un poco más tarde. Lo arrestaron a la mañana siguiente, alrededor de las diez, después de que Hemingway se despertara, se tomara un buen trago de oporto para arrastrar una aspirina, y se comiera tres huevos duros que Franklin le había traído del tercer piso. No mucho antes de que llegaran los policías, Fajardo, que había pasado allí la noche, abrazó a Hemingway, al que prometió lealtad para toda la vida, y se fue a coger un tren de vuelta a Zaragoza.

Este arresto no fue la chapuza que había hecho Mink, clandestina y represiva. Llegó al hotel un pequeño pelotón de agentes de policía de Madrid en tres coches, y se presentaron en el mostrador de recepción, tras lo cual, marchando casi en formación, subieron las escaleras y recorrieron el pasillo.

Los golpes en la puerta de la habitación 108 fueron fuertes y firmes, pero no hostiles. Hemingway reconoció el sonido, oyó las pisadas de botas en el exterior. Todo muy oficial. Decidió dejar la pistola de Liston Oak en la despensa, escondida debajo de las sardinas. Llamaron de nuevo.

Pero entonces se oyó otro ruido: el peso de un cuerpo y respiración. Hemingway corrió hacia la puerta y la abrió.

Era Franklin. Había oído venir a las tropas por el pasillo, había salido con gran estrépito de su habitación, y ahora estaba arremetiendo contra los policías con su enorme cabeza, como si fuera un toro, cogiendo a dos de ellos por la cintura y atropellando a un tercero justo delante de la puerta. Otros cuatro intentaban evitar que el *Franklin Express* también pasara por encima de ellos y desabrocharon las porras, pero Franklin hizo que perdieran el equilibrio. Todos menos uno, que pudo alejarse de un salto de tres metros y había caído de rodillas e intentaba ponerse de pie. Franklin, que estaba sufriendo un retroceso a sus años de fútbol universitario o algo parecido, levantó del suelo a siete agentes en cuestión de segundos. Hemingway saltó al pasillo, cogió a Franklin de los hombros e intentó apartarlo mientras gritaba:

—Sidney, por amor de Dios, ¡vas a conseguir que te metan en el calabozo!

Para entonces, tres de los policías se alejaban como podían de Franklin, que había soltado al español que tenía en el brazo izquierdo y, literalmente, se echó al que tenía en el derecho al hombro y después dio un paso y lo lanzó por el pasillo, como uno

lanzaría un saco de arroz dentro de un camión.

—¡Mierda, Sidney! —gritó Hemingway.

Pero el policía que había lanzado se levantó y sacó una pistola con la que no pudo apuntar porque Franklin había chocado contra los otros jóvenes agentes, a solo unos metros de la escalera donde esperaba otro policía, y se estrellaron contra el que tenía el arma, que disparó una vez al techo, y cayó, perdiendo así la pistola. Los policías que estaban detrás de Franklin ahora apartaron a Hemingway para saltar sobre la montaña de cuerpos, y al hacerlo este cayó de culo. Franklin corrió deliberadamente de lado hacia la pared que había al principio de la escalera y cogió en medio a uno de los agentes y lo aplastó. Y entonces tropezó, en una fracción de segundo, mientras Hemingway intentaba ponerse de pie, y cuando levantó la vista, Franklin desaparecía escalera abajo llevándose con él a cuatro agentes. El ruido se pareció mucho al de un bombardeo.

Hemingway corrió hacia las escaleras, y todo estaba en silencio: tres policías estaban de pie, jadeantes, mientras que cuatro de ellos, junto con Franklin, permanecían tirados en los escalones y el descansillo, quejándose. Hemingway pudo ver por lo menos dos extremidades, una de ellas la rodilla derecha de Franklin, doblada de forma poco natural.

El policía que tenía más cerca esperó a que Hemingway hiciera algo, mientras se limpiaba la frente. Hemingway se encogió de hombros.

—¿Es usted el señor Hemingway?

Hemingway asintió.

Los tres oficiales lo arrestaron con esposas y lo metieron en el coche de policía, pero eso fue casi quince minutos antes de que llegara el equipo médico a encajar y entablillar los siete huesos rotos en las escaleras del vestíbulo del Florida. Una vez hecho esto, también arrestaron a Franklin.

Los tres policías que estaban con Hemingway se reían de la debacle minutos después de dejar el hotel. Hemingway consiguió entender que el hombre al que el ataque de Franklin había inmovilizado era un capitán al que todos odiaban.

No lo llevaron a la calle de las Huertas, y cuando Hemingway les preguntó a sus escoltas que adónde demonios iban, no recibió respuesta alguna. Se recostó en su asiento, con la mandíbula apretada, y dio rienda suelta a sus peores temores: el «viaje» a sabe Dios dónde, el misterioso viaje que tantos han tomado en los últimos años, por toda Europa, el viaje que termina solo en un lugar que no tiene nombre en el mapa, al que nadie te puede indicar exactamente cómo ir, que nadie frecuenta ni posee, detrás de un montículo o en lo profundo del bosque al que, en otras circunstancias, nadie va debido a los lobos.

Pero era de día, por la mañana, y los agentes se habían comportado hasta ese momento con una profesionalidad impecable. Hemingway se movía en su asiento.

Unas manzanas más tarde, se dio cuenta de que lo estaban llevando al ático de Posada, en el lado oeste de la ciudad. No era el «viaje», sino algo más estratégico o, eso esperaba él, diplomático. Eso quería decir que Posada seguía negociando.

Rápidamente lo llevaron arriba (el ascensor de este edificio funcionaba), y entraron en el apartamento. Le resultaba familiar: los mismos muebles elegantes de los años veinte que parecían salidos de una película muda francesa, los enormes ventanales, la terraza, las pieles de animales sobre el mármol. Posada debe de tener otros negocios sustanciosos, caviló él, para poder permitirse esto. ¿Por qué no bombardean este edificio? Y entonces pensó: Empieza a estar claro por qué no, ¿verdad?

Apareció Juan Posada, con traje de seda y una copa de vino blanco en la mano.

—¡Ernest! Tienes un aspecto horrible. Me gustaría que comieras conmigo.

—Juan, son las diez de la mañana.

—Once menos cuarto.

—¿Qué bebes?

—Un Chablis de 1924, de Alella Vinícola.

—No lo conozco, pero posiblemente esté bueno.

—Sí que lo está.

—De acuerdo.

Posada echó a los policías. A Hemingway le pareció que ese numerito de cortesía, dadas las circunstancias, era una indignante sandez. Aunque al mismo tiempo le resultaba divertido, agradeció el vino, y entendió que podría salvar el pellejo si le seguía la corriente.

Posada le puso la copa de vino y, cuando se dirigía hacia los ventanales, la dejó

en la mesa para que Hemingway fuera a buscarla.

—Bueno... —dijo Hemingway con la copa en los labios. Era un Chablis muy, muy bueno.

—En fin, Ernest, tengo entendido que has estado muy ocupado, metiéndote con lo más bajo que España puede ofrecer, francamente, y... tienes un nuevo coche.

—Pues sí. Es pistonudo.

—Siento curiosidad por saber cómo conseguiste las llaves.

El inglés de colegio privado de Posada se volvió más elegante y fino al añadirle este un deje latino; a Hemingway le pareció más un actor haciendo de un traidor culto que el auténtico.

—Bueno, es una historia curiosa, Juan. A los zoquetes a quienes se las diste, por lo visto, se les cayeron en el piedemonte por la noche y no las pudieron encontrar. No lejos de donde dejaron a Pepe. Ni siquiera fuiste capaz de contratar a unos simples bobos, tú tuviste que contratar a los hombres más inútiles del continente.

Exactamente lo que Hemingway esperaba obtener al mostrar inmediatamente todas las cartas se le escapaba incluso a él. A veces sentía que no era más que una boca enorme e irreflexiva. ¿Esperaba que Posada se pusiera nervioso, confesara, se entregara? ¿A quién? ¿A sí mismo? ¿Dónde estaba el final aquí? Ese era el problema, no saber. Lo único que sabía era que ahí terminaba la oscura carretera: en un absurdo ático, con un burócrata sin corazón que tenía algo que esconder y todos los motivos del mundo para acabar con Hemingway, igual que se apaga una lámpara de gas. Si podía... si creía que podía.

Posada se tomó su tiempo, dándole la espalda a Hemingway.

—Creo que eso es injusto —dijo él—. Yo he perdido algo. Pero tú también.

Hemingway quería jugar, golpear el balón, pero estaba empezando a sudar.

—Anda, corta el rollo, Juan. ¿De verdad que tenemos que andarnos con rodeos?

—Prefiero que sí, Ernest, sinceramente, porque me has dado muy pocas opciones, y ninguna de ellas es agradable. Pudiste haber dejado las cosas como estaban, que es algo que apuesto a que esperabas que dijera. Los demás lo hicieron. Incluso Dos Passos se fue a casa.

—Creo que perdió la fe en la revolución. Considéralo hazaña tuya también, camarada.

—Ese es el menor de mis pecados, ¿no es así, Ernest? Y sería el menor de los tuyos, ¿verdad? ¿A cuántos hombres has liquidado este mes, Hemingway, en tu matanza?

—¿Mi matanza? No he matado a nadie, gilipollas entrometido, ni siquiera a D'Armoux. Yo no trabajo así.

—No estoy llevando la cuenta. Solo estoy sugiriendo... un poco de relativismo ético.

—Relativismo. Que te jodan a ti y a tu relativismo. ¿Qué pasa? ¿Que un hombre sea ejecutado por la revolución es una miseria en una guerra, o luchando contra los

fascistas, ese es tu fundamento?

—Creo que eso es incuestionable. Gracias por decirlo con tanto entusiasmo.

—No solo es cuestionable, sino que es una idiotez, sobre todo porque está clarísimo incluso para un ciego que Pepe no murió por la revolución, ni siquiera por las delirantes ideas de la Internacional sobre la revolución o la necesidad comunista. Murió por tu culpa, Juan, y eso no tiene nada que ver con el comunismo.

Hemingway volvió a llenar su copa. Lo estaba haciendo bien, pero no pensaba. Le parecía que Posada era alguien con el que se podía razonar. Pero podía ser que no, a estas alturas del juego. El alcohol le quemaba el estómago, pero tenía que recordar que Posada ya no era una simple rata a la que se podía insultar, sino un verdadero pequeño autócrata, con al menos un asesinato en su haber, y probablemente más de uno. Puede que te hayan traído aquí para morir, idiota, pensó él. Puede que no vuelvas a ver a Pauline, o a Bumby, o a Martha. O Cayo Hueso, o París, o África.

¿Aleluya? ¿No esperaba él en su fuero interno caer en las garras de la guerra, alimentar ese deseo por fin? Habría dejado, debería haber dejado, que D'Armoux se lo hubiera cargado, si así fuera. Pero sus instintos siempre se apoderaban de él, y además, en frío, le irritaba pensar que alguien decidiera el cómo, el cuándo, el dónde y el por qué. Esos cabrones, todos ellos. Y, oh sí, eso también iba por Posada.

¿Por qué simplemente no lo arrinconaba, le mostraba su desprecio y que pasara lo que tuviera que pasar de una vez por todas?

—¿Y bien? —Posada estaba esperando.

—Robles no fue un asunto del Frente Popular, eso es todo. Esa gilipollez del traidor. ¡Por favor!

—¿De verdad? No lo dices en serio.

—Por favor. Solo dime por qué, Juan. ¿Qué sabía Robles? ¿Era lo de Guernica?

Al fin. Posada finalmente se giró, con el ojo derecho abierto de par en par y ligeramente tembloroso. Había metido el dedo en la llaga. Se hizo un silencio, y Hemingway miró hacia la puerta.

—Ernest, esto es lo que va a suceder. Me gustaría que te fueras. Del país.

—¡Ja! Eso es justo lo que dijo George Mink.

—Si, pero me gustaría pagarte por marcharte. Pero tienes que hacerlo ahora, hoy, antes de que oscurezca. Este no es tu país. Es el mío. No hace falta que te quedes. Te lo estoy pidiendo, y a la vez no lo estoy haciendo en realidad. Quiero que te vayas y quiero que te lleves el Bentley. No sé si sabes lo que vale.

—En dólares, no, supongo que no.

—Es un 1930, y se podría fácilmente vender por cinco mil dólares.

—¿En serio? ¿Eso por un coche? ¡Toma ya! Entonces no crees que debería tirarlo por la sierra de Guadarrama.

—Hablo en serio.

—Yo también, Juan, ¿sabes por qué? Porque el coche ya es mío, no puedes utilizarlo para sobornarme, y hoy en día cinco de los grandes para mí no es mucho

más que un fardo de heno. Tengo un superventas, o dos, por si no te has enterado. Sinceramente, Juan, ¿cinco de los grandes? Debes de tomarme por una puta barata. ¡O por uno de tus quinquilleros! En serio, como un Bentley era más que suficiente para esos analfabetos sinvergüenzas, entonces, ¿también lo es para mí? Estás muy equivocado. Además, ¿qué has visto últimamente que te haga pensar que estoy aquí por el dinero?

—Te pagan bien por escribir tus informes periodísticos, ¿no es así? Propaganda.

—¿Por qué estamos de repente hablando de ti? Cuéntame lo de Guernica, Juan. Vi cómo te inmutaste, no debes ser muy bueno jugando al póquer. Así que has ordenado que saquen los cañones antiaéreos de Guernica, ¿y qué más? ¿Por qué le dio a Pepe un síncope por eso?

Posada dio un paso, uno pequeño, como si no quisiera parecer desarmado, y se sentó en un diván blanco.

—No quiero preguntarte cómo lo sabes, ni a quién sobornaste o con qué funcionario de la república hablaste, porque quienquiera que sea, ahora es hombre muerto.

Hemingway se dio cuenta de que todavía tenía el memorando que había robado en el bolsillo. Si Posada ordenara que lo cachearan, probablemente le pegarían un tiro y lo descuartizarían allí mismo en la bañera de Posada.

—No he hablado con nadie, y no soy el único que lo sabe. Es un secreto a voces, grandullón. No vayas a buscar un zorro en el gallinero, Juan. Solo soy yo, un americano, grande y estúpido, un bocazas que tiene lectores desde Sacramento hasta Praga. No puedes hacerme desaparecer, Juan, ¿verdad?, sin causar un escándalo que acabará contigo como maleza seca en un incendio. Así que, y ahora voy a pensar en alto... —Posada no hizo ademán de añadir nada, evitaba el contacto visual y la frente se le estaba poniendo cada vez más roja—. Si querías que los cañones salieran de Guernica, y Pepe pensaba que eso era un error garrafal, y su asesinato no fue, como los dos sabemos, un acto oficial del gobierno sino algo ilegal, algo que planeaste por motivos fuera de los cauces gubernamentales, entonces... los cañones debían de haberse quedado en Guernica. Pero tú los querías fuera. ¿Por qué? ¿Qué pasaba en Guernica?

—Nada —dijo Posada entre dientes, su saber hacer y desparpajo se fueron desinflando—. Son asuntos gubernamentales, Hemingway, no es problema tuyo. Cuando llesves a cabo tu propia revolución, allí en Florida, puede que lo entiendas. ¿Por qué, exactamente, no puedo hacer que desaparezcas? ¿Crees que sería un escándalo? ¿Te has olvidado de dónde estás, americano vanidoso?

Hemingway vio que el burócrata se levantaba y se ponía más vino, tras enderezarse la corbata. Esos instantes constituyeron un nuevo aliento. Lo que no se decía en la espaciosa habitación, lo que era incierto, conjetural y presuntivo, era prolijo, ensordecedor, problemático. Fuera lo que fuera lo que estaba pensando el español, Hemingway no podía dejarlo como estaba. Puede que ese fuera un día para

morir.

—Eso es, Juan: no ha pasado nada en Guernica. Todavía no. Me habría enterado yo, y un amigo vasco que conozco en la ciudad. Pero nada. Supongo que con Pepe fuera de juego se sacaron los cañones, hace semanas. Pero eso no sería noticia. ¿Qué razón le darías a la Internacional Comunista para moverlos? Tenía que ser una mentira, o no habría motivo para haber matado a Pepe... ¿Qué va a ocurrir en Guernica, Juan? Los fascistas no van a masacrar Guernica como diezmaron Durango en marzo, ¿verdad?

La pregunta se quedó en el aire y crecía la tensión: Hemingway casi la podía oír como un zumbido.

—Hemingway —Posada lo dijo como si estuviera de pie al lado de una tumba—, te he traído aquí para hablar contigo como un hombre, para darte opciones. Pero veo que no deseas opción alguna. Vas de sargento, como si el mundo fuera otro bar en el que mandar. Pero no pienses que esto es como una de tus historias. Sean como sean, no las leo. Pero no eres demasiado famoso como para deshacernos de ti. Ni mucho menos. No serías el primer norteamericano en morir aquí, ni el primer escritor. Piensa en dónde has estado y qué has visto, y dime por qué, aunque dejara que te fueras ahora, dentro de una hora no debería hacer que algo cayera sobre ti con la misma contundencia con la que Jehová lanzó un rayo. No fue difícil encontrarte y arrestarte. Dios, si anuncias tu presencia dondequiera que vas. Tú mismo te has puesto en primera línea, y si te alcanza una bala en la cabeza nadie, ni siquiera tu madre, se sorprendería. ¿Me oyes? ¿Quién te crees que va a vacilar un instante siquiera?, ¿tu taxista vasco? Quizá él también debería desaparecer. Hay muchos arroyos en las montañas que todavía no están llenos de gente molesta. Tú y tus amigos sois simplemente más carroña. ¿No crees?

—Juan, pero... —Hemingway no sabía cómo seguir. Solo había conocido el peligro como parte del campo de batalla en Italia. Esto era diferente. Era otra cosa, algo trivial y sombrío—. No lo sabes. Soy bastante famoso. Vendrán a buscarme...

—Puede que sí. Eso no lo sé a ciencia cierta...

—Mira, Juan, no subestimes...

—Ernest, esta es tu última oportunidad. Deja de hablar. Por el amor de Dios, deja de hablar. Haré que te maten. Por favor, créeme. Haré que te maten. Hoy. Tengo muchísimo miedo de que me obligues a hacerlo. ¿Está suficientemente claro?

Hemingway sintió cómo la charla desenvuelta y bravucona se convertía en seriedad arisca y desesperada, como si hubiera un cambio en la presión atmosférica. Dejó su copa de vino. Estaba claro. Sus instintos de lucha o largase finalmente olieron la amenaza mortal, y se le hizo un nudo en el estómago. Miró de nuevo hacia la puerta.

Ah, a la mierda esta forma de hacer las cosas: los gobiernos escribían memorandos en vez de dejar que hombres de verdad se enfrentaran los unos a los otros con armas. Eso le hervía la sangre.

Posada hablaba en voz baja.

—Pero preferiría darte —dijo él— una especie de gratificación por haber trabajado tan bien para la república, y después partirás hacia América. Mis agentes te escoltarán hasta la pista de aterrizaje que hay en Toledo, y volverás a casa como un héroe, y rico. Olvídate del Bentley. Te irás con cincuenta mil dólares en billetes nuevos. Solo por volver a tus libros y dejar la construcción de España a los españoles. A la república le iría mejor si Ernest Hemingway siguiera vivo y siendo Ernest Hemingway. Has hecho ya tanto por la revolución que no deberíamos consentir que este pequeño incidente lo arruinara.

Hubo un silencio. Hemingway no podía decir nada. Por supuesto, la oferta era auténtica, Posada no tenía motivos para mentir. Pero tampoco era una oferta, era una orden.

—Entiendes —continuó Posada— que esto es lo máximo que puedo hacer por ti. Si no cumples con este acuerdo, no te puedo garantizar un buen viaje de vuelta a casa. O una buena estancia en España. ¿Qué me dices?

Tras una pausa, durante la que solo miraba hacia abajo, Hemingway respondió.

—De acuerdo.

Intentó sonreír, y que el momento y el trato le parecieran genuinos a Posada, que estaba algo atormentado por sus preocupaciones. Hemingway también esperaba que no detectara su ira y su vergüenza, además de su aire distraído, que intentaba enmascarar con un gran trago de vino. Distraído porque estaba pensando en cómo exactamente iba a esquivar a los policías de abajo, y después encontrar a Quintanilla. Tan rápido como fuera humanamente posible.

—Muy bien, Juan, trátame como a una puta. Págame y échame. Estoy harto de todo esto.

Sin expresión alguna, Posada llamó a los policías, y después se dirigió a una caja fuerte que había en una pared, detrás de un original de Goya, que francamente parecía una copia, y sacó unos fajos de billetes de peseta, y los metió en una cartera de lona. Parecía cansado y triste.

—Espero que estés siendo sincero conmigo. Estos son dos millones quinientas mil pesetas, que verás que se convertirán en la cantidad que te mencioné cuando aterrices en Nueva York. Aunque Franco pierda, una peseta es una peseta. Cógelo. — Y la cerró de un golpe—. Cuídate...

—Espera, ¿billetes del otro bando?

Dios, estaba admitiendo directamente que era un agente fascista.

—Sí, es todo lo que tengo ahora mismo. Está bien; a nadie le importará lo que digas de mí una vez que estés en América.

—Y si los republicanos o los rusos me pillan llevando esto...

—Sí, te meterías en un buen lío. ¿Les importaría dónde los conseguiste, o simplemente te acusarían de fascista? Que no te pillen. Si no lo coges, el lío en el que te meterás no solo será peor, sino definitivamente mortal. Que tengas un buen viaje.

Nadie te registrará las maletas en Toledo.

—¿Y eso cómo lo sé?

—Toma, este es el número de mi oficina —le dijo y garabateó en un sobre—. Que me llamen desde la pista en caso de duda. Y ten la seguridad, Ernest, de que lo que hago lo hago por mi país...

—Esa mierda te la crearás tú, Posada —dijo mientras cogía la bolsa—, te estás salvando el culo y lo sabes. A estas alturas España es solo una perra pisoteada y abatida, y sin muchas posibilidades, gane quien gane. Y tú eres un simple pez piloto que se aferra a su piel.

—Sí que te gustan las metáforas.

A Hemingway se le ocurrió que este soborno era un amago de farsa judicial: uno se inventa que el bobalicón es culpable, consigue que este confiese y vuelva al redil, y lo humilla. Después, o lo pone a trabajar o le corta el cuello.

También creía que no había conocido en su vida a un farolero tan grande, ni en las mesas de juego de los sótanos de París, ni en las peleas de gallos de los patios traseros de Chicago. Estaba tan claro como el agua cuántas lastimosas preocupaciones le habían costado a Posada sus intrigas; el hombre estaba jugando en los dos bandos, y solo esperaba sobrevivir el tiempo suficiente para ver ganar a uno de ellos. Pero no había ambivalencia en hacer que las vidas de los demás paguen su riqueza, su ático, su poder. Esa era la diferencia, se imaginaba Hemingway, entre el criminal de poca monta, cuyos daños eran individuales y personales, y el dictador, que con egoísmo devastaba una sociedad a una escala que haría que un hombre normal, incluso una hiena como D'Armoux, se encogiera de miedo por su alma.

—Una última cosa —le dijo Posada—. Tu billetera.

Hemingway se la dio y miró al hombre mientras hurgaba en ella. Este sacó el pase de prensa de la nana y se lo metió en el bolsillo.

—No lo vas a necesitar, y será la prueba de que he puesto los puntos sobre las íes.

Hemingway no dijo nada más. Llegaron dos policías, con el rostro inexpresivo que requería su trabajo, y cuando Hemingway, por costumbre, se giró para decir adiós, Posada no estaba, ya se había retirado a otro rincón de su ridículo piso de *playboy*.

El ascensor.

En el vestíbulo, Hemingway vio que había un policía más que montaba guardia sin un propósito claro, y, sentado en una silla, probablemente esperando a que lo llamaran, estaba George Mink.

—Señores —les dijo Hemingway a sus escoltas—, un minuto.

Mink alzo la vista, y sonrió.

—Hemingway, hijo de puta con suerte, tú...

Pero Hemingway lo golpeó. En los dientes, con el puño cerrado, con un rechazazo que venía de Portugal, y el cuello de Mink crujió hacia un lado. La sangre salpicó la pared de mármol que había detrás de él, y se oyó rebotar un diente en la

piedra con un tintineo.

Mink gorjeó alguna obscenidad, pero Hemingway miró a los policías, que se echaron para atrás con una gran sonrisa española en sus caras, así que se imaginó que tendría al menos unos minutos de libertad. Dejó la cartera del dinero en el suelo y golpeó a Mink de nuevo, con el mismo puño, desde arriba al caballete de la nariz, que se arrugó.

Mink levantó las manos e intentó taparse, pero apenas podía abrir los ojos, y Hemingway le dio de nuevo, lo cogió del cuello de la chaqueta y lo golpeó como si fuera un saco de boxeo; lo único que se oía, aparte del ruido sordo de la carne al ser golpeada, eran los gruñidos de Mink, que se volvían más agudos y más lastimeros cuanto más le daba.

Poco después, Mink estaba prácticamente ciego, pero todavía pudo meter la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, mientras Hemingway seguía dándole puñetazos, y sacar la pistola, pero en el escaso tiempo que tenía para apuntar no pudo, no sabía distinguir entre arriba y abajo, y Hemingway la apartó de un manotazo y la tiró al suelo de mármol. Uno de los policías la recogió, y, divertido, masculló algo como «Primero la pelea en el Florida y ahora esto».

Hemingway sintió, mientras le propinaba la paliza, que su puño había aflojado por lo menos otro diente, y sabía que la nariz de Mink estaba más que fracturada, totalmente aplastada.

Cuando los nudillos del americano quedaron despellejados y manchados de sangre, se detuvo, y Mink se desplomó, todavía consciente pero hecho una piltrafa. Su rostro estaba empezando a hincharse.

Hemingway cogió la bolsa con la mano derecha que tenía en carne viva, se giró hacia los policías, jadeante.

—Gracias —fue lo único que dijo, y todos ellos asintieron, y con él los dos primeros se encaminaron de nuevo hacia la puerta de la calle.

—A Mink hay que... —dijo uno, y el otro incluso le dio una palmadita a Hemingway en la espalda. Y añadió algo en inglés.

—Bien hecho.

En la acera, Hemingway se giró hacia ellos, tímidamente amable, haciendo hueco para la camaradería.

—Dejadme que descanse un minuto, amigos míos, tomad. —Sacó un fajo de billetes republicanos del bolsillo y lo agitó—. Id a por el coche, esperaré aquí, ¡uf!, e iremos a comer todos juntos... ¡brindaremos por la república con dinero republicano!

El policía se rió, le tradujo a su compañero (que solo veía el dinero) y se fueron a buscar el coche. Hemingway fingió relajarse, como un boxeador entre asalto y asalto, dejó la saca, y respiró profundamente sin mirar a los policías; pero en cuanto estos doblaron la esquina, observó al tercer policía del vestíbulo, que estaba girado hacia Mink, aún tendido boca abajo, cogió la bolsa y echó a correr.

Tenía una vaga idea de hacia dónde debía correr, y sabía que solo disponía de un

minuto más o menos hasta que fueran a por él en el coche de policía. Y no era probable que se dieran en absoluto por vencidos, a pesar del vínculo creado por la paliza a George Mink. El apremio y la desesperación de Posada tenían que resonar en sus oídos como lo hacía en los suyos.

Corría a ciegas por las ciudades españolas. Hemingway con gusto volvería finalmente a casa, a Cayo Hueso, donde sabía que todas las calles y un paseo de veinte minutos en cualquier dirección te llevaba al mar.

Se escondía en callejones, corría de sombra en sombra como si estuviera en una zona de combate activa, pasaba por delante de madrileños normales que caminaban por la acera y reconocían a un loco cuando lo veían. Así transcurrió una hora, detrás de cubos de basura, debajo de escaleras que amenazaban con derrumbarse, y escondido en las esquinas de los edificios, desprotegido y temeroso de que un coche de policía las doblara en ese momento. Hemingway se encontró con una camada de gatitos recién nacidos encima de viejos periódicos arrugados, una prostituta que dormía encima de un colchón que habían tirado, un grupo de niños de unos cinco años que jugaban a la guerra con pistolas de verdad, aunque vacías, de la primera guerra mundial, una araña de cristal tirada en un callejón desde lo que debió de haber sido una ventana de los pisos de arriba, y un busto de estaño abollado de Guillermo II.

Finalmente reconoció unos edificios viejos en particular y supo que estaba a pocos kilómetros del Florida. Probablemente vigilarían el hotel, ¿verdad? ¿Y podrían hacerlo, solos, en vez de seguir con la búsqueda? ¿Se atreverían los dos policías a pedir refuerzos y admitir que habían perdido a Hemingway, y dos millones y medio de pesetas, casi antes de que salieran del edificio de Posada?

En otra media hora, Hemingway bordeó las avenidas y consiguió llegar al Florida, que todavía no había sido abordado de nuevo por la policía.

No entró. Con la bolsa en la mano, se metió, sin embargo, en el Gran Vía. Era mediodía, después de que la muchedumbre de escritores extranjeros y brigadistas de vacaciones de la hora del almuerzo se redujera a algunos rezagados y borrachos. Pero en una esquina, como él había esperado, estaba Quintanilla, leyendo *Le Temps*.

Hemingway primero pidió una buena botella de Cockburn's y dos vasos en el bar, y después se presentó allí, dejando la bolsa de dinero bruscamente al lado de una silla. Quintanilla miró hacia arriba con un sobresalto.

—¡Hemingway! Amigo mío, parece que te han dado bien. Ah, oportó, sí, por favor.

Hemingway se sentó.

—Pepe, tengo que contarte algo. —Pero sirvió el oportó y bebieron primero, y tuvieron uno de esos momentos absurdos y felices que tienen los hombres cuando beben algo juntos—. Deja que me siente aquí, si los polis entran tendré que salir disparado.

—Han hablado de ti, Ernest. Has estado haciendo el tonto por ahí.

—¿Qué has oído?

—Que en Valencia pegaste a un burócrata, en su propia oficina, ¡con su pistola!

—Ah, Liston Oak.

—Eso es. Estuvieron un tiempo buscándote por eso. Ya veo que te encontraron.

—No lo sé. Alguien me encontró en Valencia, y me partió la cabeza con la culata de un rifle. Pero no tengo ni idea si eran o no ángeles de la república.

—¡Ángeles! Pero perdona..., ¿qué me tenías que contar? No quería estropearlo.

—No, no, Pepe, hay más...

—¿Qué llevas en esa bolsa?

Quintanilla no podía verla desde donde estaba sentado, y Hemingway creía que no la había visto en absoluto.

—Ropa sucia. Mira, tengo que contarte algo, Pepe, bebe un poco más de oporto, hablo muy en serio, esto no tiene nada que ver con el juego ni nada por el estilo.

—Venga ya. Todo es un juego.

—De acuerdo. Quizá para ti. Pero necesito tu juramento como republicano, como soldado del Frente Popular. Te conozco como jugador y compañero aquí en el Gran Vía, pero sé, también, que eres un instrumento importante y mortífero para la revolución. Ese es el Quintanilla de verdad. Ese es el Pepe con el que necesito hablar.

—Entiendo lo que quieres decir. No hay dos, pero te entiendo... En otras palabras, ¿estás metido en asuntos de estado?

—Bueno, en verdad no. O quizá sí. Escucha, no es sobre mí en realidad, es sobre Robles; ¿recuerdas que te hablé de él? Lo mataron. Y averigüe por qué.

—¿A quién le importa por qué, aparte de a su mujer?

—Pues sí que importa. Lo mataron porque averiguó algo que Juan Posada estaba haciendo, y Posada ordenó que unos criminales gitanos lo mataran, de forma ilegal y encubierta, en Valencia. Y aunque parezca mentira, les iba a pagar con un Bentley. No llegó a sus manos porque lo tengo yo. Pero lo que Robles averiguó tiene que ver con Guernica.

—¿La ciudad?

—Sí. Posada ordenó que sacaran de allí unos cañones antiaéreos semanas atrás, como en previsión de algo. Robles protestó, dijo que iba a hablar con Gorev. —Hemingway sacó el arrugado memorando del bolsillo y lo extendió sobre la mesa—. Y en menos de una semana estaba muerto.

—Gorev se ha ido.

—Lo sé.

Quintanilla echó un vistazo a la hoja.

—Entonces, ¿de qué va todo esto? No ha pasado nada en Guernica. ¿Crees que Posada es un espía fascista? ¿Crees que ha tendido una trampa para que ataquen Guernica?

—No lo sé, pero mira...

Puso la bolsa encima de la mesa y la abrió.

—Mierda, Hemingway, ¿de dónde has sacado eso?

—De Posada, hace un rato. Está intentando que me vaya del país, los polis tenían que escoltarme a una pista de aterrizaje que hay en Toledo.

—Un hombre con una bolsa llena de billetes de los nacionales es un hombre que la Internacional Comunista ha condenado a muerte, Ernest.

—Lo sé, Pepe. —Dios, estaba sudando—. Pero, por favor, soy yo. Te estoy diciendo la verdad. Toma, cógela, no la quiero. Mira, me dio esto, un sobre con el número de su oficina, de su puño y letra, en caso de que tuviera problemas para subir al avión.

Hemingway metió el sobre en la bolsa.

—Sea lo que sea, él ordenó el asesinato de mi amigo, y lo hizo porque Franco le está pagando. Y punto.

Quintanilla se recostó en su asiento, y no dijo nada.

Hemingway se terminó solo el oporto.

Quintanilla no parecía preocupado o convencido de ese asunto de Guernica, pero confiaba en Hemingway, y vio claramente que Posada era en efecto un topo de Franco, que amenazaba, aceptaba sobornos y quizá ordenaba asesinatos; por eso dejó su copa sin terminar y se marchó de allí. «Tengo que hablar con una gente», fue lo que dijo, pero con una seriedad claramente nada cortés que le produjo cierta sombría satisfacción.

Así que bebió solo, mirando la puerta del Gran Vía, retando, de algún modo, a que la policía lo pillara mientras se terminaba tranquilamente su maldita copa. Solo durante quince minutos más o menos, el tiempo suficiente para que avanzara la tarde y el aire se empezara a enfriar.

Entonces Hemingway volvió al Florida por la puerta de atrás, pasando por delante de su Bentley. Llamó a la puerta del conserje, y se dio cuenta de que no había visto al hombre (un empalagoso y vago barcelonés a quien, a Hemingway le parecía, le interesaba espiar a los clientes y poco más) desde la primera semana de su estancia en el hotel. La puerta se abrió, Hemingway entró rápidamente y cerró detrás de él. El conserje solo tenía un escritorio, una silla y un archivador en la habitación sin ventana, la cual no era más grande que el aseo de una pensión barata. El hombre no abrió sus ojos entornados, aunque sí se encogió de hombros antes de que Hemingway le preguntara si podía usar el teléfono. Quería llamar a Guernica, a cualquiera de la ciudad, al alcalde si fuera posible, al jefe de policía. Pero el conserje no dijo nada, simplemente levantó el auricular y dio golpecitos en la horquilla, y se encogió de nuevo de hombros. No había teléfono.

Hemingway no se atrevía a salir a la calle a buscar a Ignacio e ir hacia el norte. Tenía que tratar de pasar inadvertido.

No podía ir a la 108, así que subió a grandes zancadas al tercer piso. La mujer de Borgoña, que podría haber tenido treinta y cinco pero que parecía mucho mayor, cuyos ojos todavía eran claros y brillantes como los de un gato, lo hizo entrar después de abrirse la bata para él en el pasillo, segundos después de subir las escaleras. Su nombre, recordaba él, era Anouk.

Se cerró la puerta, y él le contó lo básico: que la policía lo estaba buscando, que querían deportarlo, que había en marcha una traición, y que tenía que permanecer escondido hasta la mañana siguiente. Sí, le daría dinero para que fuera a buscar vino, y también para las relaciones sexuales. Solo tenía que esconderlo, a toda costa. Le habló en francés, porque podía.

—*Monsieur*, qué trágico, qué romántico. ¡Eres un revolucionario entre revolucionarios! —dijo mientras se desvestía.

—No te dejes llevar, querida. Si no tuviera el dinero, no estarías tan entusiasmada.

—Subestimas a las mujeres, Ernest. Te escondería aunque me costara todo lo que tengo. Porque hace que el tiempo tenga importancia.

Empezaba a hacerse de noche. Al cabo de un rato, se les unió la vasca de mediana edad que se llamaba Oihana, a quien Hemingway también pagó, y los tres tuvieron relaciones sexuales triangulares de forma intermitente durante una hora, que culminó en un esfuerzo organizado entre Hemingway y Anouk, desde abajo y arriba, por darle a Oihana un orgasmo, porque dijo que no había tenido uno desde 1925, cuando su marido, un febril nacionalista vasco, fue exiliado por la dictadura de Primo de Rivera. Lo enviaron a Marruecos y Oihana no volvió a saber de él.

La policía nunca subió al tercer piso, la puerta nunca se abrió, los tres coetáneos nunca salieron de la cama. La noche pasó sin un sonido en la ciudad, sin un solo estallido ni un ruido sordo, sin una sola sirena.

Al amanecer, después de haber dormido diez horas ininterrumpidas, Hemingway se vistió y pagó a las mujeres. Oihana lo besó como una madre besaría a un hijo que se marcha al frente, y se quitó una de sus medias de seda, la bendijo con una oración, y se la metió en el bolsillo del pantalón. Anouk le metió en la mano una petaca llena de liqueur de poires.

Bajó a hurtadillas a la 108. La puerta estaba abierta y sus cosas se encontraban tiradas por la habitación, pero estaba claro que a la policía solo le interesaba Hemingway, y quizá también la bolsa con el dinero. No habían tocado la despensa. Abrió las puertas de par en par y metió en la bolsa comida curada, vino, la pistola de Oak y las páginas que había escrito, se la colgó del hombro, y se dirigió a recepción.

En el vestíbulo no había nadie, y el recepcionista dormitaba en el suelo debajo de los huecos de las llaves. Hemingway salió a la calle, miró con cautela a uno y otro lado, pero no había nadie. Si esos policías están todavía en el caso, pensó él, y no encadenados en algún sótano, deberían aparecer pronto por aquí.

Hemingway no vio ni a Ignacio ni a su taxi, y decidió ir a Guernica solo. Dio la vuelta a la manzana, con el rocío de la mañana, hacia la parte de atrás del hotel y el Bentley, subió al coche, y lo arrancó. El indicador del nivel de gasolina decía que el depósito estaba casi vacío. Apagó el motor, entró en el hotel, despertó al recepcionista, y negoció con él la compra de gasolina de los generadores de reserva del hotel. El precio fue exorbitante, y después le llevó una angustiada media hora conseguir los bidones, llenarlos, etcétera. Cuando dio la vuelta a la manzana con el Bentley, escondido detrás del volante, pero sintiendo que llamaba la atención igual que si estuviera sacando un dinosaurio a una calle vacía, Ignacio ya estaba aparcado delante del hotel. Hemingway detuvo el coche, lo contrató por unos días más y la oportunidad de volver a casa. Ignacio cerró con llave su coche y subió al Bentley.

—Puede que sea peligroso —le dijo con un movimiento vacilante de la mano.

Hemingway todavía no sabía qué encontraría en Guernica, pero tenía que llegar

allí, y hacer lo que fuera que pudiese hacerse. Impedir que la ciudad cayera en un horrible caos.

Ignacio se encogió de hombros y sonrió. Se marcharon y enseguida encontraron la carretera dirección norte hacia Burgos. Ignacio conocía el camino, y las carreteras secundarias que podían tomar para salir de la ruta principal cuando fuera posible.

Charlaban mientras conducían bajo el magnífico sol de España, a través de las colinas orientales de Guadarrama. Hemingway iba tan deprisa como podía con un coche enorme sobre unas carreteras comarcales mal cuidadas y agujereadas por los proyectiles.

—Llevo sin ir a casa... siete años —le confesó Ignacio.

—¿Familia?

—Sí, mi madre, mis mujeres, once sobrinas... nieces.

—¿Eleven sobrinas? Ay, caramba. ¿No esposa?

Ignacio negó con la cabeza, e intentó decirlo en inglés.

—Se fue. Con un francés. Después de la guerra.

—¿Hijos?

—No. Gracias a Dios. Demasiado pobre. Demasiada hambre.

Condujeron todo el día, solo pararon para comer. Se limitaban a ir por carreteras secundarias, y a veces volvían sobre sus pasos cuando, al llegar a algún cruce, había gente suficiente como para indicar que había un puesto de control o un control policial. Iban deprisa, como si un Bentley que iba rápido tuviera menos posibilidades de llamar la atención que un Bentley que iba lento.

—Ignacio —le preguntó Hemingway en un momento dado—, ¿todavía sigues sin ser de ningún bando?

—Sí, Ernest, como dice el viejo refrán: cuando los elefantes luchan, la hierba es la que sufre. Por lo que he visto... no son tan diferentes. Yo estoy a favor de tu guerra.

—¿Mi guerra?

—Sí. Esa... mierda sobre Posada. Buscas luz en la oscuridad... Darkness.

—¿Es eso lo que he estado haciendo?

Ignacio se encogió de hombros.

—No has vendido a ningún amigo. No has traicionado a nadie.

—Bueno, se puede decir que he traicionado a Posada. Le he dado una mala carta.

—¡Posada! Ernest, es una sanguijuela. Un hombre sí puede traicionar al diablo.

Se turnaron en el asiento del conductor. Ignacio pudo saborear la oportunidad de conducir el coche de un millonario. Cuando empezó a salir vapor del Bentley y a recalentarse después de llevar seis horas circulando y estando al norte de las montañas, y después de que Ignacio finalmente comprendiera que el problema no era una fuga sino que se había roto la correa de la bomba de agua, Hemingway sacó la media del bolsillo, la trenzó firmemente y la ató alrededor de las poleas. Siguieron su camino, pero con más precaución.

—Ignacio, deberías venirte conmigo a América. Te puedo dar trabajo, vivirás mejor.

—Gracias, pero no. Demasiado lejos de Guernica.

La noche les abordó por el lado derecho. Condujeron unas horas más, pero después aparcaron a un lado de la carretera, detrás de un bosquecillo de hayas, y comieron sardinas, melocotones en lata y una caja de pretzels pasados de Pensilvania. Y bebieron el liqueur de poires de Anouk, que era muy dulce y reconfortante, y hablaron con frases cortas en ambos idiomas hasta que Ignacio se quedó dormido en el asiento del conductor y Hemingway se acurrucó en el amplio asiento de atrás, cuya tapicería era maravillosamente cómoda.

La luz del amanecer los despertó y después de estirarse siguieron el viaje.

26 de abril. El Bentley atravesó Burgos, e Ignacio puso rumbo noreste, hacia Bilbao, donde pararon y tomaron café y bollos. Hemingway para entonces ya estaba convencido de que nadie los seguía, de que entraban en el País Vasco sin compañía, pasara lo que pasara. Quizá al disperso ejército republicano del norte le habían enviado un comunicado para que estuvieran atentos a un estúpido cochazo británico, o quizá no, quizá tenían otros asuntos más urgentes. Quién sabe qué repercusiones tendría el desastre que habían dejado atrás, para Posada o para los policías a los que había dado esquinazo, o para alguien más. El viaje se había hecho tan eterno que Hemingway se preguntó si no habría una nueva ofensiva de los nacionalistas, para distraer a todo el mundo. Quizá era en el sur donde estaba la acción, en Málaga o Córdoba. Quizá en el País Vasco no iba a suceder nada en absoluto, una parte tranquila de la península ibérica donde nada había cambiado en quinientos años. Salvo en Durango, supuso Hemingway, donde, hacía solo un mes, la Luftwaffe había bombardeado a unas monjas en la calle, y las bombas habían caído encima de las cabezas de los fieles que iban a misa un domingo por la mañana. ¿Quién había oído hablar de algo tan espantoso, por amor de Dios?

Llegaron a Guernica antes del almuerzo, y llevaron el Bentley directamente a la Casa de Juntas, cerca del famoso roble que para los vizcaínos es sagrado: la leyenda del árbol dice que tiene cientos de años, pero para Hemingway estaba claro que no tenía más de cincuenta.

Ignacio fue delante, entró en la Casa de Juntas y, con entusiasmo, se anunció en vasco al recepcionista, quien llamó al alcalde de Bilbao que estaba en una reunión con otros peces gordos de la zona, fueron a recepción, con gusto les dieron la mano, e Ignacio les obsequió entre aspavientos con la historia que Hemingway le había relatado. La velocidad y la impenetrabilidad de la lengua le recordó a Hemingway a una docena de perros de mediana estatura ladrando. Al final, el alcalde se encogió de hombros. Ignacio lo intentó de nuevo, pero el escritor supuso que la falta de inteligencia militar sobre la necesidad de su descarriada artillería antiaérea y la habladuría paranoica de un viejo y curtido taxista, acompañado de un silencioso periodista norteamericano de cara redonda, inspiraba poca credibilidad. Hemingway oyó que Ignacio decía «Durango» entre los sonidos vascos, y que la expresión de la cara del alcalde se tornó algo más dura, pero el resultado fue una palmadita tranquilizadora en la espalda, que probablemente significaría «Lo estudiaremos», después de lo cual los burócratas volvieron a sus asuntos.

En los escalones de fuera, los hombres observaban, impotentes, el roble que soltaba sus mohosos amentos primaverales. Hemingway miró a Ignacio, que se sentía frustrado, pero también encantado de estar en casa en un domingo tan soleado, el día

de mercado en Guernica.

—Compremos vino y vayamos a casa de tu madre —sugirió Hemingway.

Y eso fue lo que hicieron. La mujer tenía noventa y dos años y le gustaba el vino; después se dirigieron a una destartalada casa de apartamentos a ver a las hermanas de Ignacio y a sus sobrinas, pero solo una hermana y sus dos hijas estaban en casa. Las demás, dijo ella, se habían ido a Loyola, en carro de caballos, a cambiar verduras por harina y leche y caramelo, algo que hacían todos los domingos. Ella iba a ir también, pero sus dos hijas pequeñas tenían la difteria. Se quedaron al café, pero Ignacio no iba a dejar que su hermana les preparase la comida, y le mintió dándose golpecitos en el estómago y diciéndole que ya habían comido. Hemingway solo sonreía todo el tiempo, porque no entendía ni una sola palabra, aunque lo comprendió cuando Ignacio se lo explicó más tarde. Finalmente se despidieron y prácticamente salieron corriendo al café más cercano donde comieron cerdo, arroz y alubias, y una jarra de sangría. La ciudad era preciosa y el aire agradable. Y tomaron más sangría, esta vez con cerezas negras Zapata porque lo pidió Ignacio, y pasó más de una hora esperando a que regresaran del este las demás hermanas. Hemingway se dijo a sí mismo que aunque estuviera equivocado en lo que concernía a Guernica y por qué Posada había matado a Robles, el asesinato había ocurrido de todas formas, y no tenía que sentirse como un idiota por salir despavorido hacia el País Vasco para encontrar solo ancianas con toquillas de lana, el repique de las campanas de la iglesia y hojas nuevas de roble.

Poco después llegaron los aviones.

Eran las cuatro de la tarde, y el cielo todavía brillaba. No había ningún ruido, y entonces se escuchó el sonido de motores. Ignacio sabía cuál era el ruido de los proyectiles pequeños, pero este sonido no lo reconocía. Hemingway lo supo enseguida, de la Gran Guerra, y se puso rápidamente de pie.

—Tu madre —dijo él.

El primero era un avión alemán, un Dornier Do 17, que rugió sobre la pequeña ciudad, y tiró las bombas. La carretera que llevaba a la ciudad estalló en una columna de arena, humo y llamas, y la iglesia de San Juan se derrumbó y ardió. Hemingway e Ignacio (como todo el mundo, mujeres, niños, ancianos y perros) corrieron como locos en busca de refugio y se dieron cuenta de que no había, pero una vez que los aviones pasaron, los dos hombres se dirigieron a toda velocidad a la casa de la madre de Ignacio, que estaba lejos, muy lejos, a medio kilómetro o más, porque los segundos pasaban muy lentos, como si estuvieran atrapados en alquitrán.

Llegó la siguiente oleada de aviones, tres SM 79 negros, recién estrenados, gibados y rápidos, que salían de la lejana luz del sol para entrar en el humo y dejar caer, cada uno, docenas de pesadas bombas sobre casas que llevaban en pie ciento cincuenta años y que quedaban destruidas en diez segundos, doce, antes de que uno pudiera preguntarse qué estaba pasando. El suelo tembló bajo los pies de los dos hombres, que corrían; cayeron de bruces, se levantaron, y siguieron corriendo. Olía a fuego, a cosas que se quemaban, a madera, lana y gasolina y a carne de animal y de

persona, a ancianas en sus camas en llamas, a niños arrastrados por columnas de fuego, a hombres que habían corrido a ayudarlos. El polvoriento suelo de Guernica estaba lleno de botas todavía con sus pies dentro, brazos, cristal dilatado, pirámides de fragmentos de ladrillos estucados, cuerpos enteros sacudidos o reventados contra el suelo y carbonizados.

La calle de la madre de Ignacio no había sido alcanzada, y los hombres consiguieron sacarlas a ella, a la hermana de Ignacio y a las niñas enfermas y meterlas en el Bentley, e ir en dirección norte hacia el puente que salía de la ciudad, para encontrarlo destrozado. Entonces fueron hacia el sur, y fue cuando llegó la siguiente oleada, que a Hemingway le pareció que eran más aviones italianos. Las carreteras que rodeaban la ciudad estaban llenas de boquetes y convertidas en polvo. Hemingway dio la vuelta y los llevó, con las niñas llorando en la parte de atrás, a Dios sabe dónde, pensaba él. Los aviones habían pasado y estaban tirando sus cargas sobre la ciudad delante de ellos. Había pocos edificios que no escupieran lenguas de fuego y nubes negras al cielo de la tarde. Cada segundo había una nueva explosión, buuum, buuum, buuum, que lanzaba por los aires camas, estufas de hierro, cuerpo inertes, trozos sangrientos de caballo y muebles hechos trizas, normalmente en forma de arco, y que iban a parar a varios metros de donde la bomba había caído.

Hubo dos oleadas más de aviones alemanes en los siguientes cuarenta y cinco minutos. Hemingway no podía hacer nada más que conducir a ciegas, llevando el volante como si fuera las riendas de un caballo de tiro, fuera de lo que suponía que era su línea de fuego, para después girar y volver hacia donde venían los aviones, y así las bombas caerían detrás de ellos. El sol estaba en el cielo, pero el humo lo había oscurecido todo.

Hubo una breve tregua, en la que Hemingway intentó llevar el coche por todos los caminos posibles que salían de la ciudad, pero vio que ninguna de las carreteras era transitable. Entonces intentó atravesar un labrantío de boniatos recién plantados, y el pesado coche se quedó atrapado en los surcos embarrados, con las ruedas girando, en campo abierto.

Y la siguiente oleada llegó: un demoledor ataque en picado de tres aviones, cuatro, cinco, seis, que Hemingway e Ignacio pudieron ver desde la ventanilla del coche, de norte a sur, tirando más bombas, prendiéndole fuego al mundo a su paso, aplastando lo que no había sido aplastado antes, castigando a la indefensa ciudad como si se tratara de una especie de Sodoma que Dios quería borrar del mapa. Para Hemingway era como si estuviera soñando, la clase de sueño en el que te persiguen, pero tienes, al parecer, los pies metidos en un lodazal, y pesan demasiado como para sacarlos y echar a correr. Algunos de los aviones, que parecían biplanos Heinkel, armados con ametralladoras, daban vueltas después de haber arrojado las bombas para disparar a los civiles que intentaban escapar de la ciudad a pie (Hemingway podía oírlo pero no verlo). Desde donde estaban ellos ya no podían distinguir los cuerpos volando o partes de esos cuerpos en las nubes combustibles, o qué desechos

de las vidas de las familias ardían y se hacían astillas en las calles, ni qué imponente edificio, varias veces centenario, se convertía en gravilla. Sí vieron un caballo saliendo de la ciudad, con la crin en llamas, las ijadas desgarradas y ensangrentadas, como carne de carnicería, hacia el campo de boniatos, a unos cien metros de distancia, para finalmente caer sobre un costado encima de la tierra.

Cuando se fueron los últimos aviones, era natural pensar que no habría más, porque no había más que bombardear.

Hemingway sabía que los nacionales llegarían allí por la mañana, por la tarde como mucho. Ignacio y él, a medida que anochecía, iban desenterrando las ruedas del Bentley, y al fin pudieron sacar el coche marcha atrás, sobre las marcas que habían dejado, salieron del campo y volvieron a la ciudad. Intentaron convencer a la familia de Ignacio de que regresaran con ellos a Madrid, pero las mujeres no querían ni oír hablar de ello, sobre todo cuando las otras hermanas y sobrinas volvieron a casa casi de noche y todas lloraron en la calle llena de escombros. «¡Que vengan los nacionales!», gritaban. «¿Qué se pueden llevar ahora?».

Pero Ignacio quería irse, así que Hemingway y él se marcharon de allí. Fueron hacia el sur, y pararon a comprar gasolina. Conducían en silencio. Cuando llegaron a Madrid antes del amanecer, Hemingway le regaló el coche a Ignacio, aunque el viejo vasco por el momento solo podría dejarlo en algún garaje hasta que fuera seguro venderlo o conducirlo.

Una vez de vuelta en el Florida, Hemingway, rápidamente y con mucha intensidad, escribió siete largos informes para la NANA sobre Robles, sobre Posada, sobre George Mink y sobre Guernica, con una máquina de escribir antigua que pidió prestada al hotel. Los escribió como si fueran auténticas noticias de última hora, con el fin de que tuvieran más posibilidades de ser publicados. Después rescribió los siete usando su punto de vista, exagerando su rollo de macho, por si eso lo hiciera de verdad más vendible, y envió el kit completo. *Son, pensó él, algunas de las frases más sólidas y puras que he escrito nunca.* Había intentado ser neutral, políticamente hablando, reconociendo tanto los avinagrados ideales del Frente Popular como los crímenes de los espías nacionales. Pero esos informes nunca fueron publicados, ni siquiera aceptados. Hemingway no lo supo en aquel entonces, pero la NANA recibió órdenes del departamento de Guerra, y en 1937 el viento federal y aislacionista estaba soplando más en contra del comunismo que del fascismo, y todo el mundo sabía que eso podía cambiar de nuevo, y por esa razón se ordenó que lo que saliera de España fuera lo menos político, comprometido y controvertido posible.

Sidney Franklin quedó con él a comer tarde ese mismo día. Hemingway solo tomó *whisky*, nada más que *whisky* irlandés.

—¿Qué ha pasado, jefe? —le estaba preguntando Franklin, pero Hemingway solo lo escuchaba a medias. Tenía la impresión de que pasaría un tiempo antes de que el olor a carne chamuscada se le fuera de las fosas nasales.

—Es probable que salga a la luz en unos días. Han bombardeado una ciudad del norte. Solo para asustar a la gente. Había cientos de vascos muertos en la calle.

—Dios... ¿Qué estabas haciendo allí?

—Nada, en realidad. Creía que iba a suceder algo, pero no estaba seguro. No estaba lo suficientemente seguro. No había nada que yo pudiera haber hecho.

—¿Tiene eso algo que ver con Robles? Porque Posada ya no está.

—¿No está?

—De la oficina de Del Vayo ha salido el rumor de que habían acusado a Posada de agente nacional, y que lo habían enviado a Moscú para que lo juzgaran, pero esta mañana el edecán de Del Vayo me dijo que no habían enviado a nadie, y que a Posada lo habían... liquidado.

—Liquidado —repitió él. Buen trabajo el de Quintanilla, pensó. Y el mío. ¿Cuántas muertes había ya en la columna de las deudas?—. Muy bien. Que se joda.

Se sentaron en silencio.

—Así que al final has podido ver algo de guerra.

—Sí, supongo que sí.

Esa tarde, volvió Martha, vía Marsella y Barcelona, dejando tras ella una estela de baúles, preparada para recibir una profusión de disculpas, y tuvo eso y más.

Hemingway le hizo el amor, bebió vino en la cama, y le acarició la espalda con los dedos.

Él decidió quedarse en España durante más tiempo, porque no le parecía que hubiera ningún sitio más adonde ir. Aquí seguía la guerra. Las ambulancias deambulaban por las calles de la ciudad, su hotel estaba todavía en pie, y había informes que enviar. Todos los demás lugares eran atracciones secundarias.

—¿Y bien? —dijo Martha, fumando y mirando hacia arriba—. ¿Vas a escribirlo?

Imposible. Si lo hacía, supuso él, acabaría pareciéndose a algo que escribiría Dos Passos o Blair, algo político. Estaba demasiado reciente, de todas formas, todavía podía oler la muerte, oír los cañones, sentir la lluvia en la oscura carretera.

Martha se durmió enseguida, y Hemingway se quedó mirando el techo, pensando en D'Armoux, en que una vez en París, puede que fuera en 1925, los dos acabaron en una brasserie subterránea después de una partida de cartas, y él estaba literalmente sin blanca, entonces D'Armoux le invitó a ginebra y le dio una palmadita en la espalda, mientras le decía en su correcto inglés: «No te preocupes, no vas a ser siempre así de pobre, lo sé, y yo tampoco». Le decía: «Algún día, dominaré a esos bâtards».

«¿A quiénes?», le había preguntado Hemingway.

«A quienquiera que sea el que nos está pisoteando», había respondido él.

Recordaba que esa noche se había sentido agradecido de tener a D'Armoux a su lado. Recordaba sentirse como si cualquier cosa que hubiera pedido le hubiese sido concedida.

Al día siguiente se sentó a escribir en el Gran Vía. Se le empezaban a acumular las notas, y los párrafos eran tan grandes como la huella de una mano. Llevaba unas horas bebiendo y escribiendo su historia a la gris claridad del sol, que se colaba por la parte de atrás, cuando entró Quintanilla, imponente aunque tranquilo, se acercó a su mesa y se sentó frente a él.

—Ernest —fue todo lo que dijo, y, mirando a la barra, pidió una copa.

—Pepe.

—Estás trabajando.

—Sí. O eso haré cuando te tomes tu copa y te vayas. No quiero ser maleducado.

—Lo sé.

—Bien.

—Solo quería contarte lo de Posada. Porque lo tienes que saber.

—Ya me he enterado.

—Que está muerto. Pero tienes que saber lo que ocurrió. Porque es tu cadáver, tu víctima. Me pediste ayuda. Creo que es lo correcto.

—Lo correcto. Pero no lo quiero saber.

Llegó lo que Quintanilla había pedido: un oporto en vaso bajo.

—Eso es irrelevante. Lo encontré cuando entraba en su coche para ir al palacio.

Lo llevé a un lugar que usamos, el sótano de una vieja carnicería, y lo até. Bajé con unos amigos. Le colocamos un torno de banco en las sienes, y le golpeamos las rodillas con una tubería. Hasta que estuvieron totalmente rotas. No quería perder el tiempo con una de esas técnicas soviéticas que llevan días. Nos contó la verdad: que informaba a los nacionales y que manipuló lo de los cañones de Guernica. Le seguimos dando de todas formas, hasta que perdió el conocimiento y ya no lo recuperó. Entonces... los rusos tienen unos perros enormes, en una jaula en la calle de Belén, que se lo comen todo... Los huesos los enterramos en el monte. Toma, salvamos esto.

Le pasó por encima de la mesa el pase de prensa, intacto y algo caliente de tenerlo metido en el bolsillo. Y se terminó el oporto.

—Cuídate, Ernest. Bienvenido a la guerra —dijo él. Y se marchó.

Ese asesino. Y yo debería estar asqueado o conmocionado, pensó Hemingway. Desmoralizado o atormentado por imágenes de sufrimiento, de hombres modernos que se hacían cosas los unos a otros, con instrumentos, algo que uno solo puede leer en Dante.

Pero no lo estaba, ni tampoco satisfecho ni nada parecido. Simplemente estaba concentrado en la frase que había estado escribiendo, que trataba de asesinatos y malos recuerdos, y en su cabeza podía oír ahora mejor su pulso herido, mejor que antes. Hemingway volvió con ella, lápiz sobre papel, rápidamente, porque no quería que se escapara. Al ver que seguía rodando por sí sola, Hemingway sonrió. El lugar en el que se encontraba en esa frase era atroz y sombrío, pero era mejor que el sitio en el que estaba en ese momento. Era seguro, equilibrado, y suyo.